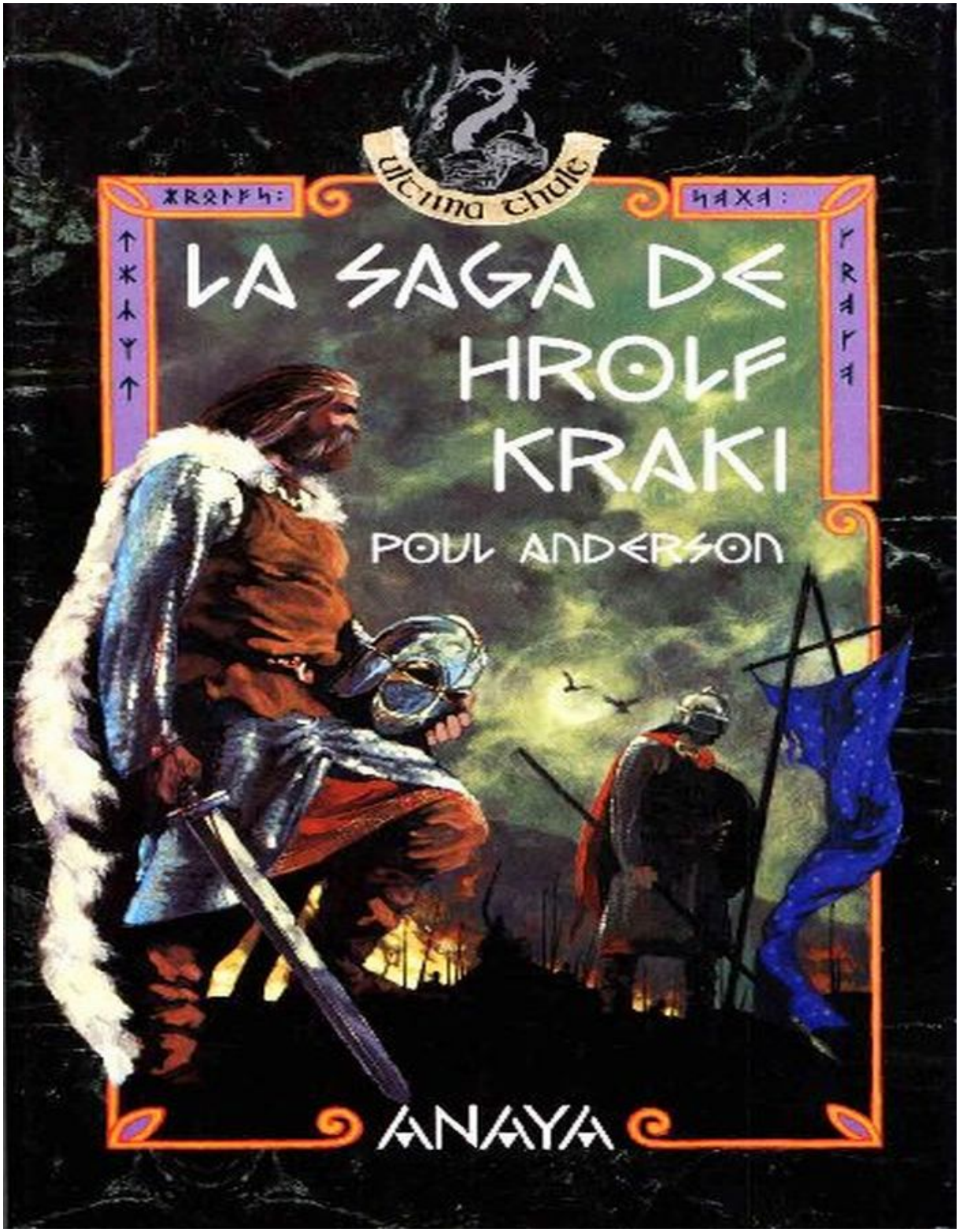
LA SAGA DE HROLF KRAKI
POUL ANDERSON



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN
Un escaldo de hoy día y su Hrolf Kraki

Muere la riqueza,
mueren los parientes
igual morirás tú;
pero la fama
no muere nunca
en quien buena la tiene.

«Hávamal», 77 («El discurso del Altísimo»),
Edda Poética.

Jordanes, el gran historiador de la antigüedad que habló de los pueblos germánicos de la época de las invasiones, por ser él mismo godo, decía en su Getica *que los daneses eran de origen sueco y que habían suplantado a los hérulos (o érulos), una oscura tribu germánica, en el lugar donde habitaban. Aunque nadie haya sido capaz de localizar el lugar en cuestión, lo cierto es que donde primeramente se les encuentra es en la isla de Zelandia. Y sólo más tarde, cuando los pueblos que vivían en la península de Jutlandia* y *sus proximidades: anglos, sajones, jutos y frisios partan a la conquista de Britania, los daneses decidirán ir asentándose poco a poco en dicha península, que pasará a formar parte de Dinamarca.*

Poco se sabe de esta época, en que los descendientes de un tal Dan —que, posiblemente, nada tenga que ver con los Danuna, esa tribu de los Pueblos del Mar, vikingos avant la lettre, *del siglo XI, pero antes de Cristo, que asolan el Próximo Oriente, ni con la tribu hebrea de Dan, ni con los célebres dioses irlandeses Tuatha Dé Danann—, o sea los daneses, se codean con los Svear, es decir, los suecos, y los Gotar, o geatas, esto es, los godos que quedan en el sur de la actual Suecia sin participar en los movimientos migratorios que convirtieron a sus antepasados en los nuestros. Si Beowulf fue inmortalizado por el poema anglosajón del mismo nombre —Luis Lerate de Castro lo ha editado en Alianza—,* y *buena parte de los reyes míticos de los suecos, los Ynglingos, viven en las páginas de la Y*nglingasaga, *al comienzo de la* Heimskringla, *de la* Edda en Prosa *de Snorri, compuesta entre los siglos XI y XII —así mismo editada por Luis Lerate, también en Alianza—, los Skioldungos, los reyes de la Dinamarca primigenia, aparecen citados en* Beowulf, *en la* Edda Poética *y en la* Gesta Danorum, *compuesta a fínales del siglo XII, la obra de un sajón muy leído, que quiso hablar de ellos. Los Skioldungos, quienes al parecer intentaron dar cierta singularidad, y autenticidad, a sus nombres al comenzarlos por* Hro-, *vivieron en la mítica Hleidhrar, hoy Lejre, a algunos kilómetros al oeste de Roskilde, en Selandia. Allí debió elevarse al cielo su célebre palacio Heorot (El Ciervo), donde viviera Hroar y, más tarde, su nieto Hrolf Kraki, personaje que inspirara la obra de Poul Anderson que motiva el presente comentario; aunque en esto el novelista norteamericano y, en esta ocasión, también escaldo, no fuera el único, ya que existe una saga tardía al respecto, la* Hrólfs Saga Kraka — *que Gwyn Jones editara en 1961 para la Oxford University Press, en el volumen* Eric the Red and other Icelandic Sagas— *que recoge los últimos destellos de su mito.*

En el siglo VII, el último de los Skioldungos, Harald Hildetand, o sea, Diente de

Combate, habría extendido su poderío por toda Dinamarca y parte del Götaland, además de —si hemos de creer al erudito sajón, anteriormente citado, que escribe bajo el nombre de Saxo Grammaticus—, la totalidad del territorio de los sajones continentales y Kíev, imperio que acabaría siendo destruido por una coalición de pueblos del Norte, dirigidos por los suecos, sempiternos enemigos de los daneses. De tal suerte, éstos, imposibilitados de extenderse por el Este, volverían los ojos hacia el Oeste y comenzarían a asolar las costas de Inglaterra, la Britania de antes, conquistada siglos atrás por anglas, sajones y un puñado de jutas, hasta establecerse en ella, en la región conocida como Danelaw, que Alfredo el Grande, el monarca inglés, les concede a finales del siglo IX.

Nada se ha podido probar respecto a la autenticidad de la leyenda de los Skioldungos y de Hrolf Kraki, puesto que cuando se excavaron los túmulos de Lejre, la Leidhra de Anderson, que el anticuario Ole Worms (de cuyo nombre se apropia Lovecraft para inventarse el «Olaus Wormius» traductor al latín de su Necronomicon*) había reseñado en su obra* Monumenta Dánica, *de 1643, como pertenecientes a los Skioldungos —excavación que habría podido revelarse importante para la constatación de la realidad histórica de la leyenda—, se comprobó que eran anteriores en varios milenios a la dinastía mítica.*

Estos son, pues, los antecedentes históricos de La saga de Hrolf Kraki *de Poul Anderson, anteriores por tanto a los acontecimientos que forman la trama argumental de su novela* La espada rota, *a la que cupo el honor de inaugurar esta colección, y con la que mantiene una innegable coherencia, o trasfondo mitológico común, de raíces germánico-nórdicas. Quizá el escritor más apropiado para recrear la vida del rey danés fuera el que se atrevió a tal empresa, Poul Anderson, de orígenes daneses, que había vivido en aquella tierra durante un tiempo, quien ha sabido dar una coherencia* y *emotividad a la narración —publicada en 1973 por la prestigiosa editorial norteamericana Ballantine— que se apodera del lector desde un principio, de suerte que poco antes de llegar a la mitad de la saga se siente hechizado por ella y por el destino de sus personajes, que avanzan hacia un final inexorable, presagiado por las inquietantes apariciones del Tuerto, del Vagabundo, del Señor de la Lanza, del Padre de la Victoria..., de Odín, en suma, uno de los «actores secundarios» —mejor sería decir «característicos» que, además, Anderson prodiga entre sus obras— de esta estupenda novela, que alcanza el ritmo de una película, cuyo final recuerda tremendamente al Kurosawa épico de* Los siete samurais, Kagemusha *o* Ran..., *sobre todo por el comportamiento heroico de Hrolf y sus doce —¡oh, el mítico número!— compañeros y del joven Vögg, endeble pero de corazón de guerrero. En ella encontramos magias, encantamientos, elfos, trolls y monstruos, por lo que* Hrolf Kraki *puede encuadrarse perfectamente como fantasía heroica, siendo equiparable en temática y tratamiento a la obra de Tolkien,* El Señor de los Anillos, *lo que le valió a su autor el premio August Derleth de 1974, concedido un año después, como es usual, en 1975.*

* * *

Físico de formación, Poul Anderson, nacido en 1926 en Estados Unidas, es poseedor de dieciséis premios por las más de 410 obras que ha escrito, que deben repartirse en todos los géneros conocidos: fantástico, ciencia ficción, novela negra, ensayo, histórico, etc.

Las obras que más se acercan a La saga de Hrolf Kraki, *es decir, las de tema histórico, y del género de fantasía heroica, escritas por el autor que nos ocupa, son las siguientes, que se escriben con titulo inglés y castellano cuando existe la correspondiente traducción:*

Tres corazones y tres leones *(Three Hearts and Three Lions, 1953) y* La espada rota *(The Broken Sword, 1954), que transcurren en el mundo de Faerie, la Tierra Mágica, poblada por elfos y trolls, que vienen a ser —sobre todo la segunda— una mezcla entre Roben E. Howard y J. R R Tolkien, con las que también se relacionaría* La saga de Hrolf Kraki; The Golden Slave *y* Rogue Sword, *ambas de 1960, de corte histórico;* The Merman's Children *(1979), cuya fantasía oscila entre la heroica y la propia de los mundos tolkienianos, por*

presentarnos las aventuras de unos seres elementales marinos; la trilogía de 1980, The Last Viking, *ambientada después de los sucesos narrados en* La espada rota; *el pastiche* Conan the Rebel *(1980), en donde el héroe cimmerio lucha contra un brujo estigio, y Bélit hace una fugaz aparición; y, finalmente, la tetralogía* El Rey de Ys, *escrita en colaboración con su esposa Karen, quien anteriormente se encargara de proporcionarle la documentación histórica para sus novelas, cuyo primer volumen apareciera en 1986, y que transcurre en los últimos tiempos de una Roma llena de sincretismos religiosos.*

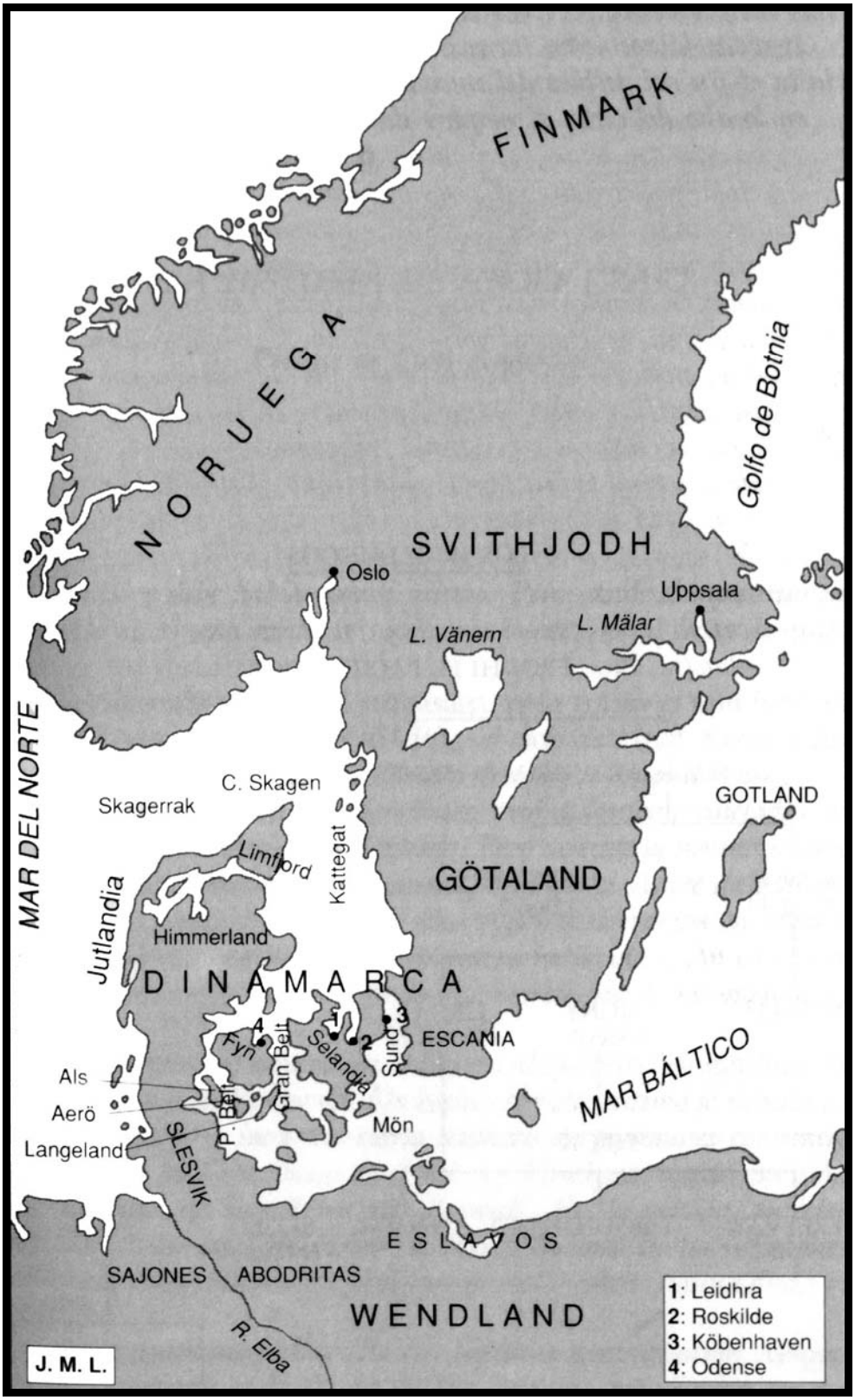
Anderson también utiliza el sincretismo en su obra, pero no el religioso, del que es un gran conocedor, sino el de temáticas, mezclando la fantasía con la ciencia ficción o el terror, aunque siempre con ese impulso tan suyo que debe venirle de su ingente lectura de sagas escandinavas, y que impregna con el sentido de la aventura toda su producción.

A punto ya de terminar estas líneas de presentación a la novela y al prólogo del propio autor, sólo queda remitir a la introducción, bastante más extensa que la presente, De espadas y aventureros: la fantasía de Poul Anderson, *que prologa* La espada rota, *por si acaso algún lector quiere profundizar en alguno de los particulares de la obra de nuestro escaldo, y señalar que en esta edición se han insertado bastantes notas, del traductor y de quien escribe estas líneas —aunque quizá no las suficientes—, para aclarar algunas puntos oscuros con los que el lector pueda no hallarse familiarizado, así como un mapa que recoge los lugares más importantes del mundo de Hrolf Kraki.*

¡Que disfruten con esta antigua historia de honor y amor, salvaje y tierna a un mismo tiempo, una historia de las que ya no hay!

Por desgracia...

Javier MARTÍN LALANDA

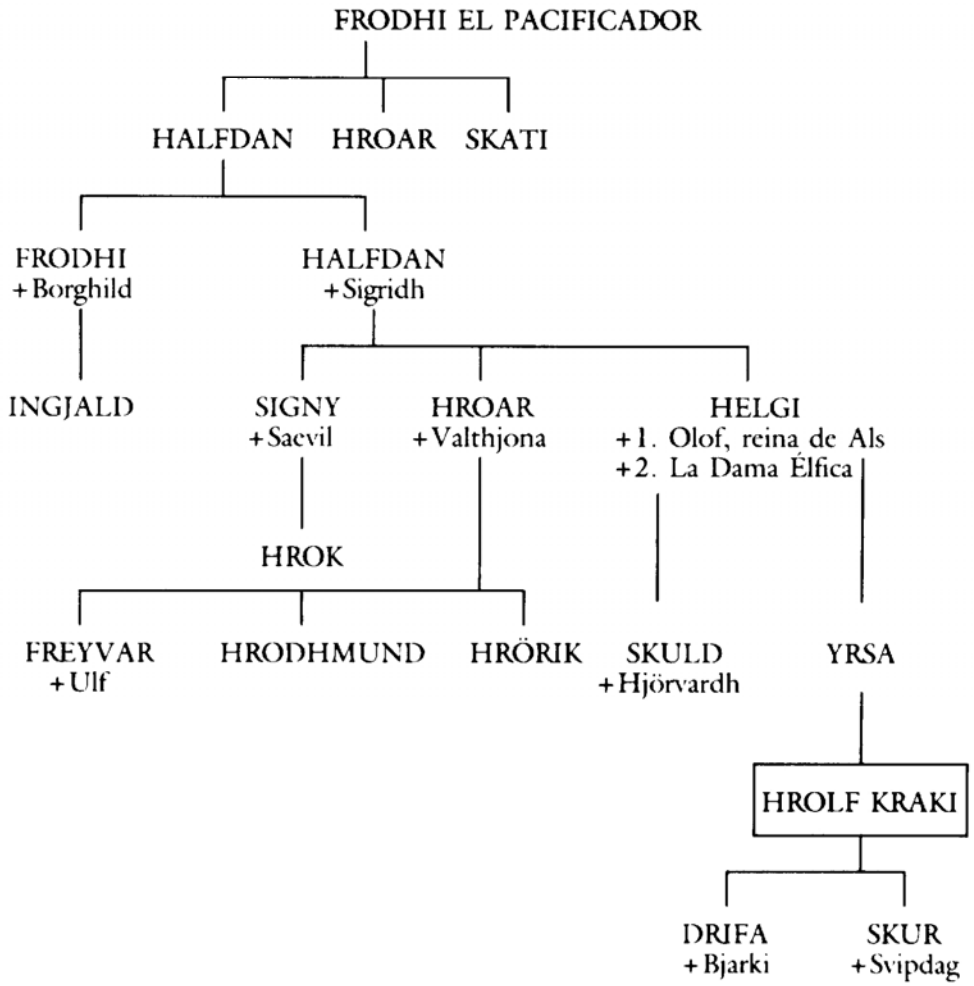


El mundo de Hrolf Kraki

Algo nos sobrevive, por perdida que esté
la vida: la memoria no se hunde en el fango.
Hasta el fin del destino del mundo permanece,
en lo alto del cielo, el nombre de los héroes.

Bjarkamaal

LOS SKIOLDUNGOS



A mis urdidores de historias favoritos:
los finlandeses Chelsea Quinn Yarbro y Emil Petaja.

LA HISTORIA DE HROLF KRAKI

Prólogo de Poul Anderson

Un libro debe hablar por sí mismo. Pero, desde el momento en que éste no es una fantasía moderna, puede que al lector le guste conocer sus fuentes.

En contraste con la Volsungasaga, *cuya trama es una historia que se desarrolla en tierras del Rin, el ciclo de Hrolf Kraki y sus héroes es puramente nórdico. En otro tiempo fue ampliamente conocido y tenía múltiples ramificaciones, profundamente ancladas en el alma y en las canciones del pueblo. Pero no tuvo la misma buena fortuna que la historia de Sigmund, Sigurd, el Azote de Fafnir, Brynhild y Gudrun: cuajar en una vigorosa narración en prosa e inspirar poemas que han sobrevivido en su integridad. Por eso es hoy prácticamente desconocido, por lo que merece que lo recordemos de nuevo.*

Su argumento, cercano en el tiempo al del Nibelungenlied, *es coetáneo con el de* Beowulf. *De hecho, él y este último se iluminan recíprocamente e incluyen cierto número de personajes comunes. El ejemplo más conspicuo es el del rey Hrothgar, cuya mansión fue liberada de monstruos por Beowulf. En la versión autóctona, Hrothgar es el tío Hroar de Hrolf. Se han hecho suficientes investigaciones adicionales para que no nos quede ninguna duda al respecto.*

Ahora podemos fechar esto con bastante aproximación. Gregorio de Tours, en su Historia de los francos, *menciona a un rey danés —al que una crónica un poco posterior califica de «geata»—, Chochilaicus, que cayó en el curso de una masiva expedición en Holanda. Tiene que tratarse de aquel señor al que* Beowulf *llama Hygelac, y* Hrolf *(y algunos otros fragmentos de sagas nórdicas), Hugleik. Basándonos en esto, podemos afirmar con razonable confianza que era en realidad un geata. No estamos seguros de si este pueblo vivía en Jutlandia o en la región sueca de Götaland, por entonces un reino independiente. Me parece que lo segundo ha de ser lo más probable. En cualquier caso, como ese caudillo fue un personaje real, no hay ninguna duda de que no lo sean otros cuyos nombres ocupan un lugar mucho más importante en la tradición: como los mismos Beowulf y Hrolf.*

Hugleik murió entre el 512 y el 520. En consecuencia, Hrolf floreció dos o tres décadas después. Ello sucedía durante el período de las invasiones, de las Völkerwanderungen, *cuando había caído Roma y las tribus germánicas estaban en marcha, un tiempo tan salvaje como el mundo no ha visto jamás. Podemos comprender por qué Hrolf Kraki fue gloriosamente recordado, por qué los narradores de la saga, generación tras generación, incorporaban a su séquito a todo héroe que podían, aunque esto significase reservarle cada vez menos parte del ciclo al rey mismo. Su reino fue —por comparación, en cualquier caso; en ¡a narración, al menos— un momento de sol durante una tempestad que rugió durante siglos. Se convirtió para el Norte en lo que Arturo para Gran Bretaña, y*

Carlomagno, después, para Francia. En la mañana de Stiklestad, quinientos años después y muy lejos en Noruega, a los hombres del rey Olaf el Santo los despertó un escaldo que cantaba en voz alta un Bjarkamaal: *uno de esos cantos en que los que los guerreros del pagano rey danés Hrolf eran llamados a su última batalla.*

Fragmentos de ello han llegado hasta nosotros. Conocemos también el Bjarkarímur, *una diferente, y tardía, colección de versos. En su crónica de la leyenda y la historia danesas, el monje que se hace llamar Saxo Grammaticus (ca. 1150-1206) ofrece todavía otro poema, en una larga paráfrasis latina a partir de la cual solamente podemos intentar reconstruir el original. (Un ejemplo se encuentra en el capítulo 1 de «La historia de Skuld», mientras que otras partes han sido elaboradas de una forma más en consonancia con la época, tal y como puede verse en los capítulos 2 y 3). El libro de Saxo —que probablemente incluye la más antigua relación de Hamlet de que tengamos noticia— cuenta la historia de Hrolf. Adicionalmente, encontramos menciones de ello en las* Edda Menor y Heimskringla *de Snorri Sturluson, en la abreviada* Skjoldungasaga, y *en referencias dispersas en distintos lugares. Las principales fuentes son unos cuantos manuscritos islandeses consagrados completamente a la leyenda. Desafortunadamente, ninguno de éstos es anterior a 1650 y tanto el estilo como la coherencia dejan algo que desear:*

Todas las fuentes se contradicen unas a otras, y en ocasiones a sí mismas, en diversos puntos. Más aún, son demasiado fragmentarias, dejan mucho sin explicar para el lector moderno que no sea un especialista en la antigua cultura nórdica.

Me he esforzado por hacer una *reconstrucción, si no* la *reconstrucción: juntar las mejores partes, llenar los huecos, usar las viejas palabras donde me parecían adecuadas y en caso contrario encontrar otras nuevas.*

Muchas elecciones y suposiciones pueden parecer discutibles, si no completamente arbitrarias. Sin embargo, podemos dejar a los eruditos el divertido pasatiempo de discutir las detalles. Para mí, las cuestiones más importantes giraban en cómo hacer que el lector disfrutase de la narración, sin que ésta dejase de ser fiel a las fuentes originales.

Por ejemplo, desde mi punto de vista y sin duda el del lector, demasiados nombres comienzan con H- *e incluso con* Hr. C*omo no me sentí con libertad de cambiar esto, a no ser que una de las fuentes ofreciese una alternativa, he intentado escribiros de tal manera que reduzcan al mínimo las probabilidades de confusión. Por razones similares he usado los topónimos modernos, excepto para territorios como Svithjodh que ahora ya no existen.*

Un riesgo mayor reside en el auténtico espíritu de la saga. Aquí no estamos en presencia de El Señor de los Anillos, *obra de un autor cristiano y civilizado —aunque probablemente sea una de las variadas fuentes de Tolkien—, Hrolf Kraki vivió en la medianoche de la Edad Media. Matanzas, esclavitud, robo, violaciones, torturas y ritos paganos sangrientos u obscenos formaban parte de la vida diaria. Los finlandeses, en particular, advertirán la brutalidad y la superstición a las que los escandinavos sometieron a su inofensivo pueblo [1]. Amor, lealtad y honestidad más allá de los más nimios tecnicismos, sólo eran para los parientes, para el jefe y los amigos mas íntimos. El resto de la humanidad eran enemigos o presas. Y a menudo, la cólera o la traición rompían los lazos que había que haber respetado.*

Adam Oehlenschlager, escribiendo en pleno romanticismo, podía mirar sentimentalmente a Helgi, Hroar y Hrolf. Yo no. Aunque sólo fuese por eso, necesitamos que hoy nos recuerden que jamás debemos suponer que la civilización se nos dé como cosa hecha.

Espero que el lector sea indulgente con ello, así como con el obligado carácter desgarbado del relato y de lo que hoy sentimos como una carencia de profundidad psicológica. Lo último sólo refleja cómo se veía a sí misma esa gente. Su conducta nos parece insanamente egoísta; pero para ellos, cada persona era en primer lugar un miembro de su familia y sólo en segundo término —por más codiciosa de riqueza o de fama que se sintiera—

[1] Por lo menos, las sagas los llaman «finlandeses», aunque, en la actualidad, muchos de ellos serían lapones.

ella misma. El Héroe, con mayúscula, no es ninguno de ellos, sino más bien ¡a sangre de Skiold, el Niño de la Gavilla, fluyendo a través de múltiples corazones diferentes.

Me he sentido obligado a dar al lector alguna idea de cómo vivía esa gente y de cómo funcionaba su sociedad. Sin embargo, mi propósito no era reconstruir una hipotética realidad histórica, sino un mito. Por esta razón he puesto la narración en boca de una persona que vivía en la Inglaterra del siglo X, cuando el ciclo había alcanzado su pleno desarrollo —una mujer, ya que así su estilo narrativo podía escapar al que habría usado un hombre, más propio de la saga—. Por tanto, ella aporta no solamente lo sobrenatural, sino también numerosos anacronismos. La Escandinavia que describe es, en su mayor parte, la que ella misma conoce.

Respecto a los nombres de persona, los de los dioses están en sus formas modernas. Como los de los hombres son exóticos, se miren por donde se miren, se han dejado en el antiguo nórdico, lo que los anglosajones llamamos Old Norse. *Ocasionalmente se ha modificado la ortografía, sin embargo, para facilitar al mismo tiempo la impresión y la lectura. Para aquellos lectores que se preocupen de estas cosas, la pronunciación en castellano se ajusta a las siguientes reglas, descansando siempre los acentos en la primera sílaba:*

> *a: generalmente larga; ae: como en alemán* a *o, aproximadamente, como en inglés* eh; *bj: como* bi; *dh: como* th *en inglés* this; *g: siempre suave como* gu; *hj: como* hi; *hr: como* jr; *j: como* y; *o: como en alemán o, aproximadamente, como el inglés* oo *en* good; *th: como* th, *en inglés* thunder; *u: larga como en* Skuld, *excepto cuando la sigue consonante doble (como en* Gunnarj; y: *como en castellano.*

Pero que el lector no se preocupe de estas cosas a no ser que esté especialmente interesado, pues lo que realmente importa es la narración.

1

Acerca de la narración

Había un hombre llamado Eyvind el Rojo, que vivía en el Danelaw[1] de Inglaterra cuando era rey Aethelstan. Su padre era Svein Kolbeinsson, que había llegado allí procedente de Dinamarca y a menudo había vuelto en viajes comerciales. Cuando fue suficientemente mayor, Eyvind se marchó. Sin embargo, como era más inquieto y ambicionaba más que Svein hacerse un nombre, al final entró al servicio del rey. En unos pocos años fue ascendiendo, hasta que en Brunanburh luchó tan vigorosamente y condujo tan bien a sus partidarios que Aethelstan le otorgó su completa amistad y quiso que residiese para siempre en la corte. Eyvind no estaba seguro de que eso fuese lo que deseaba para el resto de su vida, por lo que le pidió permiso para ir a visitar su antiguo hogar.

Encontró a Svein preparándose para otro viaje, y decidido a embarcar. En Dinamarca gozaron de la hospitalidad del caudillo Sigurd Haraldsson. Éste tenía una hija, Gunnvor, una bella doncella a la que Eyvind pronto empezó a cortejar. Los padres pensaron que sería un buen partido para ambas casas; y cuando Eyvind regresó a Inglaterra, se llevó a Gunnvor como su novia.

Entonces tuvo que acompañar al rey, que estuvo viajando ese invierno. Gunnvor fue también. Ella se ganó el corazón de las damas de la corte, porque podía hablar largamente sobre tierras y caminos extranjeros. Aunque Aethelstan no estaba casado, le llegaron noticias de ello: especialmente de una larga saga de los viejos días que ella estaba relatando. La llamó a su pabellón donde se sentaba con sus hombres.

—Éstas son noches lóbregas —la reprendió riendo—. ¿Por qué das a las mujeres un placer que a mí me rehúsas?

—Solamente contaba historias, señor —dijo ella.

—Bastante buenas, según he oído —respondió el rey.

Se la veía cohibida. Eyvind tomó la palabra en su nombre:

—Señor, conozco estas historias, y puede que no sean adecuadas para vuestra compañía —su mirada cayó en el obispo que se sentaba cerca—. Es un cuento pagano —Eyvind mantenía en secreto que aún daba culto a los elfos.

—Bien, ¿y qué importa? —preguntó Aethelstan—. Si yo contase entre mis amigos con un hombre como Egil Skallagrimsson...

—No hay nada malo en oír hablar de los antepasados, mientras no olvidemos que

[1] La zona de Inglaterra que había quedado asignada a los daneses en tiempos del rey Alfredo el Grande, por el siglo IX. (J. M. L.)

estaban equivocados —dijo el obispo—. Más aún, nos puede ayudar a comprender a los paganos de nuestro tiempo, y así enseñarnos el mejor camino para conducirlos a la Fe — después de un instante, añadió pensativo—: Debo confesar que pasé mi juventud estudiando en el extranjero y conozco menos sobre vosotros los daneses que la mayoría de los ingleses. Os estaría agradecido si pudierais explicarme las cosas a vuestra manera, mi señora Gunnvor.

Y así quedaron las cosas, de suerte que aquel invierno ella pasó muchas noches hablándoles de Hrolf Kraki.



2

La historia de Frodhi

I

En aquellos días, Dinamarca era menos extensa que ahora. Abarcaba la gran isla de Selandia y las otras pequeñas a su alrededor. Excepto por los cretosos acantilados de Mön, al Sur, es un país llano, en el que las colinas se ondulan tan suavemente como fluyen los ríos. Luego, hacia el Este, al otro lado del Sund, se encuentra Escania. La parte más angosta del estrecho, que puede recorrer a nado cualquier muchacho, se parece mucho a su hermana; y dicen que antaño la diosa Gefion arrancó Selandia de la península para poder tenerla para sí y para su amante, Skiold, el hijo de Odín. Pero hacia el Norte, donde se proyecta hacia el Kattegat, Escania se alza en cumbres rojizas, el término sur del Keel.

Es una tierra de suelo fértil, en cuyas aguas pululan los peces, las focas y las ballenas, cuyos pantanos oscurecen y atruenan las alas de los ánades, cuyos árboles viajan lejos convertidos en el maderamen de excelentes barcos. Pero esos mismos árboles crecen en bosques poco menos que intransitables, guarida del ciervo y del alce, del uro y del bisonte, del lobo y del oso. En tiempos antiguos, las soledades abarcaban más y eran más espesas de lo que son ahora, aislando entre sí los asentamientos de los hombres, cobijando no sólo a los forajidos, sino también a elfos, trolls y otros seres maravillosos.

Al norte de Escania está la tierra de los Gótar, a quienes los ingleses llaman geatas. Entonces era un reino con su propia ley. Más al Norte se encuentra Svithjodh, donde moran los suecos; el suyo era el mayor y el más poderoso de los países nórdicos. Al Oeste, a través de las montañas, estaba Noruega, entonces dividida en muchos pequeños reinos y tribus sumidos en constantes altercados. Más allá de Noruega y de Svithjodh viven los finlandeses. Son, en su mayoría, cazadores errabundos y pastores de renos, y hablan una lengua que no se parece a ninguna de las nuestras. Pero son tan ricos en pieles que, a pesar de definirse muchos de ellos como expertos en brujería, son atacados de continuo o sometidos a tributo por daneses, suecos y noruegos.

Volviendo de nuevo al Sur, al Oeste de Selandia encontramos el Gran Belt, y más allá de estas aguas la isla de Fyn. Luego viene el Pequeño Belt y después la península de Jutlandia. Jutlandia es una tierra más escarpada y dura que el resto de lo que hoy es el reino danés. Desde las playas del Skagen, ampliamente surcadas por los silbidos del viento, hasta los pantanos del Sur, donde los hombres andan sobre zancos como si fuesen cigüeñas, cerca ya de la desembocadura del poderoso Elba, se encuentra la madre de todas esas gentes que han vagado extensamente a través del mundo: cimbros, teutones, vándalos, hérulos, anglos

que dieron su nombre a Inglaterra, jutos, sajones, y tantos otros.

No solamente para ganar fuerza, riqueza y fama, sino para detener las interminables guerras e invasiones, los reyes daneses de Selandia y Escania intentaron someter a los otros a su poder. Y a veces vencieron en la batalla y fueron reconocidos como señores supremos en diversas partes. Pero no pasaba mucho tiempo sin que se desenvainasen de nuevo las espadas, y en los tejados de los condes que habían establecido para que dirigiesen aquellas tierras no tardaba en cacarear el gallo rojo. La mitad de las veces esto sucedía porque reyes que eran hermanos luchaban entre sí.

Decían descender de Skiold y Gefion. Se dice en Inglaterra —donde a Skiold le llaman Seyld— que fue conducido a la orilla en un barco sin remos. Estaba lleno de armas pero llevaba también una gavilla de grano donde descansaba la cabeza del niño. Los daneses lo tomaron por rey, y gran rey llegó a ser, que dio leyes y paz y estableció los cimientos del reino. Cuando al final murió, su apenado pueblo lo dejó a la deriva en un barco ricamente cargado, para que pudiese volver a ese hogar desconocido del que había venido. Creían que su padre había sido Odín. Y, a decir verdad, la sangre del Tuerto se mostró después de muchas maneras, de tal modo que algunos de los Skioldungos fueron sabios y pacientes patriarcas, otros salvajes y codiciosos, y, todavía, otros dados a escudriñar cosas que mejor hubiese sido no tocar.

Esto último fue lo que les sucedió más a menudo a los revés de Svithjodh. Eran los Ynglingos, que procedían de Freyr, que no es un dios del cielo sino de la tierra, cuya fertilidad se evoca en extraños ritos, como así mismo sus sombras, y ese moho que lo devora todo. En su sede de Uppsala, no pocos de estos reyes adoraron a animales e hicieron hechicerías. Además, engendraron buenos y esforzados guerreros, y, cuando al final los expulsó Ivar Palmo Ancho —mucho después de la historia que voy a contaros—, uno de sus hombres fue el antecesor de aquel Harald el de la Hermosa Cabellera, que convirtió a Noruega en un único reino.

Entre Skioldungos e Ynglingos hubo escaso amor y sí mucho derramamiento de sangre. Entre ellos estaba la tierra de los Gótar. Siendo menores en número que cualquiera de sus vecinos, estos últimos buscaron la amistad de ambos, o por lo menos el jugar un doble juego. Aun así no eran de ningún modo débiles. De entre ellos surgió ese hombre al que los ingleses llaman Beowulf.

Así estaban los asuntos en los días en que Frodhi el Pacificador se convirtió en rey de Dinamarca. De él se dicen muchas cosas, y como ganó la supremacía por medio de la guerra y de la astucia, prosiguió luego dando tales leyes y guardando tanto la paz que una doncella podía llevar un saco lleno de oro de una punta a otra de su reino sin sufrir ningún daño. Sin embargo, había también en él esa voracidad que podía darse en los Skioldungos y que, anteriormente, había ocasionado que a su antepasado Hermodh lo expulsasen del trono real en la ciudad de Leidhra y lo condujesen a las soledades del yermo. Se oyen diferentes historias sobre el fin de Frodhi; pero la que oiréis ahora es la que prefieren los escaldes.

Un barco de Noruega trajo para vender algunos cautivos de las tierras altas. De éstos, Frodhi escogió dos mujeres enormes y jóvenes, de cabello largo, enmarañado y oscuro, pómulos salientes, boca y nariz anchas, ojos sesgados, que iban vestidas con pieles malolientes. Ellas se llamaban, con voz atronadora, Fenja y Menja. Se contaba cuántas vidas, como anunciaron, había costado atraparlas y cómo ellas no eran en realidad humanas sino de la raza de los Jötun. Un sabio advirtió a Frodhi que jamás se las podría haber hecho cautivas de no haber intervenido en ello la voluntad de una Norna[1]. Pero el rey no prestó atención a aquellas palabras.

Tenía él un molino de mano llamado Grotti. Nadie sabía de dónde procedía; quizá de uno de esos dólmenes que se levantan severos en las tierras danesas, desde hace tanto que los

[1] Las Nornas, en número de tres, son divinidades del Destino. *(N. del T.)*

nombres de sus constructores ya se han olvidado. Una bruja había afirmado que el molino podía moler y fabricar, por tanto, todo lo que el rey quisiese; pero como nadie había tenido la fuerza suficiente para manejar el mango de roble que hacía girar la piedra superior, él pensó que aquellas mujeres sí podrían.

Y bien que pudieron. Las puso en un lóbrego cobertizo donde se encontraba el molino. Un viejo canto cuenta la historia de lo que siguió.

Ahora ellas vinieron a, la casa del rey,
las dos divinidades, Fenja y Menja.
Vendidas a Frodhi, el hijo de Fridhleif,
fueron las dos doncellas, poderosas en la esclavitud.

Allí fueron las mujeres puestas a trabajar,
tenían que mover la piedra pesada,
y nunca Frodhi les daba descanso.
Les ordenaba cantar sin cese en el molino.

Dieron las doncellas una voz al molino,
las piedras gimieron; gruñó en la tierra.
Todavía ordenó a las doncellas moler y moler.

Movieron y movieron velozmente la piedra.
Fue a dormir la mayor parte de los esclavos de Frodhi.
Entonces cantó Menja, junto al mango del molino:

«Te molemos bienestar, Frodhi, y riquezas,
y mucho ganado, en el molino de la suerte.
Te sentarás en la abundancia y dormirás en plumones
y despertarás cuando lo desees. ¡Bien está molido!

Aquí ya nadie dañará a ningún otro,
romperá la paz, o asesinará a su prójimo,
ni matará al que mató a su propio hermano,
aunque tenga al asesino preso y sin ayuda.»

Pero Frodhi para ellas no tenía otras palabras que éstas:
«Tanto tiempo podréis dormir como el cuchillo guarda silencio,
o lo que uno en decir tarda un único verso.»

«Insensato fuiste, Frodhi, tú a quien ama tu pueblo
cuando nos compraste para ser tus esclavas,
viendo que parecíamos buenas trabajadoras,
pero no preguntaste de qué tierra somos.

Fuerte era el gigante al que llamaban Hrungnir,
pero todavía más fuerza tenía Thjazi.
Idhi y Aarnir son de nuestra sangre:
hermanas de los trolls de las montañas; tal es nuestro linaje.»

Nunca fuera Grotti hecho de granito,
ni de los acantilados extraídas sus piedras.
Ni ellas molieran —las doncellas de las montañas—

Librodot

si no conocieran lo que hacen girar:

«Durante nueve inviernos enteros creció nuestra fuerza
mientras jugábamos bajo la tierra.
Entonces estuvo maduro de las doncellas el poder.
Levantábamos colinas y las llevábamos en nuestras espaldas.

Nosotras derribamos las piedras en las mansiones de los Jötun
y las arrojamos a los valles con un ruido de muerte.
Del mismo modo tiramos las losas de los acantilados,
con las que después los hombres hicieron sus casas.

Después viajamos las hermanas adivinas
a Svithjodh en busca de guerra.
Osos matamos y escudos partimos,
rompiendo las huestes de cotas grisáceas.

A un rey alzamos, y hundimos a otro,
dimos nuestra ayuda al bueno de Guthorm,
con muerte y con fuego, hasta que cayó Knui.

En todos esos años estuvimos batallando,
bien conocidas que éramos como las doncellas guerreras.
Nos labrábamos nuestro camino con las afiladas lanzas,
y la sangre oscurecía la maldita espada.

Ahora estamos en la casa del rey.
La mala fortuna nos ha convertido en siervas del molino.
Nuestros pies roe la grava, tiritamos de frío,
otra cosa no hacemos más que trabajar... ¡Malhaya Frodhi!

Que la piedra pare y *descansen las manos.*
Ya he molido bastante; no moleré más.
Pero nunca las manos conocerán descanso
hasta que la codicia de Frodhi se dé por satisfecha.

Ahora las manos empuñarán las endurecidas lanzas
y las enrojecidas armas. ¡Despierta, Frodhi!
Despierta, Frodhi, si es que deseas
oír nuestros cantos y sagas de antaño.

Veo que arde fuego hacia el Este,
signo que anuncia la guerra que acecha.
Una hueste extranjera hacia aquí se apresura
para quemar la fortaleza construida por Frodhi.

Serás arrojado del trono de Leidhra,
de los rojizos anillos y del molino de las riquezas
Ase más fuerte, doncella, el mango del molino,
porque ahora molemos sangre en la tierra.

Fuertemente moliendo la molienda del hado,

vemos a cuántos la muerte ha marcado.
Ahora sacudimos los fustes de hierro
que sostienen el molino. Duro lo menearemos.

Duro lo menearemos. Sólo el hijo de Yrsa
puede redimir lo que para ti está perdido:
él que es al mismo tiempo el hermano de Yrsa[1]
y el hijo que ha criado, como bien lo sabemos.»

Las doncellas molían, y grande era su fuerza;
las conservó allí jóvenes la ira de los Jötun.
El molino se hundió y yace en el polvo,
las piedras crujieron y se hicieron añicos.

Cantaron entonces las doncellas procedentes de las montañas:
«Ya hemos trabajado como tú nos dijiste, Frodhi,
y molido tu destino. ¡Ya hemos trabajado bastante!»[2]

Y así en su ira, Fenja y Menja conjuraron una hueste vikinga que cayó sobre la ciudad del rey y lo asesinó. Respecto a lo que sucedió a las gigantas, se cuentan diferentes historias; pero todas coinciden en que aquí el destino se desplomó sobre los Skioldungos.

Frodhi dejó tres hijos, Halfdan, Hroar y Skati. Los tres se enzarzaron en lucha para ver quién sería el primero. Ésta ha sido la maldición de las tierras del Mar del Norte, que sus reyes engendrasen muchos hijos y que la pretensión del uno fuese tan buena como la del otro, tanto si hubiese nacido de una reina, de una amante, de una esclava o de un encuentro fortuito: en cualquier caso no podría hacer otra cosa que reclutar hombres que esperaban ganar si él vencía.

Aquella vez la suerte recayó en Halfdan. Incluso murió en el lecho, aunque bastante joven. Dejó dos hijos. Al mayor lo llamaron Frodhi, como a su abuelo. Al menor, que nació después de que Halfdan hubiese muerto, le pusieron el nombre de éste.

Antes hablé de condes. No me refería exactamente a los condes ingleses, aunque las palabras sean semejantes. Un conde, o sea, un *jarl,* es un jefe solamente subordinado al rey. En ocasiones, el rey lo establecerá sobre una parte del país; en otras un conde se convertirá en una especie de rey, que lo es en todo menos en el nombre. Así sucedió que mientras estos niños, Frodhi y Halfdan, fueron pequeños, Einar, conde de las tierras de los alrededores del sitio real en Leidhra, tomó el reino a su cargo.

Era un hombre sensible que no quería ver de nuevo a Dinamarca desgarrada por las discordias. Con este fin, consiguió que los pequeños terratenientes, cuando se reunían en las Asambleas, llamadas *Things,* reconociesen a ambos herederos como reyes. Pero fueron aclamados separadamente. Halfdan reinaría en Selandia y Frodhi en Escania.

El conde Einar, además, concertó los matrimonios para cuando los muchachos hubiesen crecido. Halfdan se casó con Sigridh, hija de un rey sin importancia de la isla de Fyn. De ella tuvo tres hijos, que llegaron a mayores. La mayor era una niña, Signy, que a su debido tiempo se casó con el hijo y heredero de Einar, Saevil. Cinco años más pequeño que ella era el niño Hroar, y dos años más pequeño que éste su hermano Helgi.

La costumbre establecía que los niños de alta cuna fuesen criados en las casas de gente de rango inferior. Así aprendían las artes y las habilidades propias de un joven o de una doncella; y al mismo tiempo se forjaban lazos de amistad. Regin Erlingsson, *sheriff* [3] del

[1] Hrolf Kraki *(N. del T.)*

[2] Este poema es «El Canto de Grotti», de la *Edda Mayor. (N. del T.)*

[3] Oficial del rey, del que derivaría el idéntico título hecho popular por los *westerns* en época posterior. (J. M. L.)

condado en donde estaba Leidhra, se hizo cargo de Hroar y de Helgi Halfdansson. Les tomó tanto apego como si hubiesen sido sus propios hijos.

El rey Halfdan era apacible y de fácil trato. El pueblo lo amaba por su liberalidad y por la justicia de sus juicios.

Pero mientras tanto, el rey Frodhi de Escania se había convertido en un hombre violento y codicioso. Se casó con Borghild, hija de un rey de aquellos sajones que residían en el sur de Jutlandia, los sajones abodritas. De esta manera consiguió aliados que, con medios para cruzar el mar Báltico, imponían el suficiente temor a Svithjodh para que se mantuviese a distancia de su retaguardia. Cuando Borghild murió al dar a luz a su hijo Ingjald, Frodhi envió al niño para que lo educase su abuelo. Sin embargo, a cuenta de ello, forjó grandes sueños. Mientras tanto, cargado de años, murió Einar. Entonces las cosas se desarrollaron de la siguiente manera:

En la ciudad de Leidhra, en Selandia, residían el rey Halfdan y la reina Sigridh. Él era muy querido, pero, como no anhelaba la guerra, no se preocupó de tener una guardia fuerte, ni ofreció a sus súbditos más turbulentos muchas posibilidades de ganar fama y botín en el extranjero. Su hija Signy era la esposa del conde Saevil Einarsson. Sus hijos Hroar y Helgi eran simples muchachos, que vivían con Regin a unas veinte millas de la ciudad real.

Mientras tanto, en Escania, el rey Frodhi meditaba taciturno.

Como conspiró con los descontentos de Dinamarca, así como con cabecillas suecos, geatas y jutos, le costó poco trabajo reclutar un gran ejército.

Entonces cruzó en barco el Sund, izó su estandarte e hizo sonar el cuerno de bronce. Los guerreros acudieron a su llamada. Demasiado tarde pasó la flecha de granja en granja convocando a aquellos que debían luchar por el rey Halfdan. Saqueando y quemándolo todo, Frodhi recogió una victoria tras otra por donde fue pasando. En un encuentro sucedido en lo más oscuro de la medianoche, cayó sobre el ejército de Halfdan, lo desbarató por completo y él mismo mató a su hermano.

Después de aquello, llamó a los caudillos daneses a un *Thing* e hizo que le jurasen fidelidad. Entre aquellos que, para salvar sus vidas, pusieron las manos sobre los anillos dorados y juraron por Niord y Freyr y el poderoso Thor que nunca le abandonarían, se encontraba el conde Saevil, el marido de Signy, la hija de Halfdan.

Acto seguido, Frodhi afianzó su posición casándose con la viuda de su hermano, Sigridh. A ella no le quedó otra elección, pero su rostro estaba pálido cuando fue al lecho con él. Entonces Frodhi envió a buscar a los hijos de ella. Anunció que quería comprobar que estaban bien cuidados. La mayoría supuso que el cuidado consistiría en cortarles el cuello lo más deprisa posible, para que no pudieran crecer y vengar a su padre.

II

El *sheriff* Regin no había estado en aquel *Thing.* Cuando las huestes de Halfdan se dispersaron, regresó a su casa tan rápido como pudo, en compañía de aquellos de sus partidarios que todavía estaban vivos. Sabía que tenía pocos días para protegerse de Frodhi, pocos días en verdad.

—No podemos ofrecerle resistencia —dijo—. Y yo di mi palabra de que cuidaría de estos jovenzuelos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó un guerrero.

Regin se rió entre dientes.

—Eres un compañero sobradamente fiel. Sin embargo, no necesitas conocerlo.

Era un hombre grande, con el rostro enrojecido y los ojos blanqueados por la vida a la intemperie, cabello y barba gris acero, bastante barrigudo pero todavía fuerte y astuto para ser

el *sheriff* del condado. Los hijos que su mujer Aasta le había dado llevaban casados hacía tiempo. Por ello, así como por el honor que suponía, los dos se habían sentido felices de proporcionar un hogar a Hroar y a Helgi.

Se encontraba en el Isefjord, que es una ancha y bien abrigada bahía, donde la tierra se extiende verde hasta el mismo borde de las aguas, en las que siempre resuenan los chillidos de patos, gansos, cisnes, zarapitos, gaviotas y de todo tipo de aves. La mayoría de los árboles habían sido talados, pero la vegetación todavía crecía salvaje en la parte sur del lugar; más cerca, subsistían pequeños bosquecillos por los que trepaban las ardillas y los muchachos. A través de los campos se extendían, diseminadas, las casas de los pequeños propietarios, construidas con tablas, con tejados de césped, de cuyas chimeneas salía en espiral el humo negro que el viento salado esparcía rápidamente. Era aquélla una buena tierra, en la que el centeno, la cebada, el trigo y el lino parecían sonreír bajo el sol y las nubes de verano vertiginosamente altas.

Aunque la morada de Regin no era una mansión real, su fachada pintada de negro venía a formar uno de los lados de un patio empedrado. Los otros tres estaban dedicadas a cobertizo, establo, caballeriza, taller y otras dependencias menores. En los saledizos de las vigas se habían tallado cabezas de dragones para espantar a los trolls. Hacia el Este, la casa daba a un promontorio desde el que Regin presidía a la vecindad en las ofrendas a los dioses.

Un sendero conducía en declive hasta un embarcadero. Había varias islas en la bahía. La más cercana, aunque pequeña, estaba espesamente cubierta de bosque. Allí moraba un anciano labrador llamado Vifil, al que solamente dos grandes sabuesos hacían compañía. La mayoría de la gente lo esquivaba, porque era un individuo extraño y de habla cortante, y además se decía que en ocasiones practicaba la hechicería.

Pero Regin y él eran viejos amigos. «Si puede encerrar el viento en una bolsa, ¿por que tendría yo que prescindir de su ayuda? —se dijo el *sheriff riendo* para sí—. Entonces, ¿es que pretendes remar en el tumultuoso viento?» Más aún, Viril había sido siempre un incondicional partidario de Halfdan, cuando los jóvenes rezongaban que el rey era un haragán. A veces, Hroar y Helgi cogían una barca e iban a visitarlo.

Ningún regocijo se levantó cuando Regin entró montado en el patio de su casa. Los muchachos salieron rápidamente al oír los cascos de su caballo. Gritos, preguntas, baladronadas salieron a raudales de sus labios. Entonces miraron a su padre adoptivo, y fue como si una espada segase sus voces. Aasta vino detrás de ellos, seguida de los criados de la casa, vio y no dijo nada. Por un momento, el silencio llenó la luz de la tarde.

Al fin el *sheriff* desmontó, haciendo crujir el cuero y tintinear el hierro. Se quedó encorvado, las manos colgando vacías. Sin decir ni palabra, uno de sus hombres se llevó el caballo. Hroar apretó los puños contra los costados y gritó:

—¡Nuestro padre ha muerto! Ha muerto, ¿no es verdad?

—Sí —susurró Regin—. Vi caer al suelo su estandarte, cuanto intentábamos reagruparnos a la luz de las antorchas, después de que Frodhi nos sorprendiese en nuestro campamento. Después me oculté...

—Yo no me habría escondido si mi padre me necesitase —dijo Helgi, medio sofocado por las lágrimas que no podía contener.

—No podíamos hacer nada —le contestó Regin—, y yo tenía que pensar en vosotros, sus hijos. Hacia el amanecer, los de Isefjord empezamos a encontrarnos los unos con los otros. Uno había sido herido y yacía sin que nadie le prestase atención hasta que al fin tuvo suficientes fuerzas para arrastrarse. Nos contó cómo Frodhi asesinó a Halfdan, que estaba atado —tras un instante, añadió—: Primero hablaron. Frodhi dijo que tenía que hacerlo porque sólo así podía reunificar el reino, como en los días de su homónimo el Pacificador. Halfdan le contestó resueltamente: «Ojalá que encuentres su mismo final.»

Los dedos de Aasta retorcieron la toalla que llevaba.

—¡Tan joven! —sollozó.

Regin asintió gravemente. Una brisa agitó su sudorosa cabellera; una gaviota chilló.

—No creo que Frodhi, habiendo matado al lince, deje ahora los cachorros en la madriguera —dijo.

Su mirada cayó sobre ellos. Hroar tenía doce inviernos y Helgi diez; pero el hermano menor era el más alto y de hombros más anchos, pues el mayor era bajo y delgado. Los dos tenían largas cabelleras aclaradas por el sol, que caían alrededor de sus cuellos y de sus rostros morenos que ya empezaban a mostrar los rasgos de los Skioldungos; entre todo ello, sus grandes ojos destellaban como rayos azules. Iban vestidos iguales, con jubones de cuero encima de camisas y calzones de algodón gris claro. Pero Hroar empuñaba un palo de madera donde había estado grabando runas, para ayudarse a aprender estos signos, mientras que Helgi llevaba en su cinturón una honda, una bolsa llena de piedras y un cuchillo de caza.

—Ojalá... que... hubiese podido conocer mejor a mi padre —susurró Hroar.

—Me sentiré contento si lo vengo —Helgi tragó saliva. No parecía que aquellas palabras las hubiese dicho un niño.

—Para eso tienes que seguir vivo —advirtió Regin—. No puedo teneros a mi lado. Si lo intentase, arderíamos en esta casa después de que los hombres de Frodhi nos hubiesen cercado. Es mejor para vosotros que vuestros amigos vivan, y así poder ayudaros en otra ocasión.

—No pueden huir a los bosques como si..., ¡como si fuesen proscritos! —gritó Aasta.

Helgi meneó la cabeza.

—Podemos vivir perfectamente entre los lobos, madrina —dijo.

—Quizá; pero los lobos nunca vencen a las espadas —dijo Regin—. Tengo un plan. Ya hablaremos de él más tarde —arrastró los pies hacia donde estaba su esposa—. Ahora dame comida y un trago de cerveza, y déjame dormir. ¡Oh, dioses, dejadme dormir!

Fue una silenciosa fiesta de bienvenida.

Regin se levantó antes del amanecer. Fue a la cama cerrada[1] que los hermanos compartían, descorrió las cortinas y los sacudió para que se despertasen, un dedo puesto en la boca. Sin decir palabra se pusieron las ropas y lo siguieron hasta la orilla. Era pleno verano y la noche luminosa derramaba sobre sus cabezas una palidez en la que sólo centelleaban unas cuantas estrellas, que hacía aparecer la bahía como un escudo bruñido. Lo más despacio y sigilosamente posible, para reducir al mínimo el chapoteo de las olas, los condujo remando hasta la isla de Vifil.

Después de encallar la barca, el hombre y los muchachos desembarcaron en medio de espesas tinieblas. Ladrando amenazadoramente se aproximaron dos negras formas, los sabuesos a los que llamaban Hopp y Ho. Cuando reconocieron a los invitados que acababan de llegar, menearon las colas y les lamieron las manos.

El granjero vivía en una cabaña al norte de la isla. Una vez levantado, Vifil reavivó el fuego del hogar en la única habitación, medio subterránea, que constituía su morada. El ambiente estaba cargado de humo y hedor. A través de la oscuridad uno podía atisbar sus pocas y pobres herramientas —un cuchillo, un hacha, una red de pescar, anzuelos de hueso, un plato de esteatita y otras cosas semejantes—, así como la olla, los bastones rúnicos y las cuerdas extrañamente anudadas mediante las cuales se decía que hacía magia. Era alto y flaco, con la barba blanca, sucio y maloliente en sus apolilladas ropas de lana y en su manto de piel de tejón. Con todo, bajo sus prominentes cejas, sus ojos no escudriñaban con enemistad a los príncipes.

Regin le contó lo sucedido. Vifil asintió; ¿conocía las noticias de antemano?

—Bien, espero que puedas esconder a estos chicos —concluyó el *sheriff—,* porque, si tú no puedes, entonces no conozco ninguna otra forma de salvarlos.

Vifil se tiró de los pelos de la barba.

—Es un mal asunto enfrentarse con ese Frodhi —masculló, pero finalmente estuvo de

[1] Hasta el siglo XII, la gente de alcurnia dormía en las llamadas «camas cerradas», que eran camas metidas en una especie de nicho construido en la pared. Como era costumbre poner sobre ellas muchas almohadas, se dormía, prácticamente, sentado. (I. M. L.)

acuerdo en que tenía la obligación de ayudarlos en la medida de lo posible.

Regin los abrazó para despedirse.

—Ojalá que la suerte no os abandone —dijo torpemente.

—Me parece que las Nornas que les cantaban en la cuna no les anunciaron un destino ordinario —dijo Vifil.

Regin se apresuró a llegar a la orilla antes de que hubiese amanecido. Pasó el resto del día moviéndose a sus anchas por el Isefjord, para asegurarse de que lo veían. De esta manera, cuando Hroar y Helgi no apareciesen en su casa, la gente adivinaría que se los habría llevado, pero no sabrían adonde.

Vifil los proveyó de pan, queso y pescado seco antes de llevarlos a los bosques. Allá tenía un sitio en donde almacenaba en frío la carne y la leche que le daban los pocos animales que poseía. Era poco más que un hoyo con un techo de ramas y de césped. Uno bajaba y salía de él por medio de un *kraki,* un tronco de abeto cuyos tocones, al haberlo podado de ramas, formaban una especie de escalera. Los tres se afanaron juntos, colocando de nuevo la maleza para enmascarar toda huella de trabajo humano.

—Probablemente, los hombres del rey vengan a inspeccionar la isla —dijo Vifil—. Frodhi no es tonto, y sabrá que vuestro padre adoptivo y yo éramos antiguos amigos. Quizá no os encuentren si os agazapáis aquí. Mientras tanto, que nadie os vea desde la costa. Yo... haré todo lo que pueda.

No permitió que le viesen hacer lo que hizo acto seguido, tanto en la cabaña como en un dolmen que se alzaba en medio de retorcidos árboles.

Poco después, Helgi y Hroar estaban completamente acomodados. Ningún muchacho puede afligirse por mucho tiempo; y en cualquier caso, ellos nunca habían conocido de verdad a su padre. Si tenían que dormir en la tierra desnuda..., bueno, pues ya lo habían hecho antes a menudo cuando iban de caza. Que Vifil era un hombre de pocas palabras no tenía nada de malo; al contrario, les dejaba tiempo para charlar de sus sueños. Cuando el sol estaba en lo alto, debían permanecer dentro del bosque, que ellos recorrían con Hopp y Ho jugando o persiguiendo nidos de pájaros. En las noches luminosas, antes de descansar, podían nadar y hasta pescar. A veces, mirando a través de las aguas la casa de Regin, les parecía un sueño que se había marchitado, que había dejado de pertenecer a la realidad.

Pero su paz fue de corta duración. Cuando una concienzuda inspección de la propiedad del sheriff no pudo descubrirlos, Frodhi ordenó a sus hombres que registrasen el reino entero. Cerca y lejos, al Norte, Sur, Este y Oeste, envió observadores; prometió rica recompensa a cualquiera que le diese noticias de sus sobrinos, y amenazó con torturar hasta la muerte a quien se atreviese a ocultarlos. Sin embargo, ni una sola palabra útil llegó a sus oídos; y en la expresión de la reina Sigridh empezó a añorar una glacial alegría.

Al final, Frodhi llegó al convencimiento de que detrás de ello debía esconderse alguna magia, y envió a buscar a aquellos que tuvieran conocimientos de lo oscuro.

III

Durante cierto tiempo la gran mansión de Leidhra albergó a hechiceras y sabios en rápida sucesión. Frodhi les dijo que usasen su clarividencia para explorar Dinamarca de arriba abajo, tanto islas y arrecifes como la tierra firme. Pero no vieron nada.

Después solicitó el favor de los brujos, no solamente de los expertos en ensalmos y en pronosticar sueños, sino también de los hombres que hervían pociones mágicas en calderas y de los que se decía que cabalgaban en el viento nocturno o levantaban a los muertos o convocaban a seres más temibles todavía. Eran, en su mayoría, vagabundos a los que rehuía la gente de bien. Los mercenarios y esclavos de la casa retrocedían ante ellos y hacían signos

para protegerse de la maldición; los miembros más corpulentos de la guardia no podían reprimir del todo un escalofrío. Finalmente vinieron tres a los que Frodhi recibió bien, sentándolos enfrente de él al otro lado del fuego y mandando a la reina que les trajese personalmente de comer y de beber.

—Han cambiado los días en que yo servía a reyes y guerreros —dijo con tristeza la mujer alta de rubias trenzas—. Jamás seré la anfitriona de aquellos que tienen que descubrir a los hijos de mi cuerpo.

Su nuevo marido le echó una fría mirada.

—Sírvelos, Sigridh mía —respondió; y ella se rindió.

Se cuchicheaba entre los sirvientes, que a veces oían casualmente lo que sucedía en las habitaciones reales interiores, que Frodhi la estaba amansando rápidamente, no con golpes que habrían despertado su rabia, sino con lujuria experta e inflexible voluntad. Era uno de los Skioldungos de baja estatura, rápido de pies, más rápido todavía con la espada, y velocísimo y mortal en su astucia. Lustrosos cabellos castaños y una tupida y recortada barba enmarcaban un rostro enjuto, de nariz ganchuda y mirada glacial. Vestía bien: aquella noche llevaba una diadema y un brazalete de oro, una túnica verde guarnecida de marta, calzones rojos y polainas de cabritilla blancas.

Con Sigridh había hecho un acuerdo legal, pagándole el *weregild* [1] por haber asesinado a Halfdan y haciéndole un costoso regalo de duelo después que se casaron. Ella hablaba poco y nunca reía, pero sin duda esperaba influir lo suficiente en él para salvar algo del naufragio. Respecto al resto de los daneses, la mayoría le tenían aversión por los pesados tributos con que los cargaba y por los juicios que pronunciaba cruelmente en provecho propio. Pero como ningún otro Skioldungo estaba a la vista, la cólera de Odín caería sobre aquella tierra si no estuviera regida por un hombre de su propio linaje.

Los brujos eran una desaseada cuadrilla de raídos mantos negros. Por sus venas corría sangre finlandesa. Después de que se hubieron recogido las mesas, se pusieron de pie, colocaron sus ollas en el fuego, echaron las runas y chillaron sus desiguales cánticos ante el sitial de Frodhi. En el poste de la derecha estaba tallada la figura de Odín, padre de la magia; en el de la izquierda la de Thor, pero era como si aquella noche la oscuridad envolviese al Portador del Martillo. En algún sitio un lobo aulló, y maulló un gato montés, sonidos que no se habían oído en las proximidades de Leidhra durante años. Los hombres se acurrucaron en los bancos. Frodhi estaba sentado inmóvil, esperando.

Al final, el gris y arrugado portavoz de los tres brujos dijo:

—Señor, sólo nos hemos enterado de que los muchachos no están en tierra firme; sin embargo, no están lejos de vos.

El rey se acarició la barba y habló tranquilamente:

—Los hemos buscado por todas partes. Me cuesta creer que puedan estar en las proximidades. No obstante, ahora recuerdo que hay islas en la costa donde se encuentra la casa de su padre adoptivo.

—Entonces, buscad primero en la más cercana de todas, señor —dijo el brujo—. Nadie vivía en ella excepto un pobre granjero. Sin embargo, había tal niebla alrededor de la isla, que no hemos podido mirar en su vivienda. Pensamos que tiene que ser muy sabio y de ninguna manera lo que aparenta.

—Bien, lo intentaremos —dijo el rey—. Es extraño que un miserable pescador pueda ocultar a esos individuos y atreverse a tenerlos a mis espaldas.

En verdad, una espesa neblina se había levantado en Isefjord aquella noche. Por la mañana temprano, Viril se despertó y dijo a sus protegidos:

—Hay cosas extrañas volando, y poderosos fantasmas han llegado hasta nosotros. Los oí susurrar en la oscuridad, todavía los oigo en la penumbra. ¡Levantaos, Hroar y Helgi

[1] Indemnización que el criminal pagaba a los familiares de la víctima. (J. M. L.)

Librodot

Halfdansson, y escondeos en mis bosques este día!

De un salto, se apresuraron a cumplir su mandato.

Antes del mediodía, una tropa de la Guardia Real cabalgó hasta la costa y comunicó a Regin que debía suministrarles unas barcas. Para entonces, la niebla se había despejado y la luz del sol brillaba en yelmos y lanzas. Vifil los saludó tan hoscamente como pudo, en cuanto se dio cuenta de lo que estaban buscando. Después de varias horas enteras, no consiguieron encontrar nada. Por la noche, Regin tuvo que hospedarlos, cosa que hizo con poco esmero.

Al día siguiente regresaron a Leidhra y comunicaron su fracaso al rey.

—Habéis sido malos cazadores —atajó el rey—. Ese granjero es un maestro de la brujería. Volved de nuevo y ved si podéis cogerlo por sorpresa.

Una vez más, los hombres del rey fueron a registrar el lugar. Aunque Vifil les enseñó todo lo que pidieron, no vieron ni rastro de sus presas. De nuevo tuvieron que volverse con el rabo entre las piernas.

Mientras tanto, los brujos habían contado más cosas a Frodhi acerca del misterio que se agazapaba en aquella isla, y de la ceguera que ni ellos ni los que enviaban para espiar por cuenta suya podían penetrar. Cuando escuchó al Mariscal[1] de su Guardia, Frodhi enrojeció y palideció alternativamente. Golpeó el sitial y gritó:

—¡Ya hemos tolerado bastante a ese patán! Mañana por la mañana yo mismo me encargaré de la búsqueda.

Al amanecer, Vifil se despertó de un sueño pesado. Turbado, levantó a Hroar y Helgi y les dijo:

—Ahora las cosas se ponen feas, porque vuestro pariente Frodhi está en camino, y buscará vuestras vidas con todo tipo de engaños y de malicias. No estoy seguro de poder salvaros —se tiró de la barba y meditó tristemente—. Si tratáis de permanecer todo el tiempo escondidos en el almacén como antes, con el tipo de búsqueda que va a emprender puede muy bien que os encuentre. Mejor os estáis revoloteando entre la maleza y los árboles. Por supuesto, ojearán los bosques buscándoos, por lo que necesitaréis esa guarida en el momento preciso... Bueno, permaneced a la escucha. Y, cuando me oigáis llamar a los sabuesos, Hopp y Ho, recordad que es a vosotros a quienes me refiero, y meteos bajo tierra.

Hroar asintió sombrío, con el rostro sudoroso. Helgi sonrió; para él se trataba de un gran juego.

El rey llegó, no a caballo sino en un barco que había salido de lo que hoy llamamos el fiordo de Roskilde. El casco soportaba muchos más hombres de los que las barcas de Regin hubiesen podido transportar. Encallaron en un banco de arena, echaron el ancla, y saltaron a tierra. Viril permaneció apoyado en un bastón, bajo los árboles que estaban empezando a cambiar de color. Un frío y estridente viento se levantó, revoloteando en las capas. Las puntas de las lanzas oscilaban, las cotas de malla crujían.

—¡Cogedlo! —gritó Frodhi.

A empujones llevaron al granjero ante el rey.

Frodhi lo miró ceñudo y dijo, recalcando bien las palabras:

—Eres un loco, y un taimado, ¿verdad que sí? Dime en seguida dónde están mis sobrinos..., ¡porque yo sé que tú lo sabes!

Vifil se encogió de hombros.

—¡Salud, rey! —respondió—. ¿Cómo puedo defenderme de una acusación semejante, cuando, si me retenéis aquí, ni siquiera puedo mantener al lobo alejado de mi pequeño rebaño? —los hombres de la guardia se estaban desplegando por el terreno, en dirección hacia los bosques. Vifil llenó los pulmones de aire y gritó—: ¡Hopp y Ho, alejad a las bestias!

—¿A quién estás llamando? —preguntó Frodhi.

—Son los nombres de mis perros —dijo el granjero con voz calmada—. Mirad todo lo

[1] La palabra *Marsk* («Mariscal») evolucionó con el tiempo para convertirse en importante grado del ejército, y, en los países anglosajones, en un cargo de oficial de justicia, el *Marshall.* (J. M. L.)

que queráis. No creo que encontréis por aquí a los hijos de ningún rey. Y, verdaderamente, no entiendo lo que os hace pensar que yo estuviese ocultando nada de vosotros, un pobre viejo como yo.

Frodhi gruñó, ordenó a un guerrero que vigilase al isleño, y él mismo tomó el mando de la caza. Aquel día descubrieron el almacén. Sin embargo, para entonces los hermanos lo habían abandonado —después de que los ojeadores hubiesen pasado— y estaban en las cimas de los árboles muy detrás de las tropas que avanzaban hacia adelante.

Al anochecer, los hombres regresaron a la cabaña. Vifil esperó. Temblando de rabia, el rey le dijo:

—En verdad que eres un tipo taimado, por lo que debería haberte matado.

El anciano le devolvió la mirada y replicó:

—Eso está al alcance de vuestro poder, si no de vuestro derecho. Así por lo menos habréis obtenido algo de vuestra excursión. De otro modo, regresaréis a casa sin botín, ¿eh?

Frodhi apretó los puños y miró en torno al círculo de sus guerreros. Su asesinato de Halfdan, una vez que estuvo atado, no les había caído bien. Ordenar la muerte de un anciano indefenso contra el cual no podía alegarse nada habría supuesto que le motejaran de inhumano. No pocos le abandonarían en esa situación si un solo enemigo se alzase contra él.

—No puedo hacer que te maten —dijo Frodhi entre dientes—; pero es insensato dejarte con vida.

Se volvió y con paso majestuoso se dirigió al barco.

La tripulación llegó remando hasta la morada de Regin, donde pasó la noche. Ya en ella, pidió al *sheriff que* le jurase fidelidad, como ya habían hecho los demás caudillos daneses.

—Me dejáis poca elección —dijo Regin—. Además de mis propiedades, tengo mujer, hijos y nietos. Que así sea, entonces. Y respecto a la pregunta que me habéis formulado, os diré lo que ya dije antes a vuestros hombres: *no* sé dónde están Hroar y Helgi Halfdansson.

—No —se mofó el rey—. No con un error de un pie o dos —sin embargo, no insistió más en el asunto. No podía permitirse provocar a aquella gente que veía en Regin a su jefe.

Vifil vio adonde iba el barco, y adivinó o previó lo que sucedía. Llamó a los muchachos y les dijo:

—Aquí no podéis permanecer por más tiempo. Estaremos estrechamente vigilados, cada vez más, conforme los hombres de la vecindad vayan perdiendo las esperanzas de destronar a Frodhi. Esta noche os llevaré a la otra orilla. Apartaos de los caminos principales hasta que hayáis salido del condado.

—¿Adonde iremos? —preguntó Hroar.

—Bueno —dijo Vifil—, como he oído que el conde Saevil es vuestro cuñado, pienso que debe tener una gran casa, donde dos recién llegados no llamarán demasiado la atención. Pero como ahora también es la mano derecha del rey, no os apresuréis a daros a conocer a él ni a nadie. Los cachorros del lince tienen que moverse cautelosamente.

IV

Saevil y Signy residían cerca de Haven. Cada año, durante la pesca del arenque, aquella aldehuela se llenaba de pescadores que habían recorrido las aguas hasta el sur del Kattegat o hacia el Norte, fuera del Báltico; los mercaderes se les unían, con lo que se formaba un bullicioso tumulto en las barracas de la ribera. En otras estaciones, Haven se convertía en una base de barcos de guerra, que se apostaban vigilantes para evitar que los vikingos se infiltrasen y hostigasen las costas danesas. Por eso no era poca la responsabilidad que tenía Saevil, el cual no era hombre al que Frodhi ofendiese gravemente adrede. Quizá una de las razones del rey para casarse con la madre de Signy era tratar de establecer un lazo que lo uniese con el conde de la ribera.

Librodot

Cuando los ingleses llegaron a esta isla por primera vez, sus principales construyeron sin duda mansiones como las de las tierras del Norte. No hicieron más. Permitidme, por tanto, que os hable sobre una de esas casas. Es un gran edificio de madera, con tejados de césped o de tierra batida, a menudo con una claraboya; las cabezas de las vigas están talladas en formas fantásticas. Si hay dos pisos, una galería corre alrededor de los muros. Las ventanas tienen las contraventanas echadas en el mal tiempo y, quizá, están cubiertas con pieles adelgazadas hasta hacerlas transparentes. En el interior, se entra por un vestíbulo, donde se limpia uno los pies y se dejan colgando las prendas exteriores. A no ser que el señor sea desconfiado y mande a sus invitados que dejen aquí también las armas, éstas se llevan a la habitación principal, en donde se cuelgan, para que el brillo del metal y del cuero pintado de los escudos ayude a iluminar su lobreguez.

El piso del suelo de la casa es de tierra batida, espesamente cubierta de juncos, ramas de enebro, o de otras cosas semejantes, que se cambian a menudo. Hacia la mitad corren dos o tres zanjas, o a veces sólo una, donde ruge el fuego, que los sirvientes alimentan con madera que cogen de unos montones que hay en el extremo. En los flancos hay una doble fila de grandes pilares de madera, que sostienen el piso de arriba, o, si no lo hay, las vigas. También están grabados y coloreados, mostrando dioses, héroes, bestias y vides que se entrelazan. Contra los muros entablados, plataformas de tierra, de dos o tres pies de alto, levantan los bancos por encima del suelo. Hacia la mitad de uno de los muros, generalmente el del norte, se encuentra el sitial del amo de la casa y de su señora, sostenido por dos postes menores que son especialmente sagrados. En línea recta a través de la cámara hay un asiento un poco inferior para los invitados más honorables. Entre las armas colgadas detrás de los bancos hay otras esculturas, pieles, cuernos, antorchas y velas de sebo y junco brillando en sus soportes.

A la hora de las comidas, las mujeres y los sirvientes ponen una especie de armazones enfrente de los bancos y ajustan tableros sobre ellos. En estos tableros sirven la comida y la bebida, que generalmente ha sido preparada en una cocina aparte por temor a los estragos del fuego. Después se retiran las mesas, y cuando los hombres han bebido lo suficiente, los de más alta posición se tienden en los bancos para dormir; su séquito lo hace en el suelo.

Puede haber, en cualquiera de los extremos, camas cerradas para el dueño y la dueña de la casa y para los principales invitados; o bien pueden existir habitaciones superiores; o quizá un cenador al lado de la casa, un estrecho edificio de uno o dos pisos donde durante el día las mujeres hilan y tejen en una atmósfera bien iluminada, y donde, por la noche los bien nacidos duermen libres de ronquidos y de escuchas furtivas.

Alrededor de un patio se agrupan las dependencias. Más allá de éstas se pueden encontrar las casas, cobertizos para las vacas y talleres de las familias humildes; y una cerca puede rodearlo todo. De este modo, muchas mansiones con su servidumbre constituyen por entero una pequeña ciudad, llena de hombres y mujeres, niños y animales en permanente bullicio, y desbordante de vida por sus charlas, sus canciones, sus gritos, los trabajos del herrero, del panadero, del cervecero, los juegos, las bromas, los noviazgos, los llantos, y todo lo que hacen los seres vivos.

Además de los moradores —el señor, la señora, los niños y los parientes; guerreros, labradores, artesanos, artífices, mercenarios, esclavos—, con toda seguridad hay visitantes. Algunos son hombres de la vecindad, que vienen a negociar algo, a charlar un poco o a tratar de materias más profundas. Otros son invitados que vienen de más lejos, como cuando hay una boda o es la fiesta del *Yule* [1]. Otros son viajeros de paso. Y otros son vagabundos, pasando malos días si es que alguna vez los conocieron buenos, y a los que se da de comer y un poco de paja en el establo por el buen honor del señor y por cualquier tipo de historias que puedan contar de cualquier otra parte.

Hacia una casa semejante se encaminaron Hroar y Helgi. Vifil les había dado comida para el camino, y no les faltaron los arroyos donde beber. Sin embargo, fue un duro y

[1] *Yule:* El día del solsticio de invierno. (J. M. L.)

peligroso viaje. Así mismo les había remendado un par de mantos con capucha, y despedido dándoles consejos perspicaces.

Llamaron poco la atención cuando al fin entraron en el patio de Saevil y pidieron refugio. Aquel año había muchas personas vagando por los caminos, a quienes las huestes de Frodhi habían arrojado de sus tierras para apropiárselas a cuenta de su salario. Los dos muchachos se sentaron tranquilamente en la oscuridad, y al día siguiente echaron una mano para dar de comer a las vacas y limpiar los establos. «Esperad vuestra hora —les había dicho Vifil una y otra vez—. Creced primero, y *luego* véngaos.»

Después de una semana, el capataz del ganado pensó que sería mejor que hablasen con el conde si querían permanecer más tiempo. Se le acercaron al anochecer, cuando ya se había bebido varios cuernos de cerveza antes de comer y se sentía jovial. Mantuvieron las capuchas en las cabezas y los mantos sobre los hombros. En la polvorienta y vacilante luz, ni Saevil ni su ocupada hermana Signy los reconocieron. De todos modos, la familia rara vez había estado junta después de que Regin se hiciera cargo de los muchachos. El conde se encogió de hombros y dijo:

—Me parece que podéis ser de poca ayuda; pero no os negaré la comida por algún tiempo más.

Helgi se sofocó y a punto estuvo de hablar más acaloradamente, si Hroar no le hubiese dado un apretón de advertencia. Musitaron las gracias, hicieron una reverencia y se fueron.

Y durante tres inviernos permanecieron con Saevil.

Apenas lo vieron ni a él ni a su esposa, excepto en lo alto de su sitial o a caballo. La mayor parte del tiempo hacían las más humildes tareas de guardar los rebaños, cosechar y cuidar las aves del corral, más apropiadas para dormir en un montón de heno o en una pradera que en una casa. Siempre guardaban el secreto de quiénes eran. Hroar se llamaba a sí mismo Hrani, y Helgi era Ham, y explicaban en pocas palabras que eran hijos de un pequeño granjero muerto en combate, que habían sido expulsados de su tierra. Con el mismo propósito, siempre iban cubiertos cuando estaban a la vista de cualquiera.

Algunos criados los fastidiaban diciéndoles que debían tener los cráneos deformados o pechos como mujeres. Ellos mantenían su boca cerrada y aguantaban. Cuando estaban solos, podían contarse sus sueños sobre lo que algún día sería suyo, o desahogar su furia en liebres y gallinas, o pasar hora tras hora magullándose en la práctica de las armas, usando palos en vez de espadas y escudos hechos de tablas robadas.

Pero pasados los tres años, Helgi tenía trece y realmente estaba empezando a crecer. Hroar, que tenía quince, era más bajo, aunque enjuto y ligero; era el más sensato de los dos.

El rey Frodhi había estado en paz todo aquel tiempo, y así sus temores se habían apaciguado bastante. Envió un mensaje para invitar a Saevil y Signy a una fiesta de invierno. Cuando lo oyó Helgi, golpeó el suelo helado y dijo:

—Hroar, es nuestra ocasión.

Y nada pudo hacer su hermano para quitarle aquella idea. Al contrario, fue el otro el que le contagió, hasta que ambos estuvieron impacientes por ejecutar su venganza.

V

Saevil se alejaba a caballo con su señora y cuarenta hombres. Los traviesos Ham y Hrani le tiraron del brazo y le pidieron permiso para acompañarlo. Lanzó una carcajada y dijo:

—Por supuesto que no.

Poca nieve había caído hasta entonces. El aire estaba helado bajo un cielo bajo y pesado como una losa de pizarra. Los campos se extendían parduscos, los árboles sin hojas, las granjas como encogidas hacia dentro. Aquí y allá una bandada de grajos se mofaba: *«¡Croac, croac!»* En el camino resonaba el ruido de los cascos de los caballos y de las ruedas.

Librodot

Contra aquel deslucido paisaje, las tropas del conde aparecían refulgentes. Todos sus guerreros llevaban yelmos, y más de la mitad tenían lorigas, que destellaban; los tonos azules y verdes, amarillos y rojos de las capas aleteaban a su espalda; eran en su mayoría hombres jóvenes, cuyo alborozo brotaba en bocanadas de vaho. Sus peludos caballitos trotaban enérgicamente hacia adelante.

Signy iba en un carro labrado y pintado, guarnecido de oro y plata, tirado por cuatro caballos de pura raza meridional. Con ella iba el conductor, dos criadas que la servían, y provisiones y regalos. Era una mujer de elevada estatura, cuyo rostro y cuyas ambarinas trenzas reflejaban la hermosura de los Skioldungos. Bajo un abrigo de piel vestía ropas de colores alegres y preciosos adornos. Pero en sus ojos no se reflejaba ninguna alegría.

Traqueteando lentamente sobre los senderos, su carreta iba al fin de la comitiva. De ahí que oyese el alboroto a sus espaldas antes que su marido o sus hombres lo percibiesen. Al volverse, vio que la alcanzaban dos sucios y harapientos encapuchados.

Como a los animales aptos para cabalgar se los habían llevado de la mansión, Ham y Hrani habían atrapado en un corral un par de potros sin domar. Con bridas de soga y varas cortadas de espino, de alguna manera habían conseguido que aquellas monturas los llevasen sobre sus lomos. El efecto que producía contemplar los corcóveos, saltos y respingos de las bestias era de lo más extravagante. Ham se sentaba detrás, vociferaba, agitaba los brazos, y se comportaba en todo como un loco. Hrani cabalgaba más sobriamente. Con todo, fue su caballo el que dio tal brinco que poco faltó para que se le cayese la capucha. Signy vio unos hermosos cabellos revolotear en torno de una cara en la que, a través de la suciedad, de la delgadez y del desaseado vello de la barba, reconoció los rasgos de su padre. Recordó..., y quizá, durante los tres años pasados, ¿no había empezado ya ella a sospechar?

—¡Hroar! —dijo con voz entrecortada, como si él la hubiese apuñalado—. Entonces..., entonces tu compañero tiene que ser Helgi.

Hroar luchó con su corcel hasta que logró dominarlo. Se cubrió de nuevo y buscó a su hermano, que se movía torpemente. Signy ocultó la cara entre las manos y lloró.

A lo largo de la formación fue pasando la voz de que ella tenía algún problema. Saevil cabalgó hacia atrás. Era un hombre moreno, de barba partida, dado a mantener su propia opinión. Allí en el carro, bajo la asustada mirada de sus sirvientes, estaba sentada su esposa llorando. Se puso a su lado y le preguntó qué le pasaba. Lo que ella le contestó no necesita imaginárselo un narrador posterior. Se esperaba de los bien nacidos que pudiesen hacer un verso en cualquier ocasión, y cierto talento para el arte de los escaldos corría por sus venas.

Ha llegado el fin
de los príncipes Skioldungos.
El roble ha caído,
sólo quedan las ramas.
Mis queridos hermanos
cabalgan a pelo,
mientras la gente de Saevil
marcha a la fiesta.

El conde permaneció inmóvil en la silla de montar durante un instante, hasta que dijo, muy severamente, mirando al conductor y a las muchachas:

—Grandes noticias, pero que no trasciendan.

Picó espuelas hasta los muchachos. Éstos desmontaron para ofrecerle sus respetos y escucharle más atentamente.

—¡Volveos a casa, críos desvergonzados! —rugió—, ¡Debería colgaros! ¡No está vuestro lugar en una tropa de hombres de verdad! —giró rápidamente su caballo y se volvió a medio galope.

Helgi sintió un escalofrío.

—Si se le ocurre... —comenzó a decir.

Hroar lo atajó.

—Si se te ocurre pensar, hermano, recordarás cómo movió la mano sin que su séquito lo viese. Nos dio una advertencia, no una amenaza. Y mira, nuestra hermana está llorando. Debe de haberme reconocido y habérselo dicho. Y él no quiere que nadie más lo sepa.

—Bien —dijo Helgi—, ¿qué haremos ahora?

No tenían ningún plan establecido. Solamente esperaban observar cómo iban las cosas mientras los tomaban por imbéciles y, después, hacer lo que mejor les pareciese. Intentar acercarse lo suficiente al rey Frodhi para clavarle sus cuchillos, y luego, antes de que los hombres de la guardia los hubiesen asesinado, decir a gritos quiénes eran. Pero Hroar llamaba a esto soñar despierto.

—Mejor no seguimos con estos rocines —decidió el hermano mayor—. Sería un abierto desafió a Saevil. Y si entonces no nos castigase, los demás se preguntarían por qué. De todos modos, están más preocupados de lo que se merecen. Dejémoslos en aquel corral y sigamos a pie.

Y eso hicieron. Cuando empezó a anochecer, Saevil y Signy fueron hospedados por un labrador. Sus gentes desplegaron afuera los cálidos sacos de dormir. Hroar y Helgi tiritaban hambrientos en la espesura.

No tuvieron que viajar muy lejos, sin embargo. Frodhi no estaba pasando el *Yule* en Leidhra, sino en una mansión más pequeña que tenía al norte de Haven. La mayoría de los reyes se pasaban parte del año viajando, ya fuera para reunir noticias, para atender reclamaciones o para pronunciar juicios, o sea, para afianzar su poder. Además, la verdad sea dicha, había que limpiar, airear y acicalar de vez en cuando las residencias principales.

Aquella extremidad de Selandia está continuamente azotada por el viento y es una tierra de páramos y colinas arenosas, escasamente poblada. La mansión y sus dependencias se elevaban solitarias, lindando al norte con una extensión ondulada de brezo que en invierno se ponía gris, y al sur con un misterioso bosque de árboles pelados que parecían esqueletos; apenas se divisaba una granja a lo largo de millas vacías. La mayoría de los meses nadie residía allí, excepto unos pocos vigilantes, que cuidaban, mataban, ahumaban y salaban las vacas y cerdos que luego se comerían los invitados. El edificio principal tenía una sola planta, y una sola puerta en la fachada principal; por la parte de atrás confinaba con un cobertizo.

Frodhi el Pacificador había construido la mansión por dos razones. Primera, porque el sitio estaba prácticamente a mitad de camino entre la costa norte, donde vivían los pescadores, y la bahía Oeste, donde los granjeros araban los brezales y los cazadores y carboneros recorrían los yermos. Segunda, porque allí había un grupo de robles más altos que en ningún otro sitio de la zona, donde siempre se habían celebrado sacrificios. Una mansión que estuviese cerca de aquel lugar ganaría en santidad, y cuando su propietario la habitase sería el sacrificador principal y el que se dirigiese a los dioses.

Por aquel motivo, su nieto Frodhi había escogido pasar allí el *Yule.* Entre los paganos, los ritos del solsticio de invierno honran sobre todo a Thor, que se encuentra entre nuestra tierra y los gigantes del hielo y de la noche interminables. Se cree que, en la víspera, todo tipo de trolls y de espectros andan sueltos por la tierra; pero al día siguiente el sol vuelve de nuevo a casa y renace la esperanza.

Pero aún había más, pues el rey quería conversar con diferentes caudillos, para sondearlos y ganar su amistad haciendo uso de una generosidad que interiormente le repugnaba. Por eso, durante unos días, las carretas no dejaban de rechinar yendo y viniendo, trayendo comida, cerveza, hidromiel y regalos —brazaletes dorados y demás joyas, armas, pieles, vestidos, arneses y cuernos para beber recubiertos de plata, copas de cristal y monedas acuñadas de los lejanos países del Sur—. En los corrales se apiñaban las vacas, ovejas y caballos que iban a ser sacrificados a los dioses y servidos a la gente. Los siervos ocupaban los lugares más humildes que podían encontrar. Entonces llegaron el Rey, la Reina y la Guardia Real.

Librodot

Como él había pedido a los principales nobles que fuesen a verle trayendo cada uno de ellos su séquito, las tropas de Frodhi eran menores en aquella ocasión de lo acostumbrado. Aparte de los sirvientes, sólo había llevado sus *berserkir* y una selección de esos jóvenes hijos de terratenientes que más a menudo entraban al servicio del rey —escogidos sobre todo por su apariencia, por sus maneras y su garbo—. A los demás les dio permiso para que pasaran la estación sagrada con sus familiares. Como ya he dicho, Frodhi empezaba a mentir asegurada su soberanía.

Pronto empezaron a llegar los invitados, hasta que el lugar se convirtió en un atronador remolino de voces. La mayoría de los habitantes del condado se quedaron en casa. No habría espacio dentro para ellos, y no les agradaba el pensamiento de acampar al aire libre la víspera del *Yule.* Cierto número de vagabundos se aventuró a ir, para disfrutar de comida y cerveza durante unos pocos días de sus famélicas existencias. Entre ellos se encontraba una bruja conocida como Heidh. Cuando Frodhi se enteró de su presencia, dijo que entrase en la mansión.

VI

Hroar y Helgi llegaron al lugar a media tarde, una hora o dos después que lo hiciese la comitiva del conde Saevil. Se mezclaron sin dificultad con la muchedumbre que atestaba el patio. Se habían abierto barriles, y distribuido pan, queso y comida fría a todo el que le apeteciese; el olor a buey asado salía de la cocina, calentando la atmósfera inclemente. Los hombres reían y fanfarroneaban, las damas charlaban mientras escudriñaban los vestidos y adornos de las otras, los niños tropezaban jugando, los perros se quejaban.

Entre su propia inexperiencia y la inspiración que una copa o dos de cerveza pueden dar a un vientre vacío, los hermanos cumplieron por completo su propósito de comportarse como unos simples. Corrieron por los alrededores, dieron vueltas de campana, contaron bromas disparatadas, se pusieron boca abajo, agitaron las piernas en el aire, y en todo se manifestaron como unos estúpidos que sólo sabían gritar. Así la gente solamente los miraba con desprecio, o se apartaba de ellos.

El día llegó a su fin. En aquella época del año, era poco más que una trémula luz entre dos oscuridades que la aniquilaban. Los invitados pasaron al interior. Frodhi exigió que dejasen las armas en la habitación de la entrada. La excusa que dio fue que la víspera del *Yule* los hombres siempre bebían demasiado, por lo que era muy posible que estallase una disputa, y si un metal afilado se encontraba a mano, aquello podía perfectamente transformarse en una pelea sangrienta. Pero la verdad era que no se fiaba de ellos. Claro está que tuvo que dar la misma orden a sus propios guerreros; cualquier otra cosa hubiese sido un insulto imperdonable. Pero, estando armados únicamente con los cuchillos de comer, difícilmente atacarían a las tropas de la casa, que, sobrepasadas en número o no, de todas formas estaban formadas por expertos luchadores.

La habitación de la entrada, por lo tanto, pronto estuvo atestada e iluminada. A pesar de los grandes fuegos y de muchas llamas menores, las cámaras posteriores seguían pareciendo lóbregas. Los respiraderos no estaban funcionando bien, por lo que se estaba formando una neblina azul que escocía en ojos y pulmones.

Cuando se introdujeron entre la multitud, los muchachos se pusieron rígidos de repente. Reconocieron a un hombre sentado cerca del asiento del invitado de honor que Saevil y Signy debían compartir. Robusto, encanecido, toscamente vestido, debía de haber permanecido allí todo este tiempo.

—¡Regin! —gritó Helgi con alegría—. ¡Antiguo padrino!

Se dirigió hacia el *sheriff.* Hroar lo agarró por el manto.

—Estáte quieto, cabeza hueca —le susurró el hermano mayor—. ¿Es que quieres que nos maten?

Helgi obedeció, pero no pudo evitar saltar y danzar a lo largo de la sala. Hroar tuvo que llamar al orden a su hermano. A través de la atmósfera en penumbra y maloliente y de la gente que parloteaba y se abría paso a codazos, echó un vistazo hacia el sitial. Allí estaban sentados su tío y su madre. El rey se inclinaba hacia delante, hablando con gran solemnidad con una vieja de aspecto miserable que llevaba un cayado. De tal manera que no se fijaba en lo que hicieran los demás. Al otro lado estaba Signy. Su marido todavía no se había reunido con ella. Los fuegos rugían elevando por los aires llamaradas rojas, azules, amarillas, echando chispas y esparciendo un oleaje de calor. Entre vastas y corcovadas sombras brillaba el oro en los brazos de Signy, en su garganta, en los enrollados bucles que llevaba por debajo de su tocado. Estaba haciéndoles signos a sus hermanos.

Hroar instó a Helgi a ir a su encuentro. Se plantaron ante ella, sus caras exultas por las capuchas. La de ella estaba tensa y ojerosa. Les hizo señas para que se le acercasen y les susurró palabras poco amistosas, de modo que sólo ellos pudieron oírlas en todo aquel estrépito:

—No os quedéis aquí en la sala. ¡Idos! Disponéis de pocas fuerzas.

Helgi empezó a responder. Hroar lo empujó hacia delante. No sería apropiado que viesen a la dama del conde suplicando a dos simples. Se fueron al extremo de la sala y se sentaron en cuclillas entre perros y vagabundos a la espera de cualquier cosa que el rey ordenase que les diesen o que se dignasen arrojarles los nobles.

Comenzó la fiesta. Buena y abundante fueron comida y bebida: los trincheros estaban repletos de jugosa carne; rebanadas y hogazas de pan se apilaban en las bandejas junto a recipientes de mantequilla y queso, los criados acudían incesantemente a mantener los cuernos llenos de cerveza o de hidromiel. Sin embargo, no había alegría. La conversación zumbaba aburrida y taciturna. Unos cuantos jóvenes invitaron a las doncellas a sentarse y a beber a su lado. Un escaldo se puso a cantar viejas trovas y otras recientes en loor del rey Frodhi, pero sus acentos parecían difuminarse entre el humo. Sólo se oía de verdad el rugido del fuego, alborotando y chisporroteando sobre los carbones candentes.

Aquella falta de calor humano se debía al humor mismo del anfitrión. Estaba sentado encerrado en sí mismo y sin apenas hablar, despidiendo frío como un iceberg. La reina Sigridh parecía completamente afligida, retorciendo sus dedos sin cesar.

Al final se retiraron las mesas. El rey se levantó e hizo el signo del Martillo[1] sobre una gran copa de plata que apuró acto seguido. A continuación le tocaba el turno al dios de la tierra, Freyr. En su honor, se debería haber transportado un verraco hecho de oro, para que quienes lo deseasen pusiesen las manos encima y ofrecieran votos.

En lugar de aquello, Frodhi dijo, con voz átona y los labios apretados, mientras la melancolía se cernía sobre su cabeza:

—Quiero que sepáis que la mala fe se encuentra entre nosotros esta noche, sí, y también la voluntad homicida. Si no acabamos con ello en seguida, seguramente los dioses se sentirán agraviados, y podemos esperar que el próximo año haya escasez o algo peor —guardó silencio durante un instante; se vio relucir el blanco de los ojos de los presentes al caer sobre él; algunos invitados no pudieron evitar una tos, por feo que pareciese—. Una bruja me ha dicho —prosiguió Frodhi—, que huele el peligro cerca, procedente de mi propia sangre.

»Bien, ya sabéis cómo he perseguido a los hijos de mi hermano y mi señora. Quiero curar la herida, restablecer la paz que debería haber entre parientes. Sin embargo, siempre se me han escapado. ¿Por qué sino con la esperanza de levantarse y matarme? ¿Y quién podía estar rondando por aquí, deseándome daño, sino esos dos?

»Recompensaré abundantemente, y perdonaré cualquier cosa que antes haya hecho o tramado contra mí, a cualquiera que me diga dónde se encuentran Hroar y Helgi

[1] El símbolo del dios Thor. *(N. del T.)*

Librodot

Halfdansson.»

La reina Sigridh intentaba no llorar. El rey Frodhi miraba a su alrededor, sin poder distinguir bien en la oscuridad. Además, las caras de los hombres como el conde Saevil y Regin eran frías e impenetrables.

—Ponte de pie, Heidh —ordenó el rey—, y dime lo que necesitas para que yo conozca lo que he de conocer.

La mujer se levantó del asiento cojeando. Las sombras se combinaban con sus harapos mientras el resplandor del fuego enrojecía sus despeinados cabellos grises. Se apoyó en su cayado y habló en voz baja.

Helgi y Hroar seguían acuclillados en el suelo, entre los hediondos mendigos, sin soltar sus cuchillos. Un sabueso les olió el sudor y gruñó.

Frodhi habló a sus asustados siervos. Trajeron una mesa de practicar brujerías. Como a menudo había tratado con hechiceros, tenía cosas semejantes en todas sus mansiones. Era un alto taburete de madera de haya cuyas tres patas eran de fresno, olmo y espino. Heidh lo colocó delante del rey y ella misma se encaramó como un cuervo sobre el taburete. Cerró los ojos, movió sus marchitas manos, y murmuró.

No había ningún hogar encendido entre el sitial regio y el lugar de honor enfrente de él. Frodhi miró de soslayo a Signy y Saevil. El conde estaba sentado inmóvil —los tallados pilares parecían tener más movimiento en aquella luz intranquila—, pero su esposa respiraba fuerte y su mirada iba de un sitio a otro. Heidh se hundió en el silencio.

—Bueno, ¿qué has visto? —chilló Frodhi—. Sé que se te han desvelado muchas cosas. Veo que has tenido suerte. ¡Contéstame, bruja!

Ella abrió sus mandíbulas y jadeó. Un cascado graznido brotó de su boca:

Aquí hay dos
en quienes yo no confío,
esos que se sientan
al lado del fuego...

El rey tembló. Su mano se crispó en la empuñadura de su puñal.

—¿Te refieres a los muchachos — preguntó— o a quienes los ocultan?

Dijo ella:

Esos que estaban
allí con Vifil
y que tenían
nombres de sabuesos,
Hopp y Ho.

Al oír esto, Signy la interpeló:

—¡Bien dicho, sabia mujer! Has hecho más de lo que podía esperarse de ti — quitándose su brazalete, tiró la pesada joya de oro a través de la habitación, hacia el regazo de Heidh.

La bruja lo cogió al vuelo.

—¿Quieres explicarme qué significado tiene? —dijo Frodhi con voz áspera.

Heidh le miró y luego a Signy y luego otra vez a él.

—Disculpadme, señor —dijo ella—. ¿Qué fue ese despropósito de que hablé? Todos mis hechizos han fallado su destino durante todo el día.

Estremeciéndose y tragando saliva, Signy se levantó para irse. Frodhi también se puso de pie, amenazó con el puño a la bruja y vociferó:

—¡Si no sueltas lo que tienes que decir, te torturaré hasta que lo hagas! De momento no sé más que antes de lo que piensas sobre los que están en esta mansión. ¿Por qué se ha

levantado Signy del asiento? Me pregunto si los lobos no estarán aquí en consejo con las zorras.

—Yo... os suplico que me dejéis salir —balbució su sobrina—. Me he puesto enferma del humo.

Frodhi la miró ferozmente. Saevil le dio un tirón para que volviera a sentarse a su lado.

—Seguramente otro cuerno de hidromiel le hará sentirse mejor —dijo afablemente el conde. Hizo señas a una doncella, que se apresuró, castañeteándole los dientes, a servir a su esposa. Ella bebió largamente. Él se inclinó, rodeó su talle con el brazo como para sujetarla, y le susurró al oído:

—Estáte quieta. Permanece en tu sitio. Los muchachos todavía pueden salvarse, si es ése su destino. Hagas lo que hagas, no muestres lo que piensas. Tal y como están las cosas no podemos hacer nada para salvarlos.

Frodhi casi chilló:

—¡Di la verdad, bruja, o te despedazaré y te echaré al fuego!

Heidh se encogió ante él. Sin embargo no soltó el brazalete, sino que se quedó boquiabierta, esforzándose por continuar con sus hechizos, hasta que profirió:

Veo sentados
a los hijos de Halfdan,
Hroar y Helgi,
los dos robustos.
Vienen a ejecutar
su venganza en Frodhi...

«A no ser que alguien se apresure a impedirlo, pero decir esto sin duda sería poco sabio», añadió por lo bajo y, saltando del trípode, cacareó:

Con dureza los miran
a Ham y a Hrani.
Han crecido los niños
que son dignos de un reino.

Un revuelo de susurros se hizo entre los hombres de Saevil que recordaban los nombres.

—¿Ham y Hrani? —dijo el rey—. ¿Quiénes? ¿Dónde?

Pero la adivina, a su manera, había advertido a los hermanos. Se habían acercado cautelosamente, mezclándose con los mendigos, hasta la puerta del cobertizo. Cuando estalló el tumulto, se deslizaron fuera y huyeron hacia los bosques.

—¡Alguien ha salido corriendo! —vociferó un mendigo.

—¡A por ellos! —chilló el rey.

Seguido de sus guerreros se precipitó hacia aquel extremo de la casa. Regin se levantó de su asiento. Dando traspiés, como si estuviese impaciente por prestar ayuda, pero bastante borracho, tiró al suelo unas cuantas antorchas de sus soportes. Los hombres de su séquito vieron lo que sucedía e hicieron otro tanto. La oscuridad y el tumulto llenaron el espacio más allá del fuego de la última zanja. Los hombres de Regin fueron detrás de los de Frodhi. Para cuando se puso orden en la confusión, no había ni rastro de los muchachos. Fuera no había nada salvo la niebla.

Frodhi se mordía el bigote cuando regresó. Sigridh y Signy sollozaban abrazadas. Heidh se había escabullido por la puerta de la entrada llevándose su brazalete de oro. Pero poco le importó a Frodhi. Cuando las luces se encendieron de nuevo, permaneció de pie ante todas las miradas atónitas y dijo a los concurrentes con amargura:

—Otra vez los he perdido. Aquí parece haber mucha gente en connivencia con ellos, a la que castigaré en su momento. Mientras tanto, los que parecéis tan contentos de que hayan escapado, podéis seguir bebiendo.

—Señor —dijo Regin entre hipos—, vos nos malinterpretáis. Seguramente mañana habrá más fortuna que hoy. Esta noche, bebamos en verdad... como amigos... porque ¿quién sabe cuánto tiempo más dejarán las Nornas que sigamos al lado de aquellos a quienes amamos?

Y pidió a gritos que le trajeran cerveza. Inquietos por lo que había sucedido, los hombres del rey y la mayoría de los presentes se sentían contentos ante la posibilidad de emborracharse tanto como sus gaznates se lo permitiesen. Regin —y, después de que Regin se lo hubiese susurrado, Saevil— pasó la contraseña entre su séquito.

—Simulad que estáis tan borrachos como los demás, pero mantened despierta la cabeza. Están en juego los hados poderosos, y nosotros estamos lejos de casa.

Pronto se alzaron las voces y las risas, chillonas, no verdaderamente de felicidad, pero que por lo menos conjuraban el silencio de la noche. Corrió la borrachera hasta que las tropas de la casa y muchos más cayeron dormidos, unos apoyados sobre otros. Para entonces, Frodhi y Sigridh se habían ido a la cama. Por eso Saevil y Regin no atrajeron la atención cuando condujeron a su gente a un establo que se había limpiado y cuyo piso se había cubierto de paja y de pieles debido al aluvión de invitados, aunque aquel alojamiento no estaba destinado para ellos. En la sala sólo resonaban ronquidos que parecían de cerdos y el chisporroteo de los mortecinos fuegos.

VII

Durante aquellas horas, la brisa despejó los encapotados cielos. Acurrucados y tiritando en un soto al borde de los bosques, Hroar y Helgi veían parpadear los signos celestes: la Osa Mayor, la Osa Menor, en cuyo extremo está la Estrella Polar, el Huso de Freyja, y otros más hasta que la tierra se volvió gris y la mole de la mansión apareció oscura bajo la luz helada.

—No hemos conseguido nada —dijo Hroar.

—Al contrario, hemos hecho mucho —le replicó Helgi—, porque ahora la gente sabe que los hijos de Halfdan viven. ¡Mira! ¡Allá!

Un hombre venía a caballo de los establos, atravesando el espacio abierto entre las viviendas y los bosques. Al principio era una mancha y un fragor rítmico de cascos. Cuando estuvo más cerca, lo reconocieron.

—¡Regin! —gritó Helgi. Y corrió a su encuentro, con Hroar detrás—. ¡Oh, padrino, te hemos echado tanto de menos!

El *sheriff* no los saludó. La oscura silueta de él y de su corcel dieron media vuelta y regresaron hacia la mansión. Dolidos, los muchachos le miraban boquiabiertos. El frío les mordía más profundamente los huesos.

—¿Qué pasa? —susurró Hroar. La luz de las estrellas se reflejó en sus lágrimas—. ¿Reniega de nosotros? ¿Va a contárselo a Frodhi?

—No, nunca lo creeré de él —dijo Helgi con expresión vacilante.

Regin volvió grupas a su caballo. Por segunda vez se les acercó. Sacó la espada y, cuando estaba encima de ellos, vieron que fruncía el ceño. Hizo como si fuese a herirlos. Hroar se sofocó pero permaneció en su lugar. Helgi chasqueó los entumecidos dedos y dijo en voz baja:

—¡Eh!, me parece que sé lo que quiere decir.

Regin envainó la hoja, tiró bruscamente de las riendas, y de nuevo cabalgó hacia la

mansión. Iba a un paso muy moderado. Helgi apremió a Hroar, y lo siguieron de cerca.

—No comprendo —dijo este último, débilmente.

Helgi le respondió con voz resonante:

—Mi padrino se comporta así porque no quiere romper el juramento que hizo a Frodhi. Por eso no quiere hablarnos; pero de todas formas quiere ayudarnos.

Se acercaron, rodeando el patio. Unos perros ladraron. Ningún hombre se levantó, ni había nadie vigilando. La sombra de unos árboles amenazantes se tragó a Regin. Los jóvenes lo oyeron hablar en voz alta:

—Si tuviese que vengarme por algo grande del rey Frodhi, quemaría este bosque.

Acto seguido espoleó al trote su caballo, rodeó el edificio principal y desapareció de su vista.

Los muchachos se pararon.

—¿Quemar el bosque sagrado? —se preguntó Hroar—. ¿Qué puede significar esto?

Helgi aferró a su hermano por el brazo.

—No los árboles. Dice que prendamos fuego a la mansión, lo más cerca posible de la puerta.

—¿Cómo podemos hacer eso nosotros, dos simples muchachos, con todo ese poder que está en contra de nosotros?

—No se puede evitar —gruñó Helgi—. *Alguna vez* tenemos que atrevernos, si es que al fin queremos vengarnos del daño que nos han hecho.

Después de un instante, y hablando lentamente, dijo Hroar:

—Sí. De acuerdo. Aquí hay gente que sabrá que lo hemos hecho nosotros. Y si damos el primer paso, algunos de ellos nos seguirán, en consideración a nuestro padre y con la esperanza de que los tratemos mejor que Frodhi. Una oportunidad como ésta puede que no vuelva a presentársenos.

—¡Vamos, entonces! —rió ruidosamente Helgi.

Impacientes o no, se movieron haciendo uso de todo el sigilo y disimulo que habían aprendido cazando. Y, sin lugar a dudas, el corazón les martilleó con fuerza cuando volvieron a entrar en la mansión.

Las armas amontonadas brillaban en la habitación de la entrada. La cámara posterior era una oscuridad atestada de humo amargo, calor, olor a humanidad y de los ronquidos de los borrachos. Los hogares del fuego relucían con un rojo apagado, pero apenas se distinguían los dioses de los pilares que sostenían las vigas.

Con mano insegura, los herederos cogieron los equipos de combate. De nuevo afuera, se ayudaron el uno al otro a ponerse la camisa y la cofia de guata, el yelmo con el protector para la nariz, la loriga de cota de malla cuyo peso sólo sintieron por un breve instante, la espada a la cintura y el escudo en la mano. No les sentaban demasiado mal los que habían escogido, si pensamos que Hroar tenía quince años y Helgi trece, aunque crecido para su edad.

—¡Armas de hombre! —dijo Helgi aturdido de la alegría—. Después de pasar tres años como esclavos, ¡por fin guerreros!

—¡Silencio! —le amonestó Hroar, aunque la esperanza también había expulsado en él el invierno de su alma.

Lo más sigilosamente posible, se llevaron todo lo que pudieron de la habitación de la entrada y lo dejaron en el suelo. Luego se deslizaron a la habitación principal. Apoyándose en manos y rodillas, fueron a tientas entre los cuerpos tirados por el suelo. Cuando alguno se removía o rezongaba, se quedaban helados. Sin embargo, una marea de seguridad los impulsaba hacia delante. Ningún muchacho piensa realmente que puede morir.

En uno de los hogares encontraron astillas no apagadas del todo, que cogieron para llevárselas afuera. La luz que brotaba de ellas les prevenía de no dar un tropezón que pudiese despertar a nadie. Helgi llevaba una astilla más entre los dientes.

Una vez bajo las estrellas, se irguieron. Avivaron los tizones hasta que de nuevo

Librodot

aletearon con vida. Empinándose lo más que podían, trataron de prender fuego a los aleros que caían hacia abajo.

Al principio no prendieron. Helgi masculló una serie de juramentos. Hroar trabajaba pacientemente, intentando primero en un sitio y luego en otro.

Por fin brotó una llama. Era diminuta, de color azul pálido, un pájaro de Surt[1] recién salido del cascarón, sumamente frágil. Temblando en la gélida brisa, se encogió entre dos estremecimientos y pió una débil cancioncilla como para mantener el ánimo. Pero durante todo el rato no dejó de alimentarse, y creció; ahora era el viento el que le insuflaba fortaleza; se irguió temerariamente, se pavoneó de sus brillantes plumas, miró alrededor y crepitó dando la bienvenida a las hermanas que habían aparecido.

La madera de la mansión estaba vieja y gastada. El musgo que crecía en las rendijas se había secado con la caída de las hojas. La brea del tejado embebía el fuego como en otro tiempo en los pinos había embebido el sol del estío.

Helgi se apostó a la puerta de la entrada.

—Si se despiertan los de dentro antes de que este camino esté bloqueado —dijo—, tendremos que mantenerlos a raya hasta que estén bien cocidos —frunció el ceño—. ¡El cobertizo! Mejor será que vayas a prenderle también fuego.

—¿Qué pasa con nuestra madre? —se inquietó Hroar. Con la emoción no se había acordado hasta entonces de la reina Sigridh.

—Oh, los guerreros siempre permiten que salgan las mujeres, los niños, los siervos y gente por el estilo —dijo Helgi—. Pero... —calló repentinamente y se dio la vuelta. Del patio salía una banda de hombres armados.

A su cabeza iba Saevil. Se volvió a sus hombres y les habló:

—Avivad el fuego y ayudad a estos muchachos. *Vosotros* no tenéis ninguna obligación hacia el rey Frodhi.

Se apresuraron a obedecer. Muchos llevaban ya antorchas, los demás se alinearon con los príncipes. Helgi vitoreó. Hroar tartamudeó:

—Se... señor Conde...

Saevil se acarició la barba.

—Me parece que de aquí en adelante tú serás mi señor..., Hrani —murmuró.

—Hay una salida por el cobertizo...

—Regin se ocupa de ello.

El *sheriff* se les unió. El resplandor del fuego creció hasta que brincó sobre el metal y atrajo a los severos rostros fuera de la sombra. Sin embargo, todavía no había prosperado mucho el incendio. Ni el ruido ni el calor despertaron al rey Frodhi.

Se removía en su cama cerrada. Una cama semejante es de escasas dimensiones, porque los que la utilizan duermen en ella sentados. El colchón crujía bajo él.

—¡Uf, uf! —se sofocaba—. Se está tan apretado y oscuro aquí dentro como en una tumba —corrió la cortina. Un sangriento resplandor se arrastró hasta él desde los hogares del fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó a su lado la reina Sigridh.

Suspiró hondamente antes de gritar:

—¡Despierta! ¡Despertad, mis leales! He tenido un sueño que no presagia nada bueno.

Por mucho que hubieran bebido, sus guerreros se habían acordado de permanecer a su lado. La llamada los sacó bruscamente de su sueño.

—¿Qué sucede, mi señor? —preguntó un hombre. En el hedor de las tinieblas, parecía tener la forma de un troll.

Frodhi resopló en busca de aire.

—Te diré lo que sucede. Soñé que alguien nos gritaba: «Por fin has llegado a casa, rey, con tus hombres.» Y alguien preguntó, con un tono macabro: «¿Qué casa?» Entonces

[1] Surt es el señor de Muspel, el Mundo del Fuego. *(N. del T.)*

gritaron tan cerca de mí que hasta llegué a sentir la respiración del que gritaba: «¡La casa de Hel[1], la casa de Hel!» Y me desperté.

—¡Oooh! —gimió Sigridh.

Los perros que había dentro de la casa no habían advertido nada, mientras dormían, por lo que valiese la pena ladrar. En aquel momento, también ellos se removieron, olfatearon la primera vaharada de muerte y armaron una tremenda barahúnda.

Los de fuera lo escucharon. Era necesario tranquilizar los temores hasta que la trampa se hubiese cerrado de manera efectiva. Frodhi tenía dos herreros que eran ambos buenos operarios, ambos llamados Var, que significa «Prudente». Regin exclamó:

Fuera está Regin (que puede significar «lluvia»)
y los hijos del rey,
fieros enemigos;
se lo digo a Frodhi.
Un prudente forjó clavos,
un prudente las cabezas,
y para un prudente, un prudente
forjó clavos prudentes.

Un hombre de la Guardia refunfuñó:

—¿A cuento de qué vienen ahora unos versos? Que está lloviendo, o que los herreros del rey estén trabajando, poco importa...

Frodhi respondió, ceñudo:

—¿No te das cuenta de que son un aviso? Les encontraremos un significado diferente, estáte seguro de ello. Regin me juró fidelidad, y por eso me advierte del peligro. Pero ese sujeto es astuto y solapado.

La mayoría de los que después discurrieron sobre ello pensaron que Regin mantuvo así su palabra diciendo que Hroar —un prudente— estaba realizando algo tortuoso que Helgi —otro prudente— ejecutó, mientras que Regin —un tercer prudente— avisaba de ello a un cuarto prudente que era el mismo Frodhi. El *sheriff* jamás le había prometido que no le daría las noticias en forma de acertijos tan retorcidos que no resultase fácil interpretarlos.

No encontrando reposo, Frodhi se levantó poco después. Echó un manto sobre su cuerpo desnudo y fue a la habitación de la entrada. Allí descubrió que el tejado estaba ardiendo, que las armas habían desaparecido y que unos hombres armados esperaban fuera. Después de parpadear habló firmemente:

—¿Quién controla el incendio?

Helgi y Hroar dieron un paso hacia delante. En sus jóvenes rostros no había piedad.

—Nosotros —dijo Hroar—, los hijos de tu hermano Halfdan a quien asesinaste.

—¿En qué términos queréis la paz? —preguntó Frodhi—. Resulta indecoroso entre parientes que uno busque la vida de otro.

Helgi escupió.

—Nadie puede confiar en ti —dijo—. ¿Estarías menos dispuesto a traicionarnos de lo que estuviste con nuestro padre? Esta noche lo pagarás.

Un rescoldo cayó sobre Frodhi y le chamuscó el cabello. Retrocedió a la sala gritando que todo el mundo se aprestase a la batalla.

Los hombres de la Guardia no tenían cotas ni escudos ni armas mejores que cuchillos de mesa. Echaron leña en los hogares para iluminarse y rompieron los muebles para hacerse con palos y arietes. Algunos de los invitados los ayudaron. Los demás estaban demasiado aturdidos, y no hacían más que tropezar farfullando en busca de la salida.

De común acuerdo, juntos, al menos en la medida en que las estrechas puertas lo

[1] Hel es el Infierno en la mitología germánico-nórdica. *(N. del T.)*

Librodot

permitían, los hombres del rey atacaron. La mayoría cayeron, alanceados o cercenados o traspasados conforme salían. Un puñado, llevando un banco entre ellos, irrumpió violentamente entre el enemigo *y* ganó cierto espacio. Las gentes de Saevil los rodearon. Uno era un *berserkr,* un gigante peludo del que se había apoderado el frenesí. Aullaba, echaba espuma por la boca, hacía oscilar su maza que era uno de los soportes del sitial, y golpeaba con ella sin prestar atención a los cortes y estocadas que se clavaban en su desnudo cuerpo. La estrelló sobre un yelmo, que vibró y se desfondó; el hombre que lo llevaba quedó muerto.

Helgi salió de la línea que estaba guardando la puerta, y se lanzó contra el *berserkr.*

—¡Nooo! —vociferaron a un mismo tiempo Saevil y Regin, horrorizados.

El príncipe no los escuchó. Se apostó con los pies separados, las piernas dobladas y tensas, el escudo cubriéndole el cuerpo desde debajo de los ojos, la espada inclinada sobre el hombro. Después de tres años ensayando con tablas y palos, era como si aquellos ejercicios bien hechos cobrasen vida. La maza cayó con rabia. Aflojó la rodilla derecha y así rápidamente lo esquivó. El golpe rozó meramente el borde del escudo. Fue suficiente para hacerlo tambalear y que la muñeca izquierda le doliese durante días. Pero su hoja ya estaba en movimiento. Silbaba por encima del escudo. Mordió profundamente en el cuello del *berserkr.* La sangre brotó a borbotones. Se derrumbó. Por unos instantes luchó por levantarse. Luego perdió la vida y quedó allí en medio de un charco creciente.

—¡Tu primer hombre, tu primer hombre! —Saevil abrazó a Helgi. Regin se apresuró a acudir a la parte trasera de la casa.

Frodhi no había estado en aquella carga a la desesperada. Cogió a su esposa por el brazo.

—Ven —dijo—. Quizá nos quede todavía una salida.

Corrieron al cobertizo. Apostados en la puerta estaban los nombres de Regin y el mismísimo *sheriff.*

—Nosotros los Skioldungos no somos una raza de larga vida —dijo Frodhi, y se volvió.

El último de los hombres del rey había muerto. Las llamas seguían creciendo, devorándolo todo a su paso sin limitarse al tejado. Se propagaron a los muros. Martilleaba el calor. La casa crepitaba llameante. Helgi gritó con su desigual voz de muchacho:

—¡Que salgan las mujeres y los criados, y los hombres que sean amigos de los hijos de Halfdan! ¡Rápido, antes de que sea demasiado tarde!

No eran muchos. La mayoría de los criados, siervos y mendigos habían dormido en otra parte y estaban reunidos aterrorizados, contemplando el fuego. Unos pocos se arrastraron fuera, y bastantes de los que salieron eran pequeños propietarios que habían sido invitados, aquellos que no habían trabajado de manera infame al servicio de Frodhi. Balbuceaban de la esperanza que siempre habían tenido de que llegase aquel maravilloso día.

—Pero, ¿dónde está mi madre? —preguntó Hroar.

Sigridh fue a la puerta. Las llamas brotaban de los lados y de arriba.

—¡Aprisa! —gritó Helgi. Ella se detuvo, con un manto que le ceñía el vestido, y miró a sus hijos.

Finalmente dijo (apenas podían escucharla a través del rugido del fuego):

—Bien os habéis vengado, Hroar y Helgi, os deseo toda clase de bienes para la vida que os aguarda. Pero respecto a mí, abandoné a un marido después de su muerte. Mal hablarían de vuestra madre, queridos míos, si ahora ella abandonase a su segundo marido mientras todavía estaba vivo —alzó una mano—. Mis bendiciones para vosotros.

Y entró de nuevo en la casa.

Los hermanos chillaron e intentaron seguirla. Los hombres, rápidamente, los contuvieron. La puerta se derrumbó con estrépito. El tejado comenzó a desplomarse. Las estrellas se borraron en la humareda. El ruido se hizo insoportable y ahogó el llanto de Hroar y de Helgi.



3

La historia de los hermanos

I

El conde y el *sheríff* se llevaron a los príncipes a Leidhra. Allí convocaron un *Thing,* y, cuando los hombres estuvieron reunidos, les contaron lo sucedido. Mientras estaban subidos en la elevada piedra[1], los jóvenes vieron desenvainar las espadas, cuyas hojas relucieron un instante en lo alto para golpear los escudos, mientras la multitud gritaba aclamándolos como a sus reyes.

Ellos, a su vez, prometieron comportarse de acuerdo con las antiguas leyes, impartir justicia y devolver las tierras de las que la banda de Frodhi se había apropiado. Dieron las gracias al marido de su hermana, Saevil, por la ayuda prestada, así como a su padre adoptivo Regin, y a los hombres de ambos; y repartieron regalos a muchos, regalos procedentes de la gran mansión y de los almacenes que ahora eran suyos.

Desde allí viajaron por toda Dinamarca acompañados por sus dos mayores y una tropa bien armada. En cada condado fueron reconocidos como señores.

En el camino, Hroar preguntó a Helgi si estaba de acuerdo en que se repartiesen el gobierno entre ellos, uno en Selandia y otro en Escania. Regin se tiró de la barba y dijo:

—No estoy seguro de que sea sensato, si recordamos lo que antes sucedió.

Helgi se ruborizó.

—Nunca empuñaré una lanza contra mi hermano —dijo—. Permaneceremos juntos y compartiremos todas las cosas.

Se quedarían en Leidhra. Y como Escania necesitaba un hombre de confianza que se hiciera cargo de ella, se la ofrecieron a Saevil. Éste aceptó, y se fue hasta allí con Signy y los niños, viviendo largo tiempo en paz. A menudo, él y sus cuñados se invitaban recíprocamente; pero en líneas generales, Saevil queda al margen de la saga.

Los nuevos reyes eran muy diferentes. Hroar siguió siendo de baja estatura, aunque ágil y diestro. Era de habla suave, no dado a mostrar más de lo que resultaba conveniente, apacible, amistoso y de espíritu profundo. Helgi, al contrario, creció hasta ser descomunalmente alto y fuerte, llegando a ser reconocido como el más poderoso guerrero de la región. Era tumultuosamente alegre cuando no se le contrariaba, y generoso, y la gente buscaba su casa con cualquier excusa porque sabían que la comida, la bebida y el regocijo fluían a raudales en ella. No tenía término medio: o se vestía tan toscamente como el más

[1] Resto por lo general, de alguna construcción megalítica. (J. M. L.)

humilde granjero o con las más lujosas pieles y telas, equiparándose al tesoro escondido de un dragón el oro que lucía en los brazos y alrededor de su cuello. Para contrapesar lo dicho, hay que agregar que era impetuoso, impaciente, despiadado con cualquiera que contrariase el cumplimiento de sus deseos, y excesivamente irritable cuando se sentaba en consejo.

Algunos pensaban que Hroar era como su padre Halfdan, y Helgi como el tío Frodhi, y temían que se produjese la ruptura. Pero esto nunca se produjo. El amor entre los dos hermanos permaneció inquebrantable mientras ambos vivieron.

El primer año debieron estar en continuo movimiento, aprendiendo los entresijos de su reino, obligando a sus lugartenientes a que les fuesen leales. Así no hubo razón para preocuparse de que les ocasionasen ulteriores problemas. Hroar se estableció tranquilamente para dominar el oficio de la realeza, mientras Helgi se entrenaba en la lucha y en los caminos del mar.

Y aquel trato funcionó. Tan pronto como el tiempo lo permitió al año siguiente, Helgi encabezó una expedición de guerreros. Siempre habían hostigado la región bandas de salteadores y nidos de vikingos, lo que había ido a peor bajo Frodhi. Helgi recorrió los bosques y las aguas, persiguiéndolos con el fuego y la espada, con el hacha y la soga; los labradores bendijeron su nombre. Al principio viajó bajo la guía de expertos guerreros. Para el otoño, éstos reconocieron que ya no los necesitaba.

Pasó el invierno en una ronda de joviales fiestas, mientras planeaba los viajes del verano. Estos consistieron en una expedición por la mayor parte de Jutlandia, Fyn y todas las islas que pudo, comerciando, peleando y explorando aquellas tierras para una posterior visita.

Cuando Helgi se había ido aquel año, Regin, que entonces ya era conde, fue a visitar a Hroar. Aparte, sin que nadie los oyese, estuvieron hablando.

—Estoy mal —le dijo al rey su padre adoptivo—. Cada vez con más frecuencia me duele el corazón, que palpita como un pájaro tratando de escapar de la jaula. Me gustaría, antes de que me vaya, poder apuntalar con una viga más fuerte la casa de los Skioldungos.

Hroar le apretó la mano. Nada más era necesario entre los dos. Regin prosiguió.

—He inquirido al respecto, y enviado a algunos de mis hombres para que lo averigüen. Creo que he encontrado una esposa para ti que no solamente te traerá una rica dote y sólidos amigos, sino que es la dama que te conviene.

—Siempre he hecho bien al seguir tus consejos —dijo Hroar en voz baja.

Se trataba de Valthjona, hija de Aegthjof, el principal conde de Götaland y pariente cercano del rey. De esta manera, Hroar conseguiría tener alguien que hablase a su favor en aquel reino situado entre el suyo y el de los suecos Ynglingos.

Se entablaron conversaciones al respecto, con envío de mensajeros y regalos. Antes del *Yule,* Valthjona llegaba a Leidhra. Era una mujer robusta y de buen aspecto, firme cuando era necesario y amable en caso contrario, perspicaz y resuelta. Ella y Hroar fueron felices juntos.

Poco después de que el Martillo los hubiese santificado, Regin murió. El pueblo lo consideró una pérdida irreparable. Los reyes le dieron entierro en un barco cargado de lujosos bienes, y levantaron un túmulo que dominaba el Isefjord, como si desde él tratase de ver donde yacían los huesos del viejo Vifil. Aasta no sobrevivió mucho a su marido, también ella tuvo túmulo y regalos de despedida de sus ahijados.

—Ahora tenemos que apoyarnos en nuestra propia sabiduría, tal cual es —dijo Hroar, entristecido.

—Si eso nos falla —respondió su hermano—, tenemos nuestra fuerza.

—Nuestro bisabuelo tenía más poder que nosotros, y sin embargo cayó —los dedos de Hroar se deslizaron por su reciente barba, aún rala. Estaban sentados solos en una habitación de la galería, en donde sólo una lámpara de piedra ahuyentaba la noche. El aire era el del crudo invierno—. Ahora estamos más protegidos por el Este que antes, gracias a Regin. Pero tenemos pocos amigos por el Oeste a ambos lados del Gran Belt.

—¿Quieres decir que debería buscarme una esposa?

—Bueno, deberíamos empezar a pensar en ello.

—Hum. Todavía soy demasiado joven.

—No para la vida que solemos tener los Skioldungos.

De vez en cuando en los meses que siguieron, Hroar volvió a recordar el asunto. Helgi lo dejaba a un lado, generalmente con bromas. No era a causa de su timidez. Casi lo primero que hizo Helgi cuando vinieron a Leidhra, después de la muerte de Frodhi, fue llamar a una sierva a su lecho. Desde entonces, si no estaba en el mar, rara vez dormía solo.

—Estás engendrando hijos que luego pueden socavar el reino para apoderarse de él —le respondió Hroar.

—Oh, no he tenido que coger a ninguno en mis rodillas y darle un nombre —rió Helgi—. Nunca he tenido a una muchacha demasiado tiempo. Las mando de vuelta al trabajo, o a su casa con un regalo si no son siervas, y eso es todo.

—No obstante, aunque no hablemos de los parientes políticos, deberías reconocer a los niños.

—Déjame, ¿quieres? —y Helgi se marchó ofendido de la casa.

Sin embargo, meditó, sombrío, en ello, hasta que al final decidió asombrar al mundo mostrándole cómo podía dirigir sus propios asuntos —y, al mismo tiempo, llevar a cabo una empresa que lo haría famoso fuera de Dinamarca—. Con este propósito envió dos espías en secreto, mientras abiertamente reunía barcos y hombres, prometiendo, una vez llegado el verano, emprender una expedición para ganar riquezas.

No pocos jóvenes se sintieron felices de unírsele. Después de la siembra, una gran flota salió remando de Haven.

Hroar se había opuesto a ello.

—Ya tenemos bastantes vikingos y enemigos cerca de casa, sin necesidad de convertirnos en vikingos nosotros mismos.

Pero Helgi había replicado:

—Los hombres no querrán ir bajo nuestro estandarte si no les damos la posibilidad de conseguir un botín —y no se dejó convencer.

Sus barcos fueron Sund abajo, siendo su confesado propósito el de asolar las costas meridionales del Báltico. Entonces, en Mön, cuando habían desembarcado, Helgi dijo a sus capitanes que primero girarían al Oeste. Después de que él les descubriese por primera vez sus planes, algunos dijeron que era demasiado arriesgado. Se les hizo callar y no tardaron en estar de acuerdo. Recordad que eran jóvenes. El mismo Helgi no tenía más que dieciséis inviernos.

II

Los sajones habían nacido en el istmo de la península de Jutlandia. Como todos los pueblos nórdicos, aparte de los finlandeses, hablaban una lengua que los demás podían comprender. Conforme fue creciendo su número, comenzaron a expandirse, llegando a ocupar reinos desde el Elba hasta el Rin... y también Inglaterra, junto con sus parientes anglos y jutos. Unos pocos se mantuvieron en su viejo país.

Uno de aquellos reinos estaba en la isla de Ais, entre Flensborg y los fiordos de Aabenraa. Sus señores procedían de Odín y de Freyr a un mismo tiempo, aunque también corría por sus venas sangre de las tribus vendas[1], que moran hacia el Este, más allá del Bosque de Hierro, y que no hablan ni como los daneses ni los finlandeses. Aunque valientes,

[1] Los vendos eran un pueblo eslavo, aunque posiblemente con aportaciones germánicas y bálticas, que vivían por aquel entonces, al norte de las actuales Alemania y Polonia. No deben confundirse con los vándalos. *(N. del T.)*

carecían de gran número de hombres y debían prestar fidelidad y pagar tributo en tierra firme a los reyes de Slesvik.

El último de aquellos regios vasallos se llamaba Sigmund. Se había casado con una hija de su señor Hunding. Ella le dio una niña a la que llamaron Olof, pero ningún hijo varón que sobreviviese a la temprana muerte de la madre. Esto hizo que Sigmund educase a su hija como si fuese un muchacho, llevándola de caza, enseñándole el juego de las armas, contándole hazañas guerreras, dejándola que escuchase cuando hablaba con hombres. De tal suerte, Olof creció dura y arrogante, despreciando las tareas femeniles, incluso a veces llevando escudo y loriga, espada en la cintura y yelmo en la cabeza.

Su padre tampoco llegó a una edad avanzada. Cuando murió, su abuelo el rey Hunding de Slesvik temió una lucha por el trono que pudiese independizarlo de él. Por eso apremió a los hombres de Ais a que tomasen por reina a Olof. Aquello no era completamente insólito entre los sajones; además, los más sabios caudillos estuvieron de acuerdo en que era preferible a cualquier desorden. Y así se hizo.

Después murió Hunding y fue su reino el que cayó en desorden. Astutamente, jugando con los diversos bandos y enfrentándolos a los unos con los otros, la reina Olof fue capaz de hacer lo que se le antojase. En sus planes no entraba tomar marido. Aunque era considerada como el mejor partido del Norte —siquiera porque la isla estaba bien situada tanto para la guerra como para el comercio—, despidió a todos los pretendientes que tuvo, y no muy cortésmente que digamos.

No era muy amada de su propio pueblo, que la encontraba demasiado despótica y avariciosa. Sin embargo, no era lo suficientemente malvada para levantarse contra ella, teniendo en cuenta que era el último miembro de la familia real y, en consecuencia, seguramente estaba bajo la protección de sus antepasados los dioses.

Así habían estado las cosas durante varios años cuando los barcos de Helgi pusieron proa hacia su reino.

Él sabía que Olof pasaba los veranos en la costa este de la isla. Allí tenía una morada, que no llegaba a mansión, sino simplemente una casa con algunas dependencias, con el Pequeño Belt enfrente y millas de bosque verde detrás. Era un lugar donde podía cazar, lo que le gustaba mucho, y donde rara vez tenía que dar a los forasteros comida o regalos, de lo que se preocupaba bien poco.

La casa se levantaba en un risco con una amplia vista sobre la playa y el mar. Así, ella podía advertir la presencia de barcos con el tiempo suficiente para pedir ayuda, o, en el peor de los casos, huir rápidamente tierra adentro. Helgi se encontraba oculto detrás de la isla de Lee, al otro lado del Belt, esperando a que se levantara la niebla, lo que no tardó en suceder, dada la época del año. La flota cruzó en hilera, los hombres remando sigilosamente. A menudo, en la espesa y húmeda grisura, el timonel que iba en la popa de un barco no podía distinguir al vigía de proa del siguiente. Unas sogas les servían de enlace. A la cabeza iba el rey. De piloto llevaba a un pescador que conocía de memoria todas las mareas, corrientes, escollos y ensenadas de aquellos estrechos. Atracaron casi en su mismísimo destino. Helgi envió guerreros a tierra y después ancló debajo del risco.

La niebla se despejó repentinamente hacia el atardecer —y allí estaban los enjutos cascos de los barcos destellando con las cotas de malla y las lanzas, mientras los guerreros haraganeaban sonrientes por las lindes de los bosques—. No hicieron ningún signo hostil: el mástil del navío insignia mostraba en lo alto el escudo pintado de blanco que significa paz. En cualquier caso, la reina estaba acorralada y sobrepasada en número más allá de toda esperanza.

Con una tensa calma en el rostro recibió a los mensajeros.

—Helgi Halfdansson, rey danés, saluda a Olof Sigmundsdottir, reina de Ais, y se declara dispuesto a aceptar su hospitalidad —le comunicaron. No le quedaba otra opción que mostrarse prudente, y ordenar que tanto él como sus hombres fuesen sus invitados.

Recorrieron ruidosamente el camino de la playa y entraron en el patio: eran jóvenes,

turbulentos como el viento del mar, altivos como águilas. Olof esperaba en su sitial. La luz del crepúsculo doraba la cabellera y la poblada barba de él, que entró y la saludó. Se miraron fija y solemnemente a través de las sombras que los separaban.

Helgi era más alto que la mayoría de sus altos guerreros, ancho de pechos y de hombros, de caderas estrechas, nariz aguileña, cabeza y mentón prominentes. Unos ojos de fuego azul danzaban en un rostro moreno como el cuero. Iba toscamente vestido y la humedad todavía goteaba de su cota *y* capa; pero los brazaletes de oro resplandecían en sus sólidos antebrazos, e incrustado de oro brillaba el mango de su espada.

Olof era más bien de baja estatura, aunque de aspecto agradable, y el ejercicio de la caza le había dado una inusual gracia de movimientos. Era de cabeza redonda, ancha de pómulos, nariz y boca; sus ojos eran grandes, del mismo color moreno oscuro que su pelo recogido; en conjunto, era bien parecida, y no muchos años mayor que Helgi. Lo miró provocativamente, y le dio la bienvenida con voz apagada.

—He oído hablar tanto de vos —rió él—, que no he podido evitar haceros una visita —sin esperar a que se lo ofreciesen, se reunió con ella en su sitial y ordenó a un criado que les trajese de beber.

—Esmeraos —dijo Olof a su gente—. Que nuestros invitados no echen nada en falta.

Preparar comida para tan grande e inesperada compañía requirió tiempo. Mientras tanto, la cerveza y el hidromiel corrieron libremente. Los daneses atestaron la casa, vociferaron, trataron de apoderarse de las mujeres, se pavonearon jactanciosos y se emborracharon. Helgi y Olof, sentados uno al lado del otro en el sitial, tenían casi que gritar para entenderse. Ella le dejó llevar el mayor peso de la conversación —que recayó sobre él mismo—, a lo que él no se opuso en absoluto, y menos todavía cuando estuvo borracho. Ella no parecía sentirse incómoda.

Cuando finalmente estaban comiendo, él dijo:

—Debes haber adivinado que he venido aquí para algo más que una fiesta. Así es: quiero que bebamos nuestra cerveza nupcial esta misma noche.

Ella se puso tensa.

—Vais demasiado deprisa, señor.

—No, no —Helgi agitó una chuleta de buey—. Aquí hay suficiente gente para una boda. Grande será mi honor y beneficio si obtengo una reina de tan alta alcurnia y, hum, tan útil como tú para mí solo. Más tarde podemos bendecirlo, y hablar de dotes y regalos y de lo que sea. Pero esta noche dormiremos juntos, tú y yo.

—Si tengo que casarme —respondió ella, con los nudillos que se le pusieron blancos de apretar fuertemente la empuñadura del cuchillo—, en ese caso no conozco a ningún hombre que tenga más merecimientos que vos. Confío en que no haréis que me avergüence por ello.

Helgi la miró impúdicamente.

—En verdad es magnífico que tú, con lo engreída que eres que vivamos juntos mucho tiempo es lo que yo quiero.

—Hubiera deseado que hubiese más amigos míos presentes —dijo Olof—. Pero seréis satisfecho. Estoy segura de que os comportaréis decorosamente conmigo.

—¡Sí, sí, sí! —dijo Helgi sin mayor miramiento. La atrajo hacia sí de un tirón, aplastó su boca contra la suya y empezó a toquetearla a la vista de todo el mundo. Luego se puso de pie y vociferó para comunicar la noticia.

Los daneses rugieron de júbilo. Los sajones no sabían qué hacer, excepto aquellas muchachas que se reían con risitas sofocadas en los rincones oscuros al lado de los navegantes. La reina Olof se levantó, como si su túnica no se hubiese ensuciado ni su peinado deshecho, y habló:

—Bebamos para celebrar las nupcias lo mejor que tengamos. ¡Descorchad el vino!

A veces, los mercaderes del Sur lo traían a estos lugares. Era poco conocido en cualquier otra parte del Norte. Helgi dio un alarido al probarlo. Olof sonrió —en la mortecina

luz poblada de sombras pareció una verdadera sonrisa— y le sirvió una y otra vez en la profunda noche.

Nadie advirtió que ella sólo pretendía aparentar beber tanto como él, excepto sus hombres de confianza, a quienes había susurrado que hiciesen otro tanto.

Finalmente Helgi dijo, entre eructos, que la llevasen a la cama, pues de otro modo su noche de bodas tendría lugar por la mañana. Gritando, aullando, desgañitándose con las más obscenas bromas y canciones, aquellos daneses que todavía podían tenerse en pie, portando antorchas, la escoltaron a través del patio a una habitación interior para pasar la noche. Es la costumbre nórdica que la novia sea conducida por delante del novio. Se supone que de este modo se espanta a los seres malignos, y que las palabras groseras traen amor e hijos. Pero a Olof no la esperaban flores y ramos verdes; ni le habían hablado largamente de antemano, ni tenía viejos amigos a su alrededor en aquel día especial de su vida, ni había sido santificada, ni llevaba su guirnalda de doncella en señal de ofrenda a Freyja.

La tropa volvió a por Helgi.

—Dentro de un momento, dentro de un momento —gruño—. Bribones, no permitiré que acabéis el vino sin mí.

La noche ya se estaba desvaneciendo cuando salió tambaleándose. Pocos eran los que estaban suficientemente despiertos para poder acompañarle. Cerraron la puerta tras él, le gritaron obscenamente sus últimos votos de felicidad, y dando tumbos volvieron a reunirse con los demás en el profundo sueño.

Una débil lámpara iluminaba la habitación..

—¡Ven aquí! — gritó Helgi, palpando en busca de la reina—. Quítate la ropa.

—Tiéndete —murmuró ella, guiándolo hasta el lecho—, y en seguida estaré contigo.

Eso hizo. Ella desapareció de la vista, como si estuviese preparándose. No había transcurrido mucho cuando oyó que roncaba.

Sin duda, ella aguardó un instante, mientras lo contemplaba tumbado en la cama, dando vueltas una y otra vez a un cuchillo entre sus manos. Sin embargo, por muy borrachos que estuviesen, sus guerreros eran demasiados para los pocos hombres de su Guardia. Y más aún, matarlo en aquellas circunstancias significaría una disputa sangrienta con los poderosos Skioldungos. Pero ella ya había decidido lo que iba a hacer.

Algunos dicen que, entonces, le clavó a Helgi una espina soporífera para evitar que se despertase. Otros sostienen que no fue necesario.

Se deslizó afuera en la fría oscuridad, bajo las pálidas estrellas, y habló a sus hombres. No se atrevieron a sacar un caballo; pero entre ellos había un corredor de fondo sumamente rápido. Emprendió en seguida el camino, bosque a través. Olof fue a buscar lo que necesitaba, y volvió acompañada de una pareja de sus hombres para que la ayudasen.

—¿Es esto prudente? —oyó que le preguntaban.

Irguió su cabeza.

—Tengo que pensar en mi honor —respondió ella—. Con vergüenza hay que vengar la vergüenza.

Ataron al rey; cogieron tijeras y navajas, y le cortaron todo el pelo de su cuerpo; luego lo untaron de brea; lo metieron junto con un montón de trapos en un saco de cuero, lo ataron para cerrarlo; y finalmente los hombres lo llevaron abajo a la playa.

Al amanecer, bajo las órdenes de Olof, sus hombres despertaron a los daneses —utilizando sin ningún reparo cubos de agua fría— y les dijeron que Helgi ya estaba en su barco y que quería zarpar, aprovechando que había marea baja y viento favorable.

Salieron tan rápidamente como pudieron, abotargados por la borrachera, sin apenas recordar dónde se encontraban. Cuando llegaron a la costa, no vieron al rey por ninguna parte «En seguida vendrá», pensaron confundidos. Entretanto descubrieron un grueso saco de cuero. Les entró curiosidad de ver lo que contenía.

Desataron los nudos y descubrieron a Helgi en un estado lamentable. Se le había pasado el efecto de la espina soporífera, si es que alguna vez existió tal cosa, y se despertó de

un sueño feliz. Deliraba de rabia.

Entonces oyeron sonar cuernos, pies que corrían y galopes de cascos, ruidos metálicos, voces que gritaban. Recortados contra el cielo de la mañana en la cima del risco, divisaron una hueste de guerreros contra los cuales hubiera sido desesperado entablar combate, especialmente abatidos como estaban por el dolor de cabeza y la resaca. Remaban muy torpemente. Durante un buen trecho los siguieron las burlas de los sajones; y después los gritos sarcásticos de las gaviotas.

III

Enorme fue el asombro cuando se supo, después de que aquella historia se difundiera ampliamente, que la reina Olof se había mofado de un rey de la talla de Helgi Halfdansson. Los habitantes de Ais la miraron con temor reverencial. Eso hizo que su altivez y terquedad creciesen fuera de toda mesura. Al mismo tiempo, a partir de entonces siempre llevó una fuerte guardia a dondequiera que fuese.

Por lo que a Helgi respecta, se encontraba en tal estado de humor que nadie se atrevía a hablar del asunto en su presencia, ni siquiera a mirarle prolongadamente. Llevó la flota a Wendland[1] como había prometido, donde se comportó con una temeridad, matando y quemando, que dejó estupefactos hasta a los más duros de su tripulación. Ganaron cada batalla que emprendieron, y en el otoño volvieron a casa cargados de botín y de esclavos. Helgi no mostraba ninguna alegría.

Al desembarcar en Haven dio a regañadientes unas cuantas órdenes acerca de cómo debían descargar y cuidar de los barcos, cogió un caballo y partió solo al galope.

El rumor había llegado a Leidhra. Cuando llegó Helgi, Hroar fue a buscarlo a su casa. Subieron a una habitación de la galería para poder hablar sin que nadie los oyese.

—Te habría preparado una fiesta de bienvenida —dijo apaciblemente el hermano mayor—. Pero me pareció que este año preferirías que no lo hiciese.

—En realidad, no habría acudido —musitó Helgi, mirando al piso.

—Sobrevivirás a ello —dijo Hroar.

Helgi se encolerizó.

—¡Es una vergüenza para *nosotros*!

—¿Y quién la trajo? —replicó Hroar, de pronto cortante—. ¿Quién la merece?

Helgi alzó el puño como si fuese a golpearlo, luego gruñó, bajó precipitadamente la escalera y se marchó de la casa.

Durante todo aquel invierno se mantuvo tan apartado como le fue posible, violento con los inferiores, y brusco y avariento con los de más alto rango. Los hombres se susurraban al oído sus temores de que la sangre del alma más oscura de los Skioldungos estuviera bullendo en su interior. Después de que empezase a mantener conversaciones secretas con aquellos de sus guerreros que siempre le habían sido más incondicionales, muchos pensaban que estaba conspirando para hacer lo que había hecho Frodhi.

Pero cuando la oscuridad menguó ante la luz diurna, la nieve se derritió en rápidos arroyos, y las cigüeñas y las golondrinas volvieron a casa, Helgi empezó a estar más calmado. Las gentes de su casa supieron que estaba ocupado, preparando algo, pero lo que fuese no se lo dijo a nadie excepto a unos pocos elegidos. Una mañana de verano temprano, habían partido, el rey y el más veloz de sus barcos.

Se alzó el mástil y se desplegó la vela del cuervo, que voló bajo el favorable viento, viento que restallaba frío y salado, besando las mejillas y los cabellos despeinados. Las olas

[1] La Tierra de los Vendos, literalmente. *(N. del T.)*

Librodot

retumbaban y gorjeaban, el rocío saltaba por encima de sus arrugadas crestas grises y de sus azules depresiones oscuras, con los rayos del sol filtrándose a través de las nubes, encendiendo en ellas fuegos verdes. El casco saltaba, cantaban las traviesas, rasgueaban las jarcias de piel de morsa. Helgi empuñaba el timón. Cuando la tierra que era suya onduló a su lado a estribor, sonrió por primera vez en casi todo un año.

Cuando Mön quedó a popa, ordenó que colocasen en la proa la cabeza de dragón que anunciaba la guerra.

Sin embargo, el navío viajaba cautelosamente, desviándose de cualquier bajel que apareciese en el horizonte, sin hacer ningún alto. Al llegar al Pequeño Belt estuvieron al pairo hasta que oscureció, y entonces empezaron a remar hacia el Norte, a la luz de la luna.

Antes del amanecer llegaron a la cala que su piloto les había escogido. Estaba varias millas al sur de la casa de Olof. Los árboles se apiñaban en una pequeña playa. Helgi ordenó que encallasen el barco. Dejó el de Olof, que había encontrado en la cala, vigilando en la boca de la ensenada, para que el enemigo no los cogiese por sorpresa y les cortase la retirada. Después durmió unas pocas horas. Los que estaban de guardia le oyeron reír entre dientes mientras dormía.

Cuando amaneció comió algo de alimento y se puso en camino. Iba vestido con harapos de mendigo. En bandolera llevaba una espada y dos cofres llenos de oro y plata.

La marcha es dura a través de un bosque salvaje. Los árboles se elevan a las alturas, robles, hayas, olmos, alerces; sus copas susurran verdedoradas por la luz del sol que motea el oscuro sotobosque; los pájaros cantan a miles, las ardillas se deslizan vertiginosamente entre los troncos como el rojo fuego; el aire es caliente y está lleno de los olores de la tierra. Pero la maleza construye muros que estorban el paso, bloqueando el pecho y apuñalando los ojos, crujiendo desdeñosamente. Por eso no resulta extraño que a menudo determinados lugares sólo sean accesibles desde el mar.

Helgi también era cazador. Descubrió rastros y se deslizó en pos de ellos tan rápido como un ciervo. Pronto estuvo cerca de su meta. En un tronco vacío dejó la espada, medio escondió los cofres bajo un arbusto, y siguió hacia delante, en el camino, fuera de la vista de la casa, esperó.

Un siervo de la reina venía por el camino. Llevaba un cesto de huevos, que traía de una granja. Cuando vio al hombreton, retrocedió. Helgi sonrió, extendiendo las manos vacías.

—No tengas miedo —dijo—. No tengo casa, pero no te haré daño.

El siervo no se sorprendió. Los vagabundos eran corrientes en aquellos días en que Slesvik padecía disturbios. Y respecto a encontrarse en aquella parte de la isla, podía haber llegado por el más estrecho de los canales.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —le preguntó el extranjero.

—Todo está en paz —dijo el siervo un poco más tranquilo—. ¿De dónde eres?

—Qué importa. Sólo soy un pobre tipo. Mira aquí, sin embargo. He tropezado con un tesoro en estos bosques. ¿Quieres que te lo enseñe?

El siervo no veía ninguna razón por la que el vagabundo debiese atacarle. Además, llevaba un robusto palo. Le siguió, y empezó a respirar agitadamente cuando vio el brillo bajo las hojas.

—¡Fabuloso, verdaderamente fabuloso! —dijo—. ¿Quién puede haberlo dejado aquí? Quizá, por alguna razón, el rey Helgi, antes de que buscase a nuestra reina el año pasado y ella lo convirtiese en el hazmerreír de todo el mundo.

—Ni idea —dijo el desharrapado con aspereza—. Dime, ¿le gusta a ella el oro?

—¡Huy! En eso no hay otra igual.

—Lo mismo he oído yo. Bueno, entonces, le gustará esto, y seguro que lo reclamará, al ser ésta su tierra. En tal caso no quiero que mi buena suerte se convierta en mala por tratar de ocultar el tesoro. ¿Cómo puede alguien como yo convertirse en rico de un día para otro, sin que sospechen que lo ha robado y lo cuelguen para pasto de los cuervos? No, mejor que lo coja ella y que me dé lo que crea conveniente. ¿Crees que se molestará en venir ella misma a

Librodot

por el tesoro?

—Seguro que sí, si puede venir sin que nadie lo sepa excepto un guerrero o dos que tengan la boca cerrada.

—Iba a decir que era lo mejor que podía hacer —asintió el vagabundo—. Si se pregona el hallazgo fuera de la isla, los caudillos del reino esperarán fiestas y regalos; y me han contado que es muy avara. Mejor que solamente lo sepáis tú y ella. Ya ves que no soy nadie de quien haya que tener miedo —se inclinó para coger algo—. Aquí hay una joya y un anillo que enterraré aparte y te lo daré después, si consigues que venga sola. Si ella se enfadase contigo por cualquier cosa, yo cargaría con las consecuencias.

Al principio el siervo se negó. Aquel cálido parloteo le hizo cambiar de opinión. Adivinaba que el extranjero sabía de más oro en otra parte, y quería regatear con la reina. Un hombre de tanta labia, seguramente podría apaciguar su cólera. Y después él, el siervo, podría darle a ella los dos valiosos objetos a cambio de su libertad y de una pequeña granja.

Así pues, dejó al vagabundo guardando el tesoro y se apresuró hasta la casa, el corazón latiéndole aceleradamente. Necesitó cierto tiempo para poder hablar aparte con Olof, y entonces le contó jadeante cómo había encontrado un tesoro fabuloso, y le pidió que lo siguiese y se apoderase de él, sin que nadie lo supiese, para que, por envidia de él, no se volviesen rencorosos.

Sus ojos de color pardo rojizo lo miraron de hito en hito. Un arrebol se encendió en las anchas mejillas de la reina.

—Si me estás diciendo la verdad —le respondió—, estas noticias te traerán suerte. De otro modo, te costará la cabeza. Sin embargo, siempre me has sido fiel. Confiaré en tu palabra.

Decidió que se reunirían después de que anocheciese. Entonces se levantó, se vistió, y a hurtadillas se deslizó de su habitación. La vigilancia estaba establecida para impedir la llegada de una banda o de una flota enemiga. Una persona sola, acostumbrada además a moverse al acecho, no tendría problemas para burlarla. Bajo un roble plateado por la luna estaba el siervo, quien la guió en la oscuridad.

Los cofres estaban cerca de un pequeño claro. La luz de la luna se deslizaba entre ramas y hojas hasta extraer destellos del metal... de la hoja de la espada que sostenía en la mano el hombre que salió de la noche.

—Salud, reina Olof —rieron sus labios que no se divisaban—. ¿Os acordáis de Helgi Halfdansson?

Ella chilló, se volvió y empezó a correr. De un par de zancadas él la atrapó. El siervo gimió y le golpeó con el palo. La espada de Helgi lo arrojó a un lado.

—Puedo matarte, compañero —dijo el rey tan serenamente como si la mujer no estuviese retorciéndose y vociferando, dándole arañazos y puntapiés—. Pero, ya que nos habremos ido antes de que puedas traer ayuda, mi consejo es que huyas a otra parte —el siervo farfulló algo. Helgi apuntó hacia abajo con la espada—. Allí está lo que te prometí —el siervo estaba demasiado aturdido para cogerlo. Helgi lo empujó con la punta de la espada—. ¡Vete! —el siervo cayó sobre la maleza.

Helgi envainó la espada.

—Cállate —dijo a Olof, y le dio una bofetada que hizo que le crujiesen los dientes—. ¿Creías que iba a dejar sin vengar tu perfidia?

Ella cayó de rodillas, sollozó un rato, y tartamudeó:

—Sí, es verdad, me porté mal contigo. Para repararlo, yo... ahora... seré tu legítima esposa.

—No —dijo él—, esta vez no saldrás del paso tan fácilmente. Vendrás conmigo a mi barco, y permanecerás en él todo el tiempo que a mí me plazca. Para vengar mi honor no puedo hacer otra cosa que tratarte tan grosera y tan vergonzosamente como tú me trataste.

—Esta noche se cumplirá tu voluntad —susurró ella.

Utilizó su conocimiento de la vida del bosque para no dejar huellas a lo largo de la

primera parte del camino. Después ya no fue necesario, en aquella maleza que parecía un muro de lanzas. Tampoco fue necesario que la llevase arrastrando. Una vez, intentó escaparse del camino de ciervos que él había encontrado. Las afiladas puntas de las ramas la detuvieron.

No le fue fácil abrirse camino en la oscuridad. Ella llegó a la cala tan destrozada como él, con los pies ensangrentados, sin resuello y dando tropezones.

Las olas se estrellaban en la playa. Un ruiseñor cantaba. La luna, baja en el horizonte, tendía un puente reluciente a través de las aguas, contra el que se perfilaban oscuros el casco y la cabeza de dragón del barco varado. No muchas estrellas mostraban su brillo en el cielo crepuscular. Una fría brisa se levantó, trayendo olor a algas.

Cuando sus pasos se acercaron, los hombres de Helgi que estaban de guardia en tierra saltaron de su pequeño fuego. Él los saludó. Sus gritos de júbilo sacaron a los demás de los sacos de dormir, que fueron a agolparse a su alrededor, darle palmadas en la espalda y a ofrecerle toscamente sus mejores deseos. Él sonrió y empujó a Olof hacia un costado del buque, ya dentro.

—*Ahora* quítate la ropa —dijo; y ella lo hizo a la luz de la luna delante de todos.

Le señaló la cubierta de proa. Ella se arrastró en la oscuridad tan negra como la pez y se tendió en un colchón, con los puños apretados a los costados. Él se le acercó.

Al amanecer fue a buscar los cofres, y luego se hicieron a la mar a través del Belt. En la solitaria Aeró, los daneses desembarcaron fuera de peligro. Durante una semana cazaron, pescaron, pelearon, nadaron, jugaron, se contaron historias o sencillamente holgazanearon. El rey se les unía, excepto cuando estaba con la reina.

Ella no le causó problemas; sólo le dejaba hacer. Nunca lloró; ni habló más de lo estrictamente imprescindible.

—Eres una buena chica, Olof —le susurró una noche con la boca en su cabellera—. Ojalá que nuestro destino hubiese sido de otra manera —ella yacía rígida. Él suspiró—. Creo que no te puedes interesar por los hombres. Y ahora es demasiado tarde para nosotros dos.

—A pesar de todo, tú y yo no tenemos por qué romper —dijo ella.

—¿Qué? —preguntó él. Olof ya no habló más. Un zarapito chilló a través de la fría niebla que se estaba levantando. Helgi se estremeció y se apretó contra ella, sólo para calentarse. Ella no acusó el abrazo.

Al día siguiente cruzó el Belt de nuevo y la dejó cerca de su casa. Ninguno de los dos se despidió. Ella caminó por las aguas hacia la playa con los mugrientos andrajos de su vestido. Los hombres de Helgi empujaron el barco hacia el agua, subieron a bordo y cogieron los remos. Olof no vio alejarse el barco, mientras avanzaba como una araña. Acababa de regresar a su casa.

IV

Aquel mismo verano fue a Leidhra, a ver al rey Hroar, su suegro Aegthjof, conde de Götaland. Habían estallado las disputas. Aegthjof había matado a Heidhleif de la familia de los Ulfingos, pero como sus parientes habían resultado ser demasiado poderosos, tuvo que huir.

Aunque era joven, Hroar no ordenó que la flecha de guerra fuese de granja en granja.

—¿Para qué sirve reclutar un ejército, matar, quemar y saquear, granjeándonos más enemigos irreconciliables? —se preguntó—. ¡Oh, eso es lo que querrían los Ynglinglos de Uppsala! Mis posesiones de Götaland pasarían a su poder.

Envió un mensaje al conde Saevil, en Escania, que a su vez se dirigió a los cabecillas de los Ulfingos. Actuando de intermediario, Saevil acordó la paz. Aegthjof tuvo que pagar una elevada compensación, pero Hroar le ayudó. Así mismo, se concertaron un par de matrimonios para mantener las casas unidas, al menos durante cierto tiempo.

—Me has ayudado admirablemente —dijo Aegthjof, estrechando la mano de Hroar antes de regresar a su patria—. Espero que o yo o alguno de mis hijos podamos hacer algún día lo mismo por ti.

—Es un hermoso deseo —sonrió el rey—. Sin embargo, para necesitar ayuda, primero tengo que tener problemas.

—Por ahí empieza la fama —dijo Aegthjof.

—¿No se puede edificar una fama mejor y de más larga vida construyendo el país? Hemos trabajado para muchas generaciones: consolidando la paz dentro y fuera de este reino, despejando los campos, levantando casas, fletando barcos para la pesca y el comercio, haciendo buenas leyes y vigilando para que se guarden, trayendo las artes del extranjero... Bueno, pariente, no hace falta que hable como si estuviese en la Piedra del *Thing.*

Helgi regresó del mejor de los humores y volvió a ser el de antes. Al principio no perdía la ocasión de divulgar cómo se había vengado de la reina Olof. Con el tiempo dejó de hablar e incluso de pensar en ello.

No así la mujer.

Ella sabía que la gente adivinaría lo sucedido, y que las historias que llegasen a Saxland[1] desde Dinamarca despejarían pronto cualquier duda al respecto. Ello no la perjudicaría si se mostraba firme. En consecuencia rehusó hablar de lo ocurrido durante aquella semana. Cuando supo que un siervo y un cortesano habían estado cotilleando, hizo que se arrastrasen ante ella; y por haber mancillado su nombre, ordenó que al cortesano le fuera cortada una mano y que al siervo le azotasen hasta morir. En los demás asuntos también se comportaba ella con la misma severidad y, al mismo tiempo, con tanta habilidad que la gente decía que, más que una reina, era un rey en todo menos en el cuerpo.

Los que así pensaban desconocían cuántas veces permanecía despierta por la noche, o tenía horribles pesadillas, o cómo, cuando estaba sola en los bosques, alzaba al cielo los dedos engarabitados y gritaba.

Pero lo peor para ella fue cuando supo que estaba embarazada.

Después de que una bruja fracasase en sus planes de abortar, Olof se preparó para lo que estaba por venir. Jamás la gente se reiría solapadamente o Helgi Halfdansson fanfarronearía por su causa. Declaró que se iba a emprender un viaje a Slesvik, para ver la tierra firme y sus alrededores, y de qué manera se podía conseguir que acabasen las rencillas entre las casas que estaban asolando el reino.

Y así lo hizo, y verdaderamente lo hizo bien, reconciliando a veces a dos partidos, y echando en otras el peso de su pequeña, pero bien adiestrada hueste, en uno de los platillos de la balanza. Nadie se extrañaba de que, de vez en cuando, desapareciese. Tenía que hablar con los caudillos en secreto.

Las pesadas ropas de invierno ocultaban la redondez de su vientre. Y, si alguien sospechaba algo, sabía muy bien tener la boca cerrada.

Cuando llegó el momento, se fue a una solitaria cabaña escogida y preparada de antemano. Los hombres de su guardia la rodearon. La reina no les permitió que entrasen adentro, alegando que no había espacio y que ella necesitaba paz para pensar y, así lo insinuó, hacer magia. Los soldados levantaron unas tiendas para protegerse de la lluvia, se acurrucaron en el fango junto a los fuegos humeantes, se soplaron los ateridos dedos y procuraron que los aceros no se les oxidasen. Olof permaneció dentro, acompañada solamente de una comadrona y de dos viejas criadas.

Y en una noche tormentosa, húmeda y oscura, con el granizo estrellándose contra los muros y los árboles gimiendo en el viento, dio a luz una niña.

—Llorad —dijo la comadrona, viéndola sudorosa—. Alivia el dolor.

—No —dijo la reina con las mandíbulas apretadas—. No por esto.

No estando el padre presente, la comadrona cogió a la niña, la lavó y envolvió en los

[1] La Tierra de los Sajones, literalmente. *(N. del T.)*

Librodot

pañales, y la depositó en el piso de tierra al lado del lecho de la madre. Olof miró sombría, a través del vacilante y rojizo resplandor de las antorchas, a aquella cosa diminuta y chillona.

—¿La criaréis, mi señora? —preguntó la comadrona.

—Jamás llevaré yo eso a mi pecho —dijo Olof. Alzó una mano—. Espera. No te la lleves. Puede ser útil, de alguna manera, algún día... No sé cómo...

—Entonces, ¿qué nombre le pondréis?

La mirada de Olof recorrió apáticamente la habitación, hasta que vino a recaer en una perra suya, llamada Yrsa. Soltó una carcajada. Señaló con el dedo al animal y luego a la niña.

—Sí, le pondré un nombre —dijo—. La llamaré Yrsa —y se tumbó de nuevo.

La comadrona y las viejas criadas se estremecieron.

Sin embargo, no podían hacer más que obedecer. Y, sin que les resultase inesperado, fueron a buscar a una nodriza.

Cuando Olof estuvo de nuevo lista para viajar, se atrevieron a preguntarle qué quería que se hiciese con Yrsa.

—Una sola palabra sobre la mocosa será vuestra perdición —espetó—. Pero traedla. Ya encontraré la casa adecuada en donde pueda ser adoptada, como corresponde a los niños de alta cuna.

De regreso a Ais, fue a ver a un pobre granjero y su mujer. A ellos les entregó la niña junto con algunos regalos, diciéndoles que era la hija de una fiel sierva que había muerto en el parto, y que se llamaba Yrsa. Habrían de educar a la niña como si de veras fuese hija de ellos.

Con posterioridad, Olof jamás volvió a ver o a interesarse siquiera por la hija que odiaba.

Pasaron los años.

Dinamarca crecía en poder y riqueza. Los reyes hermanos trabajaban bien juntos. Hroar dirigía el reino y se esforzaba por mejorarlo, con una sabiduría que crecía al mismo tiempo que él. Mostrando la suficiente destreza varonil para hacerse respetar por los guerreros, además era sumamente amado. Él y la reina Valthjona tuvieron tres hijos que se hicieron mayores: una niña, Freyvar, y dos niños, Hrodhmund y Hrörik, este último nacido cuando ambos eran muy entrados en años. Eran una pareja feliz. Hroar solamente se llevaba a otra mujer al lecho cuando llevaba mucho tiempo lejos de casa.

Tenía que viajar mucho para construir el reino según sus deseos. Anualmente hacía un recorrido por los *Things* de los condados, y también escuchaba a solas a los hombres que tuvieran algo que decirle. Quería comprobar, en todas partes y por sí mismo, cómo iban los asuntos. Salía a navegar por el extranjero, bajo el escudo blanco, aunque más a menudo hospedaba a los extranjeros en cualquiera de las mansiones que tenía y escuchaba atentamente lo que quisieran contarlo.

Para que los hombres puedan realizar un trabajo bien hecho, han de tener la certeza de que lo que hacen no será presa fácil de los codiciosos y los despiadados. Por este motivo, Hroar tuvo que acudir personalmente al campo de batalla en algunas ocasiones. Sin embargo, la mayoría de las veces le dejaba la guerra al voluntarioso Helgi.

Cada verano, el más joven de los reyes iba a buscar pelea. A veces eran expediciones de saqueo, para mantener contentos a los hombres de su guardia y para que los terratenientes estuviesen ansiosos de unírsele entre la siembra y la cosecha. Pero generalmente, permanecía en los alrededores de Dinamarca. Durante los primeros años persiguió a los bandidos y registró las guaridas de los vikingos, hasta llegar a intimidar a cualquiera que pudiera haber tenido el más remoto pensamiento de perturbar la paz.

Pero los extranjeros persistieron, sin embargo, en estas actividades, sobre todo si eran incitados por Svithjodh o Saxland. Cuando Helgi y Hroar se sintieron al fin firmemente afianzados en su patria, Helgi empezó a hacer que se arrepintiesen de sus tropelías. Los que no se sometiesen a sus requerimientos, se negasen a empuñar la espada cuando se les pedía, a prestar juramento de fidelidad o a pagar tributo a los señores de Leidhra, una mañana se despertarían, muy probablemente, divisando en el mar los dragones, o viendo un ejército en

tierra dispuesto para la batalla en la formación del puerco[1], enarbolando el escudo rojo y el Estandarte del Cuervo.

Aquellos pequeños caudillos jamás pudieron hacer frente al poder danés. Ni siquiera llegaron a coaligarse; los hermanos pronto aprendieron a hacer que las disputas brotasen entre ellos. Los choques armados regocijaron a los lobos y a las aves de rapiña. Helgi ganó cicatrices, y unas cuantas veces pareció que iba a recorrer la vía del infierno. Pero siempre sanó, y siempre se alzó con la victoria.

En el curso de aquellos años invadió Fyn y todas las islas menores. Se jactaba de que había sojuzgado a tantos reyes como mujeres había poseído.

—¿Y cuándo te casarás? —le preguntaba Hroar.

—Cuando esté preparado —se encogía de hombros Helgi—. No tengo prisa. La única vez que hice la corte no resultó —podía bromear sobre ese recuerdo, ya desvaído—. Sé lo que te atrae la idea de que yo pase a formar parte de una gran casa, para que tú consigas lo que quieras de ellos. ¿Por qué no mantener el señuelo que aún nos sirve?

—Cuando tú y yo estemos muertos...

—Pero si tú ya tienes un hijo. ¿Es que acaso temes que mis bastardos puedan desafiarlo? Parece improbable. Mis bastardos resultan baratos, son tantos... En realidad, Hroar, quizá resulte preferible para los Skioldungos que jamás tome una reina, cuyos hijos podrían sentirse con derechos a reclamar su parte. Ahora quitémonos de encima esa cara tuya tan larga y bebamos otro cuerno de hidromiel.

Los hermanos no se veían el uno al otro durante mucho tiempo, ni siquiera en invierno, y por eso sus encuentros eran una buena ocasión tanto para el regocijo como para tratar los asuntos serios. Hroar se había ido de Leidhra.

No había partido enojado. El entendimiento entre los dos hermanos era tal que, cuando volvió, Helgi dio una fiesta en su honor. Hroar pudo decirle:

—Pareces el mayor de los dos, ya que ocupas la más antigua sede de los reyes daneses; y esto yo te lo concedo gustosamente, a ti y a cualquier heredero que puedas tener. Pero a cambio quiero el anillo que guardas, porque tengo tanto derecho a él como tú.

Los que casualmente oyeron la conversación contuvieron la respiración. Sabían que Hroar sólo podía referirse a un determinado anillo. No era un sencillo anillo de oro, que se pudiera partir en trozos para recompensar a un escaldo que hubiera compuesto un *lai* o a cualquier otra persona por tal o cual servicio. No, era una gruesa banda en forma de serpiente que se retorcía una y otra vez sobre sí misma hasta que mordía su propia cola, allí donde sus ojos granates brillaban funestos. Se contaba que era una de las primeras alhajas que Fenja y Menja habían molido para el rey Frodhi el Pacificador. En cualquier caso, durante mucho tiempo había sido el orgullo de los Skioldungos.

Helgi se limitó a sonreír y respondió:

—Nada sería más adecuado, hermano, que tú tuvieras el anillo.

Sin embargo, Hroar tuvo buenas razones para mudarse. Dos casas reales en la misma población, cada una manteniendo su tropa de jóvenes animosos, significaba disputas que podían llegar a ser mortales. No siempre se podía detener la pelea, una vez estallada, entre familias que tenían que luchar contra los enemigos de Dinamarca y no entre sí.

Más aún, Leidhra estaba mal situada para sus propósitos. Se decía que antiguamente el fiordo llegaba más tierra adentro. Pero ya no era así. Solamente un arroyo indolente la atravesaba. En cambio, un abrigado puerto, abierto al mar pero profundamente situado dentro de la isla, atraería a los mercaderes y, con ellos, la riqueza.

Hroar fundó Roskilde en la bahía así llamada. Llegaría a ser la principal ciudad del reino. Situada a un cómodo paseo a caballo de Leidhra, estaba sin embargo lo suficientemente alejada para dejar a un lado la mayoría de sus problemas. Por aquel entonces, la llamaban

[1] La formación (o línea) «del puerco» es la antigua formación de combate propia de los germanos donde el jefe ocupaba la punta de la avanzada central. *(N. del T.)*

Hroarskildi, la Fuente de Hroar, debido a un manantial de agua pura que no solamente daba de beber al lugar, sino que le confería santidad.

Por supuesto que el asentamiento no alcanzó su pujanza de la noche a la mañana. Al principio, allí no había más que la mansión que el rey se había edificado, con sus dependencias exteriores y las casas de los sirvientes, así como cobertizos y muelles en la costa para los barcos. Aunque los campos se extendían hacia el Sur, hacia el Este lo hacían brezales y pantanos, y hacia el Oeste se divisaban, sombríos, los bosques salvajes. Aun así, se decía que no había habido casa mejor en el Norte desde que Odín habitase en la tierra.

Era inmensa, construida con las maderas más preciosas, artísticamente talladas y pintadas. Los extremos de las vigas de encima de las alas del tejado se ramificaban en forma de poderosas cornamentas, sobredoradas para que brillasen a la luz del sol: de aquí que la mansión fuese llamada El Ciervo.

Pero sobre aquella casa se iba a cernir la aflicción.

Quizá fue la mala suerte. Quizá la ira de un dios. Generosos con los hombres, los hermanos eran bastante descuidados en hacer ofrendas a los Ases y a los Vanes. Realizaban lo que se suponía era la obligación de los reyes en los antiguos y sagrados tiempos. Por lo demás, Helgi podía sacrificar un gallo o cosas similares de vez en cuando para tener suerte; pero generalmente confiaba en su propia fuerza. Cuando los pensamientos de Hroar se apartaban de los asuntos de la realeza o de la familia, se dirigían a menudo hacia el aprendizaje de extraños saberes.

Fuera como fuese, la historia es que El Ciervo se convirtió en un lugar maldito. Hacía mucho tiempo que un rey llamado Hermodh había sido expulsado del trono por su avaricia y su crueldad: era uno de los peores de la rama más siniestra de los Skioldungos. Oculto en los pantanos, procreó hijos con una hembra de troll. A su sangre pertenecía el ser que llamaban Grendel, que entraba en la mansión por la noche y arrebataba hombres para comérselos.

En Inglaterra dicen que eso se prolongó durante doce años. Los daneses no lo creen así. ¿Cómo un guerrero como Helgi no iba a haber liberado a su hermano de aquellas tribulaciones? Suponen, más bien, que Hroar edificó El Ciervo poco después de haber protegido a Aegthjof y de que Helgi hubiese humillado a Olof. Y allí vivió durante nueve años, en los que los hermanos trabajaron juntos hasta que al fin los daneses se sintieron más felices en sus casas que nunca, desde los tiempos del Pacificador. Entonces Helgi, siempre inquieto, se embarcó en un viaje por tierras desconocidas. Quizá navegó hacia el Oeste, a Inglaterra, o hacia el Este y el Norte, a Noruega, Finlandia y Bjarmiland, o hacia el Este y el Sur, hasta los ríos de Gardaríki[1], saqueando a veces, otras comerciando, siempre saboreando vientos frescos bajo nuevos cielos; y así pasaron tres años antes de que sus barcos estuviesen de vuelta en casa.

Apenas se había ido Helgi cuando Grendel salió, arrastrándose. Durante esos tres años El Ciervo permaneció desierta, y el ceño de Hroar estuvo fruncido por la pesadumbre.

Esperó a que Helgi regresase, ya que no sabía de ningún otro que pudiese afrontar al monstruo. Sin embargo, no podía estar seguro de que los huesos de Helgi no estuviesen blanqueando en tierra extraña. Por eso acogió con agrado el ofrecimiento de ayuda hecho por el hijo del conde Aegthjof, al que anteriormente había ayudado: su pariente Bjovulf de Götaland, al que en Inglaterra llaman Beowulf.

La historia es bien conocida: cómo Bjovulf agarró a Grendel y le arrancó un brazo, cómo la madre de Grendel vino después a vengar a su hijo, cómo Bjovulf la siguió bajo las aguas y la mató también, ganando un nombre que permanecerá incólume mientras el mundo exista. Baste con esto y con decir que Bjovulf acababa de volverse a su tierra cuando regresó Helgi, para encontrarse con que a lo largo de toda Dinamarca resonaba el nombre de ese héroe

[1] Rusia. Es un anacronismo por parte de la narradora, a la que, supuestamente sigue Poul Anderson, ya que la colonización de Rusia y la aparición del nombre *Rus,* por parte de los varegos, no tendrá lugar hasta el siglo IX. (J. M. L.)

Librodot

extranjero, mientras apenas si había un oído dispuesto a escuchar sus propias hazañas.

No era tan cobarde que envidiase a Bjovulf su bien ganada fama. Sin embargo, recordaba melancólicamente los años en que él también era joven. No era todavía un hombre mayor —poco más de treinta inviernos habían blanqueado el mundo desde que había gritado por primera vez para salir a él—, pero sus ojos habían perdido su antigua frescura. Por lo menos, la gente daba por supuesto que Helgi Halfdansson emprendería empresas como navegar más lejos de lo que lo hubiera hecho nadie. ¡Ah, qué diferente era el mundo cuando él, un muchacho, había destronado a un rey y después se había vengado de una reina!

Quizá ésa fuese la razón de que, el verano siguiente, planease una expedición que lo llevaría cerca de Ais. Dijo que quería explorar los reinos sajones. Poco podría hacer en el norte de Jutlandia mientras no supiese cómo estaba el Sur. Sin duda estaba en lo cierto. Sin embargo..., ¿recordaba cuando se había jactado de recobrar el honor?... O, incluso, ¿se acordaba de unos ojos morenos y unos puños fieramente apretados?

No sabía nada de Yrsa. Nadie lo sabía, excepto Olof su madre, la comadrona y dos ancianas que ya habían muerto. La pareja de granjeros que la estaba criando casi habían llegado a olvidar que la niña no era su propia hija.

Vivían en la costa norte de la isla, la que da al fiordo de Aabenraa. Al Sur se extendían los brezales, moteados aquí y allá por grupos de robles bajos y retorcidos y árboles perennes, hasta que comienzan los pantanos donde crecen los sauces y después el verdor del bosque, intransitable excepto por unos pocos senderos. Al Norte estaban las grandes dunas amarillas y luego el mar, un vislumbre de tierra firme a la izquierda y por doquier olas, nubes y gaviotas. A menudo la lluvia, la niebla o la nieve, o simplemente las interminables noches de invierno, cerraban el horizonte. Era una tierra dura y ventosa, donde unas cuantas familias vivían muy apartadas unas de otras porque cada una necesitaba muchos acres para poder extraer el sustento de ella y donde nadie tenía mucho que pudiera atraer a los ladrones.

Allí creció Yrsa, hija del rey Helgi y de la reina Olof.

Ella sabía que había sido adoptada. No habría hecho falta que se lo hubieran dicho, ya que parecía completamente distinta de sus padres y de sus hermanos. Sin embargo, esto era normal. Un hombre podía morir ahogado o una mujer de tos hasta arrojar fuera sus pulmones, dejando hijos detrás. Un niño era un par de manos, por tanto, algo que siempre resultaba necesario. Yrsa pensaba poco en una madre que suponía muerta en la esclavitud, y en un padre desconocido. Ni pensaba tampoco que su destino fuese feliz o infeliz. Más tarde, recordaría estos años como mejores de lo que quizás habían sido.

Por supuesto que ella conocía lo que era el esfuerzo, el andar siempre con la azada y el hacha, el molinillo y la olla, el telar y la escoba, las nunca dichas y en realidad indecibles tareas que se suponía que debía realizar la muchacha que tendría que casarse con algún granjero. Pero la vida no consistía solamente en que a una le doliese la espalda de fatiga o que le sangrasen los dedos. Podía consistir también en cuidar de un recién nacido, o recoger nueces y frutas silvestres con una pandilla que no paraba de reírse, o cantar y soñar despierta mientras pacían los gansos.

Los vestidos eran de algodón gris, tosco y áspero. Los niños iban con los pies descalzos en verano, y en el mejor de los casos con zuecos de corteza de abedul en invierno. Pero crecían duros y rara vez les importaban las inclemencias del tiempo. La comida era basta y en ocasiones escaseaba. Pero gachas, pan negro, un poco de queso de cabra y puerros, guardados como si fuese un tesoro, la mantenían a una hasta que llegaban las estaciones en que se podía tener pescado fresco, ostras, huevos de cormorán y lo que se recogía en los bosques y en los brezales. La morada la componía una sola habitación, de por sí lóbrega, si Yrsa no tenía en cuenta la parte en donde se guardaban las cabras, los gansos y los cerdos. Sin embargo, la respiración de aquellos animales no solamente desprendía olores, sino que además daba calor, y ella se sentía unida a sus doce hermanos adoptivos, y cuando en la oscuridad escuchaba el agitarse de padre y madre, podía esperar dar la bienvenida a un pequeño recién nacido llegado el próximo año.

Sabía lo que era el miedo: cuando la tormenta se arremolinaba en el Norte, mientras padre estaba afuera pescando en la barca que compartía con los vecinos. Que no volviese a casa —o que volviese arrojado a la playa por las olas como una cosa hinchada con los ojos saltones y medio comida por las anguilas— no solamente podía significar dolor, sino también estar a punto de morirse de hambre, o de caer en la esclavitud por falta de ayuda. Ran[1] reía en el fondo del mar; las charcas de los pantanos estaban llenas de seres misteriosos; la Mujer de los Olmos tejía la niebla; los duendes cabalgaban de noche por encima del tejado, la paja crujía bajo sus zuecos tamborileantes; la más mínima cosa mal hecha podía traer una suerte funesta. O cuando un barco se acercaba como si fuese a desembarcar, o venían extranjeros a pie; y ella se metía en la maleza para ocultarse, porque ¡hasta la más pobre de las muchachas tiene lo que está buscando el bandido!

Pero también sabía lo que era la camaradería y el divertirse, tanto en casa como con los vecinos. Los vecinos podían murmurar, podían dar lugar a horribles disputas, pero al final todos permanecían juntos frente al resto del mundo. Había cuatro festividades sagradas e importantes: la de Gracia, el Solsticio de Verano, la Cosecha y el *Yule,* o Solsticio de Invierno, momentos que imponían un terror reverencial y que después eran ocasión de regocijo. Llegaría un día en que ya habría crecido, y durante uno o dos años se escabulliría en las noches luminosas para reunirse con los jóvenes, hasta que se casara con uno de ellos y entonces como ama de casa ofreciera leche a los elfos y cerveza a los invitados a la vista de todo el mundo. Mientras tanto, los niños veían pasar los barcos, a millas de distancia, barcos que estaba muy claro que jamás desembarcarían aquí («¡Oh, si lo hiciesen por lo menos una sola vez!»): remos alejándose a grandes zancadas o audaces velas a rayas, y un lejano, lejanísimo destello de metal brillando a la luz del sol. ¿Quién sabe, iba a bordo un rey o quizás un dios?

El invierno traía frío y oscuridad y había que apretarse el cinturón... y así mismo había que trabajar menos, había hielo que crujía bajo los pies y también hielo por el que deslizarse, bolas y muñecos de nieve, era la ocasión para contar las viejas y queridas historias. La primavera traía las labores del campo *y* las lluvias torrenciales, y así mismo los espinos que se volvían blancos y el cielo que se llenaba de pájaros regresando nadie sabía de dónde. El verano era verde, verde por doquier, un vértigo de olores, el zumbido de las abejas, la luz del sol brillando cegadora en cálidos torrentes —salvo cuando había tormenta, pero entonces era maravilloso: *¡fiuú!,* volaba el martillo de Thor[2], y *¡plas!,* aplastaba a los trolls, hasta que las ruedas de su carro conducido por machos cabríos retumbaban lejos a todo lo ancho de los cielos—. El otoño parecía arder en llamas, daba frutos a manos llenas, los vientres se llenaban hasta reventar, el brezo florecía púrpura, la luna llena inundaba la noche de una blancura que destellaba en la escarcha y en el rocío sobre las telas de araña, y construía un rocoso camino a través de las aguas que conducía hasta el fin del mundo; y muy alto, en los cielos, sonaba el canto errante del ganso salvaje...

Yrsa no comprendía por qué sus hermanos adoptivos no prestaban atención a cosas semejantes. Bueno, ella los amaba, pero eran diferentes.

V

—Me gustaría comprobar por mí mismo qué ha sucedido en esta tierra —dijo Helgi—, pero no creo que fuese muy bien acogido si me reconociesen.

Nadie pudo apartarlo de su propósito de recorrer a pie, y en solitario, la isla de Ais. Su

[1] Esposa de Aegir, el dios del mar. *(N. del T.)*

[2] El rayo. (J. M. L.)

barco lo dejó en una cala que aún recordaba y que vendría a recogerlo todos los días, después de una semana.

No esperaba sufrir ningún percance. ¿Quién iba a atacar a un sujeto tan fuerte como él, especialmente cuando estaba furioso? Además, el palo que llevaba era el mango de una lanza cuya punta y pasadores llevaba sobre su piel junto con una daga. Hizo con la mano un jovial signo de despedida y se escabulló a grandes zancadas bajo los árboles.

Se sintió un poco defraudado cuando le dijeron que Olof no estaba en casa. El superintendente le echó una mirada desabrida, pero un cortesano le sirvió una escudilla y le dejó dormir en un montón de heno, a cambio de sus canciones y de sus historias. Declaró que era un habitante de Himmerland[1] que se había quedado sin casa y que buscaba trabajo.

—Aquí no te necesitamos —le dijo su anfitrión—. Pero si vas un poco más lejos, a la costa norte, encontrarás pescando a un grupo de gente humilde. Me atrevo a decir que se alegrarán de contar con un par de robustos brazos para sus remos.

Helgi se encogió de hombros y siguió el consejo, principalmente para poder espiar aquellas playas. Ahora que Fyn estaba en su poder, necesitaba conocer mejor aquel lado del Pequeño Belt.

Y así fue como llegó arriba del todo de una alta duna, y desde allí vio a una muchacha que andaba por la playa. La noche anterior había habido tormenta. Ella iba buscando madera, o ámbar, o cualquier otra cosa que las olas pudieran haber arrojado a la costa.

Sabía que, si le veía acercarse, saldría corriendo hacia una cabaña, oculta tras unos pinos diminutos, cuyo humo tiznaba el ciclo. Sería agradable charlar un poco a solas si no era demasiado fea. En cualquier caso, habiendo mostrado que traía buenas intenciones al no ponerle las manos encima, sus parientes estarían dispuestos a recibirle. A no ser que temiesen que fuese un prófugo, o un cazador de esclavos que anduviese rondando a su alrededor.

Helgi se acurrucó detrás de la duna mientras sus ojos inspeccionaban el camino. Podía ir en zigzag ocultándose en matorrales, arbustos y rocas y usar sus trucos de cazador para moverse a hurtadillas por los brezales, hasta que estuviese casi encima de ella.

Y así lo hizo. Pero cuando, oculto en la maleza detrás de un roble, la miró de cerca, el corazón le latió aceleradamente.

Era un día ventoso. La luz del sol hería las nubes que se apresuraban, brillaba en las aguas y desaparecía cuando la sombra se extendía por el mundo. Las olas retumbaban, reventaban blancas contra los arrecifes, y luego retrocedían para en seguida volver de nuevo, grises, verdes y azules como el acero. A un lado, brumosas como un sueño, se alzaban las colinas del interior. El viento silbaba en las rompientes, rugía en las ramas y susurraba en los brezos. Sobre ese viento cabalgaban chillando las gaviotas. Era frío y salado, golpeaba y se deslizaba: agitó el cabello de la doncella que se abría camino andando con los pies desnudos por la arena, entre los desparramados filamentos morenos de las algas.

No era alta; bien erguida le llegaría a la mitad del pecho. Un vestido gris se estiraba sobre unos pechos pequeños, una cintura delgada y unos miembros flexibles, exhibiendo un aspecto juguetón sumamente atractivo. Por debajo del hollín y del bronceado del sol, su piel era blanca; la nariz salpicada de pecas. La cara era ancha y de pómulos salientes, la barbilla pequeña y fuerte, la boca ancha y suave, los labios un poco abiertos exhibiendo unos dientes sanos, los ojos grandes, muy abiertos bajo las arqueadas cejas, fulgurando como el azul grisáceo del mar. Se había tejido para su propio uso una guirnalda de dientes de león amarillos. Sus cabellos le ondeaban hasta las caderas. Cuando la fugaz luz del sol los tocaba, brillaban como si estuviesen ardiendo.

Helgi le salió al encuentro.

—¡Vaya, eres bonita! —gritó.

Ella dio un brinco hacia atrás con un grito ahogado, tiró la madera que había recogido, y echó a correr. Él la siguió con grandes zancadas.

[1] Región de Jutlandia. *(N. del T.)*

Librodot

—No tengas miedo —dijo—. No te haré daño. Sólo quiero ser tu amigo.

Ella corría encarnizadamente. Él forzó su marcha hasta adelantarla y bloquearle el camino. Ella cogió un palo, bufó como un gato montes y empezó a atizarle. A él le gustó el valor que mostraba. Extendiendo los brazos soltó unas risotadas.

—Tú ganas —dijo él—. Me rindo. Haz lo que quieras.

Ella bajó el palo y respiró más pausadamente. Él podía aplastarla, pero se limitaba a estar allí, plantado y sonriente. Además, ¡qué fuerte y guapo que era! Su porte no cuadraba con los sucios y ondeantes andrajos. Y la cara era como el cuerpo, nariz aguileña, ojos azul celeste, cabellera muy rubia hasta los hombros y barba muy recortada. Y entre los dorados cabellos sus brazos estaban llenos de blancas cicatrices.

—¿Cómo os llamáis, señora? —preguntó con acento extranjero—. ¿Y de qué pueblo sois?

Ella señaló en dirección al humo.

—Soy hija de aquel granjero —susurró en medio del viento y del oleaje—. Bueno, en realidad no, yo... mi madre era una esclava. Me llamo Yrsa.

Él fue a su encuentro. Ella permaneció inmóvil como bajo un hechizo, el corazón latiéndole estrepitosamente. Él le tomó las manos entre las suyas, que eran fuertes y cálidas. Después de mirarla detenidamente, dijo pensativo:

—No tienes ojos de esclava.

Se sentaron de espaldas al viento y charlaron. Ella nunca se habría imaginado que a un extranjero le pudieran importar los avatares de su vida diaria.

—¿Quién eres tú? —le preguntaba ella una y otra vez.

Pero él siempre desviaba la pregunta.

—Dime más cosas tuyas, Yrsa. Hay algo escondido en ti —añadió—. ¿Cuántos años tienes?

—¿Para qué? Yo... yo nunca los conté —respondió extrañada.

—Piénsalo —le cogió los dedos—. Este año; el año pasado...

Después de un buen rato jugando con los dedos, ella se sintió ruborizada y un poco aturdida, y casi llegó a adivinar que quizá tenía trece o catorce inviernos.

—Yo tenía esa edad cuando... Bueno, qué importa —dijo él—. Los dos venimos de un linaje que crece deprisa.

Compartieron el queso y la galleta que él llevaba en su bolsa. Después, cuando pasó un brazo por su cintura, ella no se apartó, sino que suspiró e inclinó la cabeza sobre su pecho.

Una gaviota revoloteaba por lo bajo, blanca como la leche en un rayo de luz.

—Me he enamorado perdidamente de ti, Yrsa —dijo Helgi—. Perdidamente.

—¡Oh, vamos! —respiró Yrsa.

El sonrió.

—Tú, la hija de un granjero... —dijo—. Es completamente adecuado que te posea un pobre mendigo.

Ella saltó de su lado horrorizada.

—¿Qué? ¡No, no, no!

Se irguió amenazador sobre ella.

—¡Sí, oh, sí! —y la aferró con cuidado pero firmemente—. Ven conmigo, Yrsa. Debes hacerlo. Una Norna presidió nuestro encuentro.

Ella comenzó a llorar y a suplicar. Por un instante, él se sintió impaciente y confuso, hasta que dijo:

—Te podría tener contra tu voluntad. Pero tus lágrimas me harían mucho daño. Esto es algo que pocas mujeres me han oído decir. Te pido que seas mía libremente.

Ella lo miró y pensó en los patanes de la vecindad que conocía; de repente la sangre la dominó. Llorando y riendo se acercó a él.

Buscaron un refugio. Ella conocía un manantial donde el murmullo de los árboles resguardaba del viento y donde el verano había hecho madurar la hierba como si fuese heno.

Helgi permaneció oculto en los bosques, para que nadie pudiera entrometerse y espiarlos impúdicamente. Diariamente, ella venía a buscarle, trayéndole a escondidas alimentos que casi ninguno de los dos probaba. En la cabaña advirtieron que algo le había sucedido, pero ella conseguía burlar la vigilancia. Por lo demás, no tenía mayor importancia; nadie en los alrededores tomaría como esposa a una muchacha cuyo vientre no mostrase que podía dar hijos.

En el momento propicio, Helgi se fue. Le había dicho a ella que no se asustase si llegaba un barco. Cuando así sucedió y todo el mundo salió huyendo, ella se quedó. El hombre ricamente vestido que saltó a tierra le dijo que era el rey de los daneses.

—No me habría importado que solamente fueses un vagabundo —dijo ella con voz entrecortada, y se desmayó.

Después, Yrsa fue en busca de su familia adoptiva y de buena manera los convenció. Helgi les dio lujosos regalos antes de embarcarse con ella.

No pudo abandonar su flota, a la que había dicho que permaneciese en Fyn. Los hombres le despreciarían, si él renunciase a su viaje anual para quedarse mirando a las musarañas en tierra enfermo de amor. Por eso confió Yrsa a su hermano Hroar y se hizo a la mar acto seguido. Tanto para él como para ella, los meses siguientes fueron arduos.

—Me parece que esta vez será algo más que otra de las queridas de Helgi —dijo la reina Valthjona a su marido.

—Puede ser —Hroar se tiró de la barba y frunció el ceño—. Mala cosa es ésta. ¡La mocosa de un granjero nacida de una esclava!

—Ahora ya no, es una dulce muchacha —dijo Valthjona—. Además, por el buen nombre de los Skioldungos, tendré que acogerla bajo mi protección.

Había tantas cosas que una dama debía conocer: todo lo concerniente a la forma de llevar una gran casa; técnicas como las de tejer y de hacer cerveza; las buenas maneras, la forma de bien vestir, de bien hablar; las tradiciones y ritos de los antiguos dioses y de los antepasados; quiénes eran los amigos de su señor, quiénes sus enemigos, y cómo había que tratar a unos y a otros. Yrsa no podía aprenderlo todo en un solo día.

—A pesar de todo ella se esfuerza —dijo Valthjona a Hroar—. Si yo hubiese empezado tan humildemente, habría tardado más que ella en dominar lo que tenía que saber.

Aparte de la nostalgia de Helgi, Yrsa era un alma rebosante de alegría, cantando cada día mientras revoloteaba cumpliendo sus tareas. Tenía muchos animales, perros y caballos y pájaros, cuyo número iba en aumento. No le gustaba ir de caza. En cambio, se la veía tan diestra y tan feliz en una barca como cualquier muchacho. Joven como era, se divertía con los jóvenes de El Ciervo. Humildemente criada, era de un trato más amistoso con criados y siervos —siempre dispuesta a escuchar sus largas historias de interminables infortunios y a prestar ayuda— de lo que fueran Hroar o Valthjona, aunque éstos fueran considerados como muy amables.

—Y además —dijo la reina al rey—, ella conoce tan bien su trabajo, al haberlo hecho ella misma, que no tratan de defraudarla o de mostrarse gandules por segunda vez. Ni tampoco tiene necesidad de azotarlos. Se limita a preguntarles en el tono más suave si preferirían servir a otra persona. Por supuesto que no lo prefieren.

—Hum, sí, también a mí me empieza a gustar —dijo

—Es de buena estirpe —dijo Valthjona—. Su madre puede que haya sido una esclava, como le dijeron. Pero, aunque así haya sido, juraría que era una mujer de alta alcurnia a la que habían cogido cautiva. Y su padre, vamos, puede que haya sido un rey.

Cuando Helgi volvió y vio a Yrsa vestida de lino y pieles, con adornos de oro, llevando en el cinturón las llaves de su casa y dándole la bienvenida cortésmente, se quedó como si le hubiesen golpeado con un martillo. Aquella noche, cuando ya amanecía, le dijo que no era suficientemente bueno para ella que fuese su concubina. La convertiría en su reina.

Y así lo hizo. Durante años no se habló más que de su fiesta de bodas.

Hroar aprovechó la ocasión para ofrecer su amistad a los caudillos de las islas

recientemente conquistadas. Los invitó y con dádivas y buenas palabras hizo que rindieran fidelidad a los Skioldungos.

—Por lo menos, el encuentro con Yrsa nos ha servido para algo —comentó a Valthjona.

—¿Todavía sigues diciendo que ella impidió que Helgi hiciese un matrimonio mejor? —preguntó su esposa—. Vamos, él puede tener tantas mujeres como le plazca.

—Ninguna otra le gustará —dijo Hroar—. Ni siquiera ha vuelto a tener amantes —sonrió a Valthjona—. Ah, bueno, yo soy igual.

Yrsa continuó aprendiendo cómo ser una dama, hasta que la gente dijo que, por joven que ella fuese, Leidhra rara vez había tenido una reina tan primorosa. Advertían también que Helgi se iba tranquilizando cada vez más. Empezó a pasar los veranos en Dinamarca, haciendo el tipo de trabajo reservado a Hroar. Aunque menos paciente que su hermano, era igualmente justo. Los hombres eran felices de dejar los pleitos en sus manos. Pensaban que los comentaba con Yrsa y que ésta suavizaba su severidad.

Sin embargo, ella aún era joven. Durante dos años no tuvo hijos. Al tercero dio a luz un niño.

Fue un nacimiento largo y difícil, en la víspera del *Yule* por añadidura. Helgi estaba sentado en la sala, bebiendo, escuchando a un escaldo, hablando con sus hombres. Lo que decía tenía poco sentido; y continuamente volvía la cabeza hacia la puerta, como si se esforzase por escuchar, sobreponiéndose a la tormenta del exterior, los gritos de dolor que nacían en la habitación de la reina.

Al fin vino la comadrona. En un solemne silencio, excepto por el rugido del fuego y del vendaval, se aproximó trayendo un bulto que dejó en el suelo ante el elevado asiento. Helgi estaba sentado, inmóvil. El sudor brillaba en su frente y en sus mejillas, impregnando de mal olor sus ropas.

—Os traigo vuestro hijo, rey Helgi —dijo la comadrona.

—¿E Yrsa? —gruñó.

—Espero que esté bien, mi señor.

—Dame a nuestro hijo —le temblaban las manos cuando las alargó para coger al niño y ponerlo sobre sus rodillas.

Al día siguiente, seguro ya de que Yrsa viviría, sacrificó una manada de caballos y bueyes en el bosque sagrado, y convocó a los hombres a una fiesta casi tan espléndida como la de su boda. Él mismo roció con agua al niño y lo llamó Hrolf. Los guerreros que habían viajado a su lado de un extremo a otro del mundo conocido, hicieron resonar las hojas de las espadas contra los escudos y aclamaron a su príncipe.

Poco a poco, Yrsa fue recobrando plenamente la salud. No tuvo más hijos. Sin embargo, ella y Helgi siguieron siendo felices. Se regocijaban con su Hrolf. Era pequeño pero hermoso, alegre, rápido de pies y de inteligencia.

Fueron años tranquilos para Dinamarca. Sin embargo, los hermanos no perdían de vista a Götaland y Svithjodh, donde estaban sucediendo muchas cosas.

Hugleik, el rey de Götaland —quizá buscando fama para igualarse con Helgi—, llevó una flota de guerra, más allá de Jutlandia y de Saxland, al país de los francos. Allí estuvo asolando el reino; pero los francos le tendieron una emboscada a él y a los suyos, y cayó en la batalla. Entre los pocos geatas que lograron escapar estaba Bjovulf, que llegó nadando con loriga y el resto de su equipo encima hasta sus barcos. Triste fue su regreso a la patria. Por su esforzado valor, los geatas quisieron hacerlo su señor. Rehusó, y él mismo hizo subir al trono al hijo de Hugleik, Haerdredh, ante el *Thing.* Sin embargo, al ser el caudillo más poderoso, muerto Aegthjof, Bjovulf debió forzosamente regir la región en todo menos en el nombre.

En aquel momento, el rey sueco de Svithjodh era Egil. Como otros Ynglingos, era un pródigo sacrificador a los dioses, y un brujo además. Quizá uno de sus hechizos salió mal; sea lo que fuere, en una ocasión un toro que iba a sacrificar escapó, se abrió camino a cornadas entre los esclavos ya colgados en honor de Odín, y escapó. Durante mucho tiempo vagó por

Librodot

los campos, causando daño a mucha gente. El rey Egil dirigió una expedición de caza en su búsqueda. Una vez se apartó cabalgando de sus hombres en aquellos frondosos parajes, y repentinamente se encontró con la bestia. Le arrojó la lanza. El toro se sacudió el hierro, salió de estampía y embistió al caballo del rey, arrojando a éste al suelo. Egil sacó la espada. Pero el toro lo alcanzó antes. Un cuerno le atravesó el corazón. Entonces llegaron los hombres del rey y acabaron con el animal. Después se llevaron el cuerpo de Egil y lo enterraron en Uppsala.

Había tenido un hermano llamado Ottar, de modo que estalló la lucha por el poder entre el hijo de Egil, Aali, y los hijos de Ottar, Asmund y Adhils. Durante años asolaría Svithjodh. Asmund cayó, y el derrotado Adhils huyó a Götaland. Los geatas, bajo el rey Haerdredh, lo respaldaron. Pero cuando su ejército invadió Svithjodh, de nuevo Aali se alzó con la victoria y el mismo Haerdredh encontró la muerte.

Los geatas nombraron a Bjovulf su nuevo rey, como habían querido hacer desde el principio. Pidió ayuda a su pariente y amigo Hroar, que le envió guerreros. En otro combate, en el helado lago Vänem, murió Aali. Adhils cabalgó hasta Uppsala y fue aclamado rey de los suecos.

Hroar y Bjovulf tuvieron así la esperanza, de que el señor de Svithjodh les quedase agradecido a ambos, ya que no era hombre inclinado a la guerra. Pero Adhils profundizó en el arte de la hechicería mucho más que ninguno de los Ynglingos anteriores. Habiendo obtenido lo que buscaba, dejó al mundo en paz en la medida que le concernía.

Aun así, los hermanos Skioldungos cometieron un error al ayudarlo. Pero no se percataron de ello en un primer momento, pues antes padecieron otras tribulaciones.

Cuando ya habían transcurrido siete años desde el día en que Helgi encontrara a Yrsa en la costa, la reina Olof acudió a cobrarse venganza.

VI

El granjero no se atrevió a hacer otra cosa que ir en busca de Olof y comunicarle que un navegante que decía ser el rey de los daneses se había llevado a la muchacha que le había entregado. Ella siguió sentada, inmóvil hasta que, muy débilmente, dejó aflorar una sonrisa en sus labios. A partir de entonces, dio muestras de ansiedad por oír noticias de Dinamarca. No las obtenía abiertamente, porque como nunca dejó que supiesen que había cambiado de idea, la gente todavía temía mencionarle a Helgi Halfdansson. Pero de un modo o de otro, se enteró de que él y una tal Yrsa, de familia desconocida, estaban felizmente casados.

—Tendrás dolor y vergüenza, Helgi, en vez del honor y la alegría que ahora tienes —prometió ella, a solas con sus fantasmas.

El tiempo pasó, no obstante, porque ella no podía embarcarse en seguida como un hombre. Más aún, encontró alegría en el hecho de pensar en el terrible dolor que causaría con sus revelaciones. Primero era necesario asegurarse de que él no atacaría de nuevo. Con esta finalidad tejió una red de alianzas, tanto con otros sajones como con los juros del Norte. Después de lo que había sucedido en las islas, aquellos señores sabían que debían permanecer unidos si querían seguir siendo libres. Pero Olof trabajó pacientemente y esperó hasta que estuvo segura de que no se usaría la avaricia y la belicosidad de ellos para enfrentarlos entre sí.

Finalmente, hizo saber que viajaría a Dinamarca para llegar a un acuerdo con los Skioldungos. Al pueblo le gustó la idea. Facilitaría el comercio si se podía apartar el horror de la guerra. Ella preparó solamente tres barcos. Por eso a nadie le extrañó que escogiese un mes en el que sabía que Hroar y Helgi estarían lejos de casa, haciendo la ronda de los *Things* del condado. Así podría entablar relaciones con las reinas y sondearlas, ganándose su amistad,

para que intercediesen en su favor ante sus maridos.

La nave sajona se adentró en el fiordo de Roskilde y amarró en los muelles delante de la ciudad. Una multitud de mercaderes ya estaba en acción. Se apresuraba en torno a los almacenes y a los puestos alegremente adornados, que los comerciantes habían instalado —hombres, mujeres, caballos, perros, vacas, cerdos, niños que se arrastraban entre el ganado, aquí una prostituta, allí un extranjero venido de tan lejos como los reinos francos, todo aquello entre un estrépito horrible y un torbellino de colores—. Detrás de aquellos puestos la empalizada se elevaba hacia lo alto, con una atalaya en cada esquina, en las que brillaban los yelmos y las lorigas de los guerreros de guardia, y las cabezas de los forajidos pudriéndose en lo alto de las estacas. Por encima de aquel muro todavía podían verse los tejados de césped de infinidad de casas, verdes y moteados de flores ya que, por entonces, era verano. El humo bogaba cargado de olores hacia las gaviotas que chillaban en una nevada de alas.

A ambos lados, la tierra formaba ondas desde las aguas rutilantes de sol, excepto donde había trozos de bosque, arada y sembrada, rica y pacífica. En lo alto de una colina, circundado de un bosque de robles sagrado, un templo construido con tablones se elevaba tejado sobre tejado. Cerca de él, destacando poderosamente entre sus dependencias exteriores, la mansión de El Ciervo alzaba sus cornamentas resplandecientes de oro.

—Lo han hecho bien esos hermanos —dijo a Olof el capitán de su barco.

Ella estaba de pie en la cubierta de proa, los puños apretados en los costados: una mujer de baja estatura, con el vestido manchado por el mar, canas en el pelo y arrugas profundamente grabadas en el rostro cuyas anchas facciones aparecían ceñudas, pero con todo, erguida y de altiva mirada.

—Quizá no lo harán de ahora en adelante —dijo ella, e hizo señas al Mariscal de su Guardia de que se le acercase. A éste le dio un mensaje más preciso. Junto con varios de sus hombres el Mariscal partió a paso largo hacia El Ciervo, con cotas de malla que habían limpiado con esmero, las lanzas en alto, las capas rojas y azules tremolando a sus espaldas.

Cuando Helgi estaba fuera, Yrsa acostumbraba a traerse a su hijo Hrolf y quedarse con Valthjona. Las dos mujeres se tenían mucho aprecio. Además, la residencia de Hroar era la mejor que había en Leidhra. Olof se había informado de ello.

Los hombres de Olof pidieron ver a Yrsa a solas. Ella los recibió en una habitación en la que se sentaba a hilar con sus doncellas. Las muchachas tenían los ojos bien abiertos cuando los velludos sajones entraron en la cámara.

—Bienvenidos —sonrió Yrsa—. Ya nos habían llegado rumores de que tres barcos más habían entrado hoy en el puerto. ¿De dónde sois y qué es lo que queréis?

—Me llamo Gudlímund, señora —las maneras del Mariscal eran tan toscas como su forma de hablar la lengua nórdica. La gente no tenía en la pequeña y apartada corte de Olof los modales que allí se estilaban—. Os traigo saludos de mi reina —y dijo de quién se trataba.

—Vaya, ¡qué estupendo! —aplaudió Yrsa, enrojeciendo tan intensamente como cualquiera de sus doncellas. Aunque la historia de las hazañas que su marido llevara a cabo antaño con Ais hacía tiempo que había dejado de formar parte de la conversación corriente, ella las había oído—. ¿Olof quiere ser al fin nuestra amiga? ¡Por supuesto, por supuesto! Que venga en seguida —se volvió a una muchacha—. Thorhild, ve a buscar a los cocineros...

—Un momento, señora —dijo Gudhmund—. Mi reina me ha dicho que os diga que de ninguna manera quiere ser invitada aquí.

Yrsa frunció las cejas.

—¿Que?

—Tiene algo que comunicaros, señora, si queréis llegaros hasta donde está.

Yrsa frunció todavía más el ceño. Si la reina Valthjona hubiese estado presente, sin duda le habría aconsejado que rehusase una invitación tan insultante. Pero Yrsa creyó que haría mejor enterándose de lo que fuese. Empleó tiempo en arreglarse; se puso un vestido blanco recamado de pámpanos verdes, toca de lino, una cadena de oro en el cuello y brazaletes también de oro en los brazos, zapatos de cabritilla con hebillas de plata y una capa

Librodot

escarlata guarnecida de armiño. Requirió a los hombres de la guardia para que la acompañasen a caballo. Estuvo a punto de dejar que los sajones fuesen andando, pero en el último momento pensó que no había que humillarlos sólo porque su reina tuviese tan mal genio, y ordenó que ensillasen caballos para ellos.

Vistosa y ruidosamente, entre llamativos escudos y bajo brillantes lanzas, Yrsa cabalgaba al encuentro de su fatal destino.

Al llegar al muelle desmontó, dejó a sus hombres alineados, y sin ayuda de nadie saltó ágilmente a la cubierta de proa del barco. Durante unos instantes ella y Olof se midieron con los ojos. La multitud en tierra, contemplando atónita el espectáculo, guardaba silencio. Sólo se oían los gritos de las gaviotas, una brisa que susurraba, las olas que chocaban con el casco del barco, las jarcias que crujían.

—Bienvenida a Dinamarca —dijo Yrsa con voz tranquila—. ¿Por qué no queréis ser nuestra invitada?

Olof todavía seguía contemplándola. En siete años, la muchacha que iba por la playa con los pies desnudos se había convertido en una mujer. Aunque tampoco era alta, Yrsa andaba erguida y flexible; su cabello de bronce, ojos grises y rostro gentilmente moldeado eran agradables de ver; como lo eran los pequeños hoyuelos hechos por la risa en las comisuras de sus labios. Ni siquiera en aquel momento podía mirar ceñuda.

—No tengo ningún honor que devolverle al rey Helgi —dijo Olof con voz uniforme.

Yrsa se sintió ofendida.

—Poco honor me mostrasteis cuando vivía en vuestra tierra —sin embargo, sintió una especie de fuerza en su interior. Se inclinó hacia adelante, como si quisiese coger a la mujer mayor por las manos, y dijo, vacilante—: Me pregunto... ¿podéis hablarme de mi familia? He pensado que es posible que las cosas no sean como he oído...

Olof sonrió.

—Claro que sí, querida mía. No es imposible que yo pueda decirte algo al respecto. De hecho, si he viajado hasta aquí, ha sido sobre todo porque quería que supieses la verdad —respiró hondamente—. Dime, ¿eres feliz en tu matrimonio?

Aturdida y ruborizada, Yrsa, sin embargo, respondió con alegría.

—Sí, debo decir que lo soy, porque tengo como marido a un rey muy valiente y muy famoso.

Estremeciéndose de gozo, Olof habló en voz alta, de tal modo que pudieran oírla no solamente los hombres que había en el barco sino también los que estaban en el muelle.

—Tienes menos razones para estar contenta de lo que te crees. Él es tu padre, y tú eres mi hija.

Yrsa dejó escapar un chillido.

Después dijo a gritos que eso era una sucia mentira y que Helgi quemaría toda Ais hasta que su honor quedase limpio. Olof insistió, implacable. Durante años había estado preparando aquel momento. Se había traído como testigo a la comadrona que extrajo a Yrsa de su vientre y oyó por qué le habían puesto aquel nombre: hasta se había traído la calavera del perro.

Los hombres de su guardia vieron cómo la reina de los daneses se derrumbaba en la cubierta, sumida en llanto, mientras la mujer sajona permanecía en pie encima de ella y sonreía. Levantaron las armas y se abalanzaron hacia adelante.

—No, deteneos, deteneos —musitó su capitán—. Temo... que se trate... de algo que no podemos matar. ¡Oh, Elfos de la Luz[1], ayudadnos en este día!

Pero nada voló sobre Yrsa excepto los gritos de las gaviotas.

Finalmente, ella se levantó y dijo jadeante:

—Creo que mi madre es la peor mujer y la más despiadada que... que haya vivido

[1] Hay Elfos de la Luz *(Liosalfar)* y Elfos de la Oscuridad *(Swartalfar). (J. M. L.)*

nunca. Nadie ha oído otra cosa igual. Nunca, nunca se olvidará.

—Puedes agradecérselo a Helgi —dijo Olof.

Y, para asombro de los que allí estaban bajo el sol, dio unos pasos hacia adelante, cogió a su hija en sus brazos, estrechó la cabeza de trenzas anudadas contra su pecho, y dijo:

—Vente conmigo, Yrsa. Vente a casa con honor y respeto, y haré lo que pueda para que todo sea bueno para ti.

Yrsa se soltó. Esperó hasta que hubo reunido suficiente fuerza, y entonces contestó sin alterarse:

—No sé cuál será el resultado de todo esto. Pero aquí no puedo quedarme por más tiempo, sabiendo la imposible situación en que me encuentro.

Y volviéndose, abandonó el barco, montó en su caballo, y regresó cabalgando con trote ligero. Era una Skioldunga.

La historia no nos dice lo que pasó entre ella y la reina Valthjona, o entre ella y Hrolf Helgisson.

Ni siquiera nos dice lo que hizo Olof. Sin duda mantuvo otras conversaciones con su hija, y hábilmente, con la astucia aprendida durante los años de ejercicio de la realeza, apremió a Yrsa a que volviese con ella a Ais. En verdad, si abandonaba a su marido, ¿en qué otro lugar podría encontrar cobijo? Una mujer sola era fácil presa. Asimismo, es muy probable que Olof no se demorase allí mucho tiempo. Lo que había sucedido habría llegado a conocimiento de Helgi, que estaría reventando un caballo tras otro para regresar cuanto antes. Sin dilación, los sajones debieron irse remando. Su mejor plan habría sido apostarse más allá del estrecho que une el fiordo de Roskilde con el Isefjord, de tal manera que en cualquier momento pudieran huir por el Kattegat. La historia no dice poco más, salvo que Helgi e Yrsa volvieron a verse. El encuentro debió de ser a solas, y ni siquiera el pequeño Hrolf estaría presente para no asustarse de la ira y el dolor de su padre. Yrsa habría enviado a doncellas, criados y guardias fuera del pabellón en donde dormía con Helgi, y en el que, antaño, se sentara cantando a la rueca, mientras esperaba su regreso para contarle que estaba embarazada.

La habitación de ambos estaba en el piso superior. Las puertas daban a una galería desde la que se podía tener una visión panorámica de la mansión, del patio y de la vida que en él hormigueaba y, siguiendo hacia adelante, la vista llegaba hasta la ciudad y su bahía, y también se extendía hasta los prados de verde intenso donde pastaban las vacas, los frondosos árboles susurraban, los campos de cereales aparecían listos para la cosecha, los tejados humeaban del simple fuego del hogar, hasta atisbar en el horizonte un dolmen en la cima de una colina. Las nubes parecían cumbres nevadas, un halcón se remontaba hacia lo alto, una alondra cantaba. Los rayos del sol fluían sobre el entarimado pulido con arena, brillaban misteriosamente en los revestimientos de las paredes y en los muebles labrados, acariciaban la piel de un oso cuya pista Helgi había seguido y matado después con su lanza, sólo para darle a Yrsa una cálida manta, y hacían brotar olores de cedro del arcón en que ella guardaba algunos vestidos de ricas y exóticas telas que, así mismo, él le había regalado.

El robusto Helgi se debatía impotente ante su enamorada y balbució:

—Tu madre está loca y es despiadada. Que todo siga entre nosotros como antes.

—No, no, no puede ser —le suplicaba ella, y se apartaba cuando él trataba de cogerla entre sus brazos—. Tú... yo... No. Helgi —decía poco menos que llorando—, ¿que suerte conocería una tierra cuyo rey duerme con su propia hija?

Entonces fue él quien se derrumbó. Campos devastados, mohos en los graneros, epidemias extendiéndose entre el pueblo famélico, Dinamarca, guarida de cuervos y lobos, asesinos y locos, hasta que un hacha extranjera talase el árbol de los Skioldungos... Posiblemente aquel horror del incierto futuro le dejó abatido y sin habla.

—¡Yrsa! —exclamó finalmente; pero ella se había ido.

Puede que ella diese a su hijo un beso de adiós. Puede que un hombre la llevase en su bote de remos, a través de la bahía, en medio de la noche y de la lluvia, hasta encontrar los

barcos de su madre.

VII

Yrsa pasó tres años en Ais. Su madre la trataba correctamente, si bien con frialdad. Estaba mucho tiempo sola, y cuando permanecía en compañía hablaba poco. Sus días menos desgraciados eran aquellos en que navegaba en una tía que tenía, como ella y Helgi solían hacer. Incluso entonces, nadie la oyó cantar jamás.

Aunque la posición de Olof convertía a Yrsa en un buen partido como reina, ningún rey acudió a hacerle la corte. Esto se debió en su mayor parte a que no estaban seguros de que Helgi no volviese por ella, o a que tomara a mal que ella se casase con otro.

Pero él nunca se movió. Había divagado con Hroar, después de que su hermano se le uniese, respecto a la idea de dirigir una flota y un ejército en busca de su esposa.

—Eso no tiene sentido, y tú bien lo sabes —le espetó Hroar—. No podemos pelear con media Jutlandia, que es lo que supondría hacerle la guerra a Ais. ¿Y qué podrías ganar con ello? Una muchacha que es tu propia hija y a la que tendrías que mantener enjaulada para que no huyese de ti, además de que, con toda seguridad, los dioses nos volverían la espalda, si hicieses a sabiendas una cosa semejante. ¡No!

Derrotado, Helgi pasó mucho tiempo acostado, mirando al vacío. Después de aquello estuvo siempre irascible y violento y, casi siempre, borracho. Cuando iba con mujeres, no podía hacer nada con ellas —se susurraba que la misma Frigg[1] le había castigado—, y al final dejaron de preocuparle. Se construyó una choza en los bosques, donde permanecía a menudo completamente solo, a veces durante semanas enteras.

Hroar y Valthjona criaron a Hrolf. Cualquiera que fuese la maldición que se cernía sobre su familia, no parecía haberle alcanzado. Era un muchacho de temperamento alegre que se ganaba los corazones de las mujeres que le servían maternalmente y de los más severos hombres de la guardia. Diestro en aquellas habilidades de muchacho que luego llegan a ser las del hombre, era, así mismo, inclinado a pensar, a hacer conjeturas, preguntando siempre en voz alta si las respuestas que le habían dado contenían toda la verdad: en resumen, igual que había sido su tío a su edad.

Al tercer verano llegó a Ais una flota bajo el escudo blanco. Jamás antes había albergado Olof a tropa tan grande y espléndida. A su cabeza venia Adhils, el rey de los suecos, había viajado directamente desde la ciudad de Uppsala.

Olof le recibió con el mayor respeto. En las habitaciones de los invitados dispuso lo mejor que tenía. Yrsa estuvo simplemente cortés, y pronto se retiró a la casa apartada en donde vivía. Esa noche Olof y Adhils bebieron juntos en el sitial.

—He oído hablar de vuestra hija —le dijo—, y veo que es verdad lo que se dice de lo hermosa que es y de lo poderosas que son las familias de que procede. Señora, os pido su mano.

Olof le miró atentamente. Adhils era un hombre joven alto y fuerte, aunque con tendencia a la obesidad. Su cabello y su barba eran largos, de color de ámbar, y grasientos; con sus pecosos dedos jugueteaba con sus patillas. Una nariz afilada como una espada parecía fuera de lugar entre sus anchos pómulos rojizos. Aunque iba vestido con las más finas ropas de lino y con adornos de oro, no estaba tan aseado como debiera; un olor desagradable se desprendía de su persona.

Además, nunca reía. Su voz sonaba lenta y pesada como el oleaje del Mar del Norte.

[1] Esposa de Odín, el dios supremo del panteón escandinavo, y diosa que rige el matrimonio. (J. M. *L.)*

Librodot

Los pequeños ojos pálidos como el hielo, hundidos bajo las cejas, miraban fijamente. Se sabía que era muy versado en brujerías. Su gente sentía el peso de su codicia y de su severidad, pero él los regía con una astucia impropia de su edad. Svithjodh era el mayor de los reinos del Norte, extendiéndose desde las colinas de la frontera con Götaland hasta los interminables y humédos yermos de Finlandia.

Docenas de reyes subsidiarios y de reyezuelos tribales pagaban tributo a Adhils, por lo que así tenía tanta riqueza y guerreros a su disposición como los Skioldungos.

—Ya sabéis lo que le pasa —dijo Olof muy despacio—. Sin embargo, si ella lo desea, yo no me opondré.

—Espero que no, mi señora —dijo Adhils sin sonreír.

Y aunque la noche era cálida y los fuegos ardían altos, Olof no pudo evitar un escalofrío.

Sin embargo, pensó que, teniéndolo de aliado, no habría por qué temer a Helgi ni a ningún otro.

Al día siguiente, Adhils fue al encuentro de Yrsa. Ella estaba sentada fuera, en un banco, bajo el sauce de un herboso jardín detrás de su morada. Un par de muchachas la ayudaban a coser un vestido. Tenía poca servidumbre, y ni un solo esclavo. Discretamente como vivía, no le faltaban nunca criados, porque sabían que los trataría amablemente.

Aquel día iba vestida como siempre con un vestido sencillo y sin adornos. La luz del sol se filtraba entre la penumbra, despertando matices rojizos en sus trenzas. El aire estaba pesado e inmóvil, lleno de los olores de hierbas culinarias o medicinales: el afilado puerro, el cerafolio, el ajenjo, la gualreria; la acedera agria como la leche; la amarga ruda, el dulce tomillo, el tímido berro. Un par de golondrinas de color azul pastel se lanzaban en persecución de un mosquito. Cuando la grava del sendero crujió bajo los pasos de Adhils, Yrsa alzó la vista.

—Buenos días, mi señor —dijo con voz apagada.

—Os echamos de menos en la fiesta de anoche —contestó él con voz grave.

—No tengo humor para diversiones.

—Había esperado haceros un regalo. Aquí está —Adhils sacó un collar. Las criadas pusieron el grito en el cielo. Aquellos lazos y láminas de oro bruñido, aquellas joyas destellantes, podían valer lo que un navío largo[1].

—Gracias, mi señor —dijo Yrsa turbada—. Sois demasiado amable. Pero...

—No quiero oír peros —Adhils dejó caer el objeto en su regazo y despidió con la mano a las doncellas, que se escabulleron para cuchichear sin ser oídas por la escuadra de guerreros suecos que había seguido a su rey. Él se agachó para sentarse a su lado.

—Vuestra madre es una reina rica —dijo—. No deberíais llevar una vida tan solitaria como la que lleváis.

—Así lo he elegido —dijo Yrsa.

—En otro tiempo erais más felices.

Ella palideció.

—Eso es asunto mío.

Adhils giró la cabeza para atravesarla con su fría mirada.

—No, estáis equivocada. Lo que un gran señor o una gran señora hagan es asunto de todo el pueblo. No solamente porque quieran inmiscuirse en lo que no deben, sino porque sus vidas dependen de las nuestras.

Ella intentó alejarse de él sin parecer demasiado grosera ni asustada.

—Yo he renunciado a eso —susurró.

—No podéis renunciar a vuestra sangre —replicó él con su lenta y machacona voz.

—¿Qué queréis, rey Adhils?

—Que seáis mi esposa, reina Yrsa.

[1] navío largo, literalmente, *langskip,* palabra utilizada para el navío de guerra. (J. M. L.)

Librodot

Ella se puso tensa.

—No.

La sonrisa de Adhils apenas se dibujaba en sus labios.

—No soy tan mal partido.

De un salto, se puso en pie y estalló:

—¡No veo nada bueno en tamaña elección! ¡Bien sé lo odiado que sois!

—Soy temido, Yrsa —dijo él, desconcertantemente impertérrito.

Ella le devolvió el collar.

—Idos. Os lo suplico, idos —furiosa, señaló el nido de cigüeñas en lo alto del tejado—. Esos pájaros se supone que traen hijos y buena suerte. Yo no tengo ninguna. Vos no querréis una reina estéril.

—Aquí habéis dormido sola —le recordó él.

—¡Y siempre lo haré!

Alzó su pesada silueta, interponiéndose ante la puerta.

—En efecto, podéis haberos convertido en estéril después de dar a luz ese niño que nunca debísteis tener —dijo con franqueza—: no importa. Yo engendraré otros. Con vuestra madre y sus amigos sajones como aliados, y vos como mi esposa, los Skioldungos tendrán que saber comportarse conmigo —apretó el collar en la mano de ella—. Más aún —dijo—, seréis para mi casa un adorno incluso más brillante que éste —no hablaba alegremente, como habría hecho Helgi; al contrario, era como si lo dijese todo a la vez y lo hubiese aprendido de antemano.

—No quiero causar problemas, ni tampoco quiero ofender a... a tan grande rey —dijo Yrsa. Estaba cubierta de sudor; y quizás a punto de llorar—. Sin embargo, idos. *Idos.*

Él le dio la espalda y regresó andando parsimoniosamente. Cuando estuvo fuera de su vista, Yrsa tiró al suelo el collar y se acurrucó en el banco, respirando con dificultad.

Olof se enteró de lo sucedido y acudió a verla a su casa. Era después del atardecer. El crepúsculo invadía la habitación. Yrsa no pidió que le trajesen fuego para encender una lámpara. Las dos mujeres sentadas se veían como si fuesen sombras. Una ventana abierta dejaba entrar el frío del exterior. En aquel momento, eran murciélagos los que revoloteaban, y en algún lugar un búho ululó.

—Eres una tonta, Yrsa —le espetó Olof—. Una completa tonta, cabeza de chorlito. No hay nadie como el rey Adhils.

—Lo hay... había uno mejor para mí —se lamentó su hija.

—¡Cha, un carnero sin esquilar siempre encerrado en su madriguera! —se mofó Olof—. Ya has oído en lo que se ha convertido Helgi.

—No pierdes ocasión de injuriarlo.

—Yaciste con tu propio padre..., el mismo cuerno que me corneó malamente, Yrsa. Que no hayas sido castigada con la muerte o con la ceguera..., que ahora el señor más poderoso de la tierra venga a cortejarte, sí, que te dé un regalo que podría ser el mismo Brisingamen[1], que tú lo tires a la basura...

Yrsa sacudió la cabeza.

—Para conseguir el Brisingamen, Freyja se abrió de piernas para cuatro horribles enanos.

—Sólo necesitas ir, santificada y con honor, a un gran rey —Olof se calló por un instante, luego continuó—: Nunca deseé a los hombres; no, sólo los aborrecí. Tú eres de otra manera. Me enteré, aunque estuviese lejos, de cómo tu mano en la suya y tu forma de mirarlo decía a todo el mundo lo feliz que eras con Helgi. En los años que llevas aquí, he notado que sonreías a cosas que yo no podía ver, como acariciar un manzano bañado por la luz de la luna,

[1] Literalmente, «el Collar de los Brisingos», que pertenecía a la familia del mismo nombre, a no ser que haga referencia al esplendor ígneo *(brísingr)* de la joya en si. El collar pertenecía a Freyja, diosa del amor. Con el sentido de un espléndido tesoro, es mencionado, como B*rosingamene,* en el *Beowulf.*
(J. M. L.)

o (¡no me contradigas!) dejar la mirada perdida en un joven guapo. Yrsa, necesitas un hombre.

—No ese hombre.

—Ese precisamente. Como te iba diciendo, a pesar de tu anterior matrimonio, que ha hecho que te parezcas a esa perra cuyo nombre te di; a pesar de haberlo tratado hoy de una manera que le daría todo el derecho a declararnos la guerra, Adhils tiene paciencia. No puede ser sólo simple suerte. Una Norna está cerca, y es tu sino que te conviertas en la reina de Svithjodh.

Uh-uh, ululó el búho. Yrsa se encogió, como si fuese a ella a quien estuviese persiguiendo el animal.

—Mucho peor podría ser ese sino —prosiguió Olof—. Y mucho peor será, si dejas que tu empecinamiento se convierta en locura. No tengo herederos, Yrsa. Los hombres de Ais no desearán que los gobiernes cuando yo haya muerto ni tú sabrás hacerlo aunque ellos quisieran. ¿Qué preferirías ser, la presa de algún vikingo, la querida de grado o por fuerza de algún mugriento reyezuelo, o la señora de la gran Uppsala? ¿Qué es más adecuado para una Skioldunga?

—No —suplicó Yrsa—, no, no, no.

—Si tú eres su reina —dijo Olof—, Adhils tendrá derecho a reclamar este reino. Podrá establecer un conde en él cuando yo no esté, un hombre fuerte que lo mantenga a salvo. De otro modo... bueno, piensa en tus hermanos adoptivos de la costa norte. Piensa en tus hermanos, muertos, con los cuervos comiéndoles los ojos; piensa en tus hermanas destrozadas y arrastradas lejos para mover el molino de un extranjero. ¡Entonces dirán que su madre hizo bien al darle a Yrsa el nombre de un perro!

Olof se levantó y se marchó. Yrsa lloraba.

Al día siguiente tenía el semblante tranquilo. Cuando vino Adhils, lo saludó cortésmente. El le ofreció más regalos, más adornos y costosas telas. Sin embargo, ella no dijo en voz alta que se pondría aquellas cosas, aunque fuese su esposa.

Después de un par de semanas en compañía de él y de su madre, Yrsa inclinó, cansada, la cabeza y dijo:

—Sí.

Cuando los suecos zarparon, llevándose a la novia, Olof permaneció de pie en la ribera viéndolos alejarse. Cuando el casco del último barco se perdió de vista en el horizonte, se rió y exclamó:

—¡Esto también es para ti, Helgi!

Pero sólo vivió unos pocos años más: un tumor la mató.

VIII

Cuando el rey Helgi se enteró de la noticia, estuvo de peor humor todavía y se retiró por completo a su casa.

La había construido él mismo, talando troncos como si fuesen enemigos, en la escasamente poblada región norte de Selandia. En caso necesario podía andar varias millas hasta la granja más cercana y comprar comida y cerveza. El carretero que se las traía no tardaba en marcharse, y nadie venía a molestarlo. Decían que era una tierra embrujada. A su espalda se extendía un yermo de malezas y árboles bajos retorcidos por el huracán. Delante, un brezal, salpicado aquí y allá de matorrales, se extendía hasta un pantano en donde siempre estaba arremolinándose una húmeda neblina. A la vista de la casa se alzaba una adusta sierra,

Librodot

en cuya ladera, el Pueblo Antiguo[1] había construido en otro tiempo una tumba de cámara.

Había poco que cazar en los alrededores, unos cuantos ciervos, sobre todo liebres y ardillas y otros animalillos que se escabullían asustados; sin embargo, los lobos aullaban a menudo. El pantano atraía aves acuáticas cuyas alas y estruendo llenaban el cielo; pero los hombres no cazaban cerca de esas profundas y verdosas charcas. Las aves de rapiña y de carroña vivían en bandadas: águilas, cernícalos, azores, esmerejones, milanos, grajos, cuervos, chovas y otras más. Helgi cogía a las crías y trataba de amaestrarlas. Nunca lo conseguía, principalmente porque siempre estaba borracho. Pero le gustaba tenderse de espaldas en los mullidos brezos, contemplando cómo se remontaban y revoloteaban.

Cuando vino el invierno, no pudo seguir contemplándolas.

Antes del *Yule* hizo mal tiempo. En Roskilde, en Leidhra, en cualquier hogar a lo largo de Dinamarca, las personas se apretaban entre sí, atizaban el fuego, y creaban un entorno apacible como un muro que los separase de los seres que rondaban por aquella noche. Helgi engulló deprisa pan rancio y bacalao seco, se bebió a grandes tragos muchos cuernos de cerveza, y dando tumbos se metió en su cama de paja y pieles de oso. Dejó una lámpara de aceite encendida.

Después de un rato se despertó y frunció el ceño en la oscuridad. En la habitación hacía un frío cortante; la noche parecía emanar de la arcilla del suelo. El viento silbaba. Donde encontraba un resquicio sin tapar entre los troncos, hurgaba con los dedos en su desnudez. Un sonido diferente, un débil quejido y rasguño en la puerta... ;por qué lo había hecho levantarse?

¿Alguna bestia extraviada? Sentía la cabeza extrañamente despejada, como si no hubiese bebido cerveza corriente sino que en su lugar hubiese probado el hidromiel que, según se dice, prepara Odín para sus invitados de medianoche. Pensó que no sería digno de un rey dejar a una criatura viva fuera si podía evitarlo.

Cogió la lámpara, y a tientas sobre el rigor de la escarcha que cubría el suelo, a través de las vastas y vacilantes sombras, fue a abrir la puerta. La nieve silbaba en el viento. Un montón informe de harapos grises se acurrucaba temblando en el umbral. Él se inclinó, apremió a la pobre criatura a que entrase, cerró la puerta de nuevo y alzó la lámpara para verla mejor.

Era una muchacha. Estaba escuálida como la muerte. Un cabello negro y lacio colgaba alrededor de un cráneo mal formado en el que castañeteaban los dientes que todavía no se habían podrido. Sus pies estaban desnudos e hinchados por el frío. Se acuclilló en el suelo, intentó taparse con las azuladas manos que remataban unos brazos que parecían palos de escoba, y gimió.

—Habéis hecho bien, rey —oyó él.

Helgi hizo una mueca. Sin embargo... volvió a dejar en el suelo la lámpara, atravesó la habitación de un par de zancadas, se agachó y empezó a coger paja y una piel de su cama.

—Ponte esto alrededor y no tendrás frío —dijo.

—No, déjame meterme contigo —gimoteó la mendiga—. Déjame acostarme junto a ti. De otro modo moriré. Tengo tanto frío, tanto frío.

Helgi frunció el ceño. Pero, habiéndola acogido como su invitada, no le quedó más remedio que decir:

—Eso me contraría enormemente. Sin embargo, si lo necesitas, entonces acuéstate a mis pies sin quitarte la ropa. Eso no puede hacerme daño —confiaba en que se le hubiesen muerto pulgas y piojos.

Como una torpe araña, ella se arrastró hasta donde le había dicho y se echó una piel encima. Helgi se tumbó de nuevo en la paja y estiró las piernas. La desamparada mozuela podría, al menos, calentarse con sus pies, pensó él.

¿Qué era aquello? No tocaban sucios andrajos ni raquíticos huesos. No, era algo suave

[1] El de los constructores de megalitos. (J. M. L.)

como la seda; la sensación le hizo estremecerse por completo.

Se sentó y apartó las pieles. Allí estaba tendida una mujer con una camisa escarlata. Nunca había visto tanta belleza. La paja apenas crujió cuando ella se puso de rodillas y le sonrió. Sus pechos plenos y sus caderas anchas se dibujaban bajo el vestido y brillaban a través de él; su encanto aniquiló todo hedor y el frío del invierno, de suerte que él se encontró inmerso en pleno verano. Unos bucles, del mismo color que el de un cuervo, enmarcaban su rostro pálido y extraño, tallado con demasiada perfección para ser del todo humano. Sus ojos eran de un dorado imperturbable, como los de un halcón.

—Pero... pero tú... —el miedo le aguijoneó. Retrocedió e hizo el Signo del Martillo. Ella sonrió, y el temor huyó de su mente y de su corazón. Mortecina como era la luz de la lámpara, destellaba en su piel, venciendo a la oscuridad del interior. Muy lejano y débil parecía el aullante viento. Extendió los brazos temblorosos para alcanzarla.

Casi parecía que ella cantaba cuando dijo:

—Ahora tengo que irme. Me has salvado de la aflicción y de la adversidad, cuando había sido hechizada por mi madrastra. He ido en busca de muchos reyes. *Sólo* tú, Helgi Halfdansson, tuviste el coraje de hacer lo que podía librarme.

—No hacía falta coraje —cuando él la tocó, su virilidad se despertó.

Ella lo miró, y alzó una mano.

—No —dijo dulcemente—, no debes acostarte conmigo. No me quedaré aquí por más tiempo.

Él la agarró y le contestó con creciente alegría:

—Bueno, no podrás irte tan pronto. No nos separaremos así.

Ella le cogió por los hombros. La sensación le llegó a él hasta la médula.

—Me has hecho mucho bien, Helgi. No quiero llevar aflicción a tu casa.

—Lo que has llevado es una alegría mayor de lo que pueda expresar con palabras —balbució—. Me casaré contigo tan pronto como sea posible. Esta noche...

El pesar ensombreció aquellos ojos de halcón.

—Como queráis, señor —luego volvieron a brillar, y ella se quitó la camisa y fue a su lado.

Mucho, mucho después, la mañana se deslizó gris como un lobo a través de un mundo blanco y silencioso. Él la había amado más veces y más ardientemente de lo que hubiera pensado que fuese capaz un hombre. Agitándose en el duermevela, la vio en la semioscuridad de pie, encima de él. Estaba vestida. ¿De dónde había sacado ese vestido verde y ese manto, o la guirnalda roja de serbal que ceñía su cabeza? Ella se inclinó, puso un dedo en los labios de él, y le dijo sigilosamente:

—Se ha hecho tu voluntad, rey. Has de saber que hemos engendrado una niña. Cuando me tomaste, te deseé el bien por eso no quiero hacerte daño. Haz lo que te digo, y quizá podamos detener la aciaga suerte que sembraste en mi vientre. Nuestra niña tiene que nacer bajo el mar, porque soy del linaje de Ran. El próximo invierno, por estas fechas, dirígete a los cobertizos de tus barcos y búscala —su boca se contrajo en una mueca de dolor—. Si no lo haces, los Skioldungos sufrirán.

El rey Helgi pensó, entonces, que ella se iría. Cuando despertó del todo, ya no estaba.

Salió a los campos de nieve, y la vio en cada sombra azul y en cada destello del hielo; cuando el corto día concluyó y las estrellas empezaron a parpadear en el cielo, ella susurró a su alrededor. No era Yrsa, sin embargo, un corazón arrancado de cuajo que había dejado un vacío sangrante. Era de la raza de los elfos, era como un viento de primavera, que pronto se va y nunca se recuerda cómo fue, pero que deja tras de sí flores que acaban de nacer.

Advirtió que había recobrado al mismo tiempo su virilidad y su deseo de ser un hombre. Cantando, volvió a Leidhra a caballo.

Hroar había hecho lo que había podido durante los años en que su hermano andaba desesperado. Sin embargo, muchas cosas se habían torcido. Un rey era un gran terrateniente, un gran propietario de mercancías y de barcos mercantes. Los mayordomos y capitanes

Librodot

mercantes de Helgi se atrevían a hacer poco sin las órdenes precisas que rara vez llegaban. Volvió a hacerse cargo de sus asuntos y en breve los enderezó. Lo mismo hizo en lo concerniente al reino, a su hermano y su cuñada, y a su hijo Hrolf.

Tan ocupado como estaba —también por las mujeres—, se olvidó de lo que su amante élfica le había pedido. Realmente, ella era tan diferente a todo lo que conocía, que a veces se preguntaba si no habría sido más que un sueño. Entonces, ¿quién le había enviado ese sueño y qué significaba. Eran pensamientos pavorosos. Los dejó de lado y se zambulló en el mundo de los hombres.

En la tercera víspera del *Yule,* estaba de nuevo solo en la casa cerca del túmulo.

Pensó que había sido debido al azar. Un hombre, recientemente proscrito por asesinato, había estado merodeando por los alrededores, causando daños. Cuando Helgi pasó por alli, los granjeros le pidieron ayuda.

—De poco servirá organizar una batida en su busca —rió el rey—. Bueno, quizá yo y mis sabuesos podamos encontrarlo.

Así lo hicieron. Helgi mató al individuo y le cortó la cabeza para que lo vieran. Para entonces había anochecido, y se acordó de su choza. Deshabitada durante tres años, era un lugar poco acogedor para pasar aquella noche. Sin embargo, sus paredes le dieron algún abrigo.

Alrededor de la medianoche, el ladrido de los perros despertó a Helgi. Cogió la espada y fue a la puerta. El cielo estaba muy claro y calmo. Las estrellas cubrían de escarcha la vasta oscuridad; el puente brillaba frío como la plata; abajo relucía la nieve, excepto donde se alzaba el montículo con la tumba.

Cuatro seres, tres con aspecto de hombres y un cuarto con apariencia de mujer montaban cabalgaduras que rielaban, pálidos y mudables como cascadas, con largas crines y colas, cuyos cascos no hacían crujir la helada nieve sino vibrar rítmicamente: caballos élficos. Los caballeros iban vestidos con lorigas tintineantes en consonancia, con botas de oro engastado que parpadeaban como el fuego. Sus rostros eran demasiado hermosos para ser humanos. La dama... Helgi la conocía.

Ella se inclinó. Asustado, Helgi arrojó el arma para coger el bulto de piel de foca que ella sostenía en sus brazos. Con un tono lleno de tristeza, le habló.

—Rey, tus parientes sufrirán por no haberte preocupado de lo que te pedí. Con todo, las cosas te irán bien, ya que me libraste de la desgracia. Aquí está nuestra hija. La he llamado Skuld.

Más velozmente que si hubieran sido de carne y hueso, los caballos desaparecieron de la faz del mundo.

Helgi jamás volvió a ver a la dama élfica. Se quedó de pie sosteniendo a una niña dormida que se llamaba Skuld: Lo que Habrá de Ser[1].

IX

Entonces, la aflicción volvió a apoderarse de él. No recayó sin embargo en sus antiguos salvajismo y ebriedad. Pero hablaba poco más de lo necesario, nunca reía, y salía a cabalgar durante mucho tiempo en solitario o se sentaba mirando el fuego hora tras hora.

Hroar se enteró, y hacia la primavera le mandó que viniese a El Ciervo para la ceremonia de la Gracia. Era un año dulce y precoz. Los espinos aparecían ya blancos, secos los caminos y el cielo lleno de los cantos de los pájaros, cuando los reyes salieron a caballo del templo siguiendo el carro de Ereyr. Brillaba en él el oro del relicario que ocultaba la

[1] También es el nombre de la tercera de las Nornas: sus hermanas se llaman Urd y Vendandi. (J. M. L.)

Librodot

imagen del dios; majestuosa era la dama escogida para asistirlo durante el mes; con guirnaldas iban los bueyes que tiraban del carro, y con guirnaldas las muchachas de Roskilde que danzaban a su encuentro. Los cánticos resonaban por encima de la vigorosa alegría de los enamorados; el agua que se fundía de las nieves gorjeaba en los arroyos; los árboles alzaban sus ramas, que una diosa había cubierto con el primer y tierno verdor, hacia un cielo de oblicuos rayos de sol y encumbradas nubes; las vacas parecían una mancha rojiza de óxido en las brumas que avanzaban por los prados; una brisa soplaba fría y húmeda, henchida de los olores de la vegetación.

Las noches negras como el carbón y el apretujarse puertas adentro habían terminado. El día había vuelto otra vez. La nueva vida estaba en camino; uno no podía sino oír cómo se agitaba el suelo. Que la alegría se alce con la creciente savia. ¡Que el hombre también se alce, y que fecunde a su mujer una y otra vez, para que Freyr y los elfos de la tierra no dejen de hacer que fructifique nuestra Madre Tierra! Después de que el carro del dios se hubiese ido de Roskilde para recorrer el condado, hubo una fiesta. La gente se apresuró como nunca, cogidos de las manos, no sólo los jóvenes sino también los graves patriarcas y sus esposas.

Helgi estaba sentado, taciturno. Lo poco que hablaba se refería a su hijo Hrolf, preguntando cómo se comportaba el muchacho y qué planes tenía. De once años de edad, Hrolt era delgado y de baja estatura. Sin embargo, se movía corno un ciervo, y los ricos trajes le sentaban bien. Su cabello era rubio, con tintes rojizos, más sombrío que el de su padre. Los ojos eran grandes y grises bajo las oscuras cejas —los ojos de Yrsa— y había mucho de ella en su rostro de piel clara, además del mentón prominente de los Skioldungos. Contestaba con presteza. Por otra parte, Helgi podía seguir tranquilo, contemplando lo que los demás hacían y sumido en sus pensamientos.

Aquella noche Helgi durmió solo.

Hroar le buscó por la mañana.

—Ven, vamos a montar un poco a caballo —dijo el hermano mayor.

Helgi asintió. Los mozos de cuadra les ensillaron los caballos y partieron rápidamente al trote. Los hombres de su guardia comprendieron que querían hablar y permanecieron bastante detrás.

La bahía centelleaba, los bosques respiraban y retoñaban, el viento daba alaridos. Muy alto, por encima de sus cabezas, iba una bandada de cigüeñas. Finalmente Hroar dijo:

—No te diré lo que tienes que hacer, Helgi. Pero algunos dirán que es un mal presagio que tú, un rey, estuvieses tan melancólico durante la ofrenda y la fiesta, y que luego no dieses tu semilla a ninguna mujer.

Helgi suspiró.

—Que digan lo que quieran.

—Me contaste que la dama élfica te advirtió de que habría problemas. Bueno, siempre hay problemas, de un modo u otro; por lo menos te dijo que tenía buena disposición para contigo. Respecto a la niña...

Helgi se volvió hacia él y dijo roncamente:

—Te diré lo que pasa. Al verla por segunda vez y comprobar que después de todo era real, y desde entonces estar viendo a nuestra hija, que llora tan rara vez y cuyos ojos son demasiado despiertos para ser los de un recién nacido... me acuerdo de Yrsa.

—¿Qué? Creía que la habías alejado de tu pensamiento.

—Nunca. Oh, comprobé que podía vivir sin ella. Pero... no sé... la Otra Gente[1] tiene una extraña influencia sobre nuestros corazones... Quizá recuerdo a Yrsa porque tengo miedo de pensar en la que vino a buscarme... y además Hrolf, el hijo que Yrsa y yo tuvimos, tiene sus mismos ojos...

Helgi pareció derrumbarse.

—Ella vive en Uppsala, y no muy feliz, por lo que he oído —musitó—. Yo me siento

[1] La otra Gente, o el «Otro Pueblo»; apelativo eufemístico para referirse a los habitantes de Faerie, la Tierra Encantada, el Reino de las Hadas. (J. M. L.)

Librodot

en la casa que fue nuestra y me hago viejo.

Hroar miró a su hermano. Los huesos sobresalían en la cara de Helgi, tenía la piel surcada por profundas arrugas, los cabellos le comenzaban a encanecer. Hroar se llevó la mano a su propia, y también, canosa barba y dijo:

—Todos nos hacemos viejos.

—¿Es necesario que nos pudramos antes de estar muertos? —dijo Helgi con aspereza.

—Aún tenemos grandes cosas por delante —Hroar trató de sonreír—. En cualquier caso, aunque lo dije para animarte, te has ganado el afecto de un ser más poderoso todavía...

De pronto se detuvo, porque de repente su hermano dio una sacudida en la silla. El vello se erizó en los brazos de Helgi; miró fijamente hacia delante y silbó como un lince.

—¿Qué sucede? —preguntó Hroar intranquilo.

Helgi levantó el puño. Su voz resonaba como si fuese de hierro.

—¡Por el Martillo! ¡Tienes razón! ¿Por qué tengo que estar abatido toda mi vida?

—Bravo, me alegro de oír... —comenzó Hroar. Pero el grito de su hermano le cortó.

—¡Iré a Uppsala y la traeré de vuelta!

—¿Qué? —gritó Hroar—. ¡No!

Helgi habló precipitadamente.

—Sí. Óyeme. He estado triste pensando en ello, hasta que en un instante me has hecho ver... —cogió a Hroar por el antebrazo con tanta fuerza que le dejó las marcas de los dedos—. Yo, yo *tengo* el favor de alguien que ocupa un lugar elevado entre los Otros, que es de la misma sangre de Ran. Engendré a su hija, que yo mismo estoy criando. ¿Permitiría ella que se le hiciese daño a nuestra hija? ¿Qué necesidad hay de que siga temiendo una maldición? ¿O de que la temas tú, o el reino danés? ¿Qué necesidad tenemos? ¿Sería Hrolf tan apuesto y tan prometedor como es, si hubiese una maldición en su nacimiento? No, nuestro pesar no procedía de nadie más que de esa loba de Olof, que ahora está muerta y que no puede volver a hacernos daño —alzó las manos al cielo y vociferó—: ¡Somos libres!

—Ningún hombre está libre de su destino —dijo Hroar.

Pero Helgi no le escuchó, sino que espoleó su caballo y partió a todo galope.

A ello siguió un torbellino de preparativos. Febrilmente alegre, Helgi se impuso a todas las negativas. Las tropas de su casa estaban tan felices de verlo nuevamente animoso que lo habrían seguido a cualquier parte. Los que habían estado previamente en Uppsala contaban tales historias al respecto, que los jóvenes partían en bandadas de las granjas para engrosar la tripulación de los barcos, tan pronto como el equipo estuvo listo.

—Viajaremos con ánimo pacífico —hizo saber Helgi—. Si Adhils corresponde a mi buena voluntad, puedo ofrecerle buenas relaciones en cuestiones importantes tales como el comercio del ámbar. Si no... Adhils demostrará que es un insensato.

Hroar protestaba en vano.

—Bjovulf y yo trabajamos esforzadamente y perdimos nuestros hombres para tener a un Ynglingo que no fuese enemigo nuestro. ¿Quieres echar todo esto por tierra, para satisfacer tu lujuria?

—¿Qué amenaza supone ese haragán? —se burló Helgi—. Podríamos saquear sus costas a todo lo largo, y nunca se movería de sus malditos altares de piedra —y añadió—: No podría llamarme señor, si dejase a mi Yrsa con quien no hace más que darle pesares.

Sólo una vez se sintió desconcertado. Él y su hijo Hrolf habían ido a cazar con halcón. El ave había abatido una grulla. Helgi dijo en plena luz del día:

—Así te traeré a tu madre.

—¿Muerta como esa presa? —respondió gravemente Hrolf.

—¿Qué quieres decir?

—Me han dicho que ella nos dejó en contra de tu voluntad. Pudiera ser que en contra de la suya volviese.

Helgi se quedó callado por un instante en el vibrante aire, antes de decir con los labios prietos:

—Bueno, tendré que darle la oportunidad.

Hablando a solas con su marido, la reina Valthjona expuso la misma duda.

—Si conozco a Yrsa, Helgi habrá hecho el viaje en vano.

—Espero que el resultado no sea peor —dijo Hroar preocupado.

—Yrsa hará lo que pueda por la seguridad y el honor de Helgi.

—Pero Adhils... Nunca me gustó Adhils, aunque pareciera que podía sernos útil. Y lo que he oído de él desde entonces no es precisamente para sentirse tranquilo.

Valthjona sonrió inquieta..

—Nunca harás que Helgi se desvíe de su propósito —advirtió—. Por eso no hagas que se rompa el vínculo que os une a los dos. No te alteres, deséale el bien, y dale una despedida lo más amistosa que puedas.

X

Adhils rara vez salía de Uppsala. Pero un reino tan vasto como Svithjodh, que abarcaba tantas tribus diferentes, reyes subsidiarios y reyezuelos, era proclive a padecer tumultos de vez en cuando. Aunque no intentasen dejar de pagar tributo o separarse por completo, se enzarzaban continuamente en disputas los unos con los otros. Para atajarlo, mantenía una extensa guardia real. En ella ocupaban un lugar principal doce *berserkir*[1].

Eran descomunales y fuertes, pero desagradables de contemplar, desaseados y descuidados, hoscos y brutales. En la batalla, la locura se apoderaba de ellos: aullaban, les salía espuma por la boca, se les hinchaba y enrojecía el rostro, roían los bordes de sus escudos, y arremetían como uros furiosos. Entonces su fuerza era tal que ningún hombre normal podía resistirse a ellos. Se decía que ni siquiera el hierro podía herirlos. La verdad era que las heridas que sufrían, salvo las más profundas, apenas sangraban y se cerraban casi al instante. Una vez que se les había pasado aquel ardor, se encontraban débiles y temblorosos. Para entonces, sin embargo, la mayoría de los que hubiesen intentado luchar con ellos habrían muerto o huido.

La buena gente detestaba a los *berserkir...* y los temía. El miedo que despertaban servía tanto como su fuerza para romper una línea de batalla. Aunque Adhils no era el primer monarca que utilizaba aquel tipo de hombres, el hacer tal cosa iba en contra del prestigio del rey. Pero poco le importaba a él todo aquello.

En cambio, sí se preocupó cuando, estando lejos los doce y la mayoría del resto de sus guerreros, entró a galope un explorador y dijo, jadeando, que una veintena de barcos había remontado el canal entre el mar Báltico y el lago Malar, que ahora estaban cruzando. Poco después, un muchacho trajo un mensaje de la flota. Ésta se había quedado en la desembocadura del río, ya que remontando su corriente no podría darse a la fuga. Su jefe había cogido al muchacho y le había dado una pieza de plata para que fuese a la mansión real y dijese:

—Helgi, el Rey de los Daneses, viene en son de paz, para visitar a su aliado y hablar de los asuntos que puedan ser de interés para ambos.

La reina Yrsa estaba presente. Adhils se volvió hacia ella.

—Bien —preguntó, medio sonriendo—, ¿cómo te gustaría que lo recibiese?

Ella había permanecido completamente en silencio, salvo que primero palideció, y después enrojeció en frente y mejillas, notando un vacío y una opresión en la garganta y en el

[1] Etimológicamente, *berserkr* procede de *ber, bear, björn* «oso», y *serkr,* «camisa (o piel) de oso». El *berserkr* recibía su fuerza de aquellas pieles de oso (o de lobo, también) con que se cubría. La confusión con la palabra *baré,* de la que proviene la análoga palabra inglesa que significa «desnudo», ha dado lugar a que entre los anglosajones recientemente se pensase que la palabra significaba «el que combate en camisa», sin ningún tipo de protección. El plural de *berserkr* es *berserkir.* (J. M. L.)

Librodot

pecho. Tragó saliva, y su tono fue indeciso.

—Debes decidirlo por ti mismo. Pero ya sabes de antes... que no existe hombre... a quien yo deba más que a él.

Adhils se acarició la barba, dio unos cuantos pasos, murmurando entre dientes, y al fin dijo:

—Bueno, entonces, lo recibiremos como nuestro invitado. Mandaré a alguien que pueda, hum, hum. hacerle saber sin que se sienta ofendido, hum, hum, que mejor será que no traiga hasta aquí todas sus fuerzas.

Yrsa se volvió y se fue rápidamente.

Adhils envió el mensaje. Después buscó en secreto a otro nombre de su confianza.

—Apresúrate para llegar a donde están los *berserkir* y sus secuaces —le ordenó—. Diles que dejen lo que estén haciendo y que regresen tan rápidamente como puedan. Que se oculten en los bosques cerca de Uppsala, sin que nadie sepa de su llegada, excepto yo. Ya les diré lo que tienen que hacer.

Cuando Helgi recibió la indirecta con la invitación del rey sueco, dijo, riendo entre dientes, a su primer capitán:

—¡Con razón llaman a Adhils tacaño! Me pregunto si los que se queden vigilando los barcos no comerán mejor que nosotros, que vamos a su casa.

El marinero frunció el ceño.

—Si preparan una traición...

Helgi bufó.

—No le creo capaz, siendo tan cauteloso. Recuerda, además, que nos aseguramos de que sus principales guerreros estuviesen lejos. El no arriesgará su propio pellejo contra nosotros —giró sobre los talones, temblando de impaciencia—, ¡Venga, en marcha!

El y sus capitanes montaron en los caballos que habían traído. Un centenar de hombres iba detrás, a pie. Era un vistoso espectáculo, marchando a lo largo del río Fyris que se deslizaba reluciente, entre las ricas granjas de las tierras bajas de la margen oriental y el alto y verde bosque de la orilla opuesta. Helgi cabalgaba altivo, con cota de malla gris, yelmo dorado y capa escarlata. Por encima de él, llevado por un joven también a caballo, flotaba su estandarte, el cuervo negro de su antepasado Odín, sobre campo rojo de sangre. Detrás de los jinetes ondeaban las puntas de las lanzas iluminadas por el sol.

Aquella noche, sin embargo, hospedado por un rico hacendado, durmió poco. Despertó a sus hombres antes del amanecer y les hizo llevar un paso rápido. Al anochecer llegaron a Uppsala.

La empalizada que la rodeaba surgió por encima de ellos, oscura contra un cielo pálido, conforme fueron subiendo del camino del río. Los hombres de la guardia del rey salieron a su encuentro con destellos y tintineos de metal y mugidos de cuernos de bronce; en las sombras del crepúsculo, los escudos brillaban como lunas. Puertas adentro se encontraron con una gran ciudad que se extendía desgarbadamente, bulliciosa de gentes que moraban en recias casas de madera sin orden ni concierto, que generalmente eran de dos pisos. Sin embargo, a esa hora aquellos muros sumían las calles en la oscuridad, convirtiendo a hombres, mujeres y niños en contornos imprecisos que zumbaban y desaparecían en seguida. Parecía haber curiosamente muchos verracos por allí... animales preferidos de Frey, quien fuera el primer Ynglingo. Los animales gruñían, hozaban en el estiércol, apoyaban pesadamente los gruesos lomos llenos de cerdas sobre las piernas de los que pasaban cerca.

En una cumbre fuera de la ciudad se alzaba el mayor templo del Norte. Estaba hecho a la manera usual de un edificio dedicado a los dioses, con un tejado apilado sobre otro como si el conjunto intentase volar hacia los cielos. Pero aquellos tejados y las cabezas de monstruos que remataban los extremos de las vigas se destacaban claramente contra el bosque que descendía por la parte de atrás, al no estar embreados ni pintados sino revestidos de oro. Dentro estaban las imágenes, de madera pero altas y ricamente engalanadas, de los doce dioses principales: Odín con la Lanza; Thor con el Martillo; Frey con su Verraco, blandiendo

el descomunal signo de su virilidad; Balder, a quien Hel escogió para que gobernase a su lado el Reino de los Muertos; Tyr, cuya mano derecha se comió el lobo Fenrir; Aegir del Mar, cuya esposa Ran echa redes para atrapar los barcos; Heimdal, que lleva el cuerno Gjallar, con el que anunciará el Fin del Mundo, y otros más de quienes se cuentan menos historias. En los tiempos sagrados, la mayoría de la gente de la región podía congregarse dentro del templo. Entonces, los hombres principales sacrificaban caballos, recogían la sangre en escudillas, la asperjaban sobre la multitud con ramitas de sauce, y hervían su carne en ollas gigantes de la que todos comían. Por lo demás, había mujeres que cuidaban el templo, limpiándolo y lavando a los dioses con agua procedente de una fuente sagrada.

Pero en el bosquecillo se colgaba tanto a hombres como animales, se los alanceaba, y se los dejaba para alimento de los cuervos. Hacia allí solía ir personalmente Adhils, para hacer sacrificios y brujerías.

—Admirable espectáculo —dijo el portaestandarte de Helgi.

El rey danés frunció el ceño.

—Tenemos que tratar más con hombres que con dioses, eso espero al menos —respondió.

Los aposentos de Adhils se encontraban en el centro de Uppsala, una ancha plaza cubierta de edificios, con su propia empalizada. Los edificios eran hermosos, y en medio de ellos había un ancho patio empedrado que resonaba bajo los cascos y el calzado. Con todo, el gesto de Helgi se hizo más sombrío cuando vio la mansión.

—Esto es demasiado lóbrego para que Yrsa viva dentro —le oyeron murmurar.

Los criados se movían de aquí para allá en el anochecer. Un mozo de cuadra le cogió el caballo por la brida. Desmontó y a grandes zancadas se encaminó a la puerta que se abría como la boca de una cueva. Entonces, se paró en seco, como muerto, y fue como si nada existiese para él, excepto la mujer vestida de blanco que iba a su encuentro.

—Bienvenido, rey Helgi —dijo ella, y titubeando casi imperceptiblemente añadió—: mi pariente.

—¡Oh, Yrsa! —exclamó él, cogiéndole las manos entre las suyas. En el azul del ocaso apenas si podía verle el rostro; pero el resplandor de Poniente persistía en los ojos de ella. En el cielo, la estrella vespertina parpadeaba.

—Mi señor os espera —dijo el jefe de la guardia.

—Sí, vamos —dijo Yrsa, y le fue mostrando el camino. Helgi la siguió envarado.

Adhils estaba sentado envuelto en pieles en su sitial. El oro brillaba en torno a su frente, en su pecho, muñecas y dedos, aunque de alguna manera los fuegos y las velas lo eclipsaban. Quizá se debiera a que despedían mucho humo, un humo gris que escocía.

—Sed bienvenido, rey Helgi, amigo mío —ronroneó por debajo del ruido que hacía la leña que crepitaba—. Me siento feliz de que hayáis venido a verme.

De mala gana, Helgi estrechó la gordezuela mano. Adhils siguió hablando, en términos que nunca decían claramente que el Skioldungo había venido para reconocerle como su jefe supremo. Yrsa le interrumpió.

—Deja que se sienten nuestros invitados, y bebamos cada uno en honor del otro antes de cenar.

Llevó a Helgi al asiento enfrente de su anfitrión. A lo largo de la velada le estuvo sirviendo cerveza e hidromiel. En tales ocasiones él dejaba que sus dedos se tocasen, sostenía su mirada y le sonreía con una sonrisa extrañamente trémula para un guerrero tan famoso. En los intermedios, y escogiendo las palabras, él y Adhils se intercambiaban noticias de sus respectivos reinos. Los hombres de ambos comenzaron a charlar más alegremente. Un escaldo cantó *lais.* Entre ellos, uno en loor de Helgi, que le valió un brazalete de parte del rey danés. Miró a Yrsa, que estaba sentada al lado de su marido, como diciéndole: «Tú le dijiste que compusiera esos versos, ¿verdad?»

Pasó una semana. Adhils hospedaba y alimentaba bien a sus invitados, les enseñaba los alrededores, hacía que los llevasen de caza, hablaba sobre el comercio, la pesca y otros

Librodot

asuntos semejantes; nunca sobre aquello por lo que debía de saber que Helgi realmente había venido. Tampoco el rey danés mencionó la cuestión. Acalló sus sentimientos y esperó la ocasión de ver a Yrsa a solas.

Hubo más de una. La primera fue dos días después de su llegada. Había estado cazando uros y, ya de regreso, entró a caballo en el patio cerca de la caída de la noche, húmedo de sudor y manchado de barro, con sus hombres detrás, el arco colgando de su silla. Desmontó y cogió el arma para desencordarla.

—Mi señor Adhils está fuera —dijo el mozo de cuadra.

Helgi miró hacia arriba. En la galería de un dormitorio exterior estaba Yrsa. Allí en lo alto, todavía alcanzaba a tocarla la luz del sol, que brillaba, leonada, en su vestido y encendía chispas de fuego en las profundidades de su cabello. El cielo detrás de ella era de un azul infinito.

La cuerda del arco resonó.

—¡Bienvenido, pariente! —le saludó. El tono de su voz bajó claro y frío entre los vencejos que se precipitaban como saetas—. Venid a beber una copa y a charlar un poco hasta que el rey Adhils regresen.

—Gracias, mi señora —contestó él, y procuró que no pareciese que se apresuraba al trasponer aquella puerta y subir la escalera.,.

Una criada les sirvió hidromiel. Leyendo la mirada de la reina, la muchacha cerró la puerta al marcharse. Estaban en la galería, donde podía verlos todo el mundo; nadie podría murmurar sobre ellos, pero nadie tampoco podría oír lo que decían. El patio se extendía por debajo, lo mismo que la humeante y sombría ciudad, y los campos de cereales siguiendo el curso del río Fyris hasta que se perdía en los bosques, más al Sur. Hasta ellos llegaba un débil estruendo de ruedas, cascos de caballos, pasos, voces; en alguna parte un herrero estaba golpeando el hierro, arrancándole sonidos de campanas; de vez en cuando un perro ladraba. Pero, por lo general, era silencio lo que reinaba alrededor de Helgi e Yrsa. La brisa le hizo sentir frío en sus ropas empapadas de sudor.

Ella alzó la copa de cristal, traída del extranjero:

—A tu salud —dijo. Él chocó su copa con la suya y bebió un largo y reconfortante trago. Bajaron los vasos y permanecieron un momento en silencio antes de que ninguno de los dos supiese qué decir.

—Me alegro de verte —dijo él al fin—. Después de siete años.

Ella se había convertido por entero en una mujer. Delgada, de esqueleto grácil, se movía más despacio —casi pesadamente— que antes. Las sombras se dibujaban bajo sus pómulos y en torno de sus grandes ojos grises. Las arrugas habían empezado a aparecer en su piel. Más pálida que antaño, parecía embeber los rayos del sol poniente, cuyo resplandor se escurría sobre su pecho hasta hacer notar lo tensos que estaban sus dedos, al apretar el pie de la copa.

—Te han marcado estos años —dijo ella inexpresivamente—. Estás más flaco. Te estás volviendo canoso.

—Te he echado de menos, querida mía —Helgi hizo una pausa—. Y también tu hijo —añadió—. Te alegraría ver lo hermoso que es el muchacho.

—¿Tu hijo...? El nuestro... —ella torció a un lado la cabeza—. No. Eso ya acabó para mí.

—¿Para siempre? No he venido hasta aquí para hablar de la pesca o... ya me entiendes. Quiero llevarte a casa.

—No. Te lo suplico, por todo lo que una vez compartimos, no..., padre.

La boca de Helgi se contrajo. Miró por detrás de ella, al templo de la colina y a los sombríos árboles.

—¿Cómo es tu vida aquí? —le preguntó.

Ella no contestó, pero se le aceleró la respiración.

—¿Cómo te trata él? —casi gritó Helgi.

Librodot

Ella echó una mirada al patio, donde se movían las gentes de la casa, y a la puerta de atrás donde se sentaban sus doncellas, todas ojos y oídos, ojos y oídos, sin parar de hablar.

—¡Cállate! —le suplicó—. No trates de hacerme hablar mal de aquél a quien di mi fe.

—A mí me la diste antes —dijo Helgi.

Ella tiró la copa. Se partió en mil pedazos. El hidromiel formó un charco a sus pies y cayó goteando por la barandilla de la galería. Sus manos se retorcían nerviosas.

—¡No sabíamos lo que hacíamos!

—¿Lo sabes con Adhils? —atacó él.

Ella se irguió.

—Sí.

—¿Y?

—Ha sido más o menos como yo esperaba.

—Te guarda el honor debido, ¿no?

Ella podía ver cuánto ansiaba él que dijese que no.

—Sí —contestó—. Lo has visto con tus propios ojos. Me comporto como la Primera Dama de un gran país. Él... ni siquiera tiene otras mujeres —hizo una pausa para enmudecerse los labios y aclararse la garganta—. En realidad, no me solicita a menudo, lo que se ajusta bastante bien a mis propios deseos.

—¡Qué sola estás! —dijo él, como si le hubieran clavado una lanza.

—No, no, no. Las cosas no están tan mal como piensas. Tengo a mis doncellas, tú las has visto, ellas me miran como a una especie de madre. Escucho sus penas, les doy consejos y... y trato de que hagan un buen matrimonio... Tengo mis obligaciones, en la casa, en el templo, en todo lo que concierne a una reina. Puedo ir a navegar por el lago cuando estoy aquí. Tenemos invitados...

—¿Muchos? Nunca oí que Adhils fuese hospitalario.

Ella se sonrojó. Él sabía que se avergonzaba de la tacañería de su marido, y evitó decir que estaba enterado.

—Gente que viene aquí a prestar servicio —dijo ella precipitadamente—: Condes, caudillos, escaldos, mercaderes, forasteros. Traen noticias del mundo de fuera. Y yo..., yo me ocupo de la cocina —su sonrisa era triste—. No te creerías lo experta que me estoy haciendo en hierbas. También en hierbas curativas, todo tipo de medicamentos, vamos, yo, yo... voy camino de convertirme en una sabia.

El miró al templo en lontananza.

—¿O en una bruja? —rezongó.

—¡No! —su voz era presa del horror. Él pensó en cuerpos muertos balanceándose en el viento bajo aquellas ramas, y en Adhils en su escabel de hechicero, enconado sobre una olla en donde se cocían cosas innombrables—. ¡No, no tengo nada que ver con eso! —ella se volvió hacia él, apretó los puños y dijo temblando—: No haré nada indigno de un Skioldungo. Ni siquiera... regresar contigo... oh, querido.

No pudieron seguir hablando mucho más. Ella tuvo que ir a comprobar que todo estuviera listo para recibir a su marido y para la velada. Helgi estuvo seco durante la comida y bebió enormemente.

Volvió a hablar con Yrsa a solas unas pocas ocasiones más. El final era siempre el mismo. Con Adhils hablaba más a menudo, naturalmente, y hacía todo lo posible por sondear al Ynglingo. Éste se comportaba correctamente.

—Sí, sí —decía, cogiendo a Helgi por el brazo como si no advirtiese la mueca de desagrado del danés—, me alegra que hayas venido, pariente, me alegra que podamos entendernos. Nunca debe haber disputas entre parientes, como ambos sabemos bien, ¿eh? Y me parece que los dos estamos más estrechamente unidos que la mayoría... Mi esposa, tu hija..., esa desgracia que pasó entre tú y ella y que se me puede permitir creer que yo he enderezado, al darle un honorable matrimonio con ofrendas a los dioses y, *hum, hum,* con otras cosas.

Librodot

Más de uno de sus hombres advirtió a Helgi:

—Algo marcha mal aquí, señor. No he hecho amistad con ninguno de los capitanes suecos, no. Pero me he emborrachado y he ido a pescar o a cazar o a participar en juegos y diversiones con algunos de los que están a su mando (ah, sí, también me he divertido con una o dos muchachas), y algo están tramando. Me han contado lo cautelosos que se comportan sus jefes y cómo cuchichean en los rincones. Observadlos, señor, vos que os sentáis todas las noches entre ellos, y ved si sus maneras no os chocan lo mismo.

Él, con el corazón lleno de Yrsa, solía responder:

—Oh, probablemente será por ese problema que tienen en el Norte, que ocupa la mayor parte de sus guerreros lejos de aquí. Tomarían a mal que yo me entrometiese.

Transcurrida una semana, le llegó en secreto a Adhils la noticia de que sus tropas habían regresado velozmente según su mandato y que estaban en los bosques a la espera de sus órdenes. Dio una excusa y se apresuró a salir. Al jefe de los *berserkir,* una peluda y verrugosa mole que arrastraba los pies y que se llamaba Ketil, le contó lo que había sucedido y le ordenó que se quedase emboscado con su banda, para caer sobre el rey Helgi cuando los daneses regresasen a sus barcos.

—Enviaré cierto número de hombres desde la ciudad para ayudarte —prometió—. Atacarán por la retaguardia y pondrán a nuestros enemigos en apuros. Porque *son* nuestros enemigos. Pondré todo en juego para asegurarme de que Helgi no escape. He notado de sobra que ama tanto a mi reina que nunca estaré a salvo mientras él esté vivo.

Mientras tanto, Helgi e Yrsa tuvieron una última conversación a solas.

—Ya que no quieres venir —dijo él—, tendré que despedirme.

—Sé feliz —susurró ella—, querido mío.

—Lo llevas con entereza —replicó él—. Yo no puedo ser menos. Pero desearía que... —dio una palmada y la dejó. Ella le vio alejarse, con la mirada fija mucho tiempo después de que hubiera desaparecido de su vista.

Helgi comunicó a Adhils su intención de regresar a su casa. La reina Yrsa dijo a su señor, no a gritos, pero sí lo suficientemente alta para que lo oyesen todos los que estaban en la sala:

—Ya que nuestro huésped vino por propia iniciativa para establecer la amistad entre nuestras casas, creo que nos corresponde ofrecerle regalos de despedida que pongan de relieve todo lo que esto significa para nosotros.

—Claro, por supuesto, por supuesto —dijo Adhils al instante.

—Ni siquiera palidece —murmuró uno de sus hombres que estaba borracho—. ¿Qué le pasa al gordo avaro?

Todo el mundo estaba demasiado feliz en un final tan espléndido para darse cuenta de nada. Hasta Helgi se puso de algún modo contento. Nadie podría decir ahora que había viajado para nada.

A la mañana siguiente, a la vista de la gente que se habían congregado, Adhils mandó que sacasen un carro tirado por seis caballos blancos procedentes del Sur.

—Te doy el carro y los caballos, pariente —sonrió—, y algo más.

Gritos de júbilo se alzaron cuando empezaron a traer las cosas de los depósitos: pesados anillos y broches de oro, estuches de plata llenos de monedas procedentes de Romaborg, hachas y espadas relucientes, marfiles artísticamente tallados de morsa y narval, copas con joyas incrustadas, prendas de lujosas telas y vistosos colores, ámbar, pieles, objetos extrañamente trabajados nadie sabía en dónde, hasta que los ejes del carro crujieron..

Helgi enrojeció y tuvo dificultades para encontrar las palabras adecuadas con que dar las gracias. No llegaba a saber si aquel joven de sonrisa satisfecha y hablar zalamero se estaba burlando de él o lo que pretendía era comprar su regreso. Entonces su mirada recayó en Yrsa, y la vio tan anhelante que supuso que todo debía de ser por causa de ella.

El rey y la reina de los suecos montaron a caballo para acompañarlo parte del camino. Adhils charlaba con una elocuencia sospechosa; Helgi e Yrsa iban en silencio. Después de un

rato, el Ynglingo se detuvo.

—Bueno, pariente —dijo—, me temo que tenemos que despedirnos, en espera de la próxima vez que podamos estar juntos.

—Venid a ser nuestros invitados —dijo Helgi con voz ronca—. Los dos.

—Ya hablaremos de ello —dijo Adhils—. Mientras tanto, viaja con prontitud, rey Helgi, al lugar a que estás obligado —y volvió grupas.

Helgi cogió las manos de Yrsa.

—Vive en paz —le susurró precipitadamente—. Siempre te amaré. Algún día...

—Algún día —ella le dio la espalda, espoleó su caballo y trotó detrás de su señor y sus hombres.

Helgi cabalgaba a la cabeza de su tropa. El río murmuraba y parpadeaba a la luz del sol. Las sombras de los árboles lo moteaban. Se precipitaba un martín pescador, azul como las libélulas que flotaban en el aire. Se oían las pisadas de los cascos, el cuero crujía, el metal tintineaba. La atmósfera era espesa y caliente; los hombres sudaban y aplastaban las chinches. Hacia el Oeste, por encima de las hojas, se estaba formando una montaña de nubes violeta, y los truenos retumbaban a lo lejos.

Repentinamente, se levantó un estrépito. Saliendo de la maleza para apostarse en el sendero venía una hueste de gentes armadas. Entre ellos una docena de gigantes, la mayoría sin cota de malla, gruñendo, babeando y royendo los bordes de los escudos.

El caballo de Helgi se encabritó.

—¿Qué sucede, en nombre de Loki?

—Me parece —dijo el jefe de su flota— que el rey Adhils no quiere que guardéis lo que os ha dado.

—No... no, Yrsa... —Helgi estuvo a punto de darse la vuelta, como si fuese a batirse en retirada por primera vez en su vida.

En la retaguardia, por un recodo del camino, venían más hombres. Debían de haber salido de Uppsala por un camino lateral —incluso a aquella distancia y pese a las guardas nasales de sus yelmos, Helgi reconoció a algunos— y haber estado acechando a que él hubiese pasado.

Helgi descendió a tierra, descolgó su escudo de la grupa del caballo y lo empuñó por su asa. Alto como era, destacaba entre sus hombres; sólo su estandarte, ondeando en la brisa cada vez más fuerte, sobresalía por encima de él.

—Bien, estamos entre la espada y la pared —dijo—. Pero puede que descubran que somos más resistentes de lo que se piensan.

Entre el río y el escarpado terreno, como la ribera no dejaba espacio para adoptar adecuadamente el orden de batalla de la formación del puerco, sólo pudo formar en cuña a sus hombres con cota de malla, disponiendo detrás a arqueros y honderos. Por su parte, apiñados juntos, con la muerte saludándolos por delante y por detrás, los daneses dejaron oír su grito de guerra y arremetieron lo mejor que pudieron. A su vanguardia iba Helgi. Su espada silbó fuera de la vaina, brillando y gritando. Se lanzó contra el primero de los suecos, voluminoso en su reluciente cota de malla. Su escudo paró el golpe, pero él se tambaleó. Helgi lo hostigó, dando alaridos. Su espada brincaba, arriba, abajo, alrededor, chocando estrepitosamente con el yelmo y con el borde del escudo, siempre haciendo que el hombre retrocediese entre los suyos. El sueco creyó ver la oportunidad de tajar el muslo de Helgi. Lo intentó, pero se encontró con que el brazo que sostenía la espada chorreaba sangre. Vaciló antes de derrumbarse para que lo pisoteasen.

Un hacha retumbó contra el propio escudo de Helgi. Aquel arma, manejada con las dos manos, podía aplastar por su solo peso a la mayoría de los hombres por muy en guardia que estuviesen. Helgi se echó a un lado. Solamente por pura fuerza paraba esos golpes. Aventuró su espada por debajo del mango del hacha y le cortó una pierna a su enemigo.

Una lanza le alcanzó en la pantorrilla. Apenas si lo notó.

—¡Adelante, adelante!

Sabía arrancar gritos de las profundidades de sus pulmones, de tal manera que venciesen a todos los demás, gruñidos, golpes, ruidos y quejidos de muerte.

—¡Abrámonos paso! ¡Salvémonos!

Había visto, por encima de los oscilantes yelmos y rostros desencajados, que si su gente podía abrirse paso entre sus atacantes, no habría nadie a sus espaldas. Volviéndose, podían avanzar y contener las embestidas mientras se iban retirando, de suerte que la mayoría pudiese llegar a los barcos.

Aquella podía ser una larga batalla de retirada. Se lanzó contra un *berserkr.* Rodeado como estaba, no pudo tomar velocidad. El monstruo hizo oscilar un hacha en lo alto y la dejó caer con tremendo estruendo. El escudo de Helgi se hizo pedazos. Y poco faltó para que su brazo izquierdo corriese igual suerte. Retrocedió tambaleándose. Habría atacado al *berserkr* de nuevo, pero había demasiados en su camino.

Sus hombres luchaban a su lado con tenacidad. Sobrepasados en número, iban cayendo uno a uno. Las lanzas le atravesaban donde no estaba protegido por el yelmo o la cota de malla; chapoteaba sobre su propio sudor y sangre; y aunque el metal parase los golpes, éstos le magullaban los huesos. Sin embargo, él seguía luchando. Su espada se agitaba frenética como si estuviese segando. Un *berserkr* alcanzó al portaestandarte. El muchacho no tuvo ninguna opción. Con los sesos aplastados, se vino abajo, y la bandera cayó en el polvo. En adelante, los daneses no tuvieron ninguna referencia que les indicase el lugar donde debían estar. El verraco dorado[1] ondeaba en lo alto. Los suecos no dejaban de acosarlos.

Las nubes corrían negroazuladas por el cielo, se levantó un viento frío, la luz se volvió de un extraño amarillo cobrizo.

Helgi, separado del último de sus hombres, retrocedía, siempre empuñando la espada, cuyo filo estaba ya mellado y embotado. Los muertos y heridos marcaban su paso. Pero el enemigo no cejaba en su persecución. Se adentró en el río, que enrojeció con su sangre. Ketil, el principal *berserkr,* fue a su encuentro, dando alaridos, aullando y lanzándole un golpe tras otro como el granizo que había empezado a caer y, sin embargo, sin acusar ninguno de los golpes del rey.

—Garm se ha soltado. Se ha tragado la Luna...[2] —oyeron los hombres que decía Helgi. Cayó, y el río llevó hacia el mar lo que todavía quedaba de su sangre.

Con él murieron todos los que habían desembarcado. El resto se enteró de lo sucedido por los exploradores que habían destacado y huyó de regreso a Dinamarca. Yrsa lloró. Aquí termina la historia del rey Helgi.



[1] *Giullinbursti,* el verraco de cerdas de oso, emblema de los Ynglingos. *(N. del T.)*

[2] Referencia al Ocaso de los Dioses, o Ragnarök. *(N. del T.)*

Librodot

4

La historia de Svipdag

I

Yrsa lloraba.

No se enteró de lo que había decidido Adhils hasta el final. Deseó que sobre él cayese todo género de males, que su barco no navegase aunque soplara viento favorable, que su caballo no corriese aunque huyera de sus asesinos, que su espada nunca mordiera hasta que cantase sobre su propia cabeza[1].

—¡Que no seas digno del barco ni del caballo ni de la espada, tú, afeminado cocinero de hechizos, tú, grajo que te alimentas de cadáveres! —se decía ella.

Adhils esperó a que se le pasase la ira con aquella calma vigilante que aterraba a los hombres. Cuando ella no hacía más que llorar, le decía él suavemente:

—No he podido comportarme de otro modo. Bien sabes que Helgi finalmente, y ni siquiera hace tanto, habría conseguido deponerme y acabar conmigo, para llevarte a una vida de vergüenza de la que tú misma habías huido.

Yrsa se tragó las lágrimas, le devolvió la mirada de tal modo que casi se oía el sonido que hizo al cruzarse con la suya, y dijo:

—No hay decoro en jactarse de haber traicionado a ese hombre al que yo debo tanto y al que tanto he amado, y por este motivo nunca te seré leal cuando tengas que tratar con los hombres del rey Helgi. Y ya veré cómo se puede eliminar a tus *berserkir* que lo asesinaron, tan pronto como encuentre jóvenes lo suficientemente audaces para intentarlo por mí y por su propio renombre.

—No divagues, Yrsa, que es inútil, y bien lo sabes —le dijo Adhils—. Suponiendo que te dejase partir, ¿adonde irías? No trates de amenazarme a mí o a mis *berserkir,* porque no ganarás nada con ello. Sin embargo, ennobleceré con ricos presentes la muerte de tu padre, con tesoros y la mejor de las tierras, si quieres.

La reina se alejó, para volver al cabo de un instante y aceptar, fríamente, su ofrecimiento. Algunos se preguntaron por qué ella, en vez de obrar así, no intentó reunirse en Dinamarca con el rey Hroar. Sus hombres pensaron que quizá fue por una triple razón. Ella, hija y esposa del rey Helgi, no huiría como una fugitiva ni como una mendiga. Ni tampoco dejaría de lavarlo y amortajarlo, de cerrarle los párpados, de anudar en sus pies, y con sus propias manos, los zapatos mortuorios, de verificar que tanto él como sus seguidores tuviesen

[1] Lo que Yrsa desea a Adhils es lo mismo que se dice en la estrofa 32 del «Cantar Segundo de Helgi, el Matador de Hunding», en la *Edda Mayor. (N. del T.)*

un entierro digno y de que se tratara con el debido honor sus tumbas. Ni tampoco perdería la esperanza de conseguir su venganza, pues estaba claro que Hroar no tomaría ninguna.

Después de aquello, nadie volvió a ver alegre a la reina. La hostilidad en la mansión fue peor que antes. Luego de intentarlo una vez, Adhils no volvió a compartir más la cama con ella. Tan a menudo como Yrsa veía la más remota oportunidad de contradecirle, se enfrentaba abiertamente a él. Sin duda Adhils la mantuvo únicamente a su lado debido a sus parientes, a sus seguidores suecos y a su dote.

Mientras tanto, los barcos habían llevado las noticias a Dinamarca. Hrolf Helgisson no era el único en desear la guerra.

—Eso escapa a nuestros deseos —decía su tío—; pero ni pienses que dejo de dolerme por mi hermano —y se alejó, con la capucha echada sobre su cabeza, para llorar a solas.

Más tarde llegó una embarcación de Svithjodh. Su capitán habló en nombre de Adhils. Aunque Helgi había caído por sus propias acciones, decía el mensaje, ya que había urdido planes contra el señor de Uppsala, sin embargo éste estaba deseoso de llegar a un acuerdo que guardase la paz entre ambos reinos.

Hroar recibió el *weregild* por Helgi y juró que no enarbolaría la lanza para vengar su muerte.

Adhils lo había previsto. De otro modo, nunca se habría atrevido a descargar el golpe. Por medio de sus espías y, quizá, de su brujería, bien sabía cómo estaban en aquel momento las cosas en la casa de los Skioldungos. La verdad era que Hroar tenía tales problemas que no podía permitirse pelear con Svithjodh.

Su cuñado Saevil, conde de Escania, había fallecido recientemente. Hrok, el hijo de Saevil, era un joven hosco y codicioso que pensaba que se le debían muchas cosas a causa de la ayuda que su padre había prestado a Hroar y a Helgi. Cuando le rehusaron el gran brazalete que Fenja y Menja habían molido, se puso furioso. En parte en atención a la madre de Hrok, la hermana de Hroar, Signy, y en parte por miedo a los desórdenes, el rey no quiso expulsarlo de su puesto. Pero en adelante, Escania no volvió a conseguir la confianza de Hroar.

Más aún, una de sus empresas había salido mal y eso suponía que la guerra sería inminente.

Su tío Frodhi, a quien él había ayudado a quemar, había tenido un hijo, Ingjald, de su primera mujer, Borghild de Saxland. Había enviado al muchacho fuera para que se educase con su abuelo, un poderoso rey que vivía en la desembocadura del Elba. Ahora Ingjald se estaba abriendo camino en la vida; pero era un cabecilla poderoso y probablemente sucedería como rey a su actual pariente. Y, como recientemente había enviudado, Hroar pensó que un aliado semejante aseguraría su flanco sudoeste: entonces ya no importaría que un conde sueco gobernase la isla de Ais y estuviese en tratos con el rey de Slesvik. Hroar ganaría una paz duradera que le dejaría libre para fortalecer su reino.

Así pues, esperó poder casar a su hija Freyvar con su primo Ingjald.

Los mensajeros fueron de uno a otro lado, y al principio todo parecía prometedor. Pero sucedió que Starkadh estaba en la ciudad sajona.

Sobre él se cuenta una larga saga. Era, según dicen, descendiente de los Jötuns, y había nacido con seis brazos. Thor le cortó cuatro, pero no dejó de odiarle por su ascendencia. Cuando Odín, que lo favorecía, dijo que viviría las vidas de tres hombres, Thor dijo que tendría que hacer una penosa hazaña en cada una de ellas. Odín le dio la mejor de las armas; Thor dispuso que nunca poseería ninguna tierra. Odín dijo que siempre tendría dinero; Thor añadió que nunca tendría bastante. Odín le dio la victoria en todos los combates; Thor hizo que siempre resultara herido. Odín hizo de él el mejor de los escaldos; Thor hizo que se olvidase de sus estrofas una vez las había pronunciado. Descomunal, violento y desgraciado, Starkadh pasaba como una tormenta por aquel siglo, y su llegada siempre significaba problemas.

En la fiesta de bodas de Ingjald y Freyvar, se levantó, reprochó al novio el casarse con la hija del hombre que había asesinado a su padre, y recitó a gritos versos que hicieron hervir

Librodot

la sangre. Daneses y sajones, por igual, recordaron entonces lo que habían sufrido unos a causa de los otros. Se llegó a las manos y hubo muertos. Ingjald expulsó a Freyvar de su lado y la envió a su casa con el mensaje de que él mismo, por su honor, llevaría una tea para incendiar El Ciervo.

Por eso Hroar no podía permitirse tener a los guerreros de Svithjodh a sus espaldas.

La víspera del *Yule,* Hrolf, el hijo de Helgi, cumplió doce años y, desde entonces, se le consideró ya un hombre. Cuando se pasó el verraco entre la asistencia para hacer los votos, puso las manos sobre el y juró:

—¡Nunca huiré del fuego o del hierro!

Los hombres exclamaron que en verdad era el hijo de su padre. Sin embargo, algunos pensaban que, sobre todo, se parecía a su tío; pero otros decían que por su calma y por ser siempre un soñador podía convertirse en uno de los Skioldungos perezosos. Después de todo, el suyo había sido un nacimiento extraño, y su hermana aún era más misteriosa todavía.

Los que dudaban cambiaron de opinión al verano siguiente. Cuando los sajones cruzaron el Pequeño Belt, los daneses les hicieron frente en las playas de Fyn y tuvo lugar una batalla que atrajo a lobos y a cuervos de una gran extensión a la redonda. Hrolf no había crecido del todo, aunque nunca llegaría a ser muy alto, y naturalmente necesitó la ayuda de los mayores. Sin embargo, se comportó tan valiente y, para su edad, tan diestramente, que se ganó las simpatías de todos los guerreros.

Con estruendo y fragor, gritando y chillando, mutilando y matando, los daneses hicieron retroceder a los sajones y los aplastaron por completo. Allí cayó Ingjald, el hijo de Frodhi.

Y también Hrodhmund, el hijo mayor de Hroar.

Apenado, el rey de los daneses regresó a casa. Desde entonces, su único cuidado fue tener paz. Aquello pudo deberse a que su hijo menor, Hrörik, aunque un año mayor que Hrolf, había tenido un comportamiento muy pobre.

Y los años siguientes hicieron patente que era en Hrörik, y no en Hrolf, donde corría la mala sangre. Hrörik era haragán, cobarde y codicioso. En torno suyo se congregó una pandilla de matones y aduladores, y pronto supo cómo debía lisonjear a este caudillo, sobornar a ése y amenazar a aquél. Su padre, que envejecía rápidamente, mostraba cada vez más predilección por su sobrino Hrolf.

La reina Valthjona murió.

Un fuego se propagó a partir de las cocinas y El Ciervo se quemó por entero.

Hrörik y su padre iban en barco a Escania, donde el rey presidiría los ritos de la Cosecha, para que el pueblo no se olvidase de él, para hacerse respetar y —así lo esperaba— para ganarse la amistad de Hrok Saevilsson. El viaje a través del Sund es corto, por lo que quienes iban a bordo llevaban puestos sus mejores trajes. En el brazo de Hroar brillaba el brazalete de la serpiente.

—Deberías darme eso —dijo Hrörik. Estaba completamente borracho.

—Me lo dio mi hermano —dijo Hroar—, y lo llevaré puesto hasta que muera.

—Bueno, déjame que lo vea de todos modos —le apremió su hijo—. Se supone que es el mayor tesoro que tenemos, ahora que tu mansión ha desaparecido, pero nunca lo he mirado de cerca.

Hroar se lo quitó y se lo pasó. Hrörik lo hizo girar entre sus dedos. Los ojos de la serpiente que rodea el mundo[1] relucían rojos.

—Bueno —dijo el joven—, lo mejor será que ninguno de los dos lo tenga —y tiró el brazalete por la borda.

El canto del nostromo se calló y los remos se movieron alborotadamente. Un quejido se extendió a lo largo del casco. Era el peor de los augurios.

Hroar echó un pliegue de su manto sobre su cabeza gris.

[1] Midgardsorm o Jörmunganrd, la serpiente que ciñe el mar que rodea el Mundo del Medio, o Midgard, donde viven los hombres. *(N. del T.)*

Murió aquel invierno.

Hrörik ya lo había preparado todo, aunque no lo necesitase. Hrolf nunca se opondría al hijo del hombre que había sido como un padre para él. Por lo tanto, los daneses aclamaron a Hrörik como su rey.

Casi de inmediato, aquellas tierras que Helgi había regido por sí mismo comenzaron a separarse. Había en ello algo más que antiguo orgullo. Los caudillos no tenían fe en un soberano célebre por su pereza y su avaricia; y cuando él se limitó a hacer algún que otro débil intento para intentar que volviesen a él, ellos pudieron comprobar que lo habían juzgado correctamente.

«Si no somos necios —se dijeron—, de ahora en adelante nos cuidaremos nosotros mismos.»

La más grave pérdida se produjo cuando el conde de Odense —el Lago de Odín— dijo que sería rey lo mismo que su padre lo había sido. Era una ciudad tan grande como Roskilde y mucho más antigua, el sitio más sagrado de Dinamarca. En breve, la isla de Fyn se separó de Leidhra.

Empezaron a hacer su aparición los bandidos; los vikingos hostigaban las costas; jutos, sajones y vendos hacían incursiones sin dificultad y estaban planeando una guerra a fondo.

Entonces los caudillos de Selandia se agruparon y se alzaron. Hrolf les dijo que no lucharía contra su pariente. Ellos le dijeron que lo harían ellos mismos, dijera lo que dijese, y que después lo nombrarían su señor.

Furioso, Hrörik envió hombres a la casa donde vivía Hrolf. El príncipe escapó vivo de milagro. En lo sucesivo, no le quedó otro remedio que desenvainar su espada contra el hijo de su tío y de su tía, a los que tanto había amado.

Hrörik cayó en la batalla. Guerreros y terratenientes se congregaron en la piedra del *Thing* para proclamar a gritos que Hrolf, hijo de Helgi, era ahora su rey. Apenado, aferró los anillos del juramento y asumió la soberanía de una tierra al borde de la desintegración.

Mientras tanto, en Svithjodh, Adhils se había hecho rico y poderoso, de tal forma que los hombres consideraban un alto honor ir a servirlo.

II

Al Oeste de las tierras bajas que se dominaban desde Uppsala, se alzaban altas, abruptas y espesamente cubiertas de bosque las montañas de Svithjodh: una tierra para las águilas y los osos, con arroyos caudalosos y valles profundos. Allí moraba un granjero llamado Svip. Su granja estaba muy alejada de las demás; sin embargo era de buen tamaño y albergaba a mucha gente, porque era de posición acomodada. De joven había sido un guerrero valiente y viajado mucho. Era más sabio de lo que parecía —un hombre canoso y fornido, un poco bizco, con la nariz rota— y se formaba su propia opinión sobre cualquier asunto. Aunque no fuese brujo, algunos pensaban que poseía la clarividencia, y, en efecto, a menudo tenía sueños admonitorios.

Tenía tres hijos, Hvitserk, Beigadh y Svipdag. Los tres eran fuertes, capaces y guapos. A pesar de ser el menor, Svipdag superaba a sus hermanos tanto en estatura como en fortaleza.

Cuando tenía dieciocho inviernos, luego de meditarlo largamente, fue a ver a su padre y le dijo:

—Ésta es una vida monótona, estar aquí siempre entre las montañas, sin ir a visitar a nadie, ni que nadie venga a visitarnos a nosotros. Deberíamos ir a unirnos al rey Adhils y sus guerreros, y ver si nos acepta.

Svip el labrador frunció el ceño y contestó:

Librodot

—No creo que fuese sensato. Conozco al rey Adhils de antiguo. Sus palabras pueden ser sucias al mismo tiempo que hermosas, por grandes que sean sus promesas. Y si sus hombres son suficientemente valientes, también son gente indisciplinada que no sabe comportarse —suspiró en su presencia y añadió—: Sin embargo, el rey Adhils es tan fuerte como famoso.

Svipdag levantó un puño.

—Algo hay que arriesgar para ganar algo, y nadie puede saber de antemano las vueltas que dará su suerte. Lo único que sé es que no permaneceré aquí por más tiempo, a pesar de lo que pueda aguardarme.

El labrador miró atentamente a su hijo. Alto, de hombros anchos, huesudo, la barba amarilla ya espesa en su rubicunda y austera cara, Svipdag estaba erguido con la melena brillando bajo el sol, perfilándose contra los verdes pinos y el cielo azul. La cosecha del heno acababa de terminar y la granja estaba llena de ese dulce olor de paz.

—Qué se le va a hacer —dijo Svip—, también yo he sido joven.

Hvitserk y Beigadh decidieron seguir los deseos del padre y permanecer en casa un poco más. Para el viajero, Svip trajo excelentes regalos: un caballo lo suficientemente grande para que los pies del jinete no fuesen arrastrando por el suelo, el equipo completo de un combatiente, y una larga hacha, extrañamente reluciente y afilada. También le dio muchos consejos tales como:

—Nunca te fíes de los demás y nunca fanfarronees; con esto no se gana sino un mal nombre. Pero si alguien te acosa, entonces defiéndete, porque la forma de comportarse de un hombre hábil es hablar con moderación, pero en el peligro lanzarse con energía hacia adelante.

No temía por la suerte de Svipdag en una pelea. Él mismo había sido su maestro; los hermanos habían empleado multitud de horas atizándose, sin dejar pasar casi un solo día, entrenándose en el uso de las armas.

De tal suerte, Svipdag abrazó a sus parientes, a sus mejores amigos entre la gente de la granja, y a todas las muchachas con las que últimamente hubiese estado retozando, y partió a caballo. Durante un rato estuvieron escuchando sus canciones. Pero al fin se perdieron en el ruido de una cascada.

No pareciendo especialmente vulnerable, no tuvo problemas en su viaje. Su buen humor resplandeció en las casas en las que se quedaba para pernoctar. Preguntando por el camino, se enteró de que el rey Adhils y la reina Yrsa no estaban entonces en Uppsala, sino en un sitio que tenían a orillas del lago Malar, donde ella pasaba mucho tiempo todos los veranos, mientras él estaba haciendo su ronda real.

Svipdag llegó al atardecer. Bosques y campos de cereales ondulaban el terreno hasta el borde de una vasta lámina de agua, cuya superficie, brillante por los rayos del sol poniente, solamente la interrumpían algunas islas emergentes. El aire era frío y húmedo, y reinaba el silencio, excepto por el bullicio y los gritos procedentes de la casa, cuyos ecos resonaban hasta perderse en el cielo. Svipdag se detuvo en una puerta enrejada de la empalizada que rodeaba la mansión y sus dependencias exteriores. Estaba cerrada por dentro, y nadie la custodiaba. Los hombres pululaban por el patio interior, algunos jugando y otros contemplando un entretenido partido de pelota. Svipdag llamó para que le dejasen entrar. Los pocos que lo oyeron se limitaron a mirarlo un instante y continuaron con su deporte.

Espoleó el caballo para que se encabritase. Los cascos golpearon la empalizada, la cerradura se rompió, crujió la puerta y Svipdag entró ruidosamente en el patio.

El rey Adhils estaba sentado fuera de la mansión, espléndidamente vestido, en una silla dorada. Sus doce *berserkir* se encontraban de pie o en cuclillas a su alrededor, peludos, sucios, hoscos, tan desagradables de ver como de oler. Gruñeron y miraron fijamente en medio del silencio que se había hecho en el gentío. Las palabras de Adhils fluyeron lentamente:

—Ese hombre sigue adelante sin hacer caso de nada. Nunca se había visto que nadie

se atreviese a tanto. Debe de tener buen concepto de sí mismo.

Svipdag se detuvo, desmontó y sonrió alegremente.

—Salud, rey Adhils, mi señor —dijo—, porque seguramente un hombre tan ricamente ataviado debe ser el Rey. Me llamo Svipdag, hijo de Svip Arnulfsson, quien vive en las tierras del Oeste y al que conocisteis en otro tiempo.

—Vienes aquí con mayor temeridad de la que tu padre debería haberte aconsejado.

—No, señor. Pedí permiso para entrar, y nadie me contestó. Una grosería semejante por parte de vuestros hombres os deshonra, y confío que consideréis apropiado el que les enseñe cómo deben comportarse.

—¿Qué? —retumbó Ketil, el principal de los *berserkir—.* Te aplastaré como la cucaracha que eres...

Se movió pesadamente hacia adelante. Svipdag, siempre sonriente, cogió el hacha del arzón delantero.

—¡Deteneos! —ordenó Adhils—. Hablemos primero. Me acuerdo de Svip. Luchó valientemente por mí contra Aali, aquel día en el hielo. ¿Qué quiere su hijo de nosotros?

—Me gustaría mucho entrar a vuestro servicio, señor —dijo Svipdag.

Adhils le mandó que se sentase. Lo hizo en un trono que había visto junto a la silla, y se puso a mirar el partido de pelota luego de que se reanudase, mientras conversaba con el rey de modo amistoso. A los *berserkir* esto les pareció mal, y rezongaron y murmuraron. Cuando se oyó la llamada para ir a comer y el rey encabezó la comitiva hacia el interior, rodeado de sus doce guardias, Ketil le dijo:

—Vamos a desafiar a ese cabeza de lobo[1] y a cortársela antes de que cause más problemas.

Adhils arrugó la nariz.

—No creo que sea fácil de manejar —respondió con voz tranquila—. Sin embargo, *hum, hum,* sí, me gustaría comprobar si es tan fornido como parece.

Ketil dibujó la mueca de una sonrisa en su cara verrugosa. Mientras los hombres se dirigían a sus asientos, dejó al rey, se abrió camino hasta el joven, lo agarró por la capa debajo de la garganta, y bufó:

—Bien, ¿crees que eres tan buen guerrero como nosotros los *berserkir,* para comportarte tan descaradamente?

Svipdag se sonrojó, sofocado en la vacilante luz de las antorchas. Apartó de un golpe la mano del hombretón y habló para que lo oyese toda la sala:

—Sí, soy tan bueno como cualquiera de vosotros.

Un bramido se levantó al unísono de los doce. Se acercaron para rodear a Svipdag. Nadie llevaba armas puertas adentro, y él había dejado yelmo y loriga en la habitación de la entrada. Quizá una docena de hombres como aquellos pudieran desmembrarle a uno. Los hombres se alejaron de su camino, tratando de que no pareciese que huían para ponerse a salvo.

—¡Deteneos! ¡Deteneos, os digo! —gritó Adhils desde su sitial—. Quedaos tranquilos. No habrá lucha aquí dentro, no a esta hora esta noche.

Los *berserkir* aullaron. Ketil escupió a los pies de Svipdag.

—¿Te atreves a luchar con nosotros mañana? —rugió—. Entonces tendrás que usar algo más que baladronadas y fanfarronería, y podremos comprobar de qué madera estás hecho.

Svipdag se echó para atrás.

—Me enfrentaré con vosotros uno a uno. Así veremos quién es el mejor.

Adhils asintió. Le gustaba la idea de una prueba, porque en el curso de los años de paz se había hecho difícil saber hasta qué punto un guerrero era realmente útil.

—Ese hombre será bienvenido en este lugar —dijo una voz clara.

[1] «Cabeza de lobo» era una expresión insultante con significado de «proscrito», «selvático». El *berserkr* la usa para dar a entender que Svipdag es un rústico. (J. M. L.)

Librodot

Svipdag miró a través de las sombras y del parpadeo del fuego a la mujer que había hablado. Estaba sentada al lado del rey, no más cerca de lo necesario: no era alta pero su porte sí era orgulloso, vestida sobriamente y marcada por la pena, aunque todavía con sus ojos grises encendidos y el cabello moreno rojizo que le relucía. Debía de ser la reina Yrsa.

Ketil encogió los hombros y rechinó:

—Ya hace tiempo que os gustaría vernos en el Infierno. Pero no somos tan débiles para rendirnos ante meras palabras y mala voluntad.

Ella se volvió a su marido y dijo:

—No conseguirás nada bueno si los sacas del apuro, tú que sientes necesidad de usar una escoria semejante.

Lívido de rabia, Ketil aulló:

—¡Maldita sea! ¡No nos da miedo enfrentarnos a él!

Adhils hizo señas a las mujeres para que trajesen rápidamente las bebidas. La velada transcurrió en paz, aunque intranquila. Los *berserkir* estaban de mal humor; el resto de los cortesanos parecían más animados. La mirada de Yrsa se mantuvo perdida en Svipdag, en un extremo de la sala donde él estaba sentado, hablando, bebiendo, festejando, el hombre más alegre bajo aquel techo.

Por la mañana tuvo lugar «la ida a la isla»[1].

Es uso corriente entre los paganos, cuando los hombres desean batirse en desafío, que vayan a un islote, a una isla pequeña, donde pocos o nadie puedan verlos ni ir a alborotar. Cuatro varas de sauce señalan el campo, y el que es arrojado fuera de él se considera que ha perdido. De otro modo se establece que los golpes vayan por turnos. Y el asunto se decide al primer derramamiento de sangre, por abandono, o por muerte.

Aquel día había más testigos que de ordinario. El mismo Adhils había venido a remo junto con los doce y estaba sentado entre ellos, en un tocón, contemplando el prado señalado con estacas. Bajo los árboles del lado opuesto, el hierro refulgía en torno a una delgada figura con una capa azul. Yrsa también había venido, y una veintena de los guerreros que la escoltaban y que se sentían más obligados a ella que al rey.

Svipdag estaba erguido con túnica y calzones. Sólo llevaba el yelmo y se había quitado la cota de malla, porque no quería que lo considerasen desleal con sus enemigos en aquella prueba de su valor. Tampoco llevaba escudo, al ser su hacha un arma que había que manejar con ambas manos. Yrsa se mordió el labio cuando lo vio; e inclinó, desanimada, la cabeza.

Ketil se dio cuenta, y la miró impúdicamente antes de entrar en la alta hierba. Empezó a bambolearse, esforzándose por entrar en el frenesí típico de los suyos. La baba corría por su barba. Sus mejillas soplaban y enrojecían. Mordía el borde del escudo, blandía la espada, y hacía ruidos que parecían de animal.

Svipdag bostezó.

—No te habría dejado que dieses el primer golpe —exclamó—, si hubiese sabido el rato tan fatigoso que ibas a pasar para levantar ese corazón de mula que tienes.

Ketil chilló y embistió. Su espada remolineó en lo alto y silbó al caer. El hacha de Svipdag la encontró a mitad de camino, con un estruendo y una lluvia de chispas. Luego, la pesada cabeza del hacha osciló hacia atrás, y de nuevo hacia adelante, para estrellarse contra el escudo y hacer que el *berserkr* se tambalease.

Yrsa apretó los puños contra su pecho y respiró agitadamente.

Ketil se recobró. Dio un tajo tras otro —sin pensar más en guardar el turno— y fuertes eran los golpes. Pero Svipdag siempre los paraba, y siempre, a su vez, golpeaba el escudo de su enemigo. Asía con ambas manos el hacha, y la guiaba con las muñecas y los hombros, que habían talado árboles y empujado rocas por las montañas. El estruendo hacía que las bandadas de pájaros gritasen en lo alto.

[1] Del antiguo islandés, *hólmganga. (N. del T.)*

Librodot

De repente, el hacha cayó de lleno en el yelmo de Ketil. Medio aturdido, el guerrero soltó el escudo. Svipdag le atizó en las costillas. Ketil dio un quejido y cayó sobre una rodilla. Tenía inclinado el cuello. Svipdag se lo cortó de un golpe. Ketil se derrumbó mirándose boquiabierto.

—¡Svipdag, Svipdag, oh, Svipdag! —Yrsa reía y lloraba.

—¡Por mis pelotas —gritó otro *berserkr*— que te las cortaré por lo que has hecho antes de que mueras! —y se lanzó en busca de venganza.

Svipdag, aunque mojado de sudor y resollando, esbozó una sonrisa y se lanzó resueltamente a su encuentro. Imprudente, aquel hombre era una partida más fácil. Svipdag fue recobrando el aliento mientras jugaba con él como, en la granja de su padre, solía jugar con los toros para divertirse. En el momento oportuno, le abrió el vientre a su enemigo. La sangre salía a borbotones.

Enloquecido, un tercer *berserkr* saltó del lado del rey. Ganó velocidad conforme corría a través del prado, balanceando su hacha por encima de la cabeza. Svipdag lo esquivó, echándole al mismo tiempo la zancadilla. El monstruo tropezó. El arma de Svipdag le partió el espinazo.

Horrorizado, Adhils gritó a sus hombres que se quedaran en su sitio. Un cuarto no prestó atención. Svipdag giró sobre sus talones con el tiempo justo de hacer frente al ataque desde atrás. El *berserkr* saltó sobre él para derribarlo al suelo. El hacha de Svipdag voló de tal modo que, por un instante, se formó como una cola de sangre. No pudo evitar caer bajo el escudo del otro hombre; pero le había aplastado una rótula. De un tirón se liberó, rodó limpiamente, agarró el hacha y se puso en pie de un salto. El enloquecido guerrero no sentía dolor, quizá ni siquiera sabía que estuviese tullido. Sin embargo, no pudo levantarse, y en su delirio se defendió pobremente sobre una sola pierna. Svipdag, rápidamente, esquivó su guardia. Nuevamente, el hacha golpeó. Cuatro hombres yacían en la hierba, las moscas ya revoloteando a su alrededor. Yrsa no cesaba de aplaudir.

Svipdag, salpicado de sangre, con heridas frescas, las ropas mojadas y el cabello lacio de sudor, jadeaba para recobrar el aliento. Frenético de rabia, el rey Adhils se levantó y gritó:

—¡Gran daño me has hecho, y ahora lo pagarás! ¡Mis hombres, todos juntos! ¡Matadlo!

—¡Jamás mientras vivamos! —gritó Yrsa, y corrió hacia delante. Los hombres de su guardia se precipitaron tras ella para adoptar la formación de tortuga en torno a Svipdag según ella les ordenó.

Los ocho *berserkir* que rondaban en torno gruñían, bufaban, escupían juramentos y maldiciones, como si de un momento a otro fuesen a lanzarse al ataque. Los hombres de la reina permanecían firmes, lanzas y espadas en alto. Detrás de ellos, los arqueros encordaban y tensaban los arcos, haciendo un ruido sordo como un enjambre de furiosas avispas. No era una empresa fácil tratar de vencer a tantos hombres.

Yrsa fue al lado de su marido, quien no cesaba de estremecerse y de gruñir, se plantó ante él y dijo:

—Llama a tus perros. Mis hombres van a defender a Svipdag hasta que hagas las paces con él.

—Oh, es un día feliz para ti, ¿verdad, Yrsa, perra? —respondió Adhils. Hizo ademán de pegarle. Ella apretó los puños, le devolvió la mirada y dijo:

—La lucha no partió de él. Vino de buena fe a ofrecernos sus servicios. Ellos lo provocaron, esos trolls. Bien, ¡ya has visto lo que valen! Deberías alegrarte de tener esa grasa de ballena fuera de tus tropas. ¡Haz las paces, te digo! Ganarás más honor con este solo hombre que con todos los *berserkir* que hayan ensuciado la tierra.

—¿Qué te importa a ti mi honor, Yrsa?

—Bastante poco, en verdad; sin embargo, más que a ti, a lo que parece.

Acto seguido, Yrsa habló con suavidad. Los años le habían dado una hábil lengua a la hora de mostrar dónde estaba la sabiduría. Finalmente, consiguió hacer las paces entre Adhils

Librodot

y Svipdag. Cuando el recién llegado volvió a tierra firme y las gentes de la casa conocieron lo sucedido, lo rodearon y confesaron que nunca antes una criatura semejante había venido a ser su hermano de armas.

Sin embargo la reina, en un momento en que nadie lo advertía, le susurró:

—Ten cuidado. Esos ocho se olvidarán en seguida de la palabra que te dieron.

Asintió con la cabeza. La víspera, al final de la velada en la sala, había oído detalladamente la muerte del rey Helgi ocurrida nueve años antes. Pensó con el calor de la juventud que había sido la peor de las hazañas; y aquel día, esa mujer que tanto había sufrido por ello le había salvado la vida.

—Sí, me parece que les he hecho menos daño hasta ahora de lo que debería, señora —le dijo él.

Los ojos de ella se abrieron asustados.

—¿Qué quieres decir? ¡No, Svipdag! ¡Cuidado! ¡Nunca estés solo! —entonces se acercaron otras gentes y ya no pudo haber más intimidad entre ellos.

Por indicación de la reina, Adhils le ofreció a Svipdag aquella noche el asiento de honor enfrente del suyo, y lo alabó cortésmente todo el rato que los hombres estuvieron bebiendo juntos. Los *berserkir* no estaban presentes. Adhils ya había hablado con ellos, en un lugar apartado. Después dijo que había estado tranquilizándolos. Svipdag había advertido cómo habían salido arrastrando los pies, al parecer contentos, pero con una cara siniestra. El hijo del labrador se había comportado como si no esperase nada adverso, y como si hubiese empleado la tarde en afilar el hacha solamente porque cualquier buen trabajador habría hecho otro tanto. Cuando el rey le dijo que no dormiría en un banco aquella noche, sino en una casa de invitados, al otro lado del patio, Svipdag se lo agradeció... y luego, sigilosamente, bajo la protección de la oscuridad, hizo un fardo con la cota de malla y las armas y se lo llevó, no a la casa que le había indicado, sino a una esquina del vestíbulo del palacio.

Llevaron mucha bebida. Era muy tarde cuando Adhils le dio las buenas noches. En las tinieblas de fuera lloviznaba. La cámara de la entrada estaba oscura como la pez. Svipdag se alegró. Podía ponerse a tientas el yelmo y la cota de malla, sin que nadie lo viese.

Andando resueltamente —había bebido mucho menos de lo que había aparentado— cruzó el patio. Cerca de la casa de invitados, sucedió lo que esperaba. Los ocho *berserkir* salieron de las sombras para caer sobre él.

Rió entre dientes, retrocedió hasta la pared, y dejó que se acercasen. En la oscuridad era difícil ver. Solamente él podía golpear a su antojo, e iba vestido de hierro.

Había matado ya a uno cuando el estrépito de lo que tendría que haber sido un rápido y sigiloso asesinato atrajo a los hombres, que salieron a trompicones de la mansión. Rápidamente detuvieron la lucha, y se enfurecieron por la vergüenza que había caído sobre ellos.

Adhils no pudo hacer otra cosa que decir lo mismo, y afirmar que los *berserkir* mentían al pretender que él los había impulsado a ello. Los expulsó del lugar. Salieron bajo escarnios y mofas, bramando en la lluviosa noche, jurando volver y asolar todo Svithjodh.

—No le concedo ningún valor a esa amenaza —dijo Adhils, de nuevo en el interior de la casa—. Tú has demostrado que no hay nada que temer de esos bobos.

—No estoy tan seguro, señor —respondió Svipdag.

Ahora que se sentía seguro, se bebió una gran jarra de hidromiel.

—Bueno, ahora tienes que convertirte en lo que se suponía que ellos eran, y darme no menos protección que la que los doce me daban —dijo el rey con una débil sonrisa. Su mirada cayó sobre Yrsa, cuyos ojos brillaban al mirar a Svipdag, como si fuesen soles—. Sobre todo —añadió lentamente—, porque la reina quiere que ocupes su puesto.

—¿Quieres hacerlo? —le preguntó ella anhelante—. ¡Ojalá que una buena Norna haga que aceptes!

Svipdag estuvo un instante en silencio. Realmente había dejado de interesarle servir a este Adhils. Sin embargo, habiendo ganado un gran nombre, podía esperar conseguir más

Librodot

honor, y riquezas, de las que había venido buscando. E Yrsa suplicaba...

—Sí —dijo Svipdag—. Os lo agradezco, mi señora.

III

Hrolf Helgisson sólo tenía dieciséis inviernos cuando los caudillos lo hicieron rey de una quebrantada Dinamarca. Aunque ellos tenían buenas intenciones en los consejos que le daban, ninguno era un Regin o un Saevil. Debió ir con pies de plomo en el dominio del ejercicio del poder. A pesar de sus aptitudes, era seguro que cometería disparates. Era demasiado blando con los hombres de su guardia, que así se convirtieron en una salvaje y despótica tropa; y a mucha gente le desagradó cuando siguió el ejemplo de Adhils y, uno a uno, tomó doce *berserkir* a su servicio.

Pacientemente explicó a los que estaban en contra de tal proceder:

—Yo soy más parecido a mi tío Hroar que a mi padre Helgi. Antes prefiero construir que arrasar. Sin embargo, Hroar no podría haber sido lo que fue ni haber hecho lo que hizo, si no hubiese tenido a su hermano como espada y escudo. Yo estoy solo, estos son tiempos difíciles, y, antes de que podamos tener esperanzas de paz, tenemos que acabar con la violencia. Con este fin, usaré los medios a mi alcance.

Había heredado grandes tesoros y los regalaba generosamente. Ningún cortesano era mejor albergado, festejado, vestido, armado y adornado de anillos que los suyos. Y aunque fueran toscos, lo amaban. Si él hubiese querido, habría podido conducirles al asalto del Asgard. (Algunos decían esto con estas mismas palabras, porque Hrolf, como sus predecesores, no se preocupaba mucho de adorar a los dioses.) Siempre encontraba alguna tarea para que ellos la realizasen. Y durante todo el tiempo, no dejaba de aprender.

En cuatro años limpió de bandidos los bosques de Selandia y de vikingos las costas. El conde Hrok se levantó en Escama; Hrolf cruzó las aguas y ganó la batalla en la que Hrok cayó; en atención a Signy, su madre, Hrolf le dio a su enemigo un lujoso entierro, pero también se aseguró de dejar en aquella región a alguien en quien poder confiar. Recobró Mön, Langeland y otras islas menores. Una vez más a salvo, Roskilde floreció. Como el pequeño puerto pesquero en el Sund, que atraía a los mercaderes hasta que empezaron a llamarlo Köbenhaven[1]. Entre una y otra expedición de guerra, Hrolf acudía a los *Things* de condado, o se sentaba en su trono de Leidhra, para escuchar a los hombres, pronunciar juicios y esforzarse por lograr que se hiciesen mejores leyes.

—Me gustaría ver que volvéis a estar como en los tiempos de Frodhi el Pacificador y Hroar el Sabio —les decía—, en un reino tan grande y tan fuertemente edificado que no pueda desmoronarse de nuevo sobre vosotros.

Mientras tanto, su hermana de padre, Skuld, seguía creciendo.

Después de que Ingjald el Sajón devolviese a Freyvar Hroarsdottir a su casa, ella se casó con Ulf Asgeirsson, un poderoso caudillo del norte de Selandia. Hrolf lo ascendió de *sheriff* a conde y dejó a Skuld bajo su custodia. Ulf gobernaba bien sus tierras, por lo que el ocupado rey tenía escasos motivos para verlo. Pero al cabo de esos cuatro años, envió un mensaje a Leidhra para invitar a su señor a que viniese a visitarlo pasadas las ofrendas de la Cosecha. El mensajero añadió al oído de Hrolf:

—Dice que es un asunto importante; no me ha dicho cuál.

Hrolf lo miró con atención.

—¿Puedes adivinarlo al menos? —le preguntó. El hombre pareció apesadumbrado. Hrolf sonrió, aunque con poca alegría—. Bien, no te presionaré —dijo—. Simplemente, iré.

[1] «Puerto barato», la actual Copenhague. (J. M. L.)

Librodot

Dio un vistoso espectáculo cuando entró cabalgando en el patio de Ulf. Hrolf no destacaba como lo hacía su padre; de complexión menuda, no era más alto que la mayoría. Silencioso, se movía como un gato montés, ganando peleas con hombres mucho más fuertes por pura rapidez y habilidad. En medio de las ondas de su cabello amarillo rojizo, su rostro era de pómulos salientes, ancho entre los grandes ojos grises bajo los oscuros arcos de las cejas, con la nariz recta y un poco ladeada, y boca de labios gruesos con propensión a doblarse hacia arriba. Pero, por debajo de la suave y recortada barba ambarina, sobresalía el mentón de los Skioldungos. Su voz era ligera, generalmente hablaba despacio y rara vez gritaba.

También se parecía a los gatos monteses en la pulcritud. Si una casa de baños se encontraba cerca, iba a meterse en el vapor; él mismo se frotaba y lavaba todos los días. Los hombres decían en broma que el rey Hrolf era hospitalario con todo el mundo excepto con las pulgas. Le gustaban los buenos vestidos. Aquel día llevaba camisa blanca de lino, jubón rojo cosido con hilo de oro, cinturón de cuero labrado con una ancha hebilla de plata, pantalones azules y polainas blancas, zapatos de piel de foca con espuelas doradas, manto azafranado con guarniciones de marta y cerrado por un broche tachonado de granates, y el oro brillando en su cabeza, en los brazos, en los dedos y en la vaina de la espada.

Se había traído solamente una veintena de hombres. Siendo el norte de Selandia una tierra pobre y escasamente poblada, no quería ser una carga para el conde. Sin embargo, aquellos jóvenes iban con sus lorigas de hierro que brillaban y tintineaban, y con capas de vivos colores. Cuando se acercaban a su meta, cada uno sopló un cuerno y rompieron al galope. Era una tormenta, ruidosa y llena de arcos iris, la que se adentró en el patio.

Ulf y Freyvar les dieron la bienvenida. Sin embargo, estaba claro que era una pareja apesadumbrada. Hrolf dijo que le gustaría ver las tierras por la tarde, y sus anfitriones le tomaron la palabra.

Salieron a pie de la mansión, con unos cuantos hombres que los seguían a distancia. Era un día frío de otoño. El viento rugía a través de los campos de rastrojos y de los grises brezales más a lo lejos. Las nubes se apresuraban en un cielo pálido como el hielo, en el que una bandada de cigüeñas emprendía la marcha, cada vez más arriba. Más cerca del suelo, algunos cuervos aleteaban oscuros. En la lejanía, a un lado se alzaba un bosque, las hojas llameando con todos los matices del rojo, rojo bermejo, rojo cobre, rojo bronce, hasta que se soltaban y se arremolinaban en las ráfagas del viento. Hacia el Norte un vislumbre de acero señalaba el mar.

—¿De qué queréis hablar? —preguntó Hrolf.

—De tu hermana Skuld —dijo Freyvar. Era una mujer delgada; su marido era bajo y rechoncho—. Nos da miedo por nuestros hijos, por lo que ella pueda enseñarles.

—Estoy preocupado por lo que pueda traer a toda la región —dijo Ulf. Señaló con la mano a su alrededor—. Ésta es una tierra dura en el mejor de los casos, llena de lugares secretos y de seres misteriosos. Hay pantanos de los cuales muchos hombres, niños y animales no han vuelto nunca. Hay túmulos donde después del anochecer se ven fuegos sin calor y formas que andan. A menudo yo mismo he oído pisadas de cascos y aullidos de sabueso vagando en el aire nocturno. La gente prudente evita encontrarse con esas cosas. Me temo que Skuld no.

—Ella fue siempre una niña rara —suspiró Freyvar—. Apenas lloraba, ni siquiera cuando era muy pequeña, ni mostraba cariño ni parecía necesitarlo. Generalmente se comportaba como si se bastase a sí misma. Era testaruda, chillaba cuando se enfurecía, despreciando siempre los trabajos de mujer, más inclinada a subirse a los árboles, a nadar (¡oh, nada como una nutria!), a vagar por los yermos, más tarde a cazar y a pescar y, sí, si es necesario, a afilar cuchillos...

—Ya había oído algo de ello, por supuesto —dijo Hrolf—. Bueno, si su alma se parece tanto a la de un hombre, pensad en quién era su padre.

—Pienso más bien en quién era su madre —refunfuñó Ulf—. Muchachas que se

comportan como muchachos ya las había visto antes. La mayoría cambian cuando les crecen los pechos. Skuld... es tranquila, aunque no menos terca y mordaz. Los sirvientes la temen, por el rencor con que los trata. Lo que más me inquieta es lo aficionada que es a todo lo que huele a hechicería. No es sólo una runa grabada en una uña por diversión; no, la he oído mumurar y visto dar pases de modo desconocido para mí, que he tratado con tantas clases distintas de gente. La han vislumbrado en los brezales, acuclillada ante un dolmen, sus manos llenas de la sangre de un pájaro despedazado por ella misma. Se marcha a aquellos bosques sin preocuparse de los lobos, ni de los proscritos, ni de los trolls. En ocasiones desaparece durante mucho tiempo, y luego no dice ni dónde ha estado ni lo que ha hecho. Pero cuando su manto se desliza a un lado, hemos visto que lleva un omóplato de oveja[1] con signos grabados en él. No sé dónde ha podido conseguir una cosa semejante.

Hrolf se estremeció.

—No me gustan estas cosas —dijo—. Sin embargo, podría estar simplemente jugando, quizá burlándose de vosotros. ¿Qué edad tiene ahora... doce años? Veamos si puedo ganar su confianza y sondearla un poco.

Esa noche le pidió a Skuld que se sentase a beber a su lado en el sitial que Ulf le había cedido al rey. Ella se apresuró a sentarse.

A la brillante luz del fuego, en una habitación cálida y llena de los olores del humo de la leña, de la carne asada, de los juncos del suelo, donde las llamas crepitaban y fluían las charlas y la risa, Skuld no parecía ningún ser de las tinieblas. Era muy hermosa. Tenía la delgadez propia de su edad, pero no su torpeza; corría más que andaba. Los sueltos cabellos de doncella caían lacios y negros sobre un sencillo vestido blanco, hasta más abajo de la cintura. Era una negrura que brillaba, como brilla un lago iluminado por las estrellas. Su cara era delgada y finamente cincelada, la piel de una blancura de cisne, los labios intensamente rojos. Pero sobre todo, uno se fijaba en los ojos, grandes y de largas pestañas, de un verde cambiante que oscilaba casi del azul al dorado, como las olas del mar. Su voz era ronca, aunque cuando se enfurecía se convertía en chillona y cortante como una sierra.

Aquella noche sonrió y alzó la copa para chocarla con el cuerno que sostenía su hermano.

—Salud —dijo—. Bienvenido. He sabido demasiado poco de ti.

—Tenemos que arreglarlo —contestó Hrolf.

—¿Cuándo? —ella se estremeció al instante—. Estoy aquí en este charco de ranas, bostezando y enmoheciendo, mientras que tú... ¡Llévame contigo!

—A su hora, a su hora —dijo Hrolf—. Todavía tienes que aprender lo que corresponde a una mujer.

—¡A una mujer! —se mofó—. Cocinar, hacer cerveza, lavar, barrer, vigilar, y servir a una jauría de zoquetes borrachos... y ser poseída cuando le plazca al que me llame suya, y poner cada año mi vida en peligro, con sangre y angustia, para parir... ¡No!

—Tendrás una alta posición, Skuld. Pero tienes que ser digna de ella, y eso significa cumplir sus funciones. ¿Crees que no preferiría estar cazando ciervos antes que estar sentado oyendo malditas disputas de patanes y pronunciando juicios que los apacigüen? ¿Crees que guerrear o perseguir bandidos no significa largas jornadas en medio de la lluvia, y acampar en el fango, y pasar hambre y sed, y estar expuesto a las sabandijas y a las diarreas? ¿Crees que...?

—¡Termina ya! Tú vives en grandes mansiones, te diviertes con amigos y amantes, viajas por tierras y mares, conoces gente nueva y oyes nuevas historias, los escaldes cantan tus alabanzas, celebras juegos en reinos enteros sirviéndote de los hombres como si fuesen piezas de ajedrez, y cuando estés muerto te recordarán, no te pudrirás en el olvido... ¿No crees *tú* que a la hija de tu padre, nacida en la profundidad del mar de una dama élfica, le gustaría lo mismo?

[1] Para practicar un arte adivinatorio: la escapulomancia. (J. M. L.)

Librodot

—Bueno... bueno, tenemos que sopesar el asunto... —incómodo, Hrolf recordó las cosas extrañas que le habían contado de ella—. Dime, ¿conservas algún recuerdo de tus primeros años?

Ella se calmó, su estado de ánimo siempre era muy cambiante; miró hacia delante fijamente y murmuró:

—No estoy segura. ¿Qué es lo que se recuerda? A veces me parece que había... un inmenso frescor verde, en el que había formas que pasaban rápidamente y las mareas latían como música... Canciones, punteo de cuerdas y tubos vibrantes de plata, o ¿era únicamente los pájaros del mar, o un sueño? Mis sueños no son los mismos que los de las demás gentes.

—Me dicen que te escapas sola. Eso no es prudente, tú lo sabes.

—Para mí lo es.

—¿A dónde vas?

Skuld rió, y su risa era dulce.

—No, hermano mío, ahora me toca a mí. Háblame del mundo de fuera, Leidhra, Roskilde, todo espléndido. ¡Oh, cuéntame!

Deseando ganarse su amistad, él obedeció. Ella le escuchaba seductoramente, la cabeza ladeada, la reluciente mirada fija en él, haciendo preguntas inteligentes y apremiantes. Hrolf llegó a pensar que quizá su padre se había equivocado y no había ninguna maldición en ella después de todo.

Pero aquella noche había luna llena, y Ulf le había dicho que a veces Skuld salía afuera después del crepúsculo. Antes de que su séquito se fuese a dormir, Hrolf se llevó aparte a dos de sus mejores hombres y ordenó:

—Buscad un lugar donde podáis esconderos y desde donde se pueda ver el patio. Vigilad por turnos. Si veis a mi hermana que sale, venid en seguida a despertarme.

—¿Despertar al Rey, señor? —inquirió uno de ellos lleno de dudas—. Podríais estar teniendo un sueño...

—Que podría estar lleno de significado para el Reino —le atajó Hrolf—. Ya lo sé. Bien, el asunto de mi hermana es quizás aún más grave. Por eso, mientras estemos aquí, derogo esa ley. Vosotros me llamaréis... sigilosamente, sin que nadie más lo sepa.

Por la misma razón rehusó el ofrecimiento de Ulf de llevarle una sierva y se metió solo en la cama cerrada. No se desvistió. Su intención fue recompensada cuando, en las espesas tinieblas, un panel se deslizó a un lado y una mano le zarandeó el hombro.

Siguió al hombre al exterior, donde se ciñó la espada.

—Ella se fue hacia allá —dijo el guerrero, señalando hacia el bosque.

—Bien hecho —dijo el rey—. Esperadme aquí.

—¡No vais a ir solo, mi señor!

—Sí que voy a ir, y no tengo tiempo de discutir.

Hrolf salió precipitadamente del patio.

La luna era alta y pequeña, pero tan brillante que eclipsaba la mayoría de las estrellas. La atmósfera estaba inmóvil y fría. La escarcha cubría los rastrojos y los brezos que había más a lo lejos. Apenas podía distinguir la figura, con un ondulante y pálido vestido, que se deslizaba por delante de él. Ella no miraba hacia atrás. Él advirtió que, si lo hubiese hecho, habría podido permanecer sin ser visto bajo aquella engañosa luz.

Cuando llegó a los bosques, su persecución se hizo más dificultosa. La maleza arañaba, crujían las hojas secas, había ramas que se partían. El brillo de la luna no hacía sino motear de manchas de luz la oscuridad. Skuld se movía más rápida y sigilosamente de lo que Hrolf se habría imaginado.

De repente se encontró en un prado. Se paró en seco respirando ansiosamente.

Los árboles con las copas peladas disminuían en torno de la hierba seca, cuya escarcha relucía bajo la luna. En el medio se alzaba un menhir, recubierto de liquen, erigido hacía mucho tiempo por un pueblo desconocido a un dios desconocido. Llegó el aullido de un lobo, reducido por la distancia a poco más que un estremecimiento, como si el frío que le roía por

Librodot

dentro la carne hubiese cobrado voz.

Ante la piedra estaba una mujer. Alta y plenamente formada, con lustrosos vestido y manto, inspiraba temor reverencial. Unos cabellos más oscuros que el cielo de la noche ondulaban detrás de un rostro que recordaba al de su hermana. Sobre todo, Hrolf se fijó en sus ojos. Incluso a la macilenta luz de la luna, brillaban dorados como los de un halcón. Sus manos alzadas hacia lo alto llevaban una espada desnuda.

—Alto, caminante —cantó ella más que habló—, y no busques más, antes de que al final te veas obligado a detenerte.

—¿Estoy soñando y no despierto del todo? —preguntó. Su voz parecía tan lejana como la del lobo y se sentía fuera de sí mismo—. ¿Habrán cumplido mi orden?

—Estés dormido o despierto, di lo que buscas, Hrolf hijo del rey Helgi.

—Sigo a mi hermana.

—No la sigas más. La búsqueda solamente te depararía dolor. Ya son bastantes los sufrimientos dados a los hombres; jamás pretendas conocer de antemano tu destino. Vuélvete a casa, rey, hazte cargo del timón y gobiérnalo vigorosamente. Alza poderoso lo que los hombres puedan recordar.

—¿Quién eres tú que estás saludando a Hrolf?

—No me preguntes eso, porque solamente los condenados a muerte necesitan llevar nombres para lamentarse.

—¿Cómo es que estáis aquí y por qué me estáis advirtiendo, Señora de la Hermosura? ¿Acaso alguna vez debajo de vuestro corazón la habéis llevado a ella, a la muchacha que me causa pesar?

—Una palabra no puede cambiarse una vez que ha sido pronunciada. Ni siquiera las Nornas pueden hacerlo. Óyeme, sin embargo, hijo de Helgi mi amado: que tengas bienestar te deseo yo. Deja que la muchacha se vaya, y vive tu vida. Profundamente puedes beber de la luz del sol y vivir cada día con amor y alegría, sin temor de que se haga la oscuridad; al final puedes permanecer firme y reírte de las Nornas, y de este modo ganar la batalla que pierdes. Mira lo que llevo, esta espada que se llama Skofnung. A un alto precio la obtuve de los enanos. Empuña bien la hoja, y ancha crecerá su fama, tan alta como la de Hrolf mismo. Golpea al malhechor, defiende al pueblo, ¡oh, Hrolf, hijo de quien yo amaba!

Se arrodilló para recibirla de ella, y vio que se había ido; él emprendió el regreso.

Con Gram, que Sigurd dirigió contra Fafnir, y con Tyrfing la infausta, y con Lövi, de la que se hablará más tarde, Skofnung era una de las espadas mágicas, que nunca se oxidaban y siempre mordían. Agradable era de ver, larga y ancha, reluciendo a veces oscura y otras azul. El mango era de oscura, dura y desconocida madera, entretejida de oro, y en el pomo había una piedra de múltiples facetas, blanquecina pero descomponiendo la luz en ardientes matices. Había runas grabadas en el guardamano, que nadie sabía leer.

Hrolf no volvió a intentar descubrir lo que Skuld hacía en el bosque.

IV

Svipdag tuvo que acompañar al rey Adhils en sus giras y después en Uppsala. Pero cuando la reina Yrsa regresó a la capital, el joven estaba a menudo a su lado. Aquello desagradaba al rey. Pero no pudo hacer nada al respecto, porque nada adverso sucedió. Cuando los dos estaban juntos, era siempre a la vista de otros. Y si no, siempre se podía escuchar lo que hablaban, los retazos de su conversación que se percibían eran inofensivos. Svipdag hablaba generalmente de lo que había sucedido y de lo que había sabido acerca de la solitaria granja de su padre, y ella del más amplio mundo que conocía, añadiendo muchos sabios consejos para él.

Librodot

Conforme fue creciendo su amistad, él se atrevió cada vez más a confesarle sus sueños y esperanzas, mientras que ella, a su vez, rememoraba cada vez más en su charla sus días con el rey Helgi. Hicieron lo posible para que no oyesen que hablaban de él. Sin embargo, no siempre se le podía ocultar todo a Adhils, hacia quien soplaba el viento.

Él guardaba silencio y se comportaba amablemente con Svipdag. En realidad, había salido ganando con aquel nuevo hombre. Svipdag era el más fuerte y hábil de toda la tropa, incluso el vencedor en la mayoría de los juegos y deportes. Por eso, siendo imparcial, cortés, deseoso de escuchar cuando los otros hablaban, y alegre por añadidura, se ganó sus simpatías.

De tal modo transcurrió el año, y llegó de nuevo la primavera, en la que Svipdag e Yrsa pasearon entre las flores, y los grandes verdores del estío.

Entonces el rey recibió un mensaje de guerra. Los *berserkir* que había expulsado regresaron a Svithjodh. En las islas del Báltico y a lo largo de las costas de Finlandia y Wendland, se habían hecho con barcos, habían reunido tripulaciones de rufianes, y ahora se encontraban en el lago Malar, saqueando, matando y quemando por doquier.

Adhils le hizo un guiño a Svipdag.

—Esto es en cierto modo por causa tuya, amigo mío —le dijo con su tono más melifluo—. Por tanto, marcha contra ellos. Tendrás tantos hombres como necesites.

El joven se ruborizó.

—Apenas estoy preparado para dirigir una hueste... —comenzó a decir.

—¡Y marchar a su vanguardia para que lo maten! —dijo Yrsa calurosamente.

—¡No, no, aquí está tu oportunidad de probarte a ti mismo —sonrió Adhils—. Serás el jefe.

Svipdag meditó un instante antes de responder.

—En ese caso quiero que me concedáis mi propio séquito de doce hombres, a los que yo mismo escogeré.

Adhils torció el gesto.

—Sea como quieres —no le quedó más remedio que decir.

—Cualquiera de los míos —le ofreció Yrsa. Svipdag enrojeció aún más, al darle las gracias.

Escogió a los doce cuidadosamente, entre los partidarios de la reina y entre los que incuestionablemente sostenían al rey. Todos eran fuertes guerreros y estaban contentos de tenerlo de jefe después de Adhils. Se juraron fraternidad en el templo, sobre el brazalete de tres gruesas espiras de oro, después de mojarlo en la sangre de un novillo, poniendo por testigo a Freyr en la tierra, Niord en el mar y Thor en los cielos. Después, él y sus capitanes salieron al mando de la hueste. El rey se quedó en casa.

Atentamente había escuchado Svipdag a los más ancianos durante el año anterior. Cuando tuvo que establecer la línea del puerco y los estandartes, ya conocía muchos ardides de guerra, tales como poner trampas para los caballos en la hierba alta.

Los vikingos cargaron. La lucha fue encarnizada. Se les hizo retroceder, y los que cayeron en las trampas lo pasaron mal. Un *berserkr* murió, y un montón de bandidos. El resto huyó a los barcos y zarparon apresuradamente.

Svipdag llevó las nuevas a Uppsala. El rey se lo agradeció mucho. La reina Yrsa dijo ante la atestada sala:

—En verdad, mejores hombres se alojan aquí, cuando un hombre como Svipdag se sienta entre nosotros, que cuando lo hacían los *berserkir.*

El rey asintió a regañadientes. Dio una fiesta y regalos a los guerreros. Pero no fue nada en comparación con la que dio la reina una semana más tarde.

Transcurrió el año. Svipdag se convirtió en Mariscal de la Guardia, lo que le supuso multitud de obligaciones. Así mismo, a menudo cazaba, pescaba, navegaba, nadaba, hacía visitas o las recibía. En su casa, además de los sirvientes, mantenía a una o dos alegres mozuelas. Sin embargo, siempre encontraba excusas para ver a Yrsa. Su marido fruncía el ceño.

Mientras tanto, los *berserkir* que quedaban con vida meditaban sombríamente su venganza. Reunieron una banda mayor que la de antes, y a comienzos del verano siguiente estaban navegando otra vez de vuelta a Svithjodh. Les parecía que habían cometido un error la vez anterior al desembarcar cerca de Uppsala, donde se encontraban los mejores soldados del rey. Aquella vez dejaron los barcos muy al norte, en el golfo de Botnia, y viajaron por tierra hasta las montañas, y luego hacia el Sur hasta que llegaron a Westland. Desde allí pensaban atacar rápidamente a Uppsala. A lo largo del camino saqueaban, mataban, torturaban, violaban, devastaban y acogían en su banda a todo tipo de proscritos y malhechores.

Las noticias llegaron a Adhils. De nuevo ordenó a Svipdag que fuese contra ellos. En esta ocasión tendría menos gente que la vez anterior —un tercio menos que la manada de lobos—, porque los *berserkir* habían escogido el momento apropiado. Los hombres más robustos estaban diseminados aquí y allá, dedicados a la cosecha.

—Yo iré por un camino diferente con las tropas de la Guardia —dijo Adhils—, dando un rodeo, sin que el enemigo se entere. Llegaremos al mismo tiempo que tú, que marcharás con los labradores más viejos y los jóvenes más inexpertos que podamos reunir. Ataca al enemigo de frente. Cuando sólo piense en vosotros, yo caeré sobre él desde atrás.

Svipdag frunció el ceño.

—Señor, no será fácil seguir no ya el rastro de los vikingos sino uno el del otro.

—Emplearemos vigías y mensajeros —dijo Adhils altivamente, y no quiso saber nada más.

Yrsa encontró una oportunidad de hablar con Svipdag, junto a la orilla del reluciente río, sin nadie, excepto una vieja criada, sorda además, que pudiese espiarlos.

—Temo por tu vida —dijo ella afligida—. Tengo el presentimiento de que Adhils piensa que no pasará nada si eres derrotado y caes en la batalla. Entonces, podrá hablar con esos locos para que piensen que su honor ha sido vengado. Se les podrá comprar por poco, o incluso —una desagradable sensación la recorrió— traerlos de nuevo entre nosotros.

Él miró su cabeza ladeada y respondió lentamente.

—Todos los hombres deben aceptar su destino. Sin embargo, lo que teméis no sucederá mientras me quede una gota de sangre en las venas, mi señora.

Ella le echó una mirada que él ya había visto antes en los ojos de un terso cisne.

A pesar de lo apresurada que fue la leva realizada, Svipdag y sus capitanes se las arreglaron para llegar antes de lo que se esperaban los *berserkir.* En un valle de escarpadas y rojizas laderas y caudalosos arroyos, bajo la arboleda y en medio de los floridos prados, comenzó un violento combate.

Los *berserkir* habían adiestrado a sus revoltosos seguidores hasta formar un equipo. Hicieron retroceder cada vez más atrás a los inexpertos suecos, que se veían sobrepasados en numero. No había el menor signo del rey ni de las tropas de la Guardia.

Ahora debiera hablarse de Svip el granjero, quien se despertó del sueño, suspiró hondamente y dijo a Hvitserk y Beigadh:

—Vuestro hermano Svipdag se ve en una dolorosa necesidad, porque está batallando no lejos de aquí contra fuerzas muy superiores. Ha perdido un ojo y recibido además muchas heridas. Ha derribado a tres *berserkir;* quedan otros tres.

Rápidamente se armaron y reunieron los hombres que pudieron, y se apresuraron adonde su padre les había indicado. Cuando llegaron al valle, la lucha continuaba todavía en la luminosa noche. Para entonces, los vikingos tenían el doble de hombres que Svipdag. Había luchado valerosamente, pero retrocedía a causa de sus heridas y sus hombres yacían muertos por todo el campo. El rey aún no había acudido a ayudarle.

Sin embargo, los enemigos también estaban agotados. No es poca cosa blandir el hierro hora tras hora; y también ellos habían recibido heridas y pérdidas en abundancia. La refriega se había dividido en grupos de hombres que se tambaleaban, golpeando con armas embotadas como si fuesen mazas, o que se arrastraban, respirando afanosamente. De repente

Librodot

cayó sobre ellos una banda pequeña pero fresca, empuñando aceros recién afilados, y ansiosa de venganza.

Los hermanos fueron directamente adonde estaban los *berserkir,* y el intercambio de golpes terminó con la muerte de los que quedaban. Se necesitaron sólo unas cuantas muertes más para que el miedo se extendiese entre los forajidos. Los hombres de Svipdag se reagruparon y cargaron sobre ellos. Los vikingos se vinieron abajo. Suplicando por sus vidas se entregaron voluntariamente a los hermanos, quienes se apoderaron asimismo de un enorme botín.

Como querían regresar a casa, y en cualquier caso en ninguna mansión de los alrededores se podía alimentar a todos ellos, los suecos retornaron directamente a Uppsala. Svipdag iba en una litera, al cuidado de sus hermanos. Se había desvanecido y no estaban seguros de si sobreviviría.

Al llegar a la ciudad y a la mansión real, se encontraron con que allí estaba Adhils. El les agradeció en voz alta su viril comportamiento, lamentando haber perdido el contacto con la hueste de Svipdag y no haberlo podido restablecer a tiempo. Pero en seguida se extendió la voz de que el rey había estado cerca del lugar, y prohibido a sus tropas seguir adelante.

Svipdag sufría penosas heridas. Las más graves eran dos cuchilladas en los brazos y una en la cabeza, que hubo que coser. Y había perdido el ojo izquierdo. La enfermedad se apoderó de su carne. Durante mucho tiempo yació ardiendo de fiebre, murmurando, delirando o durmiendo pesadamente. La reina Yrsa lo cuidó. Sin mostrar repugnancia por el pus y el hedor, lo lavaba y lo tranquilizaba como si hubiese sido su propio hijo y su propio hombre, y cuando empezó a mejorar, le traía leche y caldos y pasaba tantas horas al lado de su cama como él podía permanecer despierto.

Al fin curado, aunque débil y moviéndose con dificultad, fue, acompañado de sus hermanos, a presentarse ante el rey Adhils una noche en la sala.

—¡Qué alegría volver a verte! —dijo el rey, mintiendo—. ¿Qué quieres de mí?

—Permiso para partir —dijo Svipdag sin mirar a Yrsa, que jadeó y se llevó una mano a los labios—. Buscaré un señor que me muestre más honor del que vos me mostráis. Mal me pagáis el trabajo de custodiar esta tierra y las victorias que tengo que ganar en vuestro nombre.

—Bien, ya he dicho que fue sólo mala suerte lo que me impidió reunirme contigo. Quedaos aquí, los tres hermanos, y bien os recompensaré. Ninguno estará por encima de vosotros.

Svipdag se abstuvo de decir al rey que mentía; y Adhils realmente no insistió en que se quedase. Los ojos de Svipdag brillaban cuando por un instante miró a Yrsa. Ella estaba sentada sin decir palabra. Pronto Adhils le preguntó adonde pensaban dirigirse.

—Todavía no lo tenemos decidido —admitió Svipdag—. Quiero conocer las costumbres de otros pueblos y de otros reyes, y no hacerme viejo aquí en Svithjodh.

—Bien —dijo Adhils feliz—. Para mostrarte que no tengo malos sentimientos, te prometo que te daré salvoconducto siempre que quieras venir a visitarnos.

Svipdag miró a Yrsa.

—Lo haré —dijo.

A la mañana siguiente, los hermanos se prepararon para partir. Cuando lo tuvieron todo listo, Svipdag buscó a la reina en sus habitaciones. Desde la cámara en que estaba con sus doncellas se tenía una vista de árboles que susurraban, cuyas verdes fragancias las traía el soplo del viento, y del cielo en que navegaban blancas nubes. Ella miró fijamente su cara llena de cicatrices y envejecida, sus huesos sobresaliendo por debajo de la piel cetrina, un parche negro donde había estado un ojo. El silencio creció.

—Yo querría... daros las gracias..., mi señora —dijo al fin, muy despacio—, por el honor que me habéis mostrado.

—No ha sido nada —respondió ella, apenas audible bajo el viento de fuera—. Ahora Helgi descansa en paz. Y yo, yo no tengo necesidad de ver diariamente a sus asesinos a mi

alrededor —la rueca se le cayó de las manos. Ella la recogió—. ¡Oh!, ¿por qué tienes que irte?

—No sería bueno para ninguno de nosotros —dijo él con dificultad—. Quizá os he liberado de algo, pero... he notado que me he convertido en una espada tendida entre vos y el rey.

—Nunca hubo mucho más entre nosotros —dijo Yrsa, como si sus muchachas no estuviesen a su alrededor.

—Solamente agravaría vuestras penas, mi señora —dijo Svipdag—. Y al final, por culpa mía, hasta podría estar en peligro vuestra vida.

Ella asintió desolada.

—Lo más probable es que yo fuera la causa de tu caída. Tienes razón, éste no es un sitio adecuado para ti. Vete, pues, y que la suerte y la alegría cabalguen a tu lado —y dejó caer el escudo—. ¿Te veré de nuevo algún día?

—Si ese es mi destino, como verdaderamente es mi deseo, lo prometo.

Hablaron sólo unas pocas palabras más antes de que Svipdag saliese de la habitación. Ella escuchó los cascos de su caballo perdiéndose con huecas sonoridades en la lejanía.

V

Los hermanos se fueron a casa de sus padres, donde Svipdag pasó los meses siguientes recobrando fuerzas y aprendiendo a asestar sus golpes con un solo ojo. Estaba menos alegre que antes.

Sin embargo, todavía era joven, y el mundo se abría ante él. La ilusión fue creciendo conforme lo hizo su salud. Hvitserk y Beigadh no estaban menos ansiosos de partir. Preguntaron a Svip adonde podrían dirigirse con mejor fortuna.

—Bien, el más alto honor, las mayores oportunidades de conseguir oro y renombre, están con el rey Hrolf de Dinamarca y sus guerreros —les dijo el granjero—. He oído decir que, sin duda, a él acuden los mejores soldados de los países del Norte.

—¿Qué puesto crees que me darán? —quiso saber Svipdag.

Su padre se encogió de hombros y dijo:

—Eso en cierto modo depende de ti. Pero he oído decir que no hay otro igual al rey Hrolf. Nunca escatima el oro y demás cosas de valor a cualquiera que deba recibirlas de él. Es pequeño de estatura, según he oído, pero grande por su forma de pensar y su saber, un hombre cabal, altivo con los que no son pacíficos, pero de fácil y amistoso trato con la gente de a pie y con cualquiera que no se interponga en su camino. Un pobre no tiene mayores dificultades para ir a su encuentro y obtener de él una palabra agradable que la que pueda tener un rico. Al mismo tiempo, está consiguiendo que los reyes vecinos se le subordinen. Algunos voluntariamente le prestan juramento, porque tras él hay paz y leyes justas. Sí, no se olvidará su nombre mientras el mundo dure.

Svipdag asintió. Había oído lo mismo en Uppsala.

—Después de lo que nos has dicho —dijo, mientras sus hermanos se apresuraban a corroborar sus palabras—, creo que deberíamos buscar al rey Hrolf, y ver si nos coge a su servicio.

—Eso debéis comprobarlo vosotros mismos —replicó el granjero. Y añadió tristemente—: Por mi parte, preferiría que os quedaseis en casa con nosotros.

No quisieron oír nada de quedarse, como ya él había previsto. No había transcurrido mucho tiempo cuando se despidieron de sus padres. Entonces, su madre juntó las manos y dijo:

—La que cría águilas y no puede volar... Bueno, tenemos a nuestras hijas y a nuestros nietos.

Librodot

Del viaje al Sur no hay nada que contar. Al llegar al Sund, los hermanos pagaron el peaje para pasarlo en barco, ellos y sus caballos, y desde Köbenhaven cabalgaron a través de Selandia hasta llegar a Leidhra.

Roskilde había atraído a la mayoría de los que una vez vivieron allí. Hrolf, al igual que Helgi antes de él, pensaba que era mejor mantener a sus pendencieros soldados lejos de la ciudad. Más aún, Leidhra era la más antigua sede de los reyes daneses, fundada por el mismo Dan, santificada por el recuerdo de Skiold, el Niño de la Gavilla. Y no era meramente una fortaleza. La empalizada rodeaba, además de la mansión real, grandes casas, así como moradas menores, cobertizos, casas de baño, graneros, establos, caballerizas, perreras, herrerías que resonaban estruendosamente durante el día. Aparte de esto, muchos de los que estaban relacionados con la Casa Real vivían en casas esparcidas por esa tierra de granjas y bosques que se extendían arrebatadoramente verdes desde Leidhra hasta los Confines del Mundo.

Al Norte, Sur, Este y Oeste, cuatro caminos, siempre en buen estado, llegaban hasta las puertas de la ciudad. El tráfico corría denso por ellos, ruedas, cascos, pies. Fuera de los muros había siempre puestos y tiendas de mercaderes, para regatear unos cuantos días antes de irse a otra parte: un remolino de ropas brillantes, una batahola de charlas y de risas, quizá un rugido cuando dos hombres se enzarzaban en una pelea entre sus garañones. El humo de las chimeneas convertía el aire en agridulce, por encima de los aromas de la carne asada, del heno, de la brea, del estiércol, del sudor, de las tablas de pino bajo el sol de verano. Aquí rodaba un carro de bueyes, allí parloteaba un guerrero, más allá un herrero golpeaba el martillo en la fragua, la sierra de un carpintero hacía *ris-ras,* chiquillos desnudos rodaban, en medio del ladrido de los perros, en la tierra que había entre las casas, una mujer sacaba agua de un pozo que aprovechaba las aguas de un arroyo cercano, una doncella movía sus pestañas al mirar a los tres mozos altos recién llegados.

—Es más pequeño que Uppsala —dijo Hvitserk.

—Bueno, sí, teniendo en cuenta que la mayor parte del comercio está en otra parte —dijo Beigadh—. Ésta es una ciudad de caudillos.

—No me has dejado terminar: parece como si su alma fuese más noble.

—Su mansión real al menos lo es —dijo Svipdag, señalando. Pues un año antes, en el séptimo de su reinado, Hrolf había edificado una nueva, tan grande en todos los aspectos como había sido la de su tío. Solamente que renunció a las cornamentas doradas, para que no le trajesen la misma mala suerte; pero todo tipo de tallas artísticas adornaban los tejados y los extremos de las vigas.

—Después de esa lóbrega cueva de Adhils... ¡qué luminoso parece esto! —dijo Svipdag, conforme entraban.

El rey se encontraba presente, jugando al ajedrez con un hombre mayor. Cuando los hermanos lo saludaron, se echó hacia atrás en el banco, sonrió y les preguntó sus nombres.

Ellos se lo dijeron, añadiendo que Svipdag había estado cierto tiempo con el rey Adhils.

La frente de Hrolf se ensombreció. Habló con la suficiente calma:

—Entonces, ¿por qué venís aquí? Entre Adhils y yo no existe estrecha amistad.

—Ya lo sé, señor —dijo Svipdag—. No obstante, me placería mucho ser vuestro hombre, si fuere posible, y a mis hermanos también, aunque, como podéis ver, están poco acostumbrados a este tipo de cosas.

—Espera —el rey Hrolf se irguió en el asiento—. ¿Svipdag... ? Claro, sí, he oído hablar de ti, si es que eres tú: vosotros tres acabasteis con los *berserkir* de Adhils e hicisteis otras valerosas hazañas.

—Somos nosotros, señor —dijo Svipdag; y no tan rotundamente, añadió—: Vuestra madre la reina Yrsa era amiga mía.

Hrolf se animó. Les ordenó que se sentaran y pidió a gritos que trajesen de beber. Hablaron largamente. Esa noche el rey los puso de pie junto a su sitial, y una vez que llegaron

los hombres de la guardia, declaró en voz alta quiénes eran.

—Nunca pensé que nadie que hubiese servido al rey Adhils llegaría a ser camarada mío —dijo—. Pero ya que ellos han venido a buscarnos, los tomaré a mi servicio y creo que esto redundará en beneficio nuestro, porque veo que son individuos esforzados.

—¿Dónde nos sentamos? —preguntó Svipdag un tanto fríamente.

Hrolf señaló hacia la derecha, donde había un trecho de banco vacío antes del primero de la fila de los guerreros.

—Junto a ese hombre que se llama Starulf; pero dejad espacio para doce.

Era un sitio bastante honorable. Después de todo, los hermanos todavía no habían mostrado en aquel lugar su valía. Cuando estuvo sentado, Svipdag preguntó por qué debían permanecer doce plazas vacías. Starulf le dijo que pertenecían a los *berserkir* del rey, que estaban lejos, batallando. Svipdag frunció el ceño.

Hrolf no se había casado, porque hasta entonces no había encontrado ninguna casa regia con la que estuviese seguro de anudar lazos. Sin embargo, con las hijas de dos granjeros había tenido dos niñas, Drifa y Skur. Todavía eran jóvenes, aunque suficientemente mayores para servir en la sala, las dos bonitas, y las dos se ocupaban de los hermanos de Svithjodh y les mostraban buena voluntad, como el resto de los hombres de la guardia, conforme fue madurando la amistad.

El año siguiente, el rey saldría a batallar en persona, pero no en una expedición de unos cuantos barcos. Por entonces, ya estaría preparado para recuperar Fyn, la segunda de las islas danesas. Muchas oportunidades habría de que un guerrero pudiese ganar renombre. Mientras tanto, hubo tranquilidad, alegría, viajes a los lugares de los *Things,* partidas de caza, fiestas, y una vida cordial bajo un generoso señor. Svipdag, Hvitserk y Beigadh estaban de acuerdo al afirmar que habían acertado al llegar a buen puerto.

Y así, después del verano y el otoño, los *berserkir* regresaron.

Los cabellos de Svipdag se erizaron al ver entrar a aquellas peludas moles, armados como para la batalla, tan semejantes a los otros que tanto habían hecho sufrir a Yrsa. Le habían advertido de sus costumbres. Su jefe iba preguntando a los que se sentaban allí si eran tan buenos como ellos. Ni siquiera el rey se libraba de la pregunta. Para guardar la paz con aquellos hombres animalizados, que eran de gran valor en la guerra, él acostumbraba a responder algo así:

—Es difícil de decir, porque ciertamente vosotros no conocéis el miedo, vosotros que habéis ganado tanto honor en la lucha de las armas y derramado la sangre de tantas gentes del Norte y del Sur.

El resto de la tropa hacía otro tanto, declarándolo con diferentes palabras que no pareciesen completamente serviles. A pesar de todo, era fácil percibir el miedo y la vergüenza en sus voces.

Un gigante barbudo surgió por encima del sueco del parche en un ojo y chillando como un halcón le espetó la pregunta. Svipdag se puso en pie de un salto. Su espada silbó al salir de la vaina. (Hrolf dejaba que sus hombres llevasen armas en la sala, alegando que no los deshonraría desconfiando de ellos.)

—¡De ningún modo soy inferior a cualquiera de vosotros! —exclamó.

El sobresalto trajo el silencio más allá del mordiente y aleteante fuego. Los *berserkir* se quedaron boquiabiertos, hasta que su jefe se estremeció y le retó:

—¡Raja mi yelmo!

Svipdag lo hizo. El metal resonó. Su filo no mordió ni el yelmo ni la cota de malla que aquella gente llevaba a pesar de su apelativo. El *berserkr* gritó y desenvainó. Se prepararon para la pelea. Hvitserk y Beigadh asieron sus armas.

El rey Hrolf llegó a la carrera. Se interpuso entre ellos, y a punto estuvo de recibir los golpes.

—¡No quiero que peleéis! —gritó—. Ya tenemos suficientes enemigos sin necesidad de que nos dediquemos a despilfarrar nuestra propia sangre. De ahora en adelante, Aguar,

Librodot

Svipdag, seréis considerados iguales, y los dos buenos amigos míos.

Los hombres gruñeron y se miraron con fiereza. Pero el rey permaneció en medio y habló palabras que, al mismo tiempo, eran duras y suaves. Demasiadas reyertas había habido ya en aquella tropa, dijo. No habría ninguna más. Todos eran fuertes, y él detestaría perder a cualquiera de ellos. Sin embargo, quienquiera que provocase una pelea con un hermano de armas, fuesen estos tres de Svithjodh que habían matado a los doce de Adhils —al oír aquello los *berserkir* parecieron pensativos, en la medida en que estaba a su alcance serlo— o alguno que llevase allí más tiempo y tuviese mayores honores, sería expulsado para siempre y proscrito de Dinamarca. ¡Que hicieran las paces!

Al final, Hrolf impuso su voluntad. En adelante, el tuerto recién llegado sería mirado con temor reverencial.

VI

Cuando llegó de nuevo la primavera, el rey danés reunió una hueste y se embarcó para Langeland. Desde allí invadió Turó y después toda la mitad sur de Fyn. Dondequiera que fueron obtuvieron victoria. A todos los reyes que Hrolf derrotaba les hacía jurar fidelidad y pagar un tributo. Sus partidarios aumentaron conforme pasaban las semanas, porque los hombres se apresuraban a unírsele, al saberse que era más imparcial y generoso que los demás señores. Así podía él seleccionar y escoger a los que consideraba dignos de ingresar en su Guardia.

Sin embargo, hubo una contrariedad. Svipdag le recordó los tesoros que el rey Helgi, su padre, había obtenido del rey Adhils. Éste se había apoderado de ellos tan pronto como Helgi había muerto.

—Pero son vuestros con todo derecho —decía Svipdag—. No redunda en vuestro honor que no los reclaméis. Además, por vuestra forma tan expeditiva de repartir anillos, tendréis necesidad de tantos como podáis conseguir.

Hrolf se rió, pero pronto envió hombres a su madre la reina Yrsa para pedirle el tesoro.

Ella respondió que su obligación era, en la medida que pudiese, procurar que se lo devolvieran, pero que aquello estaba fuera del alcance de sus fuerzas.

—El rey Adhils es demasiado codicioso; no hace voluntariamente nada que pudiera alegrarme. Decid a mi hijo que si él viene aquí en persona en busca de los bienes, lo ayudaré con mis consejos y con todo lo que pueda —los mensajeros creían que ella había susurrado—: Y te veré de nuevo, Hrolf —sin embargo, no podían asegurarlo.

Le llevaron el mensaje adonde estaba acampado. Habiendo tantas cosas que hacer, decidió posponer aquella búsqueda.

Estaba entonces en medio de graves asuntos. El anciano rey de Odense, que había roto con Leidhra, había muerto. Su hijo Hjörvardh le había sucedido, pero era bastante cobarde. Aunque hubiese podido reclutar más hombres en los alrededores de los que Hrolf hubiese podido pasar en barco cruzando el Belt, se avino a hablar de paz. Hrolf lo recibió bien y entablaron negociaciones. De todos modos, los daneses estaban dispuestos a suspender la guerra aquel año. Para la época en que ya habían establecido firmemente su control en lo que habían conquistado, nombrado condes y *sheriffs* de confianza, se aproximaba la estación de la cosecha.

Hrolf no dejó pasar por alto su exigencia de que Hjörvardh se convirtiese en su súbdito, aunque éste respondió con evasivas y habló en su lugar de una alianza. ¿No era acaso Skuld, la hermana de Hrolf, de edad casadera? Al final, se separaron de modo amistoso, y Hrolf invitó a Hjörvardh a que fuese a visitarlo el próximo año.

Así lo hizo el rey de Odense, acompañado de un séquito que ofreció un vistoso

Librodot

espectáculo. Hrolf lo hospedó con todos los honores. Skuld se encontraba en Leidhra. Tenía entonces diecisiete años.

Cuando Hjörvardh la vio por primera vez, se quedó boquiabierto. La sangre se le subió a las mejillas. Era un joven coloradote y chato, al que empezaba a escasearle el pelo castaño al mismo tiempo que a abultarle el vientre. En conjunto, presentaba un buen aspecto, porque llevaba la barba y las uñas bien cortadas y no vestía sino las más finas ropas.

—Había, había oído decir que erais blanca, mi señora —balbució—. No comprendo... Sois más que blanca.

—¿Morena[1], entonces? —sonrió burlonamente Skuld, mientras sus dedos jugaban con sus trenzas, negras como la medianoche. Ello no hacía sino destacar mejor lo clara y blanca que era su piel, lo tormentosamente verdes que eran sus ojos. Los últimos rasgos infantiles habían desaparecido de esa cara estrecha. El cuerpo, ricamente vestido, era delgado pero por entero el de una mujer, salvo en que se movía de un modo sigiloso y ondulante que inquietaba a algunos.

Otros hombres podrían haberla cortejado antes, de no haber sido por el desasosiego que provocaba. Había aprendido a hablar afablemente y a parecer que cedía, cuando en realidad conseguía lo que pretendía. Pero seguía siendo cruel con la gente humilde, dada a chillar en sus accesos de cólera, sedienta de oro y avara a la hora de darlo. Todo el mundo sabía que practicaba la brujería; nadie sabía hasta dónde había llegado a conocerla y lo que hacía cuando estaba a solas.

La gente se extrañó de que ella, que hasta entonces se había burlado siempre que se había hablado de bodas, se comportase de repente dulcemente con un hombre que sabía que tenía esperanzas de conseguirla.

—Quisiera ser hermosa para vos, rey Hjörvardh —murmuró, y le cogió de la mano.

—Quisiera... quisiera que no fueseis de otro modo... que como sois —dijo él.

—Venid, sentémonos y bebamos juntos —le ofreció ella.

En lo sucesivo cada noche la pasaron juntos, hablando tan ilusionados que apenas prestaban atención a nadie más. Svipdag habló con voz cansada a sus hermanos:

—Por lo que sé de ella, está tratando de convertirse en una reina. Y no precisamente en la esposa de un rey tributario. No me extrañaría que instigase a Hjörvardh a que se resista y no preste juramento a Hrolf...

—¿Cómo va a hacer que resista? —preguntó Hvitserk, y soltó una risotada.

—Si Hjörvardh no se somete, habrá guerra —dijo Beigadh—, porque le apoya la mitad de Fyn. Hrolf está empeñado en recuperar todo lo que pertenecía a sus antepasados.

—Y si los reyes se separan como enemigos —preguntó Hvitserk—, ¿cómo se casará Skuld?

Al haber muerto el padre, era el hermano quien decidía con quién se casaban las hermanas y en qué términos. Entre los paganos, una mujer puede escoger a su segundo marido y los sucesivos por sí misma, si ha enviudado o se ha divorciado; pero en lo que concierne al primer matrimonio, los familiares rara vez contradicen los deseos de la hermana. Por eso, Svipdag contestó:

—No digo que ella no sea capaz de escaparse con Hjörvardh. Pero no es eso lo que temo. Nuestro Hrolf es un hombre que ve lejos y seguro que tiene algún plan.

Ese plan se descubrió varios días después. Los dos reyes habían salido de caza a la cabeza de toda una tropa. Alegremente sonaban los cuernos y ladraban los sabuesos, a lo largo de los frondosos espacios del verde bosque, mientras los ciervos daban saltos para escapar, la piel moteada de doradas manchas de luz solar, hasta que caían ante los vibrantes arcos; un jabalí se volvió y atacó, temblando en el suelo al chocar con la lanza; cuando la partida se

[1] En un juego de palabras, Hjörvardh utiliza la palabra inglesa *fair,* que significa «hermosa» y «blanca», muy parecida a *fairy,* con sentido de «mágica» o «encantadora». Skuld le contesta *Swart, then?:* «¿Morena, entonces?», donde *Swart* hace referencia a uno de los tipos élficos de Faerie: *Swartalfar,* «los elfos de la oscuridad (o sombríos, o morenos)». (J. M. L.)

Librodot

detuvo a descansar en un claro, todo el mundo estaba feliz y distendido.

Hrolf, de pie, se desabrochó el cinturón de la espada.

—¿Quieres tenerme esto? —le pidió a Hjörvardh.

El hombre de Fyn asintió y cogió la empuñadura. De alguna manera la vaina se salió, y Skofnung brilló desnuda en su mano. Hrolf sonrió.

—Es perfecta —dijo mientras se bajaba los pantalones—. Se maneja bien, ¿verdad?

—¡Magnífica! —gritó Hjörvardh, y la blandió antes de devolverla a la vaina que Hrolf le había alcanzado.

Una vez que hubo orinado, el rey danés cogió de nuevo el arma, se la ciñó, y dijo en voz alta y clara:

—Los dos sabemos que cualquiera que sostenga la espada de un hombre mientras se quita el cinturón de sus pantalones será su súbdito en adelante. Y ahora tú serás mi rey vasallo, y cumplirás mis órdenes como los demás.

Atónitos, todos quedaron en silencio. Hjörvardh farfulló que aquello no tenía sentido: que sí lo tenía, en efecto, si al prestar fidelidad uno tocaba con la mano la espada del señor, pero no de aquel modo, y él no había jurado nada, y... Tranquilamente, incluso sonriendo y dándole palmadas en la espalda, Hrolf le habló de su deseo de seguir siendo amigos, de ahorrar a ambas tierras una costosa guerra, de convertirlas en un solo país. Como rey tributario, dijo, Hjörvardh ganaría más renombre y riqueza que antes, dentro de un reino cada vez más rico y poderoso, sobre todo porque Skuld era su hermana...

Las discusiones continuaron durante días, a menudo con duras palabras, y los hombres guardaban sus armas consigo. Pero, al final, Hjörvardh se reconoció súbdito de Hrolf, y se casó con Skuld en una fiesta de rebosante esplendor.

—Creo que nuestro señor no gastó aquel día ninguna broma en el claro del bosque —dijo Svipdag a sus hermanos—. Ya debía de haber hecho saber a Hjörvardh que podía aplastarlo. Por supuesto, habría significado graves pérdidas para nosotros. De esta forma, Hjörvardh podía salvar su orgullo diciendo que lo habían engañado; y, para asegurarse, obtenía la mujer que deseaba.

—Con todo, parece rencoroso —dijo Hvitserk.

—Creo que Skuld lo está más que él —dijo Beigadh.

Svipdag asintió.

—Sí. Ese haragán, por sí solo, no sería peligroso. Pero teniendo en cuenta que está ella..., todavía la bestia no ha enseñado el rabo.

Skuld y su marido se fueron a su mansión de Odense, pagaron tributo a su hermano, enviaron guerreros cuando se les requirió, y gobernaron la tierra de acuerdo con las leyes de aquél. Mejor dicho, ella lo hacía, porque pronto dominó a Hjörvardh en todos los aspectos. Una vida dura le dio, y además resultó estéril. Sin embargo, él nunca se atrevió a yacer con otra, ni le prohibió a ella practicar las brujerías finlandesas[1] y marcharse cuando y adonde quisiese.

Un pescador contaba en voz baja cómo, en cierta ocasión, el viento lo había llevado lejos de sus aguas habituales, hasta que al fin él y sus hijos pudieron desembarcar en una solitaria playa de Hindsholm. Los dejó al cuidado de la barca mientras él se fue en busca de agua fresca, pues la que llevaban se les había acabado en los días que había durado la tormenta. Al atardecer, vio a alguien en un alto risco de los acantilados, su silueta oscuramente perfilada contra las aceradas nubes que fluían; tras sopesar su hacha, fue a ver si esa persona les podía prestar ayuda. Pero, al acercarse, oculto en un espeso matorral, vio que era la reina Skuld —sí, con toda seguridad era ella, pues la había visto antes una vez que había ido al Lago de Odín para hacer una ofrenda que le trajera suerte— la que estaba al borde del promontorio. Salvajemente flotaban sus vestidos y sus sueltos cabellos. Había

[1] Era tradición entre los nórdicos que los mayores practicantes de brujería de los pueblos del Norte fuesen los finlandeses, más estrictamente los lapones, por sus tradiciones chamánicas, que darían lugar a una magia prohibida, el *Séidr*. (J. M. L.)

Librodot

alzado un poste que sostenía el cráneo de un caballo, la peor forma de desear mal a alguien, y apuntaba con las vacías cuencas al Este, hacia Selandia. Sacudía el puño y vomitaba horribles maldiciones, mientras lloraba de pura rabia.



Librodot

5

La historia de Bjarki

I



l oeste de las tierras de Westland, al oeste de Svithjodh, las montañas del Keel se alzan todavía más altas y abruptas, hasta que el caminante llega a las Tierras Altas de Noruega. Su rey se llamaba Hring. Sólo vivía uno de sus hijos, llamado Björn. Como era un muchacho prometedor, el pueblo no quería arriesgarse a que con él pudiera perecer la casa real, que descendía de Thor. Por eso, cuando murió la reina, pensaron, lo mismo que el rey, que era una gran pérdida, y apremiaron al rey a que se casara de nuevo. Aunque en cierto modo se estaba haciendo viejo, al final consintió. Envió hombres al Sur para que le encontrasen una esposa digna. A su cabeza iba un capitán de la Guardia que se llamaba Ivar el Flaco.

Fueron a caballo por los valles hasta el fiordo de Oslo, donde cogieron tres barcos para dirigirse a Jutlandia. Nada más llegar al Skagerrak se levantó una horrible tormenta. Achicando, remando, para salir de esa costa de sotavento, rodearon la extremidad de Noruega. Pero la galerna seguía bramando. Las tripulaciones no podían sino navegar con viento a popa, siempre hacia el norte de la costa. Cada vez que pensaban que el tiempo había amainado y volvían las proas, se encontraban primero con pesados vientos en contra, y luego otra vez con la tempestad que parecía llegar de la acuosa inmensidad de más allá de Irlanda.

Dos barcos se hundieron. La callosa piel se desgastó en las manos de los hombres de Ivar; con las palmas y dedos en carne viva, los brazos ya sin fuerza, no pudieron seguir manejando los remos por más tiempo. Tuvieron que izar las velas y moverlas en los palos, para permanecer lejos de escollos y acantilados, en los que se oía bramar el oleaje a través del viento y la nevisca.

Después de días y noches enteras, Ivar al fin consiguió adentrarse entre unas islas, hasta llegar a un fiordo que penetraba tierra adentro entre montañas de nevadas cumbres, y allí pudo varar la embarcación. Hacía agua por todas las juntas; no se atrevió a confiar por más tiempo en el aparejo; las olas se habían llevado o estropeado por completo la mayoría de las provisiones de a bordo; la estación estaba en todo su apogeo y los horribles vientos seguían aullando en los lóbregos cielos. No le quedó más remedio que posponer su misión aquel invierno y dedicarse a cazar y salar la carne, a hacer cuero y cuerdas para reparar lo dañado.

—Quizá podamos comerciar con los finlandeses, si es que encontramos alguno —dijo Ivar—. Seguramente estamos en sus tierras —y soltó una risotada—. Quizás algún brujo nos pueda vender vientos favorables, atados en un saco.

Los hombres de su tripulación se acurrucaron tiritando bajo sus mantos. Las brumas los envolvían, las montañas se alzaban lúgubres por encima de sus cabezas, estaban ateridos de frío y de humedad y horriblemente hambrientos.

Una vez que hubieron establecido un campamento, Ivar cogió a media docena de hombres y se los llevó tierra adentro para explorar los alrededores. Escalaron cumbres de piedra hasta que llegaron a un pinar cuyo suelo marrón crujía bajo sus pasos y vislumbraron entre sus árboles un glaciar reluciente. Hacia el atardecer encontraron una casa de madera, pequeña pero sólidamente construida. Había renos en un corral. Un sabueso vino a su encuentro, negro como el carbón y con los ojos brillantes, tan enorme como Garm, que devorará la Luna. No ladró ni aulló, pero tuvieron la sensación de que allí había algo extraño, por lo que, cautelosamente llamaron a la puerta.

Una sirvienta los dejó entrar. Dos mujeres más estaban sentadas junto al hogar. Una iba bien vestida y su aspecto no era desagradable, pese a todos los años que pesaban sobre ella. El grupo de Ivar no tenía ojos más que para su compañera. Como las otras, era claramente finlandesa: baja de estatura, pero de cuerpo finamente moldeado, de pómulos salientes, cabello dorado, sesgados ojos azules; nunca habían visto una cara tan encantadora. Ella sonrió y les dio la bienvenida en la lengua de ellos, como si tres mujeres solas no tuviesen nada que temer de un grupo de hombres armados. Ivar pensó que de alguna manera así era. A lo largo de las paredes vio varas y huesos rúnicos, cuchillos de pedernal, bolsas de polvos de raros olores, un caldero excesivamente grande, cosas, en fin, que hablaban de brujería.

Pese a todo, él y los suyos fueron recibidos amablemente; ellas les dieron comida y bebida y buenos consejos respecto a dónde podrían encontrar caza. Ivar les habló de la misión que le habían encomendado y de sus viajes, luego preguntó a las mujeres por qué vivían tan solas, con lo bellas y hermosas que eran.

—Todo tiene su razón, amigos. El motivo de estar aquí es que un poderoso rey cortejó a mi hija, pero ella no le quería. Él amenazó con venir a llevársela por la fuerza. Su padre está muy lejos en la guerra. Pensé que lo mejor sería esconderla aquí.

—¿Quién es su padre? —preguntó Ivar.

—Es la hija del rey de los finlandeses, quien la tuvo de mí, una concubina.

—¿Puedo saber vuestros nombres? —preguntó, aunque a los finlandeses a veces les disgusta dar sus nombres a los extranjeros, no vayan a resultar enemigos y los utilicen en sus conjuros.

—Me llamo Ingebjörg, y mi hija Hvit.

Ivar tuvo sus dudas al respecto, porque aquellos nombres eran nórdicos. Sin embargo, los hombres del Norte ya viajaban en esa época hasta Finlandia, comerciando, saqueando y obligando a aquellas tribus a que les pagasen tributo de cueros y pieles; y las colonias establecidas cada vez más al Norte estaban poco a poco obligando a retroceder a los nómadas. Había mestizos, y mucha otra gente, que conocían las dos lenguas.

La criada no, pero Ingebjörg hablaba bien la lengua nórdica y Hvit mejor todavía, las pocas veces que hacía algo más que sonreír vagamente. Ivar durmió bien aquella noche encima de los juncos del piso.

En los meses siguientes, fue invitado a menudo a la casa, trayendo carne como regalo y luego oro. Después de mucho hablar con Ingebjörg y todo lo que pudo con Hvit, se convenció de que la última era en verdad la hija de algún caudillo poderoso, si no de alguien a quien un habitante de las Tierras Altas pudiese llamar rey. Y por cierto que era hermosa, y él se pasaba las noches despierto, deseándola. La joven no conocía lo que debe saber una reina, pero parecía de mente despierta. De todos modos, las Tierras Altas no eran como el reino danés, el sueco o el de los geatas. El suyo era un pueblo que no hubiese comprendido los modales altaneros. Podría ser conveniente tener un vínculo con los finlandeses. La patria estaba mucho más al Sur; sin embargo, los mercaderes que querían ir al Norte se embarcaban en el fiordo de Oslo llevando con ellos hombres de las Tierras Altas...

No todo lo de ella le gustaba a él. Seguramente era una bruja. ¿Adonde iba con su madre cuando el *Yule?* ¿Cómo podían viajar por las nieves? Cierto, tenían esquíes, como todos los finlandeses, tan andarines. Sin embargo, Ivar se preguntaba, y no podía encontrar respuesta, por qué no se veían huellas en ninguna parte de los alrededores. ¿Quizá se dirigían tierra adentro, a esas tres grandes rocas que dominan un río al que los finlandeses hacen ofrendas? Las rocas estaban justo en aquel lugar donde, hacia el Norte, se puede ver el sol todo el día en el solsticio de verano y nunca en el de invierno. Los viajeros nórdicos juraban que los brujos no dan la bienvenida ni bendicen al sol, sino que lo maldicen y lo ahuyentan.

Aquello podía no ser cierto. Además, Hvit era muy hermosa; e Ivar estaba cansado y sentía nostalgia del hogar, y ningún deseo de embarcarse de nuevo, al menos aquel año.

Cuando llegó la primavera y su barco estaba casi preparado, le preguntó a ella si le gustaría venir y casarse con el rey Hring.

Ella bajó la mirada. Luego de un largo rato, susurró:

—Que decida mi madre.

Ingebjörg frunció el ceño antes de responder:

—Como dice el viejo refrán, uno tiene que sacar lo mejor de lo malo. Creo que es equivocado no preguntarle primero a su padre. Vuestra gente nunca se ha portado bien con la nuestra... Sin embargo, me arriesgaré a ello, para asegurar su futuro.

Ivar pensó que había algo que no marchaba bien, sobretodo cuando la madre prefirió quedarse en casa. Ellas deberían haber dado un rotundo no o un sí más alegre. Pero las hojas estaban brotando, él suspiraba por partir, y Hvit era demasiado hermosa.

De este modo, ella se embarcó. Tuvieron el mejor de los viajes hasta el fiordo de Oslo. De aquí fueron a caballo hasta la mansión de Hring y le presentaron a la mujer.

—¿Os gusta —preguntó Ivar—, o tenemos que devolverla de la misma forma?

El rey ya era un hombre voluminoso, convertido por la edad en desvaído y canoso, y había pasado un triste invierno. En seguida se enamoró perdidamente de Hvit y la desposó, en contra de la opinión de algunos de sus consejeros. No importaba que ella no fuese rica, dijo. Era tan bella.

Pero él... él se estaba haciendo viejo. La nueva reina no tardó en comprobarlo.

II

No lejos moraba un granjero llamado Gunnar. En su juventud había estado mucho tiempo en la guerra, ganando renombre y botín. Ahora que se había establecido con su mujer, sólo uno de sus hijos había llegado a mayor, Bera, una muchacha. Siendo de su misma edad, Björn, el heredero al trono, se las había ingeniado para cruzar las pocas millas de bosques, laderas escarpadas y vados helados que los separaban, y se había hecho su amigo. Durante años estuvieron jugando juntos, completamente felices uno al lado del otro. Más tarde vagaron por bosques y pinares, para salir riendo y jadeando, entre cimas nevadas, a prados cubiertos de flores que parecían estrellas; se quedaban al raso durante las luminosas noches de verano, que eran como un prolongado sueño del día, o permanecían en el tintineante frío invernal, viendo brillar las luces del Norte en medio de los cielos.

Entonces un día, cuando se estaban desvistiendo para tomar el vapor en una casa de baños, Bera enrojeció de repente, y apresuradamente intentó taparse el cuerpo con las manos. Björn volvió la vista a otro lado, más avergonzado y temeroso que ella. En adelante, todavía fueron más inseparables. Sus padres sonreían y asentían y empezaron a hablar sosegadamente de la boda dentro de unos años.

Mientras tanto, los niños se convirtieron en joven y doncella, los dos altos y hermosos, él rubio y sobresaliendo en todo aquello que requiriese fortaleza y destreza, ella morena y

Librodot

dulce pero tenaz en lo que realmente le importara. Y también, mientras tanto, el padre de Björn se casó por segunda vez.

Había mucho que pelear contra pueblos salvajes y reyes de los países vecinos. Por eso, Hring pasaba a menudo muchas semanas lejos de casa. Entonces, la reina Hvit gobernaba el país. No era querida, al ser engreída, fría y despótica con todo el mundo excepto con Björn. Afortunadamente, la mayoría de los habitantes de las Tierras Altas vivían en granjas y pequeños caseríos esparcidos, lejos unos de otros, y así no necesitaban ocuparse mucho de ella.

Llegó el día en que el rey Hring se estaba preparando para una de sus expediciones. Björn estaba ansioso por ir. Sería la primera vez que participara en una batalla. La reina, a solas con su marido, le dijo que su hijo debería quedarse con ella para ayudarla. Pronto le convenció, pues había convertido a este hombre poderoso en un ser que bailaba al son que ella tocase. Björn se puso furioso cuando lo supo; pero Hring todavía sabía ser severo con su hijo. Al final, el príncipe vio cómo la hueste partía sin él.

Esforzándose por no llorar, buscó la cama de la habitación de la galería que era la suya. Ya llevaba un rato tendido, mirando melancólico al techo, cuando la puerta se abrió, para volver a cerrarse de nuevo y a echarse el picaporte. Era la reina Hvit la que había entrado. Llevaba un vestido lascivo y los cabellos sueltos. Se acercó a él, le pasó la mano por la frente y susurró:

—Pobre Björn. Pobre querido Björn. No sufras de ese modo. Tu pena me apena a mí.

—Bueno, ¿para qué querías que me quedase? —gruñó él.

Ella sonrió y movió las pestañas.

—Te he visto luchar, correr a caballo, practicar el manejo de las armas, enfrentarte con verracos y alces. No dudes de tu hombría en la guerra. En el arte del gobierno, sin embargo, y en... otras cosas... todavía tienes mucho que aprender. Esta es tu oportunidad, fuera de la sombra de tu padre. Ahora ponte alegre, déjame que te alegre yo, mi osito preferido —y habló así porque Björn significa «oso».

Él se sentó en la cama.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

Ella se marchó, sin enfadarse por ello. En los días siguientes lo persiguió una y otra vez. Al final le susurró que fuese a verla a su habitación antes del amanecer, secretamente, porque tenía algo importante que decirle. De mala gana, él fue.

Ninguna de sus damas estaba en la habitación, bañada por la luz de la aurora. Ella se echó sobre él, ofreciéndole su amor y tratando de arrastrarlo hasta el lecho.

—¡Contémplame, osito mío, yo, joven y ardiente, atada a un palo seco como Hring! ¡Oh, ven y te mostraré la plenitud de la vida, haré que te sientas vivo!

Demasiado sorprendido para moverse, se quedó muerto por un instante. Luego la rabia explotó. La golpeó en la mejilla haciéndola tambalearse.

—¡Sucia ramera! —gritó él—. ¿No te he dicho que me dejes en paz?

Ella respiró con dificultad antes de hablar con voz que parecía de víbora.

—Fue estúpido por tu parte hacer eso. No estoy acostumbrada a que me golpeen y me empujen. ¿Acaso piensas, Björn, que es mejor estrechar entre tus brazos a la hija de un granjero, que ser amado y querido por mí? Bien, como quieras. Por tu duro corazón y... y por tu frialdad... ¡toma tu recompensa!

Y cogiendo un guante de piel de oso, le cruzó con él la cara.

—Como un oso me has tratado, Björn; no eres más que un oso. y nunca serás otra cosa. No, te convertirás en un oso de verdad, un horrible y furioso oso que no come sino los rebaños de tu padre. Matarás más de lo que nunca se haya tenido noticia; y nunca te podrás librar de cambiar de forma; pero el saberlo será para ti lo peor de todo.

Aquel fuerte y valeroso muchacho comenzó a chillar, se dio media vuelta y huyó rápidamente. Pero conforme cruzaba el patio, comenzó a andar arrastrando los pies. La aguda risa felina de Hvit lo siguió en el amanecer.

Librodot

Lo que ella hizo después no se sabe. Ni nadie supo tampoco dónde había ido Björn ni lo que había pasado con él. Algunos temían que lo hubiese cogido un enorme oso gris que empezó a hostigar los rebaños del rey. Mató a tantas vacas como una comadreja gallinas en un gallinero; a pesar de todo, los asustados hombres se limitaban a espiarlo desde lejos. Los cazadores fueron en su busca. Pero su número era escaso en tiempos de guerra. Con más astucia de lo que cupiera esperar, el oso se apostaba a la espera, atacaba desde atrás, mataba, mutilaba y ponía al resto del rebaño en fuga. Vieron que nada se podía hacer hasta que el rey y sus guerreros regresaran.

Bera lloraba por su amado.

Declinaba el verano. Uno de sus últimos días ella estaba en el campo recogiendo frutos silvestres. Al regresar, mientras un viento frío soplaba bajo el cada vez más sombrío cielo, se paró en seco en mitad del camino, tiró la cestilla y se puso a gimotear. Porque saliendo de la maleza se arrastraba la gran bestia de color de acero.

Irreflexivamente, miró a su alrededor en busca de ayuda, un árbol al que trepar, cualquier cosa. Pero el oso se limitaba a estar donde estaba, unas yardas más lejos. Le oyó hacer un sonido que más parecía un ronroneo que un gruñido. Paso a paso, lentamente, esperando a cada paso que daba, como si estuviese asustado, el oso se fue acercando. Ella pensó entonces que estaba contemplando algún prodigio. Se dio ánimos para hacerse la fuerte y se quedó firme. El oso llegó a su lado. Ella extendió una mano temblorosa. Él se la lamió. Ella le miró a los ojos y pensó, en un instante de vértigo, que conocía aquellos ojos, los ojos de Björn, el hijo del rey.

El oso se volvió y empezó a trotar. Ella en la oscuridad lo fue siguiendo. Subieron hasta muy arriba, en la ladera de la montaña, donde los achaparrados robles se retuercen entre las hierbas macilentas y el ojo se precipitaba sobre un valle sombreado de azul hasta los picos de nieve que parecen flotar en el cielo. Aquel atardecer ella vio un frío y silbante crepúsculo, una cueva cerca de un manantial, una figura en la boca de la cueva. El oso se puso sobre sus dos patas traseras... ¿Era realmente un oso?

Corrió a los brazos de Björn.

Pasado un instante él dijo que debía ponerse alguna ropa. Riendo, sollozando, hipando, ella lo estrechó y dijo que le daría calor. Cuando el se entró en la cueva, ella lo siguió. En el suelo de arena ardía un lecho de carbones encendidos, que empezó a alimentar con leña. Ella dijo que ésa era tarea suya.

Conforme las llamas crecían, distinguió un montón de heno y pieles para dormir, y se echó muy cerca de él.

—Debes irte —balbució él—. No haces bien quedándote. Sólo soy un hombre por la noche. Al amanecer vuelvo a convertirme en animal.

—Por eso mismo... con más motivo... es acertado que me quede aquí... ¡Oh, amor mío! —lloró ella dulcemente.

Semanas enteras vivió allí. Cuando él llegaba hacia el ocaso, le limpiaba las goteantes mandíbulas, cocinaba las costillas y piernas arrancadas apresuradamente que él había traído, y esperaba a que se convirtiese de nuevo en Björn. Por las mañanas le cepillaba la áspera piel que era su abrigo, le besaba la terrible cabeza, y le decía adiós con las manos mientras lo veía alejarse pesadamente por la pendiente. El resto del tiempo estaba sola con el sol, las nubes, la lluvia, el viento, los halcones. Ella podía dormir, recoger leña y nueces para el invierno, tratar de dar a la cueva un aspecto familiar; de vez en cuando lloraba un poco, pero más a menudo cantaba.

Después de aquello, no contó a nadie su vida en las cumbres. Pudiera ser muy bien que el oso no siempre estuviese causando estragos entre los hombres. ¿Cabalgaba ella encima de su espalda, como la rapazuela que había sido, no hacía aún muchos veranos? ¿Asaltaba él a las abejas para traerle panales de miel tan rebosantes como su amor, y trenzaba ella guirnaldas para colgarlas alrededor del cuello de él?

¿Se la llevaba consigo cuando salía en busca del pueblo de los elfos? Porque

seguramente, a la luz de lo que sucedió después, él los conocía. Medio fuera del mundo de los hombres, él había medio entrado en el Semimundo, el que se encuentra entre el mundo de la realidad y el de Acre. El hechizo también debía haberle afectado a Bera, de algún modo no palpable. ¿Se reía ella entre sofocos de las bromas de una nixe o huía cuando un nicor[1] monstruoso rompía la tersa superficie de un lago iluminado por la luna? ¿Se sentaba a los pies de un enano, viejo, retorcido y vigoroso como los robles, para escuchar sus recuerdos y adivinanzas? ¿Corría asustada de las cataclísmicas zancadas de los trolls? ¿Oía el grito de la Cabalgata de Asgard, con sus muertos, a través del cielo nocturno, veía al Lancero Tuerto[2], montado en su caballo de ocho patas, que dirigía la partida de caza?

¿Se encontró con los elfos? Altos y graves son, aunque a veces una perversa alegría los haga estremecerse; vienen de sus ocultas salas de altas techumbres, o de servir a los dioses, para bailar a la luz de la luna en círculos de piedra levantados en tiempo inmemorial; horribles y bellos son, y misteriosamente hacen su trabajo en el mundo. Una de sus hembras le habló mucho a Björn de lo que había sucedido y de lo que tenía que suceder, lejos, en una tierra llamada Dinamarca. Después de aquello, él necesitó todos los ánimos que Bera pudiera darle.

La joven se apretaba estrechamente contra él ante el odioso amanecer.

Al llegar el otoño, el rey Hring volvió de la guerra, y sus hombres le contaron lo sucedido, o lo que ellos pensaban que había sucedido. Cuando supo que había perdido a su hijo, probablemente muerto y devorado por aquella bestia que estaba arruinando sus ganados mucho más que los de ningún otro, se tapó los ojos. Y durante mucho tiempo se quedó sentado antes de volver a andar. Después, la reina le apremió todo lo que pudo a que reuniese suficientes hombres y sabuesos para ir en busca del monstruo y librarse de él. Él miró a un lado y dijo que eso no corría ninguna prisa.

A los ojos de todos se comportaba como si el oso no le importase nada. Pero la reina Hvit seguía insistiendo, como lo hacía su amigo Gunnar, cuya única hija había desaparecido del mismo modo, y los parientes de aquellos que habían perdido a sus seres queridos por culpa de la bestia, y todos los que la temían. Al final, Hvit le dijo sarcásticamente:

—¿También es tu hombría pequeña en lo que respecta a mantener el reino a salvo? En ese caso tendré que dirigirme a otra parte, porque malas cosechas vendrán por culpa de un rey semejante hasta que esté colgado en lo alto en honor de los dioses.

Hring dio un fuerte gemido y se apartó de ella. A la mañana siguiente ordenó que viniesen los cazadores de los alrededores.

Algunas noches después, la cama crujió bajo Björn al despertarse de su sueño, se volvió y atrajo a Bera hacia sí. Ella se apretaba junto al latido de su corazón, aspirando los olores del heno y de las pieles y la amada calidez del cuerpo de él. En la ventosa oscuridad le oyó decir:

—Mi sueño se ha cumplido. Mañana será el día de mi ruina. Vienen hacia aquí para matarme.

Ella empezó a gritar. Él la acalló con un beso y prosiguió en un sordo susurro:

—Bueno, ya me quedan pocas alegrías, excepto cuando estamos los dos juntos, y ahora esto tiene que terminar. No hables. Te entrego el brazalete que llevo en el brazo izquierdo. Mañana cuando esté muerto, ve al rey y pídele que te dé lo que haya bajo el hombro izquierdo de la bestia[3]. El te lo dará. Probablemente la reina adivinará dónde has estado y te ofrecerá carne del oso para que la comas. No le hagas caso...

—¡No podría!

—Estás embarazada, lo sabes. Tendrás tres niños: esa comida los dañaría gravemente, porque la reina es la más horrible de las brujas. Vete a casa con tu padre y tu madre, y da allí a

[1] Nixe y Nicor: espíritus de las aguas, respectivamente hembra y varón. (J. M. L.)

[2] Odín. *(N. del T.)*

[3] En el cambio de forma, se supone que la piel humana y todo lo que hay sobre ella se mantiene bajo la del animal. (J. M. L.)

luz a nuestros hijos. Llegarás a querer a uno más que a los restantes, aunque mantenerlos a todos ellos será duro. Cuando no puedas seguir haciéndolo, tráelos a esta cueva. Aquí encontrarás un cofre con tres cerraduras. Las runas grabadas en él te dirán lo que es para cada uno. También habrá tres armas clavadas en la montaña, y cada muchacho cogerá la que yo, por adelantado, he querido que tenga.

Trató con un beso de alejar sus lágrimas.

—Pon buenos nombres a nuestros hijos: Frodhi al primero, Thori al segundo, Bjarki al tercero, porque por mucho tiempo serán recordados —ella se abrazó a él y creyó oír casi imperceptiblemente—: Con todo, el signo de la bestia estará sobre cada uno. Incluso aquel que parece que no ha sido marcado lo estará al final... —se detuvo y trató de consolarla lo mejor que pudo.

Al amanecer volvió a transformarse en oso. Salió al exterior y ella lo siguió en la débil luz del día. Mirando adonde se había levantado un gran tumulto, distinguió a un centenar de hombres subiendo por la ladera. Delante de ellos ladraban y brincaban jaurías enteras de sabuesos.

El oso lamió la mano por última vez y atacó.

Sabuesos y cazadores se lanzaron contra él. Fue un largo y violento combate. Mató prácticamente a todos los perros —a uno lo desgarró, a otro le rompió el espinazo, a otro lo partió en dos sangrientas mitades— e hirió a no pocos hombres. Pero lanzas y flechas se hundieron en él hasta que ya no fue gris sino rojo. Los guerreros lo tenían rodeado. Él atacaba una y otra vez. Por todas partes había escudos y afilados metales. Empezó a tropezar con los dardos y tripas que le colgaban del vientre. No había ningún camino por donde escapar. Se volvió hacia el rey y golpeó al hombre que estaba a su lado, desgarrándolo de parte a parte.

Pero para entonces, el oso estaba tan exhausto y consumido que se desplomó. Arrojaba sangre al respirar. Las lanzas se precipitaron, las hachas subieron y bajaron, los hombres se agolparon sobre él hasta matarlo.

Cuando regresaban, jactándose y gritando con entusiasmo, Bera se acercó al rey Hring. Su habla era firme y su paso resuelto. El la conocía y dijo:

—¡Cómo, mi querida Bera! ¿Dónde has estado este tiempo...?

—Eso no importa, señor —respondió ella—. En nombre de los viejos tiempos, ¿me daréis lo que haya bajo el hombro de vuestra presa?

La miró un instante antes de asentir con su encanecida cabeza y habló lo suficientemente alto para asegurarse de que lo oían sus hombres:

—Por supuesto. Debes de estar muerta de hambre, luego de errar perdida tanto tiempo. Allí no puede haber nada, excepto lo que yo pueda darte.

Como si fuera una figura de piedra, Bera los miró desollar y tajar el cadáver del animal, hasta que pudo ir al informe montón y meter la mano por debajo. Nadie la vio sacar un anillo de oro y esconderlo en su pecho.

Dando alaridos, la expedición entró en el patio del rey. Hubiera parecido extraño que la muchacha que acababa de regresar de los yermos no viniese con ellos, y no entrase en la mansión para festejarlo como cualquier otro.

La reina Hvit vino, muy alegre, a darles la bienvenida y a ordenar que preparasen la carne del oso para la fiesta. Cuando vio a Bera, acurrucada en una esquina con aspecto afligido, se quedó inmóvil. Sus dedos se retorcieron hasta formar una garra. Se dio la vuelta y salió en un remolino de faldas. Mucho antes de que nadie lo hubiese esperado —los hombres acababan en realidad de empezar a beber— volvió trayendo una tajada de carne recién asada.

Se fue derecha adonde estaba Bera y dijo para que no hubiese confusión posible:

—¡Qué alegría saber que estás viva! Pobre niña, no tienes que pasar hambre ni un instante más. Toma, come.

La muchacha se encogió en el banco.

—No —suplicó.

Hvit se irguió amenazadora. Su vestido de un blanco fantasmal brillaba entre las

sombras, como lo hacían sus ojos y sus dientes.

—¡Cómo! Es inaudito —dijo— que rechaces la comida que la reina en persona te ha hecho el honor de traerte. ¡Cógela en seguida, o sabrás lo que es bueno!

Cogió el cuchillo, ensartó un pedazo de carne y se lo puso a Bera en los labios. Agotada, entumecida por la pena, aterrorizada por sus hijos que debían nacer, la muchacha no sabía que hacer. Los hombres estaban empezando a mirar. Si supieran la verdad, ¿qué podrían hacer ellos? Cerraba con fuerza los ojos y las manos. El bocado iba entrando caliente en su boca. El olor a sangre chamuscada rugía en su cabeza. Lo engulló entero.

La reina rió.

—Bien, no era tan malo, ¿verdad, pequeña Bera? — y le metió otro bocado.

Lo tenía en la lengua. Bera recobró un poco de su fortaleza. Lo escupió, se levantó de un salto, y chilló.

—¡No, no más, aunque me torturéis o me matéis!

Otra vez se rió Hvit.

—¿Es que un simple bocado puede hacerte algo? —alzó un tercero.

Como una exhalación, Bera salió huyendo de la sala. La reina apenas pudo evitar que la gente empezase a hacerse preguntas.

—Vaya, vaya, qué delicada para ser la mozuela de un granjero —dijo—. Sólo estaba tratando de alegrarle el ánimo.

Bera se fue a casa de sus padres; ciertamente pesada era la carga que llevaba. Únicamente a ellos les contó lo que había sucedido.

III

Hvit no intentó hacerle más daño a la muchacha. O no se atrevió, o pensaba que ya se había vengado bastante. Porque al llegar el parto, Bera dio a luz, en primer lugar, a un horrible niño deforme. Por arriba era humano, pero del ombligo para abajo era un alce. Aunque Gunnar el granjero se lo habría llevado a una colina para que chillase hasta que muriese o se lo encontrara un lobo, ella dijo en medio del sudor y las lágrimas:

—No, es el hijo de Björn. Él quería que se llamase... Frodhi.

Luego dio a luz otro niño, cuyos pies eran como los de un perro, aunque en todo lo demás era de aspecto agradable; lo llamó Thori.

Todavía tuvo un tercer niño. Éste no tenía ningún defecto. Era Bjarki, al que amó más que a ninguno.

De los años siguientes poco hay que decir. Al principio, la gente debió haber evitado aquella casa de mala suerte. Sin embargo, Gunnar era rico y muy querido; había levantado un santuario a Thor, en el que hacía ofrendas a menudo; sus cosechas y ganados prosperaban. Él y los suyos no podían estar bajo la maldición de los dioses o de los espíritus de la tierra. Y después de todo, los monstruos no eran una novedad, aunque habitualmente se les dejaba morir. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, la vida prosiguió como antes, excepto que no volvió a haber estrecha amistad entre Gunnar y el rey Hring. El temperamento cada vez peor de la reina había hecho que la mayoría de los hombres se mantuviesen tan alejados de la mansión real como les resultase posibles.

Gunnar y su esposa pensaron que era más prudente mantener silencio respecto al padre de sus nietos. Bera dijo a todo el mundo que eran los bastardos de un vagabundo que se había encontrado cuando estuvo perdida en las montañas. Esa clase de sucesos era bastante corriente. Siendo bonita y robusta y con la garantía de que aportaría una gran dote, tuvo pretendientes, pero no aceptó a ninguno.

Los muchachos crecieron como la hierba. Frodhi el Alce, con sus largas piernas

Librodot

peludas y sus pezuñas que daban un golpecito seco, se bamboleaba adelante y atrás y, forzosamente, necesitaba ir despacio cuando anclaba. Inclinándose para correr, dejaba atrás a todo el mundo excepto a su hermano Thori Pies de Sabueso, que corría a grandes zancadas. En cuanto hubo crecido del todo, nadie pudo resistírsele cuando peleaba o golpeaba con las armas de madera que se empleaban en los entrenamientos.

Era enorme y feo, grosero y hosco. Solo se entendía bien con sus hermanos, que eran los muchachos más apuestos, y de los que, dejando aparte los pies, apenas había algo que reprochar. El mayor de ellos era más gruñón que el segundo. Bjarki era de temperamento más risueño.

Sin embargo, como siempre andaba en compañía de los otros dos, sus modales influyeron en él. Conforme iban creciendo, más turbulentos y revoltosos se convertían. Cuando jugaban con los niños de la vecindad, eran despiadados y testarudos; más de uno lo pasó mal en sus manos.

El peor era Frodhi el Alce. A la edad de doce años, era ancho y pesado como cualquier hombre maduro, y habría sido tan alto si sus piernas no le hubiesen obligado a andar agachado. Empezó a acudir al patio del rey y a desafiar en combate a los hombres de la Guardia Real. A varios les sacudió tan malamente que quedaron tullidos. Cuando la rabia se apoderaba de él, podía acuchillar a uno con sus afiladas pezuñas o golpearle con el puño como si fuese un martillo. Algunos hombres murieron.

Ello costó a Gunnar tener que pagar fuertes *weregilds* y dio lugar a palabras duras entre abuelo y nieto.

Al final, Frodhi fue a hablar con Bera y le dijo que quería marcharse.

—No quiero tener nada que ver con la gente de los alrededores —gruñó—. Son unos cobardes, que piensan que vas a pegarles si te acercas a ellos.

Bera suspiró, y se sintió culpable porque el suspiro había sido de alegría.

—Sería lo mejor —dijo ella—. Pero antes ven y coge lo que te dejó tu padre.

Fueron juntos, arriba a la montaña. No había vuelto a estar allí desde el día en que desollaron a Björn. Las hierbas inclinándose a la luz del sol, las flores flotando en el viento, los árboles susurrantes, un halcón en lo alto entre nubes que parecían haberse desprendido de las nieves de allá lejos, nada le recordaba a él. Cuando entró en la cueva con su hijo, descubrieron un cofre de bronce con tres cerraduras, hermoso de ver aunque su factura no fuese humana. Bera había empleado tiempo en aprender a leer las runas. Ahora las que estaban sobre la caja le hablaban. Cuando tocó las cerraduras, se abrieron al momento. Dentro había brillantes cotas de malla, ricos vestidos, anillos de oro y joyas. Las runas decían que Frodhi el Alce tendría poco de todo aquello.

—Cogeré lo mío, entonces —dijo con desprecio, pero trató de asir un yelmo. Los dedos resbalaron. No podía agarrar nada que no fuese para él—. Bueno, ya ganaré lo mío, ¡y que el Infierno te lleve! —rugió.

¿Se le saltaron entonces las lágrimas?

Echando una mirada a las sombras del fondo de la cueva, percibió un brillo de acero y fue a verlo más de cerca. Clavadas en el granito que formaba como una pared contrastando con la piedra más clara de alrededor, había tres armas: una espada larga, fuerte y hermosa; una gran hacha de guerra, y una espada corta de hoja curva.

—¡Ah! —gritó él, y aferró el puño de la primera.

Aunque tiró hasta estar empapado de sudor, no pudo desprenderla, ni tampoco el hacha.

—Quizá el que la puso aquí quería repartirlas de la misma forma que lo demás —dijo Frodhi el Alce.

Cogió la espada corta por el mango y en seguida se soltó de la pared.

La miró un instante y dijo:

—Injusto fue quien dividió los tesoros —aullando de ira blandió la hoja con ambas manos y dio un tajo contra la montaña. No se rompió; no, sino que tintineó cuando tajó el

granito.

La miró de nuevo. Finalmente dijo:

—¿Qué importa que viaje con esta cosa misteriosa? Seguro que puede morder.

Se dio la vuelta, cogió lo demás que era para él, y se alejó al galope. No dijo adiós a su madre, ni ella lo volvió a ver.

La noticia llegó pasados unos meses. Frodhi el Alce se había ido al Keel, un territorio agreste atravesado por un camino. Allí se había construido una cabaña y vivía en ella como un bandido. Se requería algo más que unos cuantos hombres para mantenerlo a distancia. Si el grupo era pequeño, les quitaba sus bienes y, si se resistían, dejaba muertos y heridos tras él.

El rey Hring se enteró, y supuso que conocía la brujería que había en el fondo del asunto. Sin embargo, se limitó a decir que no pensaba que fuese su cometido mantener a salvo un camino de mercaderes que conducía a Götaland.

Cuando se hubo ido su hermano, Thori Pies de Sabueso y Bjarki empezaron a comportarse mejor. Pero también eran inquietos, y luego de tres años el primero pidió permiso para marcharse..

Su madre lo llevó a la cueva para coger las cosas que le estaban reservadas. Tuvo una parte mayor. También él intentó coger la hermosa espada larga, y tampoco pudo. El hacha, en cambio, fue a sus manos sin dificultad, y por cierto que era un arma formidable. Dijo adiós a su madre y abuelos, y salió cabalgando hacia el Este.

Todos los hermanos eran expertos cazadores. Cuando Thori descubrió huellas demasiado débiles para la mayoría de los ojos, que partían del camino a Götaland, las siguió. Encima de un escarpado risco, oculta entre los abetos, encontró una casa de troncos con el tejado de césped. Se sentó en la única silla que había dentro y se encasquetó el sombrero.

Hacia el anochecer hubo un vasto estrépito de cascos, el piso de tierra tembló bajo el peso, y allí estaba Frodhi el Alce, siete pies de alto y más ancho de lo que él recordaba. Miró en la oscuridad al apenas visible recién llegado, percibió su hacha, y cantó:

Sonriendo la corta espada
sale de la vaina;
bien que él recuerda
la obra de Hild.

Hild es una Valkiria y su obra es la guerra y la matanza. Frodhi dio un tajo con su espada contra un banco, espumeó por la boca y bufó:

Yo puedo igualmente
hacer que mi hacha
cante para ti
la misma estrofa.

Y no ocultó su rostro por más tiempo. Frodhi, a su manera brusca, se alegró muchísimo de verlo, habiendo vivido todo aquel tiempo sin ningún amigo. Le pidió que se quedase, y le ofreció la mitad del botín.

Thori dijo que no lo cogería. Se quedó allí unos cuantos días, pasados los cuales dijo que tenía que irse de nuevo.

Frodhi el Alce suspiró.

—No soy una mujer para hacer que te quedes: apenas soy... parte de un hombre. Como quieras, hermano. Oye mis consejos, sin embargo... porque a veces recibo noticias de aquellos que asalto a quienes perdono la vida. Ve a Götaland. A orillas del lago Vänem está el país de los geatas del Oeste, que paga tributo al alto rey Bjovulf. Su propio rey tributario de él ha muerto y han convocado una reunión en el solsticio de verano para escoger uno nuevo. Ésta es la forma en que lo hacen. Ponen una silla en medio del sitio del *Thing,* tal que dos hombres

normales apenas si conseguirían ocuparla del todo; y aquel que se siente cómodamente en ella, sin dejar espacio para ningún otro, ése será el rey. Creo que es de tu tamaño.

—Una extraña costumbre —dijo Thori.

Frodhi se rió.

—Tiene tanto sentido para mí como todo lo que hacen los hombres. O consiguen un gigante que los conduzca a la victoria, o simplemente alguien demasiado gordo para empezar una guerra.

—Bien, dicen que Bjovulf es un buen soberano. Gracias por el bien que me has hecho.

—Ojalá... pudiese hacer más... ¡Vete de una vez, si tienes que hacerlo! —Frodhi volvió su tosca cabeza a un lado.

De este modo, Thori viajó hasta el país de los geatas del Oeste, donde fue recibido por un conde. El pueblo admiró su aspecto y su estatura. Cuando tuvo lugar el *Thing,* el más experto en la ley juzgó que era quien mejor ocupaba el asiento, y entonces los hombres libres lo aclamaron como su rey.

Muchas son las historias que se cuentan sobre el rey Thori Pies de Sabueso. Ganó muchas amistades, entre ellas la del conde, con cuya hija se casó, y la de su soberano. Cuando más tarde Bjovulf cayó peleando con un dragón, los conflictos estallaron entre los geatas. Thori se mantuvo firme al lado de Vigleik, a quien el viejo rey había querido que le sucediese, y en la mayoría de las batallas se alzó con la victoria.

Mientras tanto, Bjarki permanecía en casa. Pasaron tres años más.

Su madre se sentía contenta con él. Era bondadoso, aunque temerario en la caza y en los ejercicios violentos. Si dejó de luchar, de correr o de contender en juego con sus compañeros de cualquier otra forma, fue porque ninguno tenía a su lado una oportunidad y todos lo sabían. Sobresalía una cabeza por encima del más alto de ellos. Tan ancho y robusto era que, desde lejos, no parecía que fuese tan alto; además, perseguía caballos y ciervos sin apenas sofocarse, y era flexible como un mimbre. De cara, así como de talle, se parecía mucho a su hermano Thori: hermoso, con cejas espesas, nariz embotada, pecoso, cabello rojo y ojos tan azules como el vivaz fuego. Pero no corría a pasos largos como un perro, sino que andaba a grandes zancadas como un hombre.

Alegre al principio, con el tiempo empezó a parecer melancólico. Bera lo contemplaba con creciente preocupación. A ella no le sorprendió que, finalmente, le pidiese un día que lo acompañase a pasear por el bosque. Allí le preguntó quién era su padre. Él había meditado sobre la historia que ella le había contado y no estaba muy convencido de que fuese verdad.

Con una mezcla de horror y de alegría, ella le habló de su relación con Björn, y de cómo su madrastra había destruido a su amado.

Bjarki golpeó el puño contra la palma de su mano; los pájaros huyeron de las ramas.

—¡Tenemos mucho que recompensarle a esa hembra de troll! —gritó.

—Ten cuidado con ella —le suplicó su madre. Y le contó cómo le había hecho comer la carne del oso—. Y sus efectos se han visto en tus hermanos, Thori y Frodhi el Alce.

Bjarki dijo entre dientes:

—Me parece que Frodhi tiene más motivos para vengar a su padre y a sí mismo que para robar y matar a gentes inocentes. Y es raro que Thori pueda viajar tan lejos sin darle a esa bruja su merecido.

—Ellos no sabían nada —susurró Bera.

—Bien, entonces —y Bjarki puso una sonrisa de lobo—, será mejor que yo se lo haga pagar a ella en nombre de todos nosotros.

Bera le advirtió de la brujería de Hvit. Él prometió tener cuidado, y empleó cierto tiempo en prepararse.

El abuelo Gunnar se había debilitado con la edad. Bjarki y su madre fueron solos, a través de los bosques, a la mansión del rey Hring. La encontraron mal atendida, con la pintura cayéndose de las paredes, las malas hierbas proliferando en el patio, y poca gente por allí excepto los desaseados hombres de la guardia y los criados. No tuvieron ningún obstáculo

para hablar con el rey en una habitación exterior. También éste estaba muy envejecido. Sin embargo en él, a diferencia del granjero, no quedaba ni resto de su antigua arrogancia, y sus manos no dejaban de temblar.

Bera estaba de pie ante él, con su hijo detrás, y le contó lo que había sucedido. Como prueba tenía el brazalete que había cogido de los restos del asesinado oso.

El rey lo hizo girar en sus blanquecinos dedos, lo miró con sus débiles ojos acuosos y dijo con voz temblorosa:

—Sí, sí, sí, lo conozco bien, yo mismo se lo di a mi pequeño Björn, y... y... oh, me había forjado una opinión, no estaba ciego entonces, pero guardé silencio porque... porque me preocupo tanto por ella.

La profunda voz juvenil de Bjarki resonó bajo las vigas:

—Que ella se vaya de aquí, o me vengaré.

Estremeciéndose, aunque era un luminoso día estival, Hring le suplicó. Él le recompensaría con bienes, le prometió oro, todo tipo de riquezas, lo colmaría de modo que no le quedase nada que desear, con tal de que Bjarki dejase el asunto reposar en la tumba. Le daría a su nieto un condado para que lo gobernase, sí, y el nombramiento de conde en seguida, y todas las Tierras Altas para que fuese su rey cuando él, Hring, hubiese muerto, lo que no tardaría en suceder. Hvit no le había dado hijos. Pero, ¡oh!, que la dejase vivir...

—No tengo ninguna intención de hacerlo —dijo Bjarki—, ante todo, ninguna intención tengo de llamar reina a esa diablesa. Y tú, tú estás demasiado engañado por ella para poder regir con propiedad no ya tu reino, sino tu propio juicio. ¡La asesina de mi padre jamás vivirá en paz en las Tierras Altas!

Hring se encogió, como si fuese a desmoronarse. Podía haber llamado a los hombres de su Guardia. ¿Sabía que Bjarki, que había vencido a cada uno de ellos en los juegos, se abriría camino a través de cualquier barrera de escudos que pudiesen levantar? ¿O temía que se pusiesen a su lado por odio a la reina? Inexorable en su juventud, Bjarki atravesó el patio y abrió violentamente la puerta que llevaba a las habitaciones de la señora.

Las mujeres de Hvit se apartaron chillando. Ella se acurrucó y escupió a sus pies. Él vislumbró un rostro ojeroso, un alma más hambrienta de lo que pudiera estar ningún cuerpo; luego le echó un saco de piel de foca sobre la cabeza y tiró de la cuerda hasta tensarla casi sofocándola.

Así cegada, no podía lanzarle ningún hechizo. Ella le arañó, y él oyó su voz amortiguada dentro del saco:

—Ah, te conozco, te conozco, y te digo que llegará la hora en que otra bruja labre tu perdición...

La abofeteó. La encapuchada cabeza se inclinó a un lado y ella cayó al suelo.

—¡Esto es por mi padre! —gritó él, alzándola de nuevo; y golpe tras golpe—: ¡Esto por mi madre! ¡Esto por Frodhi el Alce! ¡Esto por Thori Pies de Sabueso! —cuando estuvo muerta, la ató por los tobillos y la arrastró por la tierra para que todo el mundo pudiese verla. Después, para que no se le ocurriese volver, le cortó la cabeza y la quemó.

De esta manera murió Hvit, la hija del rey de los finlandeses, lejos de su patria millas y años. La mayor parte de la gente de la Casa Real pensaron que su suerte no había sido demasiado cruel.

Más tarde, Bera mostró a Bjarki la cueva. Él cogió el resto de los tesoros, que eran casi todos; y entre sus manos, la espada larga salió fácilmente de la piedra.

Las runas que había grabadas en su hoja decían que se llamaba Lövi y que era una de las mejores armas, porque no había sido forjada por mano de hombre. Nunca había que confiársela a nadie ni dejar que tocasen su empuñadura; ni necesitaba que la afilasen más de tres veces a lo largo de la vida de su poseedor. Siempre que se sacase, provocaría la muerte, y no haría falta lanzar un segundo golpe. Siguiendo los consejos de su madre —ella se acordaba de los elfos—, Bjarki hizo para ella una vaina de corteza de abedul.

El viejo rey Hring no sobrevivió mucho tiempo a su mujer. Cuando enfermó y murió,

Librodot

los hombres aclamaron a Bjarki en el trono.

Reinó por espacio de tres años, y lo hizo bien, reparando el daño causado por la reina bruja. Sin embargo, era tan inquieto como sus hermanos. Las Tierras Altas no eran un lugar apropiado para un joven como él. En ellas había escarpadas montañas y buena caza, y muy poco más. Los hombres enmohecían en sus alejadas granjas. En el mejor de los casos, podían viajar al extranjero como comerciantes o como vikingos. ¿Por qué no buscar algo que aquel país nunca podría darle?

Primero procuró el bienestar de su madre. El conde Valsleif era viudo, y hombre de elevada posición, al que Bera había llegado a querer. Bjarki hizo que se casaran, y él mismo entregó el novio a la novia. Después convocó un *Thing,* comunicó a su gente que se iba, y la indujo a que eligiera un nuevo rey.

Entonces, finalmente, fue libre de partir.

Tenía un caballo apropiado a su tamaño, y ninguna otra compañía. La mayor parte del oro y la plata la dejó detrás; ya estaba bien equipado con armas y ropas.

Se alejó cabalgando y de repente, después de tanto tiempo, pudo al fin dar rienda suelta a su regocijo. Arriba en los cielos, las alondras le oyeron cantar.

De su viaje nada hay que decir hasta que un día, al igual que Thori antes, llegó a la guarida de Frodhi el Alce. Llevó su caballo al establo que había detrás de la casa y se instaló. En un montón vio cosas semejantes a las que había cogido del cofre de los elfos, y supo que tenía cierto derecho a utilizarlas en caso de necesitarlas.

Hacia el atardecer llegó Frodhi a su casa y miró ceñudo al recién llegado que se sentaba en su silla, con el sombrero encasquetado de modo que su rostro quedase oculto en las sombras. Incluso para él, un huésped era un huésped, y por tanto sagrado. Llevó su propio caballo al establo, y se encontró con que no se llevaba bien con el otro.

Entrando de nuevo, dijo:

—Bien, este es un sujeto descarado e inútil, que se atreve a sentarse sin mi permiso.

Bjarki mantuvo el sombrero como estaba y no contestó.

Tratando de asustarlo, Frodhi sacó la espada corta de la vaina haciendo ruido. Dos veces lo hizo; pero Bjarki no prestó atención.

El bandido sacó la hoja por tercera vez y se abalanzó hacia adelante. Descomunal como era Bjarki, Frodhi el Alce le ganaba en estatura y en peso. Sin embargo, el huésped permanecía sentado muy tranquilo. Frodhi gruñó y babeó.

—¿Quieres que luchemos? —le dijo.

Su intención era romperle al hombre el cuello en el juego y así estar en libertad de arrojarlo fuera.

Bjarki se rió, se puso en pie de un salto y agarró a Frodhi por el peludo cuello. Terrible fue la lucha, retorciéndose y pisoteándose hasta que las paredes temblaron.

Entonces el sombrero cayó al suelo. Frodhi reconoció a su hermano, lo soltó y dijo con voz áspera:

—¡Bienvenido, pariente! ¿Por qué no me lo dijiste? Hemos luchado durante largo rato.

—Oh, no hay necesidad de acabar aún —dijo Bjarki, aunque respiraba sofocadamente y el sudor le calaba las ropas hasta llegar a la piel.

Frodhi el Alce se puso serio.

—Escasa suerte habrías tenido, pariente, si realmente hubiéramos peleado —retumbó—. No puedo sino alegrarme de haberte visto a tiempo... Ven —abrazó a su hermano; el olor selvático de él llenó por entero las narices de Bjarki—. Bebamos y comamos y, ¡oh, tienes que contármelo todo!

Bjarki se quedó algunos días, charlando cuando no iban de caza. Frodhi le ofreció quedarse y darle la mitad de sus riquezas. Bjarki dijo que no; no le gustaba matar a la gente para robarle sus bienes.

Frodhi suspiró en la oscuridad iluminada por el fuego.

—He tenido piedad de muchos cuando eran pequeños y débiles.

—Me alegra oír eso —replicó Bjarki—. Mejor sería que los dejases a todos ir en paz, pensaras o no que pudieses ganar algo matándolos.

—Me ha tocado una suerte que de todos modos es pesada —dijo Frodhi el Alce.

Después de un rato añadió:

—Respecto a ti, bien, ya sé algo del mundo, a pesar de mi soledad. Los que van de paso y... y otros... me cuentan cosas. Si quieres riquezas y renombre, busca al rey Hrolf de Dinamarca. Los mejores guerreros se dirigen a él, porque es el más valiente, sabio, generoso y espléndido de los reyes de los países del Norte.

Más cosas le tuvo que decir, hasta que al fin Bjarki se convenció.

A la mañana siguiente, Frodhi acompañó a su hermano durante un trecho del camino, hablándole, a su tosca manera, lo mejor que pudo. Al fin tenían que decirse adiós. Bjarki desmontó para estrecharle la mano de igual a igual. Frodhi lo empujó fuertemente, y él dio un traspié hacia atrás. Una sonrisa se deslizó por los feos labios del bandido.

—No pareces tan fuerte como debieras, pariente —dijo.

Sacando el cuchillo, se rajó su propio muslo de alce.

—Bebe de esta sangre —dijo, señalando la que brotaba.

Como si estuviese soñando, Bjarki se arrodilló y obedeció.

—Levántate —le ordenó Frodhi.

Cuando Bjarki lo hizo, lo empujó de nuevo. Esta vez, el que era más joven, aunque sólo por una hora, se mantuvo en su sitio.

—Creo que esta bebida te ha hecho bien, pariente —dijo Frodhi—. Ahora puedes estar por encima de la mayoría, como yo te deseo de todo corazón.

Hundió su pata en la cuesta junto a él, profundamente en la roca, más abajo de los helechos y la tierra, hasta que la pezuña desapareció allí dentro. Sacándola de nuevo, dijo:

—Todos los días vendré a ver este agujero. Si mueres de enfermedad, habrá mantillo en él, y agua si mueres ahogado en el mar. Pero si mueres por las armas, habrá sangre, y entonces yo iré a vengarte... el más querido para mí de todos los hombres.

Y Frodhi el Alce desapareció por el camino entre la selva.

Bjarki sacudió la cabeza para quitarse la tristeza y siguió cabalgando. Nada digno de contarse sucedió antes de cruzar las sierras que conducen al lago Vänem. El rey Thori Pies de Sabueso estaba ausente, no se sabe si guerreando o cazando. El pueblo se sorprendió al verlo volver solo, porque, calzado y a caballo, era idéntico a Bjarki.

Sin saber a ciencia cierta lo que estaba pasando, éste pensó que lo mejor sería fingir hasta que pudiese enterarse. Los dejó que le condujesen a la mansión real, le sirviesen en el elevado asiento y, a la noche, le llevasen a la cama junto a la reina.

Cuando estuvieron solos, Bjarki dijo:

—No dormiré bajo la misma manta.

Ella se quedó desconcertada hasta que él le explicó lo que pasaba. Cuando lo supo, también ella pensó que sería más prudente seguir disimulando; una bruja o una Norna podía estar en medio de todo aquello.

Así siguieron las cosas por algún tiempo. Aunque no se convirtieron en amantes, Bjarki y la reina se hicieron amigos.

Cuando Thori volvió a casa y se encontró a su hermano, fueron todo abrazos. Cuando supo toda la historia, el rey dijo que no había otro hombre en el mundo en quien hubiese confiado para dormir al lado de su esposa. Quería que se quedase y que lo compartiesen todo.

Bjarki dijo que ése no era su deseo. Thori le ofreció hombres entonces, para que lo acompañasen a donde tuviese que ir. También esto lo rehusó Bjarki.

—Me dirijo al encuentro del rey Hrolf de Dinamarca —dijo—, para ver si es verdad lo que dicen, que se puede ganar más siendo uno de sus hombres que rey en cualquier otra parte.

—Puede ser —dijo Thori; y añadió secamente—: Sin embargo, yo me quedaré donde estoy —y, ya más serio—: Recuerda que los pájaros que vuelan más alto tienen más probabilidades de ser abatidos por el halcón.

—Más vale eso que ser un topo —dijo Bjarki.

Thori empezó a replicar, pero supo dominarse. En el momento de la despedida cabalgó un trecho del camino con su hermano. Se separaron de modo amistoso, aunque cada uno manteniendo su forma de pensar.

Nuevamente no hay mucho que decir salvo que Bjarki llegó al Sund, que pagó para cruzarlo, y que, al fin, ya le quedaba poco para llegar a Leidhra.

IV

El año había ido pasando hasta llegar el otoño, cada día más corto y frío que el anterior. Hacia el fin del viaje de Bjarki, la lluvia caía desde el alba hasta el ocaso, sin mostrar ningún signo de cesar. Él había proseguido, sin embargo, llevado de su ansia, por lo que, al caer la noche, se encontró en una extensión solitaria cubierta de brezos, calado por completo. El caballo estaba extenuado. Tropezaba y chapoteaba en el fango metiendo las pezuñas hasta las cernejas. Pero el chaparrón seguía alborotando, helado en una negrura cada vez más profunda. Al final se encontró completamente perdido.

Poco después, la bestia tropezó con lo que parecía una especie de túmulo. Bjarki desmontó, avanzó a tientas, y descubrió que era una casa, una de la especie más humilde, construida con turba y césped alrededor de un hoyo cavado en tierra. La chimenea estaba tapada, pero la luz brillaba de un rojo apagado a través de las rendijas de la puerta. Bjarki llamó.

Un hombre la abrió a medias. Canoso y harapiento, empuñaba una especie de alabarda. El noruego se preguntó qué iban a pensar unos ladrones para atreverse a aventurarse en aquel lóbrego agujero. Ni siquiera la mujer resultaba atractiva, vista a la luz de una lámpara de arcilla sobre la que se inclinaba para calentarse un poco.

—Buenas noches —dijo Bjarki—. ¿Puedo cobijarme aquí para pasar la noche?

El campesino, que había tragado saliva al ver su gran estatura, se sintió a salvo y dijo:

—Sí, no te dejaré fuera con este tiempo horrible y con esta oscuridad, aunque veo que eres extranjero.

Le ayudó a desguarnecer y a atar el caballo, que tuvo que quedarse fuera, no habiendo espacio dentro en el reducido establo que ocupaba su única vaca. Bjarki dispuso de un raído abrigo para arroparse después de quitarse sus ropas empapadas, un plato de raíces y galleta, y un lugar para tenderse sobre los juncos en las malolientes tinieblas. Pronto se quedaron todos dormidos.

Por la mañana, la esposa, Gydha, le dio a Bjarki el mismo alimento de desayuno, ya que no tenían otro. Entretanto Eilif, el hombre, le preguntó por noticias recientes. A su vez, Bjarki le preguntó por el rey Hrolf y sus guerreros, y si todavía le quedaba mucho para llegar hasta ellos.

—No —dijo Eilif—, sólo un pequeño camino. ¿Te diriges allá?

—Sí —contestó Bjarki—, ésa es mi intención: ver si me admite a su servicio.

—Sería completamente adecuado para ti, sí, sí —asintió el campesino—, viendo lo grande y fuerte que eres.

Parecía extrañamente conmovido; y de improviso, Gydha rompió a llorar.

—¡Vaya! ¿Por qué lloras, buena mujer? —preguntó Bjarki.

Ella suspiró.

—Mi hombre y yo... teníamos un único hijo... al que llamamos Hott. Aquí había para él un sustento precario... y el año pasado ninguno, después de que perdiésemos nuestro rebaño... Eilif y yo apenas si pudimos mantenernos con lo que quedó... Hott se marchó a la ciudad del rey a ver si podía conseguir trabajo, y allí lo hicieron pinche de cocina, pero... —

Librodot

tuvo que dejar de hablar hasta que pudo dominar su dolor—. Los hombres del rey se burlan de él. Tiene que ayudar a servir, y... cuando se sientan y comen, tan pronto como han roído la carne y dejado el hueso pelado, se lo tiran a él... con lo que le hacen daño, y así no hay manera de saber si vivirá o morirá; sin embargo, ¿a qué otro sitio podría ir? —ella se inclinó hacia adelante en la semioscuridad de la choza y dijo con convicción—: El pago que te pido por haberte albergado es que le tires huesos pequeños y no grandes, si es que todavía no lo han mandado a golpes al Infierno.

—De buen grado haré lo que me pides —dijo Bjarki—, pero pienso que es una cobardía arrojar desperdicios a nadie o tratar mal a los niños y a las personas débiles.

—Entonces pórtate bien —dijo la mujer, cogiéndole las manos con sus gastados dedos—, porque me parecen manos muy fuertes, y mi Hott nunca podría resistir tus golpes.

Bjarki dijo adiós a la vieja pareja y continuó a caballo su camino según las indicaciones que le dieron. La lluvia había cesado, el cielo estaba deslumbrante, la luz del sol centelleaba en los charcos esparcidos en la tierra oscura y en las ramas mojadas en las que todavía flameaban unas cuantas hojas. Los estorninos acudían en bandadas, los petirrojos brincaban por los campos, los zarapitos silbaban alegremente en la fría y húmeda brisa. Bjarki prestaba poca atención a todo ello. Iba con el ceño fruncido. No hubiera esperado encontrar hombres del rey que se comportasen como trolls.

Brezales y pantanos dieron paso a una tierra más rica, en la que abundaban las granjas y el ganado dormitaba como manchas de color rojo óxido detrás de las vallas. Mucha gente iba y venía. Bjarki se detuvo para hablar con algunos. Las doncellas sonreían al gigante de cabello rojizo, pero él no estaba de humor para preocuparse por ellas. Las preguntas que hacía en su cerrado acento de las Tierras Altas tenían que ver con el rey Hrolf y su palacio.

Sí, le había dicho un granjero, éste era un buen rey, un rey sabio y recto, además de fuerte para rechazar a los piratas de fuera o perseguir a los proscritos y colgarlos... Bueno, sí, sus soldados eran un grupo de revoltosos; realmente tenía que refrenarlos, pero, sin duda, tenía muchas otras cosas en la cabeza... Había estado fuera aquel verano. El año antepenúltimo había puesto al rey Hjörvardh de Fyn bajo su poder y (¡ja!) a su hermana bajo el de Hjörvardh. Con sus espaldas así cubiertas, todas las islas en sus garras, ahora iba en pos de los reinos de los jutos. Una vez que también los tuviera, los hombres honrados podrían cultivar sus campos y no temer más los ataques del exterior. Por supuesto, que primero el rey tenía que espiar las costas de Jutlandia. Por eso se había llevado esta estación sólo unos cuantos barcos. El resto de sus guerreros se habían quedado en Leidhra y, sí, en su ociosidad se habían engreído mucho... El rey debía volver uno de estos días, ahora que habían llegado las tormentas de otoño. Quizá ya había vuelto. Un granjero no podía saberlo. Los granjeros tenían trabajo que hacer, era el tiempo de la matanza y esas cosas. Que las gentes de arriba se preocupasen de sus propios asuntos, ¿eh?

Bjarki siguió cabalgando a lo largo del arroyo. Por la tarde, se alzó ante él Leidhra.

En aquella época del año, en la que se viajaba poco, la fortaleza estaba tranquila dentro de su empalizada, y las puertas abiertas sin vigilancia. Mujeres, niños, esclavos, artesanos pululaban en torno, pero pocos guerreros. Bjarki supuso que la mayoría estaría cazando o haciendo algo por el estilo. Cabalgó por los fangosos caminos hasta las paredes de madera ricamente talladas de la mansión real. Las losas del patio resonaron bajo los cascos de su caballo. Desmontó en los establos.

—Pon mi caballo junto al mejor del rey —dijo a un mozo de cuadra—, dale avena y agua y cuídalo bien, y pon mis pertrechos en una esquina limpia hasta que envíe a buscarlos —el hombre se le quedó mirando, boquiabierto.

Luciendo costosos vestidos, un cuchillo y la espada Lövi a la cintura, pero sin llevar yelmo ni cota de malla, Bjarki se introdujo en la cámara principal de la mansión. Aunque humosa y sombría al entrar desde fuera, era más soleada y estaba más aireada de lo que hubiera pensado en un lugar semejante. Brillantes escudos, anchos cuernos, hermosas pieles, candelabros de velas de junco, frisos de abedul se alineaban en las paredes. Las figuras de los

paneles y de los pilares que sostenían el techo eran de animales, pámpanos y héroes; no vio dioses entre ellos. Los postes del sitial mostraban la pareja de Skiold y Gefion. Unos cuantos criados se movían sobre las ramas de enebro del suelo, que prestaban su frescura a aire, y unos cuantos sabuesos estaban tumbados. Por lo demás, la extensión de la sala parecía vacía. El noruego se sentó en un banco, cerca de la puerta, y esperó a cualquier cosa que pudiese suceder.

Pronto oyó un tableteo en una esquina opuesta. Su vista, acostumbrada ya al interior, pudo distinguir un montón de huesos apilados allí. Una mano se movía por encima de su extremo. Bjarki se levantó y a grandes zancadas se aproximó. La mano, pudo ver, estaba negra de suciedad. Arrugó la nariz del hedor a trozos de carne podrida.

—¿Quién está aquí? —preguntó.

Una voz de muchacho, débil y asustada, dijo:

—Yo... yo... Me llamo Hott, señor bien nacido.

—¿Qué estás haciendo?

—M-m-me estoy haciendo una empalizada, señor...

—Tu empalizada es lamentable —Bjarki alcanzó, cogió por un brazo, y tiró estrepitosamente del que estaba agazapado detrás del montón..

Una escuálida figura se retorcía, indefensa en las garras del hombrón. La voz gimoteaba.

—¡Ahora me mataréis! ¡No hagáis eso..., yo lo hubiera asegurado bien! ¡Habéis tirado mi empalizada...!

Bjarki le miró. Hott tendría unos quince años, pensó, era alto pero lamentablemente delgado. Sus cabellos estaban tan enmarañados y grasientos que uno tenía dificultad para distinguir que eran rubios; su rostro no parecía sino afilada nariz y ojos enormes; temblaba por entero.

—Lo estaba levantando a mi alrededor para defenderme de los huesos que me arrojáis —sollozaba—. Estaba casi a-a-acabado.

—Ya no lo necesitarás más —dijo Bjarki.

Hott se encogió.

—¿Queréis decir... que me vais a matar... ahora mismo, señor?

—No lloriquees tan alto —dijo Bjarki.

Tuvo que darle una bofetada o dos para que el famélico muchacho se tranquilizase. Entonces agarró al bulto, fláccido del miedo que tenía, y se lo llevó fuera. No estaba lejos de la más próxima de las puertas de la empalizada. Un poco más allá había visto que el arroyo se ensanchaba hasta formar un estanque. Pocos le prestaron atención.

De un tirón le quitó los sucios andrajos y arrojó al muchacho al estanque, luego se arrodilló y le restregó con la mano hasta que ninguna langosta hervida habría estado más limpia y roja que él. Alzándolo de nuevo, sacudió los harapos y dijo:

—¡Tú te lavarás esos trapos!

Hott obedeció, y echó a trotar, chorreando, detrás de él cuando regresó a la mansión. Bjarki se sentó en el mismo sitio del banco que antes. Colocó al muchacho junto a él. Hott apenas podía hablar dos palabras seguidas. Se estremecía en todos sus miembros y articulaciones, aunque, a través de la confusión del miedo, veía que el extranjero pretendía ayudarle.

Cayó el crepúsculo. Los guerreros del rey empezaron a llegar. Miraban al recién llegado y le saludaban, porque aquella dinastía se enorgullecía de su hospitalidad. Uno le preguntó a Bjarki para qué había venido.

—Pensaba unirme a vuestra tropa, si el rey lo quiere —dijo el noruego.

—En ese caso, tienes suerte —dijo el soldado—, porque ha regresado esta misma tarde. Está cansado y hoy cena en su torre con algunos de sus mejores amigos. Mañana podrás verle, y seguramente aceptará a un individuo tan fuerte como tú —echó una mirada maliciosa al encogido Hott—. Dale un puntapié a ese llorón para que se vaya de tu lado —le advirtió—.

Demasiada audacia por tu parte supone colocar... a esa cosa... entre los hombres.

Bjarki frunció el ceño. El soldado miró de arriba abajo su voluminosa mole, decidió no insistir en el asunto, y pavoneándose se marchó. Hott hizo ademán de irse. Bjarki lo agarró por la cintura.

—Quédate —dijo el noruego.

—P-p-pero me matarán... porque seguro... cuando estén borrachos... si me atrevo a sentarme aquí —lloriqueó el mozuelo—. T-t-tengo que trabajar y... ¡déjame construir mi empalizada de nuevo!

—Quédate —dijo Bjarki.

Seguía sin soltarlo de la cintura. A Hott le habría dado lo mismo haber intentado arrastrar una montaña.

Se cebaron los fuegos, se trajeron las mesas de caballete, comida apilada en los trincheros y cuernos llenos de bebida. Bjarki y Hott estaban sentados solos. Ninguno de los hombres quería tener a aquel blanco del desprecio general por compañero de banco. Cuanto más bebían, más lo miraban fijamente, como hacían los sirvientes de la cocina a los que se suponía que tenía que ayudar.

Al final, los guerreros empezaron a arrojarle huesos pequeños. Bjarki se comportaba como si no lo viese. Hott estaba demasiado asustado para comer o beber hidromiel. Bjarki, que podía despreocuparse de él ahora que no se atrevía a moverse, comía y bebía por los dos.

Más alto creció el tumulto de voces por encima del fuego que crepitaba; los perros ladraban y gruñían en la atmósfera cargada de humo. De repente, la luz parpadeó rojiza en un enorme fémur que volaba por los aires. Era algo que podía matar.

Bjarki lo atrapó en mitad del vuelo, a unas pulgadas de distancia del cráneo del chillón Hott. Poniéndose de pie, apuntó al que lo había arrojado, y se lo lanzó de vuelta. Fue directamente a su cabeza. Se oyó un crujido, y el soldado se derrumbó muerto.

La sala retumbó por los gritos de horror. Los hombres asieron sus armas y se lanzaron furiosos contra Bjarki, quien empujó a Hott detrás de él. No llegó a sacar su espada Lövi, pero su mano descansaba en su empuñadura: golpeó a los primeros atacantes con el puño, y dijo con voz atronadora que quería ver al rey.

La noticia le llegó a Hrolf en su habitación de la torre. Era una amplia cámara, con paneles de diferentes maderas, que daba a una galería desde la que se dominaba el patio, más sencillamente amueblada de lo que pudiera haberse esperado de tan rico señor. Ya había acabado de comer y estaba sentado tranquilamente bebiendo y conversando con Svipdag, Hvitserk, Beigadh y unos pocos más de quienes lo habían acompañado en la expedición de aquel verano.

Un par de soldados subieron pesadamente la escalera y jadeando le comunicaron lo sucedido: que un guerrero del tamaño de un oso había llegado a la mansión y matado a uno de los hombres. ¿Debían acabar con él sin más?

Hrolf se acarició su corta barba de color oro cobrizo.

—¿Fue el hombre asesinado sin motivo? —preguntó.

—Sí..., sí, por decirlo así —dijo quien le había llevado la noticia.

Con el mismo tono suave, el rey Hrolf quiso conocer exactamente lo que había sucedido. Toda la verdad salió a luz.

Entonces se enderezó en el banco, el invierno le cubrió los ojos, y todos recordaron que aquel hombre menudo de voz suave era hijo de Helgi el Temerario.

—De ningún modo tendréis mi permiso para matarlo —dijo; ellos se arredraron a cada palabra—. Habéis adquirido aquí el feo hábito de arrojar huesos a gente inocente. Ello va en contra de mi honor, y es la peor de las vergüenzas. A menudo os he sorprendido, pero no habéis hecho caso. Por la cortada cabeza de Mimir[1], ya es hora de que recibáis una lección. ¡Traed ese hombre a mi presencia!

[1] Uno de los Ases, cuya cabeza cortada consultaba Odín como oráculo. (J. M. L.)

Librodot

Entre erizados aceros, Bjarki entró. No parecía inmutarse.

—Salud, mi señor —dijo orgullosamente.

Hrolf lo miró un instante.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Vuestros guardias me llaman la «empalizada de Hott» —rió el noruego—, pero me llamo Bjarki, hijo de Björn, que era hijo del rey de las Tierras Altas.

—¿Qué crees que deberías darme por el hombre de mi séquito al que mataste?

—Nada, señor. Cayó por sus propias acciones.

—Hum, tendré que arreglarlo con sus parientes... Bien, ¿serás mi hombre y ocuparás su lugar?

—No es que me niegue a ello, señor. Pero es que a Hott y a mí no se nos debe separar a causa de ello, y los dos debemos sentarnos más cerca de vos que lo hacía el otro sujeto. De otro modo nos iremos.

El rey frunció el ceño.

—No veo qué voy a ganar con Hott —dijo. Después de mirar de nuevo al rostro que se cernía sobre él, añadió—: No obstante, él siempre tendrá aquí alimento.

Bjarki prestó juramento al momento sobre la espada Skofnung. Nadie pensó en degradar la ceremonia por pedirle a Hott que hiciera lo mismo. El noruego volvió a la sala, hizo señas al joven de que se acercase y buscó un sitio donde sentarse. No escogió el mejor, ni tampoco el peor. Más cerca del sitial de lo que hubiera pensado, arrojó a tres hombres adormilados en un banco fuera de él, y se sentó con Hott a su lado. Cuando oyó que le insultaban, se encogió de hombros y dijo:

—Ya he visto las buenas maneras que usáis aquí —el rey Hrolf así mismo dijo a los hombres que no podrían quejarse por ser tratados de la manera que ellos trataban a los demás.

De este modo, Bjarki y Hott continuaron en la mansión durante algunas semanas. Nadie se atrevió a hacer nada contra ellos, y poco a poco el muchacho empezó a ganar peso y a dejar de estar encogido, pero siguió sin encontrar a nadie que quisiera ser su amigo.

V

Conforme se fue acercando el *Yule,* la gente estaba cada vez más temerosa. Bjarki preguntó a Hott a qué se debía.

—La Bestia —se estremeció Hott.

—Deja de castañetear los dientes y habla como un hombre —dijo Bjarki.

A trompicones le contó la historia.

—Durante dos inviernos, una bestia grande y horrible viene hasta aquí, en esta época del año, una cosa alada que vuela. Causa grandes estragos, matando rebaños y manadas; nadie puede construir establos para guardar lo poco que le queda. Esto fue lo que arruinó el sustento de mis padres y me trajo aquí.

—Esta mansión no está tan bien gobernada como yo pensé, si una bestia puede asolar libremente el reino y las posesiones del rey.

—Los hombres han intentado matarla. Las armas no mordían, y algunos de los mejores nunca volvieron. No es una bestia, realmente, creemos. Es un troll —Hott miró a su alrededor y acercó los labios al oído de Bjarki—. A veces he oído, por casualidad, a Svipdag y sus hermanos preguntarse si no será un regalo de la reina bruja Skuld. Ellos dicen que debe estar amargada pensando que la casaron con un simple rey tributario, allí junto al Lago de Odín donde los esclavos son ahogados en honor del Tuerto.

Temeroso de hablar más, se escabulló a trabajar. Se había convertido en el mozo de cuadra, criado y recadero del noruego. Entre una y otra tarea se magullaba entrenándose en el

uso de las armas, que odiaba e intentaba vanamente evitar.

En la víspera del *Yule* las ofrendas fueron mal realizadas, ya que nadie se atrevía a salir fuera de techado luego que oscurecía. La fiesta de palacio fue poco vistosa. El rey Hrolf se puso de pie y dijo:

—¡Escuchadme! Mi voluntad es que todo el mundo esté tranquilo y en paz esta noche. Prohíbo a mis hombres que ataquen a ese demonio. Que el ganado sufra la suerte que le esté reservada; pero no quiero perder a ninguno más de vosotros.

—Sí, señor, sí, sí —dijeron las aliviadas voces. Bjarki estaba sentado callado, sin prestar atención.

Los fuegos fueron apagándose. El rey y la amante que por aquel entonces tenía se fueron a su torre. Los hombres de la guardia se estiraron en los bancos, arrebujados en las mantas. Habían bebido mucho para desechar sus temores, y pronto las tinieblas se llenaron de ronquidos.

Bjarki se levantó. Sacudió a Hott, que dormía en el suelo a sus pies.

—Sígueme —le susurró.

Había observado dónde estaba en la habitación de la entrada su equipo de batalla, y lo cogió en la oscuridad. Fuera, la noche se extendía fría y silenciosa, clara y estrellada, una curvada luna brillando pálidamente sobre la escarcha y el vaho de la respiración. Bjarki se puso la cota de malla y la camisa de guata en medio del empedrado.

—Ayúdame a ponérmelo —le ordenó.

Hott ahogó un gemido.

—Señor, no pensaréis...

—Pienso hacerte un nudo en el espinazo si despiertas a alguien. ¡Deja de gimotear y échame una mano!

Para cuando Bjarki se había puesto el equipo completo, Hott estaba demasiado asustado para andar.

—Vos, vos, vos vais a poner mi vida en peligro... —gimió.

—Oh, probablemente no llegaré a tanto —dijo Bjarki—. En marcha —el joven no podía. Bjarki lo alzó, se lo echó sobre un hombro, y a grandes zancadas salió del patio. Coger un caballo habría hecho demasiado ruido.

Percibieron un gran estrépito poco después de haber salido por una de las puertas de la ciudad. Las vacas mugían de terror, en uno de los prados del propio rey a una milla de allí. Bjarki irrumpió en un trote que martilleaba sobre el suelo helado, a lo largo del arroyo que relucía con resplandor sombrío. Cerca del prado, se ensanchaba en una especie de pantano, donde los juncos muertos sobresalían rígidos sobre el hielo. Por encima del redil, una sombra borraba las estrellas. A través del clamor del ganado se oía un roce de cuero y un ventarrón poderoso.

—¡La Bestia! ¡La Bestia! —chilló Hott—. ¡Viene a tragarme! ¡O-o-o-oh!

—Deja de gritar, canalla —le atajó bruscamente Bjarki.

Le despegó los dedos que estaban aferrados a las anillas de su malla y soltó su fardo sobre el pantano. Hott se estrelló en el hielo y se acurrucó para ocultarse en el agua y el fango que había por debajo.

El noruego empuñó el escudo y fue al encuentro del monstruo.

Éste lo vio, osciló en lo alto y se preparó a abalanzarse: una cosa sin plumas de enormes alas nauseabundas, garras y pico crueles, cola como un timón fustigante, cresta escamosa por encima de unos ojos tortuosos. Bjarki se plantó sobre sus pies y puso la mano en el puño de su espada.

El arma no podía salir de la vaina.

—¡Brujería! —se quejó.

El monstruo siseó perfilándose contra el desvaído brillo del Puente[1]. Las alas

[1] La Vía Láctea (J. M. L.)

Librodot

impelieron el aire, y se lanzó en picado.

—Espada de los elfos... —Bjarki tiraba de Lövi hasta que crujió la vaina. Entonces quedó desnuda para destellar bajo las estrellas.

La criatura, de la misma esencia que los trolls, estaba casi encima de él. Un fétido olor abrumaba sus pulmones. Sosteniendo firmemente el escudo, atacaba por detrás de él. El pesado cuerpo le golpeó, un sordo estruendo metálico, un torbellino de aire y un silbido procedente de unas fauces de dientes afilados que parecían sonreír burlonamente. Bjarki se tambaleó hacia atrás. Cualquier otro hombre habría quedado aplastado, con los huesos rotos. Pero su espada ya había mordido. Entró entre un ala y una pata, cortó piel, carne y costillas, y llegó hasta el corazón.

El monstruo se contorsionó y se estrelló contra el suelo. Durante unos instantes estuvo revolcándose. La tierra temblaba bajo los golpes de las alas. Cuando la mayor parte de su fría sangre se hubo derramado sobre la escarcha, murió.

Bjarki resopló para recobrar el aliento y fue en busca de Hott.

Tuvo que tirar del infeliz, cegado por el miedo como estaba, temblando y lloriqueando, para sacarlo del pantano, llevarlo a cuestas hasta donde yacía el animal, todavía moviéndose de manera refleja, y depositarlo allí en el suelo. Señalando a la herida, de la que brotaba sangre negra, le dijo:

—Bebe de esto.

—No, oh, no, os lo suplico —Hott lloraba a lágrima viva.

—¡Bebe, te digo! ¿No te he contado lo que mi hermano Frodhi el Alce hizo por mí? Quienquiera que haya llamado a esta cosa, fuera de no sé qué infierno, quería que hubiese fuerza dentro de ella.

Hott se arrastraba sollozando. Bjarki le dio un tortazo y le prometió algo peor si no obedecía. El muchacho cerró los ojos y puso la boca en el boquete que había hecho su espada. A pesar de lo mucho que bebió, Bjarki le hizo engullir dos largos tragos más. Después, el noruego arrancó el corazón a la bestia, se lo ofreció, y dijo:

—Toma un mordisco de esto.

Hott lo hizo. Había dejado de temblar. Cuando hubo masticado la carne, dio un salto.

—¿Cómo...? —miró alrededor maravillado—. ¿Cómo? El mundo es hermoso.

—Te sientes mejor, ¿eh? —dijo Bjarki mientras enfundaba de nuevo la espada élfica en su vaina de corteza de abedul.

—Me siento... como si hubiese despertado de la muerte.

Bjarki palpó los brazos de Hott.

—Sabía que había buenos músculos en ti, una vez que estuvieses adecuadamente alimentado —dijo con un gruñido—. Lo que necesitabas era tensarlos —se desabrochó el cinturón de la espada—. Probémoslos.

Mucho tiempo lucharon hasta que Bjarki pudo al fin poner a Hott sobre una rodilla, mucho más tiempo del que le habría llevado incluso con Svipdag. Levantándolo de nuevo, resolló alegremente:

—Ahora tienes un poco de fuerza. No creo que necesites temer más a los hombres de la guardia del rey Hrolf.

Hott alzó las manos al cielo y gritó con el calor de la juventud:

—Desde esta noche, no los temeré..., ¡ni a ti, ni a nadie ni a nada!

—Eso está bien, Hott, amigo mío —dijo Bjarki—. Creo que ya he pagado una deuda que tenía —sonrió. Tampoco él era viejo—. Ayúdame a colocar el cadáver de tal modo que piensen que está vivo.

Riendo como borrachos, lo hicieron. Después volvieron en silencio a la mansión, se acostaron, y se comportaron como si nada hubiese sucedido.

Por la mañana, el rey preguntó si se había sabido algo del demonio, si se había hecho notar de alguna manera durante la noche. Le respondieron que el ganado de los alrededores de la ciudad no parecía haber sufrido ningún daño.

Librodot

—Comprobadlo —ordenó.

Los vigías lo hicieron. No había transcurrido mucho tiempo cuando regresaron corriendo estrepitosamente, y dijeron jadeando que habían visto la Bestia y que se dirigía hacia allí.

Los hombres, con gran estruendo, se apresuraron a empuñar las armas. El rey les ordenó que se comportasen como valientes y que cada uno hiciese lo más posible para quitarle la vida al monstruo. Iba a la cabeza de la expedición. Cuando descubrieron la gran forma oscura, apoyada sobre las rígidas alas en el glacial amanecer, se apretaron unos contra otros para formar un cuadro de escudos, y un solemne silencio cayó sobre ellos.

Después de un rato, el rey dijo lentamente:

—No creo que ni siquiera se mueva. ¿Quién obtendrá la recompensa por ir a ver lo que pasa?

Bjarki habló en voz alta:

—Verdaderamente sería algo digno de un hombre valiente llevar a cabo eso a la vista de todos —dio una palmada en la espalda al joven que lo había seguido—. Hott, compañero mío —dijo—. Aquí está tu oportunidad de lavar la afrenta con que te han calumniado, de que no tienes fuerza ni coraje. ¡Ve a acabar con aquella peste! Ya ves que ninguno de los demás se atreve.

Las miradas de todos se clavaron en la cabeza de cabellos rubios que de repente se había erguido tanto.

—Sí —dijo Hott—, yo iré.

El rey enarcó las cejas.

—No veo de dónde has podido sacar esta audacia, Hott —dijo—. Tienes que haber cambiado en muy poco tiempo.

—No tengo armas de mi propiedad —fue la respuesta. Señalando una de las dos espadas que llevaba el rey Hrolf, añadió—. Dadme vuestra espada Empuñadura de Oro, y acabaré con la Bestia o será mi perdición.

Hrolf le miró por un instante antes de decir:

—No es adecuado que esta espada la lleve nadie sino un bravo mozo digno de confianza.

—Pronto veréis que yo lo soy.

—¿Quién sabe si no se ha producido incluso más de un cambio en ti que nunca imaginamos que veríamos? Es como si fueses un ser por completo diferente... Bien, toma la espada, pues, y si puedes realizar esta hazaña, quizá piense que eres digno de poseerla.

Pocos habían seguido esta conversación. Estaban demasiado pendientes de la horrible cosa que tenían enfrente. Pero todos vieron que Hott desnudaba la espada y salía corriendo hacia ella. De un único golpe, la derribó por entero.

—¡Mirad, señor! —exclamó Bjarki—. ¡Qué cosa tan valerosa ha realizado!

Pasmados al principio, los hombres estallaron en gritos de júbilo, blandieron las armas, hicieron resonar las espadas contra los escudos, se precipitaron a abrazar a Hott y a llevarlo en sus hombros. Hrolf se mantuvo atrás, como Bjarki. El rey le dijo en voz baja:

—Sí, se ha convertido en algo distinto de lo que era. Sin embargo, Hott solo no ha matado a la Bestia. Más bien, lo hiciste tú.

El noruego se encogió de hombros.

—Pudiera ser.

Hrolf asintió.

—Lo vi en seguida cuando llegaste aquí: que había pocos como tú. Con todo, me parece que tu mejor obra es haber hecho un hombre de ese, hasta ahora, infeliz de Hott.

Los hombres se aproximaron. Hrolf levantó la voz.

—Ahora no quiero que se le llame más con un nombre de esclavo como Hott. Que se le llame por la espada Empuñadura de Oro que ha ganado —y, volviéndose al ruborizado joven guerrero, dijo—: De aquí en adelante serás Hjalti.

O sea, «Empuñadura», y en la empuñadura de la espada rey se convirtió, como Bjarki era la hoja de la espada y Svipdag el escudo.

VI

De aquel día en adelante, Bjarki y su amigo se ganaron la buena voluntad, y hasta la incondicional adoración de los hombres de la guardia. Al principio al mozo no se le vio mucho en la mansión. Después de reunir alimentos y cosas útiles para ayudar a sus padres, trató de compensar el tiempo perdido echándoles el lazo a todas las mujeres disponibles en muchas millas a la redonda. Bjarki se comportó más gravemente. Ganó la estrecha amistad del rey, que le hizo grandes regalos, y de Svipdag, el del parche en el ojo. Los tres juntos sostuvieron largas conversaciones sobre cómo ensanchar y fortalecer el reino y qué se podía hacer por su bienestar.

Bjarki también empezó a ver con mucha frecuencia a la hija mayor de Hrolf, Drifa, que estaba convirtiéndose en una hermosa dama. Y, al estar más entre los guerreros de lo que le era posible al rey —que tenía que ir a los *Things,* escuchar los problemas y disputas del pueblo, pronunciar juicios, actuar de anfitrión de los visitantes, vigilar sus propias y extensas posesiones, y otras muchas cosas—, Bjarki se esforzó por lograr que la tropa corrigiese sus maneras.

Svipdag le dijo:

—Pienso que nuestros doce *berserkir* son la raíz de todas las malas costumbres. Intimidan a la mayoría de los hombres, que entonces tienen que descargarse en alguien más débil. Desearía que pudiésemos librarnos de ellos, y estoy seguro de que el rey Hrolf desea lo mismo, por muy útiles que puedan ser en la batalla. Pero son seguidores fieles y no le han dado motivo real para despedirlos.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el noruego.

—Al frente de una banda que ha asolado las tierras sajonas. Mira, el rey no quiere sojuzgar a los sajones bajo su poder. Tienen demasiados lazos más al Sur. Pero ellos nos han estado hostigando, incitados, a mi parecer, por el conde sueco de Ais. Y no podremos obligar a los jutos a que formen parte de Dinamarca, como esperamos, hasta no haber convencido a golpes a los sajones de que mejor harían en dejarnos solos. Nuestras avanzadas decidieron invernar allí, y estarán de vuelta en primavera.

Más tarde, Bjarki preguntó a Hjalti qué se podía esperar de los *berserkir.* El muchacho le contó la costumbre que tenían al llegar, de dirigirse a todo el mundo en la mansión y preguntarles si se consideraban tan valientes como ellos.

—Han aprendido a convertirlo en algo meramente simbólico por lo que concierne al rey, y también a esos tres hermanos de Svithjodh; pero los demás tienen necesariamente que humillarse ante ellos.

—Pequeño es el número de los hombres verdaderamente valientes entre los seguidores del rey Hrolf, si soportan palabras de desprecio de los *berserkir* —dijo Bjarki.

El tiempo pasó, hasta que llegó la tarde en que, cuando en la mansión se estaba preparando la cena, se abrió la puerta y entraron los doce hombres enormes, grises por el acero, brillando hasta parecer campos de hielo.

—¿Te atreves a igualarte con cualquiera de ellos? —le susurró Bjarki a Hjalti.

—Con cualquiera o con todos.

Los doce avanzaron pesadamente hasta el sitial y preguntaron al rey Hrolf la fórmula acostumbrada. Él respondió de tal manera que pudiera mantener su orgullo al mismo tiempo que una paz insegura. Luego se dirigieron a los bancos. Uno a uno, con voces en las que podía percibirse el odio, los guerreros fueron reconociéndose más débiles que ellos.

Agnar, su cabecilla, había visto a Bjarki y pensó que no era un muchacho de poca monta el que había venido. Sin embargo, se fue hacia el noruego y rezongó:

—Bien, Barbarroja, ¿te crees tan bueno como yo?

Bjarki sonrió.

—No —ronroneó—, no lo creo. Me considero mejor que tú, sucio hijo de puta.

Se puso en pie de un salto, agarró al *berserkr* por la cintura, lo levantó y lo arrojó al suelo con un gran estrépito. Hjalti hizo lo mismo con el siguiente.

Los hombres gritaron. Los *berserkir* aullaron. Bjarki, con un cuchillo en la mano, mantenía a Agnar en el suelo, con un pie puesto encima. Hjalti había sacado la espada Empuñadura de Oro y, amenazándolos con ella, sonreía a la decena de *berserkir* que se arremolinaban ante él, mascullando injurias.

Hrolf saltó del sitial y se apresuró a acudir.

—¡Detente! —le gritó a Bjarki—. ¡Que haya paz!

—Señor —dijo el noruego—, este bellaco va a perder la vida a no ser que reconozca que es inferior.

El rey contempló a la pareja que yacía aturdida bajo los dos amigos.

—Eso está hecho —dijo, incapaz de permanecer serio del todo.

Agnar refunfuñó algo y Bjarki dejó que se levantase, y lo mismo hizo Hjalti con el otro. Todo el mundo volvió a sus asientos, los *berserkir* a los suyos con el corazón entristecido.

Hrolf se levantó y habló severamente a sus guerreros. Aquella noche, les dijo, habían visto que nadie era tan valiente, fuerte o descomunal que no pudiera hallarse su igual.

—Os prohíbo suscitar más peleas en mi casa. No importa quién sea el que rompa la prohibición, ello le costará la vida. Contra mis enemigos podéis ser tan furiosos y rabiosos como deseéis, y de este modo ganar honor y fama. Ante un tropel tan excelente de guerreros como sois, no tengo necesidad de estar manteniendo siempre el orden. Y os digo: ¡Haceos dignos de vosotros mismos!

Todos alabaron las palabras del rey y se juraron amistad.

No fue sino un puro disimulo por parte de los *berserkir.* Siguieron con su odio hacia Bjarki y Hjalti, no perdiendo oportunidad de murmurar sobre ellos y hablándoles siempre malhumoradamente. Sin embargo, no se atrevieron a causar auténticos problemas. En cuanto dejaron de incordiar y humillar al resto de los hombres, éstos a su vez perdieron su arrogancia. En breve tiempo, no sólo trabajadores y sirvientes, sino hasta los mismos esclavos, decían que la casa del rey Hrolf era un sitio feliz donde vivir.

Los guerreros, sin embargo, estaban con frecuencia alejados de ella, porque en aquellos días Hrolf estaba intentando sojuzgar a los jutos. Grandes fueron las hazañas realizadas en playas, colinas y brezales, en bosques y valles; y astutas también eran las estratagemas ideadas por el rey. La narración de sus batallas sería demasiado larga, porque es únicamente una narración de victorias.

En casa vivía en pleno esplendor. Así es como sentaba a sus hombres: a su derecha estaba Bjarki, reconocido el primero de todos y por eso era el Mariscal. Habían acabado llamándolo Bodhvar-Bjarki, Batalla-Bjarki, que le sentaba tan bien que incluso hoy se habla de Bodhvar refiriéndose a él, como si ése fuese el nombre que su padre le hubiese otorgado. Pero Bjarki es completamente adecuado, y a más de una trova en la que se insta a los hombres a que se apresten para el combate se la llama un *Bjarkamaal.* Aunque terrible en la guerra, era de ánimo alegre y generoso, perdonaba siempre la vida a los enemigos que se le entregaban, nunca poseía a una mujer en contra de su voluntad, y le gustaba hacer reír a los niños pequeños. A la derecha de Bjarki se sentaba Hjalti el Noble. El rey le había puesto este sobrenombre, porque todos los días se encontraba con los hombres de la guardia que se habían portado tan malvadamente con él y no tomaba ninguna venganza, ni siquiera entonces que les ganaba en fortaleza a todos ellos, a pesar de que Hrolf, con toda seguridad, habría encontrado disculpable que les hubiese devuelto unos cuantos recuerdos.

Librodot

Más lejos de él se sentaban algunos de los que eran considerados como los mejores: Hromund el Duro; el tocayo del rey, Hrolf el Veloz; Haaklang, Hrefill el Fuerte, Haaki el Osado, Hvatt el de la Alta Cuna, y Starulf.

A la izquierda del rey estaban aquellos que no eran inferiores a ninguno excepto a Bjarki y a Hjalti —o sea, Svipdag, Beigadh y Hvitserk—. A la izquierda de éstos iban los *berserkir* encabezados por Agnar. Eran unos compañeros de banco bastante taciturnos, pero se habían ganado este honor por su fortaleza. De todos modos, los hermanos de Svitjodh tampoco eran muy extrovertidos. Svipdag, especialmente, podía llegar a ponerse muy melancólico cuando estaba borracho, como si se acordase de alguien desaparecido hacía años.

Las demás plazas, a ambos lados de la sala, estaban atestadas de selectos luchadores, cuyo número ascendía a más de trescientos. Eran una banda turbulenta, una alegre y bulliciosa tropa, cuyos gritos y carcajadas resonaban en toda la ciudad, como así mismo en la campiña de los alrededores.

Además estaban los trabajadores de la casa, y habitualmente también huéspedes. Conforme fue creciendo la fama del rey Hrolf, y las aguas y caminos daneses fueron limpiándose de bandidos, los barcos afluyeron a Roskilde, Köbenhaven y demás puertos, trayendo bienes que podían proceder de Finlandia o del Mar Blanco, de Irlanda o de Gardaríki, del profundo corazón de Saxland, o de más lejos todavía. A cambio, los daneses entregaban pescado y ámbar extraídos de las olas, carne, manteca, queso y miel de sus fértiles granjas. Pero también ellos estaban botando, cada vez más, cascos y dirigiendo proas hacia el mundo exterior.

Resultaba costoso vivir como el rey Hrolf, sobre todo porque era el más pródigo de los dadivosos. Sin embargo, las riquezas que afluían conforme su paz fue extendiéndose eran suficientes y aun sobraban. Además de los pagos de los reyes tributarios, él mismo era propietario de exuberantes acres de tierra y de una extensa flota pesquera. No necesitaba establecer penosas gabelas sobre la pesca, las granjas y el comercio; ni tampoco, cuando las guerras decrecieron por falta de enemigos, echó de menos el botín que solía ganar con ellas.

Más difícil resultaba mantener tranquilos a sus hombres. En general, siempre encontraba alguna solución. Todos poseían algo, bien fuese en tierras o en barcos, que tenían que inspeccionar a menudo. Todos tenían así mismo amantes en los alrededores que los mantenían cómodos y bien calientes, y ahora muchos dormían en sus propias casas cerca de la mansión. El rey les hacía practicar todo género de juegos y artes, que llegaron a realizar con habilidad y orgullo.

Fuera lo que fuese lo que emprendieran, Bjarki siempre era el mejor en todo. Llegó a ser el preferido del rey, quien en el transcurso del tiempo le regaló hasta doce granjas diseminadas por toda Dinamarca —y, como colofón, a su hija Drifa como esposa—. Eran una pareja feliz, el barbarroja y la augusta joven de trenzas rubias; la gente decía que parecían Thor y Sif.

En cambio, Hrolf seguía sin casarse. Habiendo muerto Bjovulf y estando Götaland sumida en los disturbios, no había una auténtica compañera digna de él en ningún lugar de las tierras del Norte, salvo, quizá, en Svithjodh, donde el rey Adhils difícilmente estaría dispuesto a tenerlo por aliado.

—Además —le dijo una vez a Bjarki—, tengo demasiadas cosas que hacer para permitirme que una mujer llegue a ser algo más para mí que una compañera de lecho —el Mariscal creyó percibir en el tono del rey cierta melancolía.

Nada de todo lo dicho se realizó de la noche a la mañana. Llevó cinco años desde el día en que Bjarki entró a caballo por primera vez por las puertas de Leidhra; y violento fue el juego de la espada. Hacia el final, las cosas fueron más rápidas. Los reyes subsidiarios y caudillos jutos vieron que no había esperanzas de evitarlo. Más aún, ellos y los que estaban bajo sus órdenes llegaron a comprender que cualquiera que tuviese a Hrolf Helgisson por soberano, obtenía cosas que compensaban con creces lo que él les pedía a cambio.

Tenían paz. En adelante a ningún jefe de la vecindad se le metería en la cabeza la idea

Librodot

de venir a matar, quemar, saquear, violar y capturar esclavos; y si se atisbase cualquier cosa parecida a una amenaza procedente del extranjero, en seguida el Alto Rey de Leidhra podría congregar más guerreros, los más expertos y temibles, de tal modo que nadie se atreviese a enfrentarse con ellos. Al principio, los cuervos se atracaron con la carne de los proscritos colgados, las gaviotas con la de los vikingos arrojados a la playa. Después, las aves estuvieron hambrientas. El granjero y el pescador podían hacer sus faenas libres de temor; el mercader que tuviese una empresa en mente, el colono que quisiera cultivar nuevas tierras, se atrevían a hacer planes.

El Alto Rey era justo. La más pobre e indefensa abuelita podía dirigirle la palabra cuando estaba de gira por la Dinamarca que él había construido, y tener la seguridad de que el rey la escucharía pacientemente. El más arrogante rey subsidiario, conde o *sheriff* tenía que responder por cada yerro cometido. Sin embargo, Hrolf nunca era más severo de lo necesario. Cuando estaba juzgando una disputa, intentaba en la medida de lo posible que los hombres se reconciliasen.

—Si das un poco al mismo tiempo que ganas un poco —solía decir—, no perderás nada. Al contrario, eso supondrá que, después de muerto, la gente se alegrará de recordarte y hará ofrendas a tu memoria.

El comercio se extendió como un benevolente fuego. Cualquier habitante de las islas, de Escania o de Jutlandia podía acudir a los mercados y regatear por lo que los patronos de los barcos habían traído. Era algo más que meras mercancías; era artes, oficios, técnicas hasta entonces desconocidos, era noticias, sagas, poemas y canciones del extranjero, para levantar los ánimos por encima de los estrechos recintos de las casas.

De este modo, cuando Hrolf Helgisson llevaba ya treinta y cinco años sobre la tierra, gobernaba un reino solamente menor en extensión que Svitjodh, pero mucho más rico, feliz y abierto al exterior. Majestuosa como un cielo de verano, la paz le servía de techo; y a nadie dio motivos para llorar, excepto a esos pocos que seguían odiándolo, y a una mujer, muy lejos en Uppsala, que lo amaba.



Librodot

6

La historia de Yrsa

I

En el último año que Hrolf pasó edificando su reino, las cosas que hizo no fueron más que un trabajo de carpintería. Algunos hombres se quejaban de no tener que luchar. Bjarki no se encontraba entre ellos; no tenía necesidad de exhibir su virilidad o de ganar botín. Sin embargo, cada vez estuvo más meditabundo, y aquello continuó incluso después de haber regresado a casa. Enorme fue la fiesta de la víspera del *Yule* en Leidhra. La mansión estaba repleta del estrépito causado no sólo por los guerreros sino también por multitud de huéspedes: reyes tributarios, condes, *sheriffs* y terratenientes de todos los lugares del reino, así como extranjeros que pasaban el invierno en Roskilde. Pequeños granjeros, mendigos y vagabundos se sentían mejor allí que si hubieran sido jefes de las principales casas. A Hrolf lo entristeció que su cuñado Hjörvardh y su hermana Skuld no hubiesen venido. De todo lo demás se sintió feliz y orgulloso.

Los escaldos cantaban viejas trenas sobre sus antepasados y otras nuevas sobre él, y a él no le faltaban anillos que quitarse y repartir en recompensa, ni tampoco buenas armas y costosas ropas que ofrecer a los amigos. Los fuegos saltaban y rugían, las velas de junco ardían con claridad, llenando el aire con su calidez, con el dulce olor del enebro, con los destellos del oro, de la plata, del cobre y del acero pulido. Las figuras grabadas en pilares y paneles parecían agitarse, como si quisieran salir de las sombras para unirse al regocijo. Charlas, risas, choques de cuernos y de copas, rodaban bajo el techo como el oleaje. Los bancos estaban atestados de señores y damas, un arco iris de colores, el brillo estrellado de las joyas. De aquí para allá se escurrían los criados, esquivando los sabuesos repantigados en el suelo royendo un hueso y meneando la cola. Ya habían quitado las mesas de caballete. Buey, jabalí, ciervo, oveja, cisne, gallo, perdiz, ballena, foca, atún, platija, bacalao, ostra, langosta, pan, manteca, queso, salchichas, puerros, manzanas, miel, nueces... éstas y otras muchas cosas se convertían en estómagos repletos y regustos agradables. Había llegado el momento de las bebidas: cervezas de diferentes clases, morena o rubia; hidromiel, espeso y dulce o ligero y ardiente; vino de bayas danesas o de viñedos de las tierras del Sur. Algunas cabezas empezaban a sentir tanto ruido dentro de ellas como fuera. Sin embargo, no se había pronunciado una sola palabra que no fuese amistosa.

Con una sonrisa resplandeciente, el rey Hrolf miró a derecha e izquierda y dijo:

—Gran poderío se ha reunido aquí en una sola sala —se inclinó hacia Bjarki, que se sentaba inusualmente en silencio, con su esposa Drifa a su lado. Más allá, Hjalti y una

doncella sentada en sus rodillas estaban enzarzados en una alegre discusión—. Dime, amigo mío, ¿conoces a algún rey como yo, que gobierne sobre hombres como vosotros?

—No —dijo el noruego—, a ninguno. Vuestra obra nunca será olvidada —luego, lentamente, añadió—: Creo que queda una cosa que empaña vuestro honor regio.

Cogido de improviso en su feliz disposición de ánimo, Hrolf le preguntó de qué se trataba.

Bjarki le devolvió la mirada y sopesando las palabras respondió:

—Lo que os degrada, señor, es que no vais a buscar a Uppsala la herencia de vuestro padre, el tesoro que sin ningún derecho guarda el rey Adhils.

Svipdag, a la izquierda del elevado asiento, se inclinó por delante de la amante de Hrolf. El único ojo centelleó repentinamente en su severo rostro lleno de cicatrices.

Hrolf no podía negar que aquello no fuese una vergüenza para él, y en consecuencia una amenaza para su dignidad. Lo que dijo en voz alta fue:

—Sería difícil apoderarse de él. Porque Adhils es un hombre sin honor. Más aún, es experto en brujería, malvado, taimado y avieso, y de él siempre hay que temer lo peor.

—Incluso así —dijo Bjarki—, lo más conveniente para vos, señor, sería reclamar lo que os es debido, y si es preciso buscar a Adhils y ver qué responde a ello.

Hrolf guardó silencio un instante antes de decir:

—Gran empresa es la que has nombrado; porque tengo que vengar a mi padre —lanzó una mirada a Svipdag—. Adhils es el más codicioso y excéntrico de los reyes, así que tengamos cuidado.

Bjarki se rió entre dientes, ¿o más bien gruñó?

—No desdeñaría enterarme algún día de qué clase de sujeto es.

Svipdag resolló.

—Cuando me fui de su lado, le prometí que volvería a visitarlo. Señor, la reina nos ayudaría.

—Volveremos a hablar del asunto —dijo Hrolf; el resto de la velada tuvo que esforzarse por estar alegre.

—Iréis. Sé que iréis —le susurró Drifa a Bjarki.

—Yo también lo creo —asintió él, más contento que hasta entonces.

Ella estrechó su brazo.

—Vosotros, los hombres, siempre os vais. Mi madre, ¿te acuerdas?... Mi padre la casó con un granjero, y ella le dio a su marido un hijo que cayó en una ida a la isla... Ella me decía que le parecía que era ayer cuando lo tenía en la cuna, mientras le llevaba a la tumba —irguió la cabeza adornada de oro—. Tienes que ir, Bjarki, porque tú lo quieres. Pero, ¡oh, vuelve! No te he tenido mucho tiempo.

Pese a lo ocupado que estaba el rey, durante las semanas siguientes pasó mucho tiempo hablando en secreto con sus asesores, estableciendo planes y haciendo preparativos.

—Si vamos despacio —advirtió—, Adhils seguramente se pondrá al corriente de nuestras intenciones y así tendrá tiempo de preparar algo que nos contraríe. Pero si viajamos mientras todavía dura el invierno y hay pocos viajeros por los caminos, quizá podamos ir por delante de cualquier mensaje que delate nuestra presencia.

—¿Por qué no ir por mar? —preguntó Bjarki.

El rey Hrolf frunció el ceño.

—No fue un camino afortunado para mi padre.

—Es demasiado arriesgado en esta época del año ir a lo largo de esa costa llena de incontables escollos e islas —advirtió Svipdag—. Cualquier tormenta repentina podría arrojarnos contra los arrecifes; y no estoy seguro de que el rey Adhils no pueda provocar una.

Por lo tanto, los remos sólo fueron necesarios para atravesar el Sund y llegar a Escania. Hrolf había declarado que quería hacer una gira para ver qué tal iba esa parte de su país. Con la intención de que pareciese verdad y, así mismo, para ir más rápidamente y dejar suficientes fuerzas en su recién construido reino, no se llevó consigo una gran tropa.

Librodot

Solamente escogió a sus doce jefes guerreros, a los doce *berserkir* y a un centenar de hombres de la Guardia.

Fueron con los mejores caballos, llevando suficientes remontas y bestias de carga. Las ropas que vestían eran gruesas para protegerse del frío, preciadas pieles y paños de atractivos colores. Hrolf y los doce capitanes llevaban cada uno un halcón en el hombro, tan bien entrenados que les podían quitar las correas y los capirotes para dar un espectáculo todavía más vistoso. El del rey se llamaba Calzaslargas, un gerifalte grande y brioso, con los ojos como esos escudos dorados que se dice que alumbran las salas de los dioses de la guerra. A su lado, corría a largos pasos Gram, un gigantesco sabueso rojizo que había abatido lobos, alces, verracos y hombres.

Donde Escania se iba convirtiendo gradualmente en Götaland, los daneses atajaron hacia el Norte. Aquella región de los geatas del Este era de terreno escarpado, densamente cubierta de bosques y escasamente poblada. A menudo tenían que dormir al aire libre, envueltos en sacos echados encima de ramas cortadas. Para ir más deprisa, no solían cazar sino que vivían de los alimentos secos que habían traído consigo. No se inquietaban por nada, y de su viaje nada hay que decir hasta un atardecer en que llegaron al solitario corral de un granjero.

II

Aquello fue una sorpresa. No habían visto rastro alguno de arado en las proximidades. Escasas nieves engalanaban un claro cercado de árboles de hoja perenne, techado por un cielo encapotado. Deberían haber visto antes la casa. Parecía alzarse en una sombra profunda, como si fuese otra oscuridad más, indistinta. El aire era frío, y amortiguaba los golpes de los cascos, las voces, el tintineo del metal, el crujido del cuero, los suspiros de los animales fatigados. El vaho de la respiración era turbio.

Más fácil de distinguir era el hombre que estaba fuera, excepto su rostro. Un sombrero de ala ancha lo mantenía entre tinieblas. Debajo ondeaba una larga barba gris. Era muy alto, iba envuelto en un manto azul, y llevaba una lanza.

El rey se detuvo.

—Saludos, amigo —dijo—. No temas si acampamos en tu tierra. No queremos hacerte daño.

Una voz profunda le respondió:

—No necesitáis dormir al aire libre. Pasad la noche bajo mi techo.

—Estaría mal de mi parte que hiciese lo que no pueden hacer mis hombres.

—Me refiero a todos vosotros.

Hrolf parpadeó lleno de asombro.

—¡Eres realmente temerario! ¿De verdad que puedes ofrecérnoslo? No somos pocos, y no está al alcance de un pequeño propietario acogernos a todos.

El granjero se rió de un modo que recordaba los aullidos de los lobos.

—Sí, señor. Pero ya he visto otras veces a tantos hombres llegar adonde yo estaba. No os faltará de beber esta noche, o cualquier otra cosa que podáis necesitar.

El rey comprendió que sería incorrecto negarse.

—Confiaremos en ello.

—Sois bienvenidos de verdad —dijo el granjero—. Seguidme.

Los llevó detrás de la casa. Allí encontraron un cobertizo de madera bien construido, lo bastante grande para dar cabida a todos los animales. Aparte de contener unos recipientes con heno y con agua, parecía vacío. El anciano dijo que estaba demasiado oscuro dentro para cualquiera que no conociese bien el lugar, y que él mismo guardaría los caballos en el establo

y cuidaría de ellos. Esto lo hizo de un modo extrañamente rápido.

—¿Quién eres, granjero? —preguntó el rey.

—Algunos me llaman Hrani —respondió.

Hrolf se admiró de la respuesta, porque no era un nombre corriente. Su tío Hroar lo había utilizado cuando se ocultaba del rey Frodhi. Pero aún más se admiró al entrar en la casa que parecía de tan pobre aspecto. La habitación que encontró tras la puerta era tan espaciosa y estaba tan brillantemente iluminada como la sala de su mansión, aunque tan desamparada como el establo. Había runas grabadas en las paredes.

—Aquí hay algo misterioso —susurró Bjarki a Hjalti.

El joven se encogió de hombros.

—Mejor que quedarse a la intemperie.

Hrani les mandó que se sentaran. ¿Estaban ya puestas las mesas de caballete, los trincheros de carne de cerdo caliente, las copas llenas de hidromiel? ¿Los sirvió el mismo Hrani, sin quitarse nunca el sombrero, tan rápidamente como había guardado los caballos? Lo que después les extrañaría más sería la forma tan nebulosa, semejante a la de los sueños, con que recordaban aquel hospedaje. Por el momento, la mayoría de los hombres no tardaron en estar borrachos y de buen humor, jurando que apenas habían estado alguna vez en lugar tan hermoso y dejando de lado su asombro.

Hrani se sentó junto a Hrolf. Ellos y unos pocos más de los que se reunieron alrededor estuvieron hablando. El rey se dio a conocer y le habló del motivo de su viaje. El granjero asintió y le dio consejos sobre el camino más corto para llegar a Uppsala. Svipdag le preguntó cómo lo sabía, porque la mayor parte de los pequeños propietarios rara vez salen del lugar en que nacieron.

—Aunque soy viejo —dijo Hrani—, viajo mucho.

—¿Cómo puedes vivir en esta casa tú solo? —preguntó Bjarki.

—No estoy solo esta noche, ¿no? —respondió Hrani con su risa de lobo—. Más a menudo de lo que pensáis tengo invitados, así como fuertes hijos que no están aquí en este momento. Por lo que respecta a vuestro camino... —siguió contándoles cosas que desconocían sobre aquella tierra y sus moradores. De allí llevó la conversación a sucesos del pasado. Nunca habían oído historias mejor contadas; y no pocos sabios refranes y sonoras estrofas intercalaba entre ellas. Les pareció que verdaderamente era un sujeto singular.

Pero habían cabalgado duramente durante toda la jornada. El cansancio pronto se apoderó de ellos, a lo que se añadió el excelente hidromiel que habían bebido. Hrani les ordenó que se tendieran en los bancos y en el suelo. Él no se quedó en la habitación. Los fuegos fueron apagándose.

En un momento dado el rey y sus hombres se despertaron en mitad de la noche. Sólo carbones cubiertos quedaban en los fosos, desprendiendo una luz rojiza que apenas permitía andar a tientas. Hacía tanto frío que los dientes les castañeteaban. Se levantaron, deshicieron los fardos que habían llevado en los caballos de carga, y se pusieron más ropas encima y todo lo que pudiese servirles de abrigo —excepto Hrolf y sus jefes guerreros, que resistieron con lo que llevaban puesto—. Todos estuvieron tiritando hasta que llegó el amanecer y Hrani trajo leña para echar sobre las ascuas.

Entonces preguntó el granjero:

—¿Cómo habéis dormido?

—Bien —gruñó Bjarki.

El granjero le echó una mirada al rey, más desolada que el más oscuro invierno.

—Sé —dijo secamente— que vuestros soldados sintieron que hacía demasiado frío aquí durante la noche; y lo hacía de verdad. Así que no crean que podrán resistir lo que desate sobre ellos el rey Adhils de Uppsala, si esto lo soportan tan mal —y añadió severamente—: Si queréis salvar vuestra vida, enviad de vuelta a casa a la mitad de vuestro séquito; porque no será debido al número de hombres por lo que podáis vencer al rey Adhils.

—No es un hombre corriente quien me lo dice —dijo Hrolf en voz baja—. Seguiré tu

Librodot

consejo.

Luego de haber desayunado, con palabras apacibles hizo que se volviesen los cincuenta guerreros que habían temblado más durante la noche. Nadie podía recordar más tarde qué era lo que les había dicho o por qué ninguno llegó a sentirse ofendido. Cuando el resto se disponía a partir, le dieron las gracias al granjero, deseándole que le fuese bien.

Prosiguieron su viaje a caballo, cruzando las colinas cubiertas de pinares y valles en los que se había espesado la nieve. Conforme se fueron despejando sus ánimos, comentaron quién había sido su anfitrión, y por qué les había albergado. Finalmente Bjarki dijo, malhumorado:

—Bueno, hay más cosas revoloteando por los yermos aparte de hombres y bestias, como yo tengo buenos motivos para saber. No tienen por qué ser hostiles... Sin embargo —añadió después de un instante y de echarle una ojeada al yelmo del rey, que iba delante—, tratarlos amistosamente puede resultar delicado.

Al anochecer llegaron de nuevo a un claro en el que se levantaba una casa, a cuya puerta estaba un anciano alto que llevaba un sombrero de ala ancha y un manto azul. La casa, así mismo, se percibía con dificultad en las sombras que la envolvían. Un murmullo se extendió por los hombres, un resquemor los recorrió. El rey Hrolf se detuvo y puso la mano en la espada Skofnung.

—Saludos, señor —dijo el hombre, sonriéndose—. ¿Cómo es que venís tan a menudo?

El rey respondió con firmeza:

—No sabemos qué tipo de prestidigitación se está usando con nosotros. Eres un individuo extraño.

—Tampoco os recibiré mal esta vez —dijo el granjero.

El rey miró hacia atrás a las líneas de sus hombres.

—Mejor que nos quedemos, ya que nos lo piden —les dijo—. La noche viene deprisa.

Una vez dentro, nadie se sorprendió mucho, y la hospitalidad fue buena.

Antes de que hubiese transcurrido mucho tiempo, yacían dormidos.

Se despertaron presas de una sed tal que apenas podían mover la lengua en la boca. Había un barril de hidromiel en una esquina de la habitación. Todos fueron allí a beber largamente, excepto el rey y sus doce capitanes.

Por la mañana, Hrani el granjero dijo:

—Escuchadme de nuevo, señor. Creo que hay escasa resistencia en los que tuvieron que beber durante la noche. Peores problemas tendrán que soportar al encontrarse con el rey Adhils.

Nada se pudo hacer por el momento, porque se había levantado la ventisca. Una ciega blancura chillaba en torno de la casa. Muy fuertes eran los muros de madera para no crujir bajo ese viento. Los hombres se sentaron a escuchar a Hrani desgranar tales historias prodigiosas que el día se les hizo muy corto, «como si de alguna forma nos hubiesen llevado fuera del tiempo», murmuró Svipdag a sus hermanos.

Al aproximarse el crepúsculo terminó la tormenta. Había caído menos nieve de lo que se habían imaginado; podrían reemprender el viaje al día siguiente. Hrani trajo leña y cebó el fuego. Resplandeció con extraña rapidez, cada vez más alto, un remolino rojizo y azulado sobre un lecho candente, rugiendo tan alto como antes había hecho la ventisca. Las oleadas de calor llegaban adonde estaban sentados los hombres. Se cambiaron de sitio para alejarse lo más posible. El rey Hrolf recordó el voto que había hecho de muchacho, de que nunca huiría del acero o del fuego. Permaneció donde estaba, y los capitanes a su lado, pese a que estaban chorreando de sudor y parecía que les iban a empezar a arder los ojos.

Un único destello brilló bajo el sombrero de Hrani.

—De nuevo, señor —dijo—, tenéis que hacer una selección en vuestro séquito. Mi consejo es que ninguno prosiga más adelante excepto vos y estos doce. Así quizá consigáis volver a casa; de otra manera, no.

Aturdido por el calor, el rey Hrolf trató de hablar con entereza.

Librodot

—Tengo tal idea de ti, granjero, que pienso que lo mejor que puedo hacer es prestar atención a tus palabras.

Las llamas pronto disminuyeron. Aquella noche los hombres durmieron bien, libres de sueños intranquilos.

Por la mañana, Hrolf envió a casa a los cincuenta que quedaban, junto con los *berserkir.* De nuevo, nadie protestó contra la orden hasta después, cuando ya era demasiado tarde. Una vez montado, el rey dijo al anciano:

—Quizá tenga mucho que agradecerte.

—Quizá puedas pagármelo algún día —respondió Hrani.

—Adiós hasta entonces —dijo Hrolf. Su halcón sacudió las alas a la vista de dos cuervos en lo alto; su sabueso gruñó al cercano aullido de un lobo. En breves instantes, los bosques habían ocultado la casa entre la nieve y el silencio.

Por ellos iban cabalgando Hrolf, rey de Dinamarca, que se dirigía a recuperar sus riquezas porque en ellas estaba su honor y, según esperaba, a vengar a su padre; Bjarki, el hijo del hombre oso; Hjalti, que había obtenido su virilidad de la sangre y el corazón de una criatura troll; Svipdag, cuyo único ojo miraba penetrantemente de los días pasados a los días por venir; Hvitserk, Beigadh, Hromund, Hrolf, el tocayo del rey, Haaklang, Hrefill, Haaki, Hvatt, Starulf, hombres que no se dejaban intimidar por ningún dios o demonio, con los halcones al hombro, ojo avizor. Brillaban los yelmos y las puntas de las lanzas contra el macilento cielo invernal, brillaban las cotas de malla y las capas contra las ramas verdeoscuras y la blancura sombreada de azul; apenas sentían el frío que formaba el vaho de su respiración y que hacía que las sillas crujiesen. A pesar de todo, no era una gran tropa para enfrentarse al rey de Svithjodh y a todos sus poderes sobrenaturales.

Entrando en aquella tierra, cruzando campos abiertos poblados por tantas granjas y caseríos, necesitando a veces que los transportasen de una orilla a otra, era inevitable que los viesen. Aunque tuvieron la precaución de no llamarse más por sus nombres, bien se podía haber aventurado una palabra sobre ellos y Adhils haber así adivinado la verdad. O quizá miró en una de sus calderas y vio algo en el humo u oyó algo cuando hervía, el hecho es que una tarde dijo a la reina, que estaba a su lado, alto, para que todos pudiesen oírlo:

—He sabido que el rey Hrolf Helgisson está en camino hacia aquí.

Yrsa respiró anhelante, antes de poner un rostro impenetrable.

—Está bien, está bien —sonrió Adhils—; porque seguramente obtendrá tal recompensa por sus molestias, antes de que regrese, que la historia de lo ocurrido llegará lejos.

III

Al fin el rey Hrolf y sus guerreros llegaron cabalgando a los Campos del Fyris. Esos prados se extendían estriados de vieja nieve polvorienta, cuando no oscura y endurecida al helarse, que hacía un ruido sordo bajo los cascos de los caballos. Adelante estaba el río, y en la elevada ribera oeste la ciudad de Uppsala, coronada por el templo. Sus tejados se levantaban unos sobre otros contra el blanquecino cielo, relucientes de oro; pero detrás, los árboles del bosque sagrado estaban desnudos como esqueletos. Unos cuantos grajos aleteaban y graznaban en la brisa.

Hrolf alzó el cuerno que llevaba suspendido del hombro y sopló tres veces, profundas y largas como el desafío de un uro. Picando espuelas al caballo, rompió al galope. Sus hombres fueron tras él, un resplandor de cotas de malla y de puntas de lanza que se movían como olas, un aleteo de capas rojas, azules y leonadas a través de la tierra invernal. Al cruzar el puente, la tablazón crujió bajo ellos.

Librodot

La gente se apiñaba en las atalayas y en las entradas de la empalizada para ver tan vivo espectáculo. Las puertas estaban abiertas; nadie veía ninguna razón para temer a trece extranjeros, por bien armados que estuviesen. Hrolf comprendió que ni siquiera en lo que dura un parpadeo debía actuar como si aquella amplia y poblada ciudad lo intimidase. A lo largo del camino, al atravesar las puertas, a lo largo de las calles entre los muros, iba a toda velocidad. Hombres, mujeres, niños, carreteros, cerdos, perros, gallinas debían hacerse a un lado por igual para dejarle libre el paso. Gritos furiosos le seguían. Pero nadie se atrevió a arrojarle una lanza, especialmente porque se veía claramente que se dirigía a la mansión real.

Las puertas de ésta estaban así mismo abiertas. Los hombres de la guardia atestaban el patio detrás de ellas, formando un campo de escudos en forma de media luna. Ninguno sacó las armas, sin embargo; y los cortesanos estaban esperando ricamente vestidos, las sonrisas pintadas en sus labios.

Los daneses se detuvieron. Los caballos se encabritaron, los halcones desplegaron las alas en las que se reflejaba la luz del sol, el sabueso Gram ladró una vez más.

—¡Decid al rey Adhils que tiene de huésped a Hrolf Helgisson, rey de los daneses! —gritó Svipdag.

—Bienvenidos, bienvenidos —dijo el portavoz de los suecos. No parecía extrañado de la noticia—. Es un honor para mí dar la bienvenida a un hombre tan excelso y a todo su séquito —pasó su mirada lentamente por todos ellos—. Seguramente el rey Adhils se lamentará tanto como yo de poder ofrecer su hospitalidad solamente a estos pocos que habéis traído.

—Hemos traído suficientes.

—Ah... Svipdag Svipsson... sí. Has vuelto, ¿eh?

—Dije que volvería.

—¿Queréis seguirme, pues?

Cabalgaron entre los edificios hasta llegar a los establos. Los mozos de cuadra cogieron las bridas. Al desmontar, Bjarki dijo:

—Vosotros, mozos, aseguraos de que ni las crines ni las colas de nuestros caballos estén despeinadas. Cuidadlos bien y preocupaos de que no pasen sed.

El portavoz se sonrojó al oír aquello —que allí pudiese haber algo menos que lo mejor— e hizo un signo a un muchacho, que se escabulló al instante. Después estuvo charlando un rato con los daneses, preguntándoles por su viaje. Mientras tanto el muchacho entró en la mansión *y* contó al rey Adhils lo que había sucedido hasta ese momento.

El señor de Svithjodh golpeó el brazo del elevado asiento y dijo con voz rechinante:

—¡Duro es soportar lo orgullosos y arrogantes que son! Llévale mis órdenes al mozo de cuadra principal y mira que haga lo que yo mando. Cortad las colas de los caballos, lo más cerca posible de la grupa, y también las crines hasta que se vea el cuero cabelludo. Luego guardadlos en los establos de la peor forma posible, dejándolos apenas con vida.

El muchacho se inclinó, reverente, y partió con premura. Adhils permaneció en su asiento. Estaba temblando. Como temblaban así mismo los tapices recientemente colgados de las paredes.

Al momento los daneses fueron llevados a la mansión. Nadie había en la puerta de la cavernosa entrada para recibirlos como hubiese sido lo correcto. El guía sonrió afectadamente.

—El rey os espera dentro —y se marchó.

Hjalti puso la mano en la espada.

—¡Se atreven a tratar a nuestro señor de esta manera!

Hrolf echó una ojeada al patio. Los hombres de la guardia se habían retirado, pero estaban bajo la empalizada, alineados y con cotas de malla.

—No os precipitéis —murmuró—. Nuestra llegada no es en absoluto la sorpresa que esperábamos.

Svipdag se tiró de sus caídos bigotes y dijo:

—Sí, me lo temía. Dejadme ir en primer lugar. Conozco esta casa de antes, y tengo una desagradable sospecha de la forma en que piensan recibirnos. Ahora escuchad: pase lo que pase, que nadie declare quién de nosotros es el rey Hrolf. Esto lo convertiría en el blanco, no solamente de cualquier espada o lanza si las cosas llegan hasta aquí, sino de cualquier brujería que Adhils pueda haber preparado.

El rey suspiró.

—Supongo que debiera alegrarme de que ni siquiera mi madre haya venido a nuestro encuentro —dijo—. A pesar de los años transcurridos, todavía podría haberme reconocido —se irguió—. Bueno, no perdamos el tiempo, o pensarán que les tenemos miedo.

Svipdag descansó su hacha sobre el hombro derecho —el halcón saltó al izquierdo— y se introdujo entre las figuras, que hacían muecas, talladas en las jambas de la puerta. Tras él iban sus hermanos Hvitserk y Beigadh, luego Bjarki y Hrolf, y después los demás, todos entremezclados.

La habitación de la entrada era amplia y sombría. Svipdag la atravesó y entró en la sala. Era como introducirse en la noche, de lo lóbrega que era. Apenas si vio grandes cambios alrededor. Los hogares del fuego se abrían fríos. Unas cuantas velas de junco parpadeaban en sus soportes, muy separadas unas de otras, para hacer resaltar los tapices de pesado paño. Por lo demás, la sala se extendía vacía y completamente silenciosa. En la helada oscuridad, parecía todavía más vasta de lo que era, como si las filas de oscilantes llamitas azules disminuyeran progresivamente de tamaño, como si se fuesen alejando hacia los Confines del Mundo.

Svipdag, a grandes zancadas, siguió adelante, destellante de acero. Sus amigos iban apretados detrás. Se oía susurrar en el silencio que los envolvía. De repente Svipdag se bamboleó hacia atrás.

—¡Un agujero! —advirtió—. Por poco caigo en él.

Usando las armas como bastones, los daneses encontraron que, aunque parecía extenderse a lo largo de la habitación, la zanja no era demasiado ancha para que hombres como ellos saltasen sobre ella. Así lo hicieron, y prosiguieron la marcha.

Luego fue como si colgasen a su alrededor telarañas. Estaban enmarañados en redes viscosas, invisibles y de fuertes cuerdas. Se oyó una risilla sofocada.

—Cortadlas —dijo Svipdag. Conforme el frío acero los talaba, los filamentos se desmoronaron.

Una cosa venía a su encuentro. Tenía la forma de una giganta muerta —veían la corrupción de la tumba y los ojos sin luz—, cuya piel se movía sobre los huesos y cuyas manos se abrían para estrangular a alguien. La risa de Svipdag chirrió.

—Cada vez tiene menos que ofrecernos el bueno de Adhils —dijo, y le dio un tajo. El hacha golpeó en el vacío; la giganta había desaparecido.

Cuando habían recorrido unas yardas más, otra forma apareció ante ellos. En lo alto de su trono descansaba la gruesa figura del rey sueco. Apenas podían distinguirlo, alejado en la semioscuridad entre monstruosas sombras. Svipdag levantó un brazo indicando alto. Parecía como si más trampas les aguardasen delante.

Los ojos de Adhils, ocultos para ellos en el contorno impreciso de su rostro, podían taladrar mejor las tinieblas que él mismo había fabricado que los suyos. Dijo burlonamente:

—Bien, por fin has regresado, ¿eh, Svipdag, amigo mío? *Hum, hum,* ¿qué misión trae el guerrero? No es como yo lo recuerdo: ¿ese cuello inclinado es el tuyo, falta un ojo, la frente está llena de arrugas y las manos de cicatrices, y Beigadh, tu hermano, no cojea de las dos piernas?

Svipdag se puso rígido. Sabía que parecía más viejo de lo que era; y Beigadh había recibido heridas al servicio del rey Hrolf de tal modo que no volvería a andar tan fácilmente como la mayoría. Svipdag respondió en un tono tan alto como severo.

—Según lo que me prometísteis, rey Adhils, os demando seguridad para estos doce hombres que están aquí reunidos.

Librodot

—La tendrán. Ahora entrad en la sala valiente y virilmente, con el corazón más tranquilo de lo que habéis mostrado hasta ahora.

—No os dejéis provocar —susurró Hrolf.

—Estad preparados para formar una barrera de escudos —añadió Bjarki—, porque me parece que esos tapices de las paredes están muy abultados, como si se ocultasen detrás hombres armados.

Los daneses avanzaron con cuidado, y encontraron otra zanja que debieron saltar. Entonces estaban ya cerca del sitial. Signos rúnicos ondulaban en los paños de los tapices, cuando de pronto de detrás de cada uno saltó un soldado en cota de malla.

—¡Formad un círculo! —rugió Bjarki.

No había necesidad; todos sabían lo que tenían que hacer. Escudo contra escudo, se aprestaron a combatir contra un número de hombres tres veces superior.

Hrolf arrojó su lanza. Un sueco se tambaleó con el cuello atravesado. Volaron más dardos, hasta que los atacantes se acercaron. Por los aires silbaban las espadas Skofnung, Lövi, Empuñadura de Oro y sus hermanas. En lo alto se alzó el hacha de Svipdag, girando por encima de su cabeza hasta que golpeó más allá del hombro de Hromund, quien lo protegía con su escudo. El metal retumbó. El escudo del sueco al que había golpeado se desprendió del entumecido brazo. El hacha osciló de nuevo partiéndole la sien.

Un hombre de gran estatura se acercó a Bjarki. El noruego echó su escudo hacia adelante, para golpear con su borde el del enemigo, y desviarlo hacia un lado para crear una brecha en la defensa. A través de ella golpeó su acero; y una cabeza rodó por el suelo.

La hoja de Hjalti zumbó y se precipitó sobre otro. Golpe tras golpe lo empujó a un lado, vio la escasa oportunidad que necesitaba, tajó en profundidad y le inutilizó la muñeca. Cuando el hombre aullaba dando tumbos, Hjalti lo remató. Mientras tanto, el rey Hrolf se agachaba, escudo en alto, y cercenaba una pierna de uno de los atacantes. El resto de sus hombres golpeaba y acuchillaba. Los halcones habían volado a las vigas, pero el sabueso Gram atacaba con sus colmillos, moviéndose con demasiada rapidez para que pudiesen herirlo.

En un estruendo de voces, los daneses hicieron retroceder a los suecos. Conforme éstos retrocedían en desorden, los trece formaron en cuña y cargaron sobre ellos. Las armas parecían llamas. Muertos y mutilados yacían por doquier, resonando en la oscuridad los ecos de los gritos de dolor. En Hrolf y sus capitanes, en cambio, apenas si habían quedado marcas de la lucha.

—¡Matadlos! —voceó Bjarki—. ¡Tajadlos como a perros!

El rey Adhils se puso en pie de un salto y chilló desde el estrado:

—¿Qué es este tumulto? ¡Deteneos, os digo!

Poco a poco la lucha terminó, hasta que sólo hubo silencio, excepto los quejidos de los heridos y la pesada respiración de los que habían quedado ilesos. Ojos y aceros destellaban en las sombras. Adhils vociferó a sus guardias:

—¡Debéis ser los peores de los ineptos, que os atrevéis a atacar a hombres tan relevantes..., nuestros huéspedes además! ¡Fuera! ¡Salid de la sala! ¡Que vengan sirvientes y... y luz, traed luz...! ¡Fuera, cabezas de lobo! Después os ajustaré las cuentas.

Los guerreros lo miraron fijamente. Sin embargo, comprendieron el mensaje, y después de la derrota no quisieron empeorar las cosas contradiciéndolo. Se escabulleron fuera, ayudando a aquellos de sus compañeros que podían moverse.

—¡Perdonadme! —dijo Adhils a los daneses—. Tengo enemigos, y temí una traición... Cuando entrasteis armados, lo que no es la costumbre aquí... entonces, algunos de mis seguidores se dejaron llevar por un celo excesivo, en contra de mis deseos... Pero veo ahora que debéis de ser en verdad el rey Hrolf, mi pariente, y sus famosos campeones, como dijisteis al portero. Sentaos, poneos cómodos, y alegrémonos juntos.

—Poca suerte habéis tenido, rey Adhils —gruñó Svipdag—, y deshonrado quedáis en este asunto.

Contemplaron al señor de Svithjodh. Adhils se había quedado calvo y engordado mucho. La barba que caía sobre el rico manto que cubría su panza era más gris que rubia. Sólo el filo de su nariz permanecía enjuto, y los bizqueantes y parpadeantes ojos.

Esclavos y sirvientes se apresuraron a llevarse a los muertos y heridos, a limpiar la sangre, a esparcir juncos frescos sobre el suelo, a traer lámparas y a avivar los fuegos. Con ellos llegaron nuevos hombres de la Guardia, y otros más debían de estar apiñándose en el exterior. No serviría de nada lanzarse al estrado y tratar de asesinar a Adhils. Además, tal acción mancillaría el buen nombre del rey Hrolf, después de que hubiese sido saludado con palabras amistosas, por vacías que fueran.

—Sentaos, sentaos —apremió su anfitrión—. Venid a darme la mano, mi pariente de Dinamarca.

—Todavía no ha llegado la hora de que podáis conocer quién es de entre todos nosotros —dijo Svipdag.

Hjalti se rió sarcásticamente.

—Sí —añadió—, iría en contra de vuestro... honor..., rey Adhils, si algunos más de vuestros hombres se dejasen llevar por... un celo excesivo.

—Os equivocáis conmigo, os equivocáis conmigo —resolló el hombre grueso. No se atrevió a insistir en el asunto, para no recordar a todos los presentes en la sala su humillación. Solamente podía acomodarse en el asiento y lanzar pullas—. Como queráis. Si no eres, *hum, hum,* del todo tan valiente como para darte a conocer, Hrolf, bien, que sea corno quieras —y luego de un instante añadió—: Porque veo que no vas por el extranjero como suele hacerlo la gente bien nacida. ¿Por qué no trae mi pariente más que esta pequeña tropa?

—Como no os abstenéis de usar traiciones contra el rey Hrolf y sus hombres —dijo Svipdag—, poca diferencia hay en que llegue hasta aquí con pocos o muchos.

Adhils lo pasó por alto, e hizo que trajesen un banco a los pies del estrado en el que pudiesen sentarse sus invitados. Aunque la sala no tardó en estar más iluminada y menos silenciosa, persistía una atmósfera de erizada cautela. En ningún momento la mirada de Adhils dejó de parpadear de uno a otro de los que se sentaban debajo de él. ¿Cuál de ellos, que miraban tan orgullosamente como los halcones que habían vuelto a posarse sobre sus hombros, sería el rey Hrolf, el hijo de Helgi, a quien había asesinado, y de su propia esposa Yrsa, que lo odiaba?

Había diez hombres a los que no conocía; no podía escabullirse para operar un hechizo que pudiera revelarle sus nombres. Probablemente el de la barba roja, grande como un oso, no era Hrolf, que se decía que era un hombre delgado de estatura normal. Pero ¿sería ese hombre pulcro con los cabellos doradorrojizos que se sentaba a su lado, o el joven de pelo rubio más allá que llevaba una espada con el puño de oro, o más bien el bajo y moreno pero rápido y diestro, o el flaco que había manejado tan terriblemente la alabarda, o... o todo aquello era mentira? En la ciudad había navegantes que habían visto al rey danés. Podría hacerlos comparecer al día siguiente. Parecería demasiado impaciente, sin embargo, y hasta podría crear más problemas, si los enviase a buscar aquella misma tarde. No obstante, *debía* saberlo lo más pronto posible, para establecer sus planes antes de que Hrolf llevase a cabo lo que hubiese pensado para vengar a su padre —Hrolf, que, a diferencia de su tío Hroar, nunca había jurado paz...—. ¿Podría Yrsa conocer a su hijo, a pesar de ser muy niño cuando ella lo había abandonado? ¿Por eso había permanecido en sus habitaciones?

—Preparemos los fuegos para nuestros amigos —exclamó Adhils—, y mostrémosles nuestros más efusivos votos, como habíamos pensado desde un principio.

Sus consejeros, capitanes y mayordomos se reunieron con él.

—Perdóname, pariente —dijo—, si, *hum,* tengo que hablar de algo secreto ante ti. Ya te he dicho que tengo enemigos fuertes y solapados que buscan mi vida. Y tú mismo no consideras que sea cobarde o descortés, *hum,* guardar secretos ante mí, ¿eh?

—No os ocultaremos para qué hemos venido —dijo Svipdag—. Estamos aquí por los tesoros que son para el rey Hrolf la legítima herencia del rey Helgi.

—Bueno, bueno, podemos hablar de ello —Adhils se volvió y susurró algo al mayordomo principal, que asintió y se fue, cogiendo de la manga al jefe de la Guardia para que se fuese con él. Cruzaron los tablones que ya se habían colocado sobre las zanjas, y se perdieron de vista.

Frotándose las manos *y* soplándolas entre vaharadas, el señor de Svithjodh dijo:

—Sí. Podemos hablar. Podemos sentarnos y beber como hermanos. Porque verdaderamente no te reprocharé, Hrolf, que tu padre tramase mi perdición mientras era mi huésped, ni que tú, *hum,* ahora estés mirándome maliciosamente. Quiero mostrarte honor. Por eso, si no me dices quién eres, para poder darte el asiento enfrente de mí, entonces yo me bajaré para estar al mismo nivel que tú. Aquí hace un frío bestial, ¿no? No está bien que te tenga tiritando bajo mi techo. Venid, sentémonos cerca de uno de los hogares.

Los hombres de Hrolf se miraron unos a otros, pero apenas pudieron refrenarse cuando Adhils pasó contoneándose por delante de ellos. En seguida estuvieron situados en fila en un banco muy cerca de uno de los fuegos mayores. Enfrente de ellos se sentaba Adhils y los capitanes de sus tropas. Habría parecido en exceso una planeada traición que éstos hubiesen roto la norma de que sólo podían llevarse allí dentro cuchillos de mesa. Los hombres de Hrolf conservaron sus armas, y no se dijo nada al respecto.

Trajeron cuernos. Adhils bebió a su salud y estuvo charlando alegre e insensatamente. Cada vez fue más difícil, sin embargo, verlo u oírlo. Porque hombres de su casa —guardias, por el aspecto y las maneras, aunque vestidos con las túnicas de los sirvientes— añadían, mientras tanto, turba y leña seca al fuego.

Cada vez más alto se agitaban las llamas, rojas, azules, amarillas sobre carbones demasiado calientes para que el ojo se perdiese en ellas. El ruido crecía hasta hacer retemblar los cráneos de los hombres. El techo por encima de sus cabezas parecía un cielo de tormenta lleno de humo rojizo. Las oleadas de calor no cesaban de llegar. Los halcones huyeron a lo alto, el sabueso se apartó cabizbajo.

Adhils sonrió.

—El pueblo no exagera al alabar vuestro coraje y voluntad, guerreros del rey Hrolf. Parece como si estuvieseis por encima de todos y que lo que se dice de vosotros no fuese mentira. Bien, avivemos el fuego, porque verdaderamente me gustaría descubrir quién es vuestro rey, y vosotros nunca huiréis del fuego. En lo que a mí concierne, que hoy no he estado fuera en el aire invernal, empiezo a tener un poco de calor.

Hizo una señal a sus hombres. Movieron el banco echándolo bien atrás. Los fogoneros iban de un lado para otro, trayendo siempre más combustible. Manchados de hollín, miraban maliciosos a los recién llegados.

La malla y la guata debajo de ella hacían doblemente cruel el calor. Los daneses chorreaban de sudor, que hacía que los globos oculares les escociesen como si se estuviesen cociendo al horno, hiriendo su olfato y empapándoles la ropa que se les había pegado a la piel. Chasqueaban los labios. Las lenguas eran como esos bloques de madera que los suecos traían, como si trabajasen para el mismo Surt.

—La casa de Hrani no era nada al lado de esto —dijo Hjalti, ásperamente y en voz baja—. ¿Qué pretende?

—Espera conocer al rey Hrolf por suponer que no será capaz de soportar el fuego tan bien como los demás —respondió Svipdag—. Verdaderamente desea la muerte de nuestro rey.

—Juré que jamás retrocedería ante el fuego o el acero —llegó el seco susurro de Hrolf, apenas perceptible en aquella estruendosa crepitación.

Bjarki se inclinó hacia adelante, moviendo su escudo para dar a su señor un poco de protección. Lo mismo hizo Hjalti del otro lado. Pero no se atrevieron a ayudarle demasiado para no descubrirlo.

Entornando los ojos en aquella luz deslumbradora, apenas podían ver que Adhils y sus hombres se habían movido hacia atrás lo más lejos posible. Seguro que el rey sueco sonreía

Librodot

burlonamente.

—Sus promesas y buenas palabras no significaban nada —gruñó Starulf—. Pretende quemarnos vivos.

Hjalti se miró las rodillas.

—Mis pantalones han empezado a echar humo —dijo—. Si nos quedamos aquí, estaremos asados... ¡bien asados!

Tres de los fogoneros corrieron a arrojar al fuego otro enorme tronco. Las chispas rugieron saltando. Los fogoneros se dieron la vuelta en busca de más. Se reían.

Bjarki miró más allá de Hrolf, hacia Svipdag. Habían tenido la misma inspiración. El noruego improvisó a gritos un poema:

¡Avivemos el fuego
aquí en la mansión!

Se interrumpió. Su amigo sueco y él se pusieron en pie de un salto. Cada uno agarró a un fogonero y lo arrojó en medio de las llamas.

—Ahora disfrutad del calor que os afanabais en darnos —exclamó Svipdag—, porque nosotros ya estamos bien cocidos.

Hjalti hizo lo mismo con un tercero. Quizá los demás escaparon. No pudo ser una muerte tan horrible como parece, porque ningún ser vivo pudo sobrevivir más de un latido del corazón en aquel foso.

El rey Hrolf se levantó. Cogió su escudo y lo echó sobre la zanja mientras acababa el poema a gritos:

No huye del fuego
quien salta por encima.

Sus hombres vieron en seguida su intención y colocaron del mismo modo sus propios escudos. Así taparon la hoguera hasta que pudieron saltar sobre ella.

Adhils y su gente oyeron chillidos sofocados, vieron cuerpos consumiéndose en el humo... y saliendo de las llamas, trece hombres que llegaban bramando, sin escudos pero con malla y yelmos, negros de hollín y empapados de sudor, pero más sedientos de sangre que de agua, con las ropas chamuscadas y ampollas en las mejillas, pero con armas tan destellantes como el mismo fuego.

Llenos de horror, los soldados de Adhils se dispersaron ante la banda que ya había causado tal carnicería entre camaradas que llevaban lorigas y espadas. Probablemente también, muchos sintieron que no podía provenir la buena fortuna del luchar por un señor que trataba de asesinar a sus huéspedes.

—¡Aquí estoy, pariente! —vociferó Hrolf, y se lanzó contra él. Por encima del yelmo de Hrolf la espada Skofnung oscilaba en lo alto, como su propia risa.

Adhils huyó. Uno de los pilares que sostenía el techo mostraba la figura de tamaño descomunal de un dios apoyado en su escudo, escudo que resultó ser una puerta que conducía a una cavidad. Adhils se apretujó en ella, cerró de un portazo y atrancó la puerta por dentro.

—¡Echémosla abajo! —gritó Hjalti.

—No —dijo Hrolf—. Debe de estar arrastrándose a lo largo de un túnel. ¿Acaso somos gusanos como él?

—Podría haber trampas para atraparnos si lo intentásemos —corroboró Svipdag—. No podemos estar seguros con ese brujo.

En realidad, Adhils se había escabullido hacia el exterior. Saliendo del terreno que se hallaba detrás de donde estaban los aposentos de la señora, entró en ellos. Yrsa estaba sentada. Sus doncellas retrocedieron al ver llegar al rey sudando, sucio y con las ropas en desorden.

Librodot

—Idos —dijo—. Yo... quiero hablar... con la reina.

—No, quedaos —replicó Yrsa—. Quiero testigos, para que después él no pueda mentir sobre lo que se dijo.

Las mujeres se apiñaron en un rincón. Adhils se olvidó de ellas.

—Ese hijo tuyo..., Hrolf el Danés..., está aquí —resolló—. Me ha atacado... Se ha apoderado de la sala...

Yrsa respiró, completamente aliviada.

—No te expulsó de allí sin razón —dijo con voz trémula.

—Ve a buscarle. Haz las paces entre nosotros. El escuchará tus súplicas.

—Iré, pero no en tu nombre. Primero mataste a traición al rey Helgi, mi marido; y te quedaste con los bienes que pertenecían a los que son mejores que tú. Ahora, para culminar tu infamia, querrías matar a mi hijo. Eres el peor hombre, más vil que ningún otro. ¡Oh, haré todo lo posible para ayudar al rey Hrolf a recobrar el oro, y tú no cosecharás sino males de esto, como bien mereces!

Adhils se irguió. En aquel momento no era del todo un gordo grasiento que había sido expulsado de su morada.

—Parece que aquí no se puede confiar en nadie —dijo sosegadamente—. No volveré a verte —se dio la vuelta y salió al crepúsculo que había empezado a caer. Poco después ella lo oyó al frente de sus soldados, alejándose de la casa.

IV

En seguida, la reina Yrsa se dirigió a la sala. Encontró a los daneses presa de una alegría tumultuosa, pidiendo a gritos cerveza y carne a los asustados sirvientes que todavía quedaban. Pero cuando la vieron entrar, vestida de blanco, con un manto azul y un pesado collar de ámbar, en ellos se hizo el silencio. Recorrió la habitación a todo lo largo hasta llegar al banco donde se sentaba el rey Hrolf. ¡Ahora nadie seguiría ocultando quién era él! Durante unos instantes se estuvieron mirando recíprocamente a la luz del todavía muy crecido fuego.

La espalda de Yrsa todavía era recta y ágil su cuerpo, aunque sus pies no danzaban ya sobre la tierra como cuando era la novia de Helgi. La piel del rostro ancho era clara, aunque muchas arrugas la surcaban, el cabello de bronce estaba cubierto de escarcha, y en los ojos grises se percibía una fatiga insondable. Mucho de ella había en los rasgos de su hijo, quien, sin embargo, llevaba holgadamente sobre los erguidos hombros la loriga salpicada de rojo con que había quedado victorioso.

Svipdag se dirigió nerviosamente a su encuentro. Sus enjutas mejillas parecían húmedas bajo el parche del ojo; las cicatrices de su frente se estremecieron.

—Mi señora... —comenzó a hablar. Ella no apartó su mirada de Hrolf.

—¿Sois, pues, la reina Yrsa? —preguntó el rey—. Pensé que os veríamos antes.

Ella se quedó muda.

—Bien —dijo Hrolf—, aquí, en vuestra casa, me han roto la camisa —alzó el brazo con el que empuñaba la espada, cuya manga había sido desgarrada por una lanza—. ¿Me la remendaréis?

—¿Qué quieres decir? —susurró ella.

Hrolf sacudió la cabeza.

—Difícil es encontrar amistad —suspiró—, cuando la madre no da alimento al hijo ni la hermana cose para el hermano.

Svipdag miraba aturdido a uno y a otra. Yrsa apretó los puños. Tragándose las lágrimas, dijo:

—¿Estás enfadado porque no haya venido antes a saludarte? Escucha. Sabía que

Adhils estaba planeando tu muerte. Pasaba trabajando noche tras noche en su escabel de brujo, con sus marmitas y sus bastones rúnicos y sus huesos. Seguramente, pensé, él contaba con... con la madre que acudía a abrazar al hijo..., con la hermana cogiendo la mano del hermano... Seguramente contaba con ello en sus hechizos.

—Por eso, a fin de cuentas, ella se mantuvo aparte —dijo Svipdag—, y la brujería no tuvo efecto, y Adhils tuvo que intentar en su lugar todo lo que pudo.

Hrolf se puso de pie.

—Oh, perdóname —imploró, también él al borde de las lágrimas—. No lo comprendía.

Se abrazaron estrechamente, y reían y retrocedían sin soltarse las manos para contemplarse mejor, y respiraban desacompasadamente, y hasta balbucían. Tras unos momentos, se fueron tranquilizando. Ella dio a los guerreros una majestuosa bienvenida, mandó a los sirvientes que preparasen comida y que tuviesen listas las habitaciones de los huéspedes, y se sentó a su lado impaciente de conversar. Él tenía que contarle casi toda su vida.

Svipdag dio unos pasos atrás.

—¡Cómo ha envejecido en estos doce inviernos! —dijo ahogadamente—. Viviendo con ese troll... —parecía temblar—. Bueno, esta noche, por supuesto, está feliz de haber visto a su hijo.

Corrió la bebida y repicó el regocijo. ¡No tan a menudo trece hombres tomaban la fortaleza de un rey! Al final se sintieron soñolientos. Yrsa envió a buscar a un joven que velaría por lo que necesitasen.

—Se llama Vögg —dijo ella a Hrolf—: un poco inocentón, pero mañoso y de buen corazón.

El muchacho llegó: pequeño y flaco, la nariz como el pico de un grajo, poco mentón y cabellera trigueña, pero risueño y animoso.

—Aquí está tu nuevo señor —le dijo la reina.

Los ojos azul pálido de Vögg se abrieron asombrados.

—¿Es *éste* vuestro rey, daneses? —soltó con la vacilante voz de un muchacho—. ¿El, el gran rey Hrolf? Vaya, pero si es casi tan huesudo como yo... ¡un auténtico *kraki*!

Un *kraki* no es otra cosa que un tronco de árbol cuyas ramas se han podado dejando los tocones para formar una especie de escalera. En su alegría rebosante de cerveza y del brillo de las hazañas del día, las palabras de Vögg chocaron a los guerreros como la cosa más divertida que hubiesen oído nunca. Hasta Svipdag soltó una carcajada y se unió a los gritos de todos.

—*¡Kraki, kraki,* sí, salud rey Hrolf Kraki!

Él se rió también y dijo al mozuelo:

—Me has dado un nombre que me pega bien. ¿Qué me regalarás, también, por haberme dado nombre?

—Yo, yo... no te daré n-n-nada —balbuceó Vögg—. Soy pobre.

—En ese caso, el que tiene debe dar al otro —dijo Hrolf. Durante la noche había dispuesto que le trajeran varios brazaletes de oro que llevaba en el equipaje, por si acaso debía recompensar a alguien. Sacó uno y se lo entregó a Vögg.

Dando gritos de júbilo el muchacho le dio las gracias, se lo puso en el brazo derecho, y se paseó por los alrededores pavoneándose, manteniendo el brazalete en alto para que brillase a la luz del fuego. El brazalete se le deslizó hasta el codo. En cambio el brazo izquierdo lo mantenía oculto detrás de la espalda. El rey lo observó.

—¿Por qué haces eso? —le preguntó.

—Oh —dijo Vögg—, el brazo que no tiene nada que enseñar tiene que esconderse avergonzado.

—Tenemos que arreglarlo —dijo Hrolf, sobre todo porque advirtió que Yrsa tenía debilidad por aquel simple. Y le dio otro brazalete.

Librodot

Vögg estuvo a punto de desmayarse. Cuando al fin pudo recobrar el habla, dijo chillando:

—¡Gracias, muchas gracias, señor! ¡Es maravilloso tener algo así!

El rey sonrió.

—Vögg se pone contento por poca cosa.

El joven saltó sobre un banco, alzó ambas manos hacia las vigas, y gritó:

—¡Señor, juro que si alguna vez sois derrotado por los hombres, y yo estoy con vida, os vengaré!

—Te doy las gracias —dijo el rey secamente.

Sus hombres asintieron sin molestarse en ocultar sus propias risas. Sin duda, aquel muchacho se comportaría lealmente en la medida de sus fuerzas, pensaban, pero ¿de qué podría servir tan desastroso pícaro?

Al cabo de unos instantes, Yrsa los condujo a través del patio a una de las casas para los huéspedes. Aunque mucho más pequeña que la mansión principal, era más confortable y luminosa y sin las lóbregas trazas de la brujería. El sabueso Gram iba con ellos; los halcones ya habían sido llevados a las caballerizas. En el frío, bajo las incontables y penetrantes estrellas, Yrsa cogió las manos de su hijo una vez más y le dijo:

—Buenas noches, que descanses bien, querido mío. Pero ten cuidado. El mal nos acecha aquí por todas partes.

—¿No deberíamos daros una escolta, mi señora? —preguntó Svipdag.

—Gracias, viejo amigo, pero no es necesario. Es a vosotros a quienes buscará.

—Todos los dioses prohíben que os pongamos en peligro.

—Buenas noches —Yrsa y sus damas los dejaron.

En el interior, el fuego del hogar y de las lámparas de las paredes daban luz y calor, aunque llenaban de humo la atmósfera. Vögg les enseñó cómo habían sido colocadas sus pertenencias y los bancos dispuestos para dormir. Bjarki advirtió:

—Aquí podemos ponernos cómodos, sí, y la reina nos quiere bien. Pero ella tiene razón: el rey Adhils urdirá todo el mal que pueda contra nosotros. Me extrañaría que dejase las cosas como están.

Vögg se estremeció e hizo una mueca.

—El r-r-rey Adhils... es un terrible hacedor de... de ofrendas de sangre —les dijo—. ¡Uf, cuán a menudo he oído crujir de noche las sogas bajo sus cargas en el bosque, o a los cuervos ensordecer el aire con sus gritos durante el día! Sin embargo, él no da más de lo necesario a los altos dioses. No, su adoración se dirige a un horrible y enorme v-v-verraco... —se encogió. Los dientes le castañeteaban—. No comprendo cómo puede estar todo tan tranquilo —dijo desconsolado—. ¡Tened cuidado, tened cuidado! Es taimado y maligno, y hará todo lo que pueda para a-a-acabar con... nosotros... de cualquier forma.

—Creo que no necesitamos estar de guardia esta noche —dijo Hjalti—, porque Vögg no piensa dormirse..

Los guerreros rieron soñolientos y se tendieron para descansar. Hacía tiempo que se habían quitado sus equipos de combate. Los fuegos ardían y solamente Vögg permanecía angustiadamente despierto, la felicidad de antes inmersa por entero en el horror.

A medianoche, la banda se despertó de nuevo, consciente del frío y de la oscuridad. Un estrépito en el exterior estaba repicando en las mismas paredes, horribles gruñidos y chillidos. Algo golpeaba la casa, haciéndola balancearse arriba y abajo como si estuviese en medio del mar.

Vögg gimió:

—¡Socorro! ¡El verraco está fuera, el dios verraco del rey Adhils! ¡Lo ha enviado para vengarse..., y *nadie* puede resistir a ese espanto!

La puerta crujió astillándose bajo los golpes. El arma de Bjarki relució fuera de la vaina.

—Empuñad de nuevo vuestros aceros, mi señor y compañeros —dijo—. Trataré de

contener a lo que sea.

La puerta se vino abajo, hecha pedazos. Más allá estaban las losas del patio cubiertas de escarcha, los negros muros y los picos de los tejados, las lejanas estrellas. Pero, en su mayor parte, estaban borrados de la vista por la cosa cuya joroba obstruía la salida. Lo que había de luz mostraba su pelambre y los colmillos que salían del hocico como espadas torcidas. Un fétido olor a puerco saturaba el olfato. Los gruñidos parecían el estruendo de un terremoto.

—¡Hei... ha! —gritó Bjarki. La hoja de su espada osciló hacia abajo. Rebotó de tal modo que estuvo a punto de soltarla. Por primera vez, Lövi, que había matado al monstruo volador, no quería morder.

El sabueso Gram gruñó y arremetió.

Cuando sus fauces se cerraron, el verraco, de la misma esencia que los trolls, chilló, un ruido que hacía en la carne el efecto de una sierra. Los dos animales luchaban en el patio. Bjarki los siguió. Si su espada no quería morder, todavía podría usarla como si fuese una maza. El verraco se dio la vuelta para embestirlo. El peso de Gram lo sostenía por atrás, y Bjarki lo esquivó. El verraco sacudía la cabeza, debatiéndose contra Gram. El sabueso no lo soltaba.

Dura fue la lucha mientras los hombres del rey la contemplaban preparándose para intervenir. Pero de repente el chillido del verraco se convirtió en un quejido. Gram cayó a un lado. Entre sus sangrientas fauces sostenía una oreja y la piel de una quijada. Como si su única herida fuese suficiente, el jabalí se vino abajo, muerto. La tierra tembló. Gram levantó la cabeza y aulló hasta que suscitó ecos.

Bjarki no se unió a los gritos de júbilo de sus amigos.

—Mejor me pongo mi cota de malla —dijo—, y arrastramos lo que podamos para hacer una barricada en la puerta. La noche todavía no ha terminado.

—Tú... t-t-tú... te enfrentaste a la cosa que pudo con tantos hombres... —tartamudeó Vögg—. Oh, ¿cómo puedo llegar a ser tan valiente?

Los demás le prestaron poca atención. Oían un ruido procedente de más allá del patio: toques de cuerno, gritos de guerra, aceros que tintineaban y el rítmico sonido de pisadas.

En el patio entró en tropel la hueste entera de la Guardia de Adhils, acrecentada con muchos más hombres de la ciudad, atestándolo de parte a parte. Una corcovada luna, que acababa de salir por encima de una figura de dragón que remataba uno de los tejados, hacía brillar las cotas de malla y los afilados metales, convirtiendo la respiración de los hombres en una niebla desigual, pero dejando los rostros en la sombra. El rey sueco debía de hallarse informado por sus espías, porque su gente no perdió tiempo en cercar la casa de los huéspedes.

—¿Qué queréis? —gritó Bjarki a través de la puerta.

—Esto, tú que mataste a mi hermano —respondió alguien.

Y después de unos cuantos latidos de corazón, por encima de sus cabezas, oyeron crepitar el techo de paja. Las llamas brotaron. Habían incendiado la casa.

—No nos va a faltar calor —dijo Hjalti.

—Mala manera de morir, tener que quemarnos aquí —dijo Bjarki—. Un fin lamentable para el rey Hrolf y sus guerreros. Antes preferiría caer por las armas en campo abierto.

Svipdag contempló el seto de lanzas que los cercaba.

—La salida es demasiado estrecha —dijo—. Nos atravesarían como a cerdos conforme fuésemos saliendo de uno en uno o de dos en dos como mucho.

—Sí —respondió el noruego—. No veo otro camino mejor que tirar una pared, y luego cargar todos juntos, si es que se puede. Entonces, cuando nos acerquemos, que cada uno se enfrente con un enemigo, y pronto perderán los ánimos —ladeó la cabeza como para escuchar—. Oíd con qué estridencia gritan, ¿o es que se están burlando de nosotros? Conozco esa nota. Los sucesos del día, y luego la muerte del dios de Adhils... Tienen que estar

desconcertados.

—Me parece un buen consejo —dijo el rey Hrolf—. Será lo mejor.

Usaron los bancos como arietes. No era un juego de niños tirar la tablazón. Una y otra vez golpearon, mientras el tejado ardía y las ascuas llovían sobre ellos, escupían las llamas y el humo picaba. Entonces, estrepitosamente, la pared se vino abajo. Agarraron los escudos que habían cogido de la armería de Adhils, saltaron fuera y cayeron sobre los suecos.

Las espadas silbaban, las hachas volaban, los hombres maldecían y vociferaban bajo la luna. Al principio, los daneses formaron una especie de línea de puerco, que rasgó las filas de los sorprendidos enemigos como una punta de flecha. Cuando estuvieron en medio de ellos, formaron un círculo. No, más bien era una rueda, bordeada de hojas, que rodaba imparable hendiendo y quebrantando cualquier línea que los contrarios intentasen mantener.

Más alto ascendieron la luna, el incendio y el estrépito. Furiosamente se luchaba. En todo momento, el rey Hrolf y sus camaradas siguieron adelante. Detrás de ellos iban dejando un camino de muertos y heridos, hombres que miraban incrédulamente la sangre vital que se escapaba de sus cuerpos, manchando la escarcha. Pronto estuvieron fuera del patio y se adentraron en la ciudad. Las filas que todavía se les oponían iban menguando cada vez más —porque, aunque también ellos recibían magulladuras y heridas, bien sabían cómo defenderse unos a otros, y nadie era tan fuerte que no necesitase virar ante sus golpes.

Unas alas aletearon en el cielo. El halcón *Calzaslargas* del rey Hrolf, que venía de la fortaleza, descendió y se posó en el hombro de su amo. Sumamente orgulloso parecía.

—Se comporta como alguien que ha ganado un gran honor —resolló Bjarki. No se arredraba ante las armas que buscaban a su señor.

Finalmente el combate terminó. Por muchos que fuesen contra trece, los suecos no podían reagrupar sus fuerzas en los estrechos callejones que había entre las casas. Más aún, como Bjarki había observado, estaban sumamente desconcertados. Cualquier orden que hubiesen mantenido había quedado roto. Pocos se cuidaban, además, de arriesgar su vida por un rey que ni siquiera estaba a la vista. Y sus más sagaces jefes empezaron a temer que los daneses irrumpiesen en una casa, cogiesen un tizón del hogar, y diesen comienzo a un fuego que podría devorar a toda Uppsala.

Uno tras otro, pidieron paz a gritos. La súplica se extendió tan rápidamente como una bola de nieve. Hrolf dio cuartel y preguntó dónde estaba el rey Adhils. Nadie lo sabía.

Las armas desenvainadas, la sangre limpiada con trapos para que los aceros destellasen en la noche, Hrolf y sus hombres marcharon, cansinos, de vuelta a la mansión. Encontraron a sus gentes afanándose por contener el incendio.

—Parece que está controlado —hizo notar Hrolf—. Pero veo que tendremos que utilizar la casa del rey, después de todo.

A la cabeza de sus hombres entró en ella, pidiendo que trajesen luces y cerveza y que preparasen las camas en los bancos.

—¿Dónde nos sentaremos mientras tanto? —preguntó Bjarki.

—En el estrado real —respondió el rey Hrolf—, y yo mismo ocuparé el trono.

Luego de que hubiesen estado un rato bebiendo, Hjalti el Noble dijo:

—¿No sería mejor que alguien fuese a ver cómo están nuestros caballos y nuestros halcones, después de todo este tumulto?

—En seguida, en seguida —chilló Vögg, y salió.

Volvió llorando, diciendo lo vergonzosamente que habían sido tratados los pobres corceles. Los daneses rugieron de cólera y desearon todo tipo de calamidades a Adhils.

—Ve a ver nuestras aves ahora —ordenó Hrolf, mientras su propio *Calzaslargas* extendía las alas sobre su cabeza.

Aquella vez, Vögg tenía algo prodigioso que contar.

—En las caballerizas... todos los halcones del rey Adhils... ¡están muertos... desgarrados por picos y garras!

Calzaslargas se limpiaba las plumas con el pico. Los hombres gritaron. De nuevo

recobraron la alegría de la victoria.

V

Por la mañana, la reina Yrsa fue a ver al rey Hrolf y lo saludó de manera solemne.

—No fuiste recibido aquí, pariente —dijo ella—, como yo hubiese deseado y como era tu derecho... —su voz se quebró un poco—. Pero no debes permanecer por más tiempo, hijo mío, en un lugar tan maligno. Seguramente Adhils está ahora reuniendo un ejército para matarte.

—Eso lleva tiempo, madre —respondió él—. No huiremos como bandidos. No, reuniremos lo que es nuestro, con tu ayuda; y mientras tanto, descansaremos y lo celebraremos.

La sonrisa de ella tembló.

—No debería contradecirte, pero me es imposible. No cuando ésta es probablemente la última vez que estaremos juntos —y, dándose la vuelta, salió rápidamente de la sala.

—Señor —dijo Svipdag con un tono áspero—, lo menos que podemos hacer es protegerla.

—Ella tiene sus propios guerreros —dijo Hrolf.

—A pesar de todo podemos rendirle honores por lo que ha hecho.

El rey miró gravemente a Svipdag a los ojos antes de asentir.

—Haz lo que creas conveniente.

El sueco se echó al hombro su hacha y siguió a la reina. Se había detenido en el patio, cerca de las cenizas y carbones de los aposentos de los huéspedes, dándole la espalda al mundo. Los trabajadores se movían a su alrededor. Una docena de guerreros esperaba unos pasos más allá. Saludaron a Svipdag. Observó que no se habían contado entre sus enemigos de antaño. La mañana era al mismo tiempo luminosa y desapacible. Sonidos de pasos, de voces, de bufidos y pisadas de animales, el graznido de una urraca, llegaban cortantes como la luz del sol.

Svipdag se detuvo detrás de Yrsa y se aclaró la garganta. Ella se volvió para mirarlo, ahora que ya estaba más calmada.

—Salud —le dijo ella.

—Pensé que podríamos hablar un poco, mi señora —declaró él.

—¿Como en los viejos tiempos? No, los años pasados no pueden volver, lo mismo que los muertos. Pero, por supuesto, me alegra tu compañía. Demos un paseo junto al río.

Los soldados iban muy detrás de ellos. Nadie habló mientras marchaban por el bullicio, el parloteo y las múltiples miradas de la ciudad de Uppsala. Al salir de las puertas, Yrsa se encaminó hacia el Sur, a lo largo de la orilla. Aunque el sendero estaba helado, el hielo se estaba deshaciendo en el río, y la oscura y murmurante corriente arrastraba sus láminas grises. Hasta más allá se extendían los Campos del Fyris, allí casi desiertos excepto por un par de granjas cuyo humo ascendía a la atmósfera fría pero sin viento. A la derecha, los riscos estaban recubiertos de maleza y, en las cumbres, de bosques sin hojas.

—Mi señora... —dijo Svipdag al fin. Tragó saliva—. Mi señora, os volvéis a casa con nosotros... ¿no?

Ella miró a otra parte. Él apenas si podía oírla.

—No.

—¡Pero es una locura! Adhils...

—No me asusta lo que pueda hacerme —ella buscó su mirada y le cogió del brazo—. Hrolf... Svipdag, *¿no puedes* hacerle comprender que debéis partir? Adhils, si es preciso, levantará todos los condados de Svithjodh y suscitará las magias más temibles para vuestra

Librodot

perdición. ¡No puedes imaginarte cómo sabe odiar!

Los nudillos de Svipdag estaban blancos de apretar el mango del hacha.

—¿Debo yo... debe vuestro hijo dejaros sola para que ese odio caiga sobre vos?

—Ya tengo a mis hombres —y señaló a su espalda—. No sólo ésos. Bastantes más. Puede que no me hayan jurado abiertamente lealtad, pero son mis deudos y lo reconocen. En cierto lugar ayude a una familia cuando pasaba hambre, en otro hice que se suavizase un veredicto, o liberté a un esclavo al ver cómo seguía un águila con los ojos... Bueno, ya sabes lo que pueden hacer los de alta cuna —en el tono de su voz había una prudencia que él había percibido a menudo en las palabras de su hijo y hermano—. Me ayudarán por su propio interés, y también lo harán cierto número de jefes y terratenientes. Saben lo despiadado y codicioso que es el rey. Yo soy un contrapeso para él. Y él sabe que ellos lo saben. No se atreve a tocarme. Al contrario, teme que yo sufra una enfermedad mortal que pudiera parecer efecto de su brujería. ¡En ese caso sus días estarían contados! —su risa era quebradiza—. ¿No crees, Svipdag, que la hija y esposa del rey Helgi el Skioldungo bien sabrá cuidar de sí misma?

Anduvieron un rato en silencio, hasta que él dijo:

—Incluso así, no hay nada aquí que pueda reteneros. Tendríais honor en Dinamarca, y... y amor en todas partes a vuestro alrededor.

Sus dedos acariciaron los de él.

—Lo sé, mi querido y viejo vengador. Demasiado bien lo sé. Pero tengo mis obligaciones. ¿Qué pasaría con aquellos que me dieron su fe durante años, si yo los abandonase? ¿Qué sería de la guerra contra vosotros que seguramente comenzaría, en cuanto no pudiese dar más consejos y desenredar la madeja? —señaló hacia adelante—. ¿Qué pasaría con mi Helgi? Allí yacen en sus sepulturas él y sus hombres, unas millas más lejos, donde cayeron. Sin mí, ¿quién llevaría ofrendas a la tumba, quién la cuidaría —no pudo reprimir un estremecimiento—, quién impediría que Adhils la deshonrase, sí, ahuecando su cráneo para hacerse una copa que le sirviese para beber y sus omóplatos para marcarlos con runas hechiceras?

Svipdag la tomó del codo.

—Dicen —prosiguió ella, luego de un instante— que en otro tiempo, en esta tierra, cuando el rey Domald Visbursson, las cosechas se perdieron. Para ganarse de nuevo el favor de los dioses, los suecos les ofrecieron muchos bueyes; pero al siguiente año aún fue peor. Entonces, les ofrecieron hombres; pero todavía hubo más hambre. Al tercer año, mataron al rey Domald y esparcieron su sangre sobre el altar de sus ídolos. Entonces tuvieron paz y buenas cosechas.

—Ya veo. Sois una reina, Yrsa.

—Y tú eres uno de los leales de mi hermano, Svipdag.

Prosiguieron hasta llegar al túmulo de Helgi, y estuvieron un rato antes de regresar.

Aquella noche, y en las dos que siguieron, Yrsa compartió el trono con Hrolf. Aunque rara vez sonreía, nadie la vio apenada. Los guerreros eran felices. Cada vez más usaban el sobrenombre de Kraki para su rey. Vögg se ruborizaba por ello, y se apresuraba a atender sus necesidades. Como su vida estaría allí en peligro, y como además él lo anhelaba, Yrsa obtuvo de su hijo que accediese a llevárselo consigo.

Durante el día, ella se ocupaba de preparar el viaje de regreso de Hrolf. Por lo demás, pasaba la mayor parte del tiempo a su lado, escuchando sus relatos de lo que había sucedido en todos aquellos años desde que él era un muchacho con el cabello despeinado al que ella podía dar un beso de buenas noches.

La mañana de su partida, el pueblo se había reunido procedente de muchas millas a la redonda. Atestaban la ciudad de Uppsala, y sus cuchicheos formaban un zumbido como de abejas, mientras aguardaban fuera de la mansión para ver partir a los daneses. Dentro de la empalizada, los soldados de la Guardia y los trabajadores de la casa formaban una muralla alrededor del patio. El tiempo era claro y frío, aunque el viento llevaba ya el primer soplo

Librodot

húmedo de la primavera.

El rey Hrolf y sus hombres estaban en mitad del patio, vestidos con las más finas ropas y cotas, un grito brillante de color, las puntas de las lanzas oscilando en lo alto, regalos de Yrsa para reemplazar lo que el fuego había consumido. Para el acrecentamiento de la fama de Hrolf, ella quería que todo el mundo viese lo que se llevaba. Primero rodó un carro tirado por ocho caballos, conducido por Vögg, cargado de tesoros de oro, plata, piedras preciosas, ámbar, marfil, pieles, paños, copas, armas, monedas y objetos del extranjero. Un murmullo se levantó entre la multitud.

Luego los mozos de cuadra sacaron doce grandes caballos rojizos de las tierras del Sur, con bridas, sillas, cotas, y uno para el rey, blanco como la nieve.

Entonces la reina avanzó entre sus guerreros, ricamente vestidos. Con ambas manos llevaba un cuerno de plata tan largo como un brazo, en el que estaban grabadas figuras de dioses, animales y héroes. Llegó ante su hijo y habló mientras el viento aullaba:

—Mira lo que es tuyo.

En presencia de los espectadores, de tal modo que nadie pudiese después ponerlo en duda, él preguntó:

—¿Me has dado ya todo lo que legítimamente me pertenece y que fue de mi padre?

—Esto es mucho más de lo que tendrías derecho a reclamar —respondió ella con orgullo—. Más aún, tú y tus hombres habéis ganado gran honor.

Y alzó el cuerno.

—Además te doy esto. Aquí están los mejores aderezos del rey Adhils, entre ellos el que llaman el Cerdo de los Suecos, del que se dice ser el mejor del mundo —lo sacó. Su brillo levantó murmullos y gritos. No era una joya corriente, sino un ancho y espeso brazalete, tachonado de gemas, con la figura grabada de un verraco, la montura de Frey.

—Mucho os lo agradezco, mi señora madre —dijo Hrolf. Dio el cuerno a Beigadh para que lo llevase. Bjarki asintió. Le pareció una pieza tan excelente que solo era digno de llevarla quien hubiese quedado cojo al servicio del rey.

—Ahora preparaos lo mejor que podáis, para que nadie pueda sorprenderos —instó Yrsa—, porque pasaréis muchas adversidades.

No pudo evitar proferir aquella última e inútil advertencia. Ya antes había suplicado a Hrolf que se llevase algunos de sus hombres. Pero él pensaba que ella los necesitaba más. Además, los que dejasen detrás familia, probablemente no lucharían bien.

—Oh, que la suerte te acompañe —le susurró ella—. Haré ofrendas en el templo y en la tumba de tu padre...

El contempló el rostro que era a medias el suyo, puso las manos sobre los frágiles hombros, y dijo:

—Mejor que ninguna otra cosa es tu buen deseo, hermana mía. Mejor que el tesoro que hemos ganado ha sido encontrar tu amor de nuevo, madre mía —su halcón extendió las alas sobre ella, su sabueso le lamió los dedos.

—Que hayas venido a verme excede cualquier regalo que yo pudiera hacerte.

—Los hombres buscan ganar fama para que su memoria no muera con ellos. Siempre te recordarán en Dinamarca, Yrsa.

—Por ti y por Helgi.

—No, por ti misma.

Los dos se callaron, pues sus voces se estaban quebrando ante la multitud. Luego de un instante, Yrsa fue entre los hombres del rey, y uno a uno les estrechó la mano y los despidió, como si hubiesen sido sus camaradas. Brevemente abrazó a Hrolf. Después se quedó a su lado mientras él montaba en su caballo. Éste sacó la espada y la besó, mirándola a ella. Cuando él y sus hombres salían por la puerta los despidió con la mano.

Después, dijo al jefe de la Guardia:

—Tendríamos que hablar respecto a la forma de mantener la paz en el Reino. Pero primero tengo que ver al primer mayordomo para unos asuntos de la casa.

Librodot

Los daneses cabalgaron para salir de Uppsala más lentamente de como habían llegado, porque el carro del tesoro no podía marchar deprisa. La mayoría de ellos hacían cabriolas con sus briosos nuevos corceles y los hacían encabritarse. Hjalti no dejó de saludar a las muchachas que había conocido. Por lo demás, los moradores estaban sin duda contentos de verse libres de unos huéspedes tan peligrosos. Sin embargo, no hicieron comentarios desagradables, mientras se apiñaban en los caminos, ventanas y muros de la ciudad. Los abuelos contarían a sus nietos lo que habían visto cuando eran pequeños.

El puente retumbó bajo los cascos y crujió bajo las ruedas. Cruzando el río, el rey Hrolf condujo la marcha directamente hacia el Sur por los Campos del Fyris. No sería fácil llevar a casa el enorme y pesado tesoro que habían ganado. Tenía la intención de pasar por aquellos campos abiertos, donde el camino era todavía firme y la nieve solamente persistía en las manchas de los charcos, en toda la extensión que alcanzaban.

Uppsala desapareció de la vista; lo último que vislumbraron fueron los cuervos sobre el bosque del templo. Era después de mediodía. La tierra comenzaba a ondularse, los grupos de árboles a mostrarse más frecuentes y densos. No había granjas por allí, sino pastos de verano para el ganado y bellotas para los cerdos. El viento se hizo más fuerte, agitando la capa de Hrolf como si flamease, obligándolo casi a cerrar los ojos, y a que su halcón se inclinase hacia adelante con las garras bien agarradas a las mallas de su cota. El viento olía bien, y no era del todo el viento frío del invierno. Impulsaba a las grandes nubes blancas por el cielo, cuyas sombras se movían veloces por la tierra.

El rey cabalgaba melancólico, la mirada baja. De repente, una nube tapó el sol y apareció un destello en el camino ante él. Los hombres también lo vieron y lo señalaron a voces. Era el de un pesado brazalete de oro. Cuando el caballo del rey pasó por encima, tintineó.

Se detuvo.

—Hace tanto ruido —dijo— porque cree que no está bien sin compañía —se quitó uno del brazo, lo arrojó al lado del otro, y dijo a sus guerreros—: A esto yo renunciaré, a recoger el oro aunque esté tirado en el camino. Y que ninguno de vosotros intente recogerlo; porque lo echaron allí para estorbar nuestro viaje,.

—Gustosamente lo prometeremos, señor —dijo Svipdag—. Se ve que la mano de Adhils llega bien lejos.

El grupo se había detenido. Vögg, en el carro, apenas pudo reprimir un estremecimiento. Los hombres miraban severos. En la quietud, escucharon como un mugido traído por el viento. Bjarki alzó la palma de la mano.

—¡Silencio! —dijo, y después—: Sí, trompetas. La mano de Adhils no estaba tan lejos después de todo.

—Prosigamos —ordenó Hrolf—. Fustiga los caballos, Vögg.

El carro se movía pesadamente, balanceándose y chirriando. No había transcurrido mucho tiempo cuando los daneses vieron un ejército tras ellos. Al principio no era más que una mancha en el horizonte; pero pronto fueron estandartes y armas destellantes, toques de cuerno, pisadas de cascos y gritos de cólera.

—Caballería —dijo Svipdag—. Así es como Adhils los reunió tan pronto.

—Dos o tres cientos, me parece —añadió Hjalti—. Creo que tenemos una atareada tarde por delante.

Bjarki se acarició la roja barba.

—Verdaderamente vienen a toda velocidad —dijo con voz sorda—. Ojalá encuentren algún obstáculo.

—No nos inquietemos por ellos —dijo el rey Hrolf—. Probablemente se estorbarán unos a otros.

Cogió a Beigadh el cuerno que le había dado Yrsa.

—¡Arre! —gritó a su caballo blanco. Partió al galope, una milla a la derecha y una milla a la izquierda. Conforme cabalgaba, metía la mano en el cuerno y arrojaba su contenido

a puñados. Por todas partes sembró anillos de oro en los Campos del Fyris.

—¿Seremos menos espléndidos que nuestro señor? —preguntó Bjarki—. Una parte del tesoro es nuestra —fue al carro, cogió dos puñados de joyas, e imitó al rey. Y lo mismo hicieron sus compañeros. El oro y la plata destellaban por los aires como estrellas fugaces hasta que todos los caminos relucieron.

Una vez hecho aquello, la pequeña tropa siguió adelante a toda prisa. Cuando las huestes suecas vieron las riquezas brillando esparcidas ante ellos, la mayoría de los jinetes saltaron de los caballos y se apresuraron a ver quién era el que las cogía primero. Mirando atrás, Hrolf y sus hombres vieron que se estaban peleando entre ellos; y los daneses se rieron a carcajadas.

El rey Adhils alcanzó a sus tropas. Por obeso que estuviera, era un gran amante de los caballos y un buen jinete; sólo que su peso retrasaba la marcha de cualquier montura. Su rostro se puso rojo como la cresta de un gallo, la barba le caía como los cabellos de un elfo sobre la barriga cubierta con la loriga.

—¿Qué es esto? —rugió cuando vio el desorden a su alrededor—. ¿Vosotros os llamáis hombres? ¡Vosotros, que recogéis lo menos y dejáis que se os escape lo más! —golpeó a diestra y siniestra con el extremo de su lanza—. ¡Escuchad, imbéciles! ¡Deteneos y oíd a vuestro rey! ¡Esta vergüenza se conocerá en todos los rincones de la tierra... que vosotros, que sois tantos, dejasteis escapar a una docena! ¡Una docena que mató a vuestros propios parientes!

Poco a poco, él y unas cuantas mentes frías volvieron a los demás a la sensatez, quienes a su vez, golpearon y reprendieron a otros más. Al final, cerca de la mitad de la hueste se puso en marcha de nuevo. Los demás se quedaron disputándose el botín. Algunos estaban ya muertos. Las disputas familiares que se crearon ese día se arrastrarían durante años.

El sol ya estaba bajo en el horizonte, las sombras se alargaban, las grajas buscaban sus nidos con gritos agudos en los verdosos cielos, el viento era frío y estridente. Unas cuantas millas más allá se extendía la barrera de un pinar, y luego se alzaban tierras escarpadas, donde los hombres superados en número tendrían esperanzas de perder a sus perseguidores.

—¡Cabalgad, destripaterrones! —chillaba Adhils. Iba inclinado sobre la silla como si quisiera coger algo que se hallase en la cabeza del animal al que espoleaba y fustigaba. Los cascos golpeaban sordamente, el metal tintineaba, los yelmos y las lanzas brillaban en la oscuridad—. ¡Cabalgad, cabalgad! ¡Oh, si tuviera aquí mis bastones! ¡Si tuviera tiempo de llamar a mis trolls...!

Hrolf miraba delante y detrás.

—No nos pondremos a salvo tal y como vamos —dijo—. Qué importa el tesoro. No lo necesitamos. Ganarlo ha sido suficiente. ¡Vaciad el carro!

Una vez más, los Campos del Fyris resplandecieron de oro. Bjarki cortó los arreos de uno de los caballos para que Vögg pudiese montarlo a pelo.

Cuando los suecos vieron todas aquellas riquezas esparcidas por el suelo, la codicia se apoderó de casi todos ellos. Se lanzaron hacia los anillos, joyas y monedas como si lo hiciesen sobre mujeres. Sólo Adhils y un puñado de leales no se detuvieron siquiera para reprenderlos. En su lugar, siguieron adelante a toda velocidad; y estos pocos todavía sobrepasaban a los daneses tres o cuatro veces.

El rey Hrolf metió la mano en el ya vacío cuerno de plata. Unas cien yardas por delante de su padrastro, sacó el brazalete llamado el Cerdo de los Suecos y lo arrojó al camino. Despedía luz como si fuese otro sol.

Adhils paró tan en seco el caballo que el animal chilló de dolor sangrando por la boca. Bien podía Hrolf tener más derecho a ese anillo que él; pero era la joya más sagrada del tesoro de Svithjodh.

Sus secuaces siguieron a pleno galope. La espada de Hrolf osciló en lo alto.

—¡A por ellos! —gritó. Con sus doce campeones se lanzó al encuentro de sus perseguidores.

Los hombres del Norte no están acostumbrados a embestir desde la silla de montar. Ni dominan la técnica ni tienen adiestradas las monturas para ello. Pero a Leidhra habían ido los mejores guerreros. No solamente se esforzaban por ser sin par en las viriles artes conocidas en todas partes, sino que siempre estaban pensando en otras nuevas y practicándolas. Así pues, sabían lanzarse con su montura contra la del enemigo, y manejar las armas sin por ello perder riendas ni estribos.

Las espadas cantaban. Las hachas golpeaban. Volaban las lanzas. Los halcones se lanzaban a arrancar los ojos de los suecos; el gran sabueso Gram acosaba los corceles contrarios. Ni uno solo de los que se mantuvieron fieles al rey Adhils volvió a casa con vida.

Él no se había atrevido a desmontar. Mientras su caballo se movía nerviosamente, asustado del tumulto que lo rodeaba, trataba de ensartar el brazalete con la lanza. Una y otra vez lo intentó; pero siempre erraba el golpe. Golpeó al animal para que se parase, se inclinó hacia abajo, y con ambas manos tanteó el suelo buscando el objeto de oro.

Hrolf acababa de matar a un hombre que había amenazado al desarmado Vögg. Mirando a su alrededor, vio lo que pasaba. Sus guerreros oyeron que reía.

—¡Ahora, inclinado como un puerco está el señor de los suecos! —se lanzó como un rayo en el garañón que le había regalado Yrsa.

Adhils casi había ensartado al Cerdo en su lanza. Hrolf, a toda velocidad, se le vino encima. Arriba y abajo iba la espada Skofnung, un silbido como el del viento, un golpe sordo como el de la cuchilla del carnicero. La sangre se agolpaba. Adhils dio un quejido. Hrolf le había partido las nalgas hasta el hueso.

—¡Luce esa vergüenza por un tiempo — gritó el rey danés—, para que sepas quién es el que estabas persiguiendo!

Adhils se cayó de la silla. Hrolf espoleó el caballo. Inclinándose, sin haber llegado al galope, con un único pie en el estribo, atrapó el brazalete. Eso le permitiría decir que había regresado con su herencia. Y había vengado al rey Helgi, mejor que si hubiese matado a su asesino.

Los que se disputaban el esparcido botín vieron lo que había sucedido. Horrorizados, algunos de ellos volvieron a montar y fueron a ayudar a Adhils. Para entonces se había desvanecido por pérdida de sangre. No pudieron hacer más que restañarle la herida y llevárselo. Sin que nadie volviese a perseguirlos, Hrolf y sus hombres prosiguieron su camino.

Desde esa ocasión, los escaldos suelen llamar al oro «la simiente de Kraki» o «la siembra de los Campos del Fyris». Si las riquezas se quedaron atrás, se llevaron a casa el honor, que nunca sería olvidado.

VI

El rey Hrolf y sus hombres llegaron a los bosques. Los pinos eran altos y espesos; los rayos del sol que se filtraban entre ellos sólo contribuían a hacer más densa la oscuridad. El camino estaba libre de nieve y despejado, pero cubierto de una especie de musgo, de tal modo que los caballos marchaban en un extraño silencio. Estaban cansados y, a menudo, tropezaban. Los jinetes sentían el mismo tipo de cansancio.

Entonces llegaron a un claro. Apenas podían ver una casa bajo los árboles, aunque no podían distinguir su forma ni su tamaño. Un hombre alto estaba afuera, apoyado en una lanza, cubierto con un manto azul y un sombrero de ala ancha.

El rey se detuvo.

—Buenas tardes, Hrani —dijo.

—Buenas tardes, Hrolf Kraki —respondió el granjero.

—¿Cómo sabe el sobrenombre? —susurró Vögg—. Y yo... yo he estado aquí antes...

Librodot

No había ninguna casa.

—Sed bienvenidos a mi techo —dijo Hrani.

—Eres muy amable —dijo el rey.

—Me parece que vuestro viaje no ha sido distinto de lo que yo había previsto.

—Es cierto. No te cegó el humo.

El granjero llevó sus caballos al establo y luego los condujo dentro, a la gran habitación donde estaba el fuego, llena de sombras, que tanto recordaban. Otra vez tomaron las cosas como iban sucediendo, como si estuviesen soñando; pero por hospitalario que pareciese el anciano, sentían que se movían como en una pesadilla.

Hjalti, en un murmullo, comunicó sus impresiones a Bjarki. El noruego asintió.

—Sí, yo pienso lo mismo —dijo al oído de su compañero—. Bueno, después de lo que vimos en la mansión de Adhils, debemos tener cuidado de lo que pueda venir de fuera de nuestro mundo.

El mismo Hrolf tenía que esforzarse por parecer cortés. La huesuda mano de Hrani le sujetaba un codo, conduciéndolo a una mesa. Allí había una espada, un escudo y una loriga. Los tres eran negros y extrañamente fabricados.

—Quiero daros estas armas, señor —dijo Hrani.

Hrolf frunció el ceño.

—Son feas armas —replicó.

Hrani lo soltó. Bajo el sombrero, un ojo reflejó la parpadeante luz de color sangre del fuego como si fuese el brinco de un relámpago. En medio de la larga barba grisácea, la boca se contrajo hasta formar una línea.

—¿Qué queréis decir? —espetó.

—No querría ser descortés con mi anfitrión... —comenzó a decir el rey.

—¿Pero pensáis que mi regalo es indigno de vos?

Hrolf miró arriba a la semioculta faz, y mostrando fortaleza de ánimo dijo:

—Acabamos de llegar de un cubil de trolls y de brujería. Todavía puede haber hechizos actuando contra nosotros, o trampas puestas para atraparnos en un final fatal. La espada Tyrfing[1] va por el mundo, y todo el que la posee obtiene la victoria, pero se convierte en un proscrito y a la larga la espada es su perdición.

—¿Pensáis que también éstas son cosas malditas que yo he forjado?

—No lo sé. Por eso no quiero cogerlas.

Frías como el viento que sale del Hielo Oscuro brotaron las palabras de Hrani.

—Poco me apreciáis, cuando despreciáis mis regalos. Creo que sufriréis una aflicción tan grande como el desprecio que me hacéis.

—No quise decir tal cosa, amigo —trató de sonreír Hrolf.

El granjero lo atajó.

—No me llaméis más amigo. Esta vez no habéis sido tan prudente como creéis, rey Hrolf—atravesó con la mirada a cada hombre hasta la médula—, y ninguno de vosotros sois tan afortunados como pensáis.

—Lo mejor será que nos vayamos —dijo Hrolf lentamente.

—No os lo impediré —replicó Hrani.

No volvió a hablar una sola palabra. Sacó los caballos del establo, los ensilló y les puso el freno para que estuvieran listos para partir, apoyándose en su lanza en la oscuridad. Aparecía ceñudo e inflexible. Los hombres pensaron que nada se ganaría diciéndole adiós. Montaron y salieron apresuradamente, para avanzar lo más posible antes de que fuera noche cerrada.

Pero cuando habían andado apenas una milla, suficiente, sin embargo, para que se les despejasen las cabezas, Bjarki se detuvo. Lo mismo hicieron los demás. Sombríamente en el ocaso, les dijo:

[1] La espada Tyrfing, rota por uno de los dioses Ases, inspiraría a Poul Anderson el argumento de su novela *La espada rota,* en esta misma colección. (J. M. L.)

—Demasiado tarde llega a comprender el insensato. Acabo de darme cuenta de ello. Tengo la sensación de que no nos hemos comportado muy sabiamente diciendo no cuando tendríamos que haber dicho que sí. Puede que hayamos espantado de nuestro lado a la victoria.

—Empiezo a creer lo mismo —comentó el rey Hrolf—. Puede haberse tratado del viejo Odín. Ciertamente, sólo ahora comprendo lo que vi, era un hombre con un solo ojo.

El único ojo de Svipdag brilló con luz trémula.

—Volvamos de prisa —dijo— y averigüémoslo.

Trotaron bajo las agujas de los pinos y las primeras pálidas estrellas. Salvo por los apagados golpes de los cascos, el débil crujido del cuero y el tintineo del metal, y el gemido que Vögg no podía reprimir del todo, iban en silencio. Por oscuro que estuviera el camino, reconocieron perfectamente el lugar cuando llegaron a él. La casa y el granjero habían desaparecido. El rey Hrolf suspiró.

—De nada sirve buscarlo —dijo—, porque es una aparición muy colérica.

Se volvieron de nuevo, y al final encontraron un prado donde acampar. Ninguno quiso comer ni beber nada, y para entonces estaba demasiado oscuro para ponerse a buscar ramas y leña para hacer fuego. Durmieron mal o nada en absoluto.

Por la mañana prosiguieron el viaje. Nada hay que decir de ellos hasta que llegaron a Dinamarca.

Seguramente, los ánimos no tardaron en volver de nuevo. Eran hombres valientes que se dirigían a casa luego de realizar poderosas hazañas. Y respecto a su destino, ni por un instante hubieran supuesto que pudiesen escapar de él, fuera el que fuese y cuando fuese que tuviera que alcanzarlos. Mientras tanto, en los brotes de las hojas y de las flores, en los cantos de los pájaros y en las luminosas miradas de las doncellas cuando pasaban cabalgando a su lado, la primavera volvía a nacer.

Pero en Leidhra, Hrolf, el rey, y Bjarki, el mariscal, hablaron mucho a solas. Fue Bodhvar-Bjarki quien dio el consejo de que, en adelante, los daneses deberían procurar mantenerse alejados de las batallas. Los dos pensaban que no serían atacados mientras ellos mismos estuvieran en paz. Sin embargo, el noruego dijo que temía que el rey no siguiese siendo el vencedor, si la guerra le llamase; porque Odín es el padre de la victoria.

—El propio destino establece la vida de cada hombre, y no esa aparición —replicó Hrolf.

—Parece que no te importa perderla, cuando podríamos seguir adelante —dijo Bjarki—. Sin embargo, tengo la tremenda corazonada de que los acontecimientos se precipitarán sobre nosotros.

Con todo, alto creció el nombre de ambos. Habían humillado al asesino del rey Helgi. La criatura infernal a la que servía y los mejores de sus hombres habían caído. El tesoro que había incautado lo había perdido, llevado desde los Campos del Fyris en un centenar de alforjas distintas. Avergonzado y lisiado, más solo que un náufrago en un arrecife, de noche en su lóbrega mansión, el rey Adhils lloraba.



7

La historia de Skuld

I

Entonces, por espacio de siete años, no hubo guerra ni dentro ni fuera de Dinamarca.

Esto no significa que todo estuviese tranquilo.

Al llegar, Bjarki fue alegremente recibido por su esposa Drifa —que tenía un hijito que mostrarle— y por la gente, no solamente de las tierras que poseía sino de los alrededores. Sabían que, como brazo derecho del rey, era su principal guardián contra proscritos e invasores extranjeros. Los soldados a los que se había hecho regresar estaban menos contentos; sentían que había sido mancillado su honor. Hrolf encontró palabras para dulcificar el dolor: mágicos poderes habían estado en juego, y su hombría no era menor porque las Nornas no hubiesen grabado runas en sus cunas que dijesen que tendrían que viajar fuera de los dominios de la humanidad. Después les dio tales regalos en oro y armas, que todo el reino supo la alta estima en que los tenía. Mientras tanto, la franca alegría de Bjarki los hizo sonreír de nuevo.

Había doce a los que no hubo forma de tranquilizar: los *berserkir.* Además de ser en su mayor parte de ingenio demasiado débil para comprender que ningún hombre vale para todas las tareas, eran turbulentos. Para ellos no había nada más en la vida que pelear, engullir, emborracharse y acostarse con mujeres. Estas actividades, las tres pacíficas, pronto empezaron a empalagarles *y* Hrolf Kraki no volvió a enviarlos a batallar.

Una tarde, a fines del verano, Aguar su cabecilla se encolerizó con Bjarki en la sala de la mansión de Leidhra. Hrolf detuvo la pelea y reprendió al *berserkr* ante toda la concurrencia. Agnar se marchó melancólico. Al final regresó cabizbajo para hablar con el rey. Para compensar la vergüenza en que lo había puesto, rezongó, debía darle por esposa a su hija Skur, con la correspondiente dote.

Horrorizada, la muchacha corrió a contárselo a su hermana Drifa, quien la consoló y habló con su marido. Bjarki se apresuró a ir a ver al rey. Hrolf estaba sumamente perplejo por el dilema de cómo mantener por un lado la paz, sin violar los juramentos de sus hombres, y por el otro cómo mantener a aquel patán fuera de su familia.

—Señor —dijo el noruego—, habéis prohibido justamente las peleas cuando estamos todos reunidos. Pero nada se ha dicho sobre las idas a la isla, ¿no es así? Personalmente preferiría estar muerto antes que tener a ese hijo de mula por cuñado; y seguramente me obligará a ello.

Agnar bramó. Hrolf trató de hacer las paces, sobre todo porque temía por la vida de su

Librodot

mariscal, pero no se pudo arreglar. Al final, Agnar y Bjarki partieron a remo a un pequeño islote y colocaron las varas que acotaban el campo del desafío.

Al *berserkr* le correspondió el primer golpe. Su espada, que se llamaba Hóking, cayó estrepitosamente sobre el yelmo de Bjarki, rompió los remaches y desgarró las planchas de acero. A punto estuvo de penetrar hasta el cráneo; la sangre corrió por la guarda de la nariz. Antes de que pudiese retirar la espada, la otra hoja ya estaba arriba, la mano izquierda aferrando la muñeca derecha y un pie sobre un tocón para darle más fuerza.

Lövi golpeó de lleno. Más tarde, Bodhvar-Bjarki compondría un poema:

Esto os diré en verdad, al más bravo de los ciervos golpeé,
espantosamente herido en la lucha con la larga y afilada espada, llamada Lövi,
ganando una enorme fama el día en que yo abatí
a Agnar, el hijo de Ingjald. ¡En alto aclamaron nuestros nombres!
Levantó la espada llamada Hoking y la lanzó contra mi yelmo.
¡Bien que estaba gastada la hoja para que su gimiente filo no pudiera herirme!
Amargamente habría mordido si el acero hubiera seguido su camino.
Velozmente me aparté y mi espada lo hendió por la mitad,
cortándole la mano derecha y dejándolo sin el pie izquierdo,
mientras en el remolino entre ambos, le arrancaba el corazón hasta las raíces.
Diré la verdad: nunca, vi que un hombre muriese tan valientemente.
Se iba a pique pero no se desmayaba, y sobre los codos se afanaba por alzarse.
La risa brotaba de su boca, indemne quedó en su desprecio por la muerte.
Felizmente marchó de aquí a la morada de los héroes.
La audacia moraba en ese pecho, y burlonamente se reía de las tinieblas.
Lo indecible pienso que sufrió, tanto en el cuerpo como en el alma,
porque la suya no me hirió; sin embargo, abatido, aún sabía reír.

Bjarki procuró que Agnar tuviese un entierro honorable. Aquello no apaciguó la cólera del resto de los *berserkir.* Cayeron sobre él cuando se dirigía a casa. Hjalti y Svipdag habían ido como testigos. El resultado fue que hubo dos *berserkir* más muertos y ninguno de los otros salieron sin heridas.

Por lo que habían intentado hacer, el rey Hrolf los proscribió. Partieron gritando promesas de venganza. Pero a diferencia de los que habían sido expulsados de Uppsala, no parecían tener ningún lugar a donde acudir en busca de ayuda, tan firme era la paz que reinaba en el país y el temor reverencial que inspiraba en el extranjero la Dinamarca de Hrolf. Todo el mundo estaba de acuerdo en que no solamente el palacio, sino toda la tierra estaba mejor sin ellos.

Skur, después, se convirtió en la novia de Svipdag. Dicen que fue bastante feliz, por severo que él fuese.

Al año siguiente llegaron grandes noticias: el rey Adhils había muerto.

Había estado dirigiendo las ofrendas de primavera a las Potencias de la fertilidad. Conforme cabalgaba en torno a sus altares manchados de sangre, su caballo tropezó. No estando en condiciones de mantenerse bien en la silla como antes, salió despedido y se golpeó la cabeza contra una piedra. Se le reventó el cráneo, los sesos se le salieron fuera. Los extraños dioses a los que servían los Ynglingos no les eran demasiado favorables.

Los suecos le levantaron un túmulo y eligieron por rey a Eystein, un hijo que había tenido con una amante hacía años. Sin embargo ellos, y también él, sentían todavía amor por la reina Yrsa; ¿y no era ella, acaso, madre y hermana al mismo tiempo del gran rey danés? Así pues, siguió formando parte de los consejos del país, y contó con la amistad de muchos hombres. De buena gana habría visitado a Hrolf, pero la edad estaba empezando a debilitarla.

Librodot

Él, por su parte, pensaba que sería imprudente imponerse al nuevo señor de Svithjodh, ya que parecería despótico en vez de amistoso. Por eso, Yrsa y él siguieron aplazando un nuevo encuentro.

Una de las cosas que preocupaba por entonces a Hrolf Kraki era el dejar de hacer ofrendas.

—Odín se ha convertido en nuestro enemigo —dijo—. Además, nunca me gustó colgar y ahogar a hombres indefensos[1], y por eso siempre ofrecí sólo animales. Y respecto a los cruentos, no veo que los sacrificios que hizo Adhils le sirviesen de mucho.

Al principio, el pueblo temió que hubiese hambre o algo peor, porque su rey había dejado de entrar en el templo. Para apaciguarlo tuvo que hablar con cierto número de sus portavoces. Pero los años que siguieron fueron buenos; el comercio crecía y se extendía; la paz parecía inquebrantable.

Cada cual podía hacer lo que mejor le pareciese. Aparte de ofrendas a las tumbas de los antepasados y a los pequeños seres que andan por las casas y los campos, el rey y sus hombres dejaron de solicitar ayuda de ninguna de las Potencias, pues sólo confiaban en su propia fuerza.

Por supuesto que aquello no era así en lo que concernía a sus reyes tributarios, y menos que a ninguno a Hjörvardh en el Lago de Odín, el marido de su hermana Skuld, la hija de la dama élfica.

En los años que siguieron a su boda, habían permanecido más bien aislados. Luego de que Bjarki matase a la bestia que asolaba el ganado, Hjörvardh, particularmente, estuvo ansioso de mostrar buena voluntad. Durante unas cuantas estaciones participó en las guerras de Jutlandia, y nunca dejaba de enviar hombres, así como de pagar el tributo en oro y especies. Por lo demás, se preocupaba de las tierras que poseía y de dirigir el norte de Fyn. Era de algún modo un haragán, que se sentía feliz de que otro hiciese por él las cosas, y podría haber terminado sus días en paz, de no haber sido por su reina.

En todos los asuntos de importancia, aquel hombre, que se había quedado completamente calvo, era dominado por la delgada mujer de cabello negro cuyos ojos eran como un cambiante lago verde en un campo de nieve. A causa de ella, los veredictos del monarca eran crueles. El pueblo pronto supo que les daba lo mismo protestar que si fueran las propias esclavas de Skuld. Quienes causaban problemas a la reina o a su marido acababan víctimas de la mala suerte: una enfermedad, una plaga que se cebaba en sus ganados o en sus cosechas, un fuego, o algo peor. Ella no hizo un secreto de su brujería, aunque nadie se atrevía a espiarla cuando salía sola a los bosques o a los brezales. Había quien susurraba que la había visto cabalgar de noche, en un flaco caballo que galopaba más rápido que ningún otro animal viviente, y que una tropa de sombras y de cosas deformes la seguía.

Sin embargo, Skuld y Hjörvardh debían de estar a bien con los dioses, porque con ellos eran liberales. En las fiestas sagradas siempre ofrecían a cada uno de los Doce las vidas de los seres a ellos asociados: machos cabríos a Thor, cerdos a Freyr, gatos a Freyja, toros a Heimdal, caballos a Tyr, y así a los demás hasta llegar a Odín, quien siempre recibía vidas humanas.

Prosperaban, mantenían una gran mansión con su correspondiente séquito, sus arcas estaban repletas. Si no mostraban un esplendor semejante al de Hrolf Kraki se debía más a la tacañería de Skuld que a la falta de recursos.

Ella odiaba hondamente que su marido fuese el súbdito de su hermano. Cada año, cuando salía el tributo para Leidhra, era como si la sangre de su propio corazón fuese en el cargamento.

Siempre incordiaba a Hjörvardh sobre su bajeza. Esta forma suya de comportarse fue a peor después de que el Alto Rey regresase de Uppsala, para no volver a guerrear y para mantenerse alejado de los dioses.

[1] Los sacrificios a Odín se efectuaban mediante ahorcamiento. (J. M. L.)

Librodot

—No debe continuar —decía ella.

Hjörvardh suspiraba, tendido en la cama de al lado.

—Mejor será para nosotros, y los demás, que lo suframos y dejemos las cosas en paz.

—Poca hombría tienes —le recriminaba ella en la oscuridad— si permites que continúe esta vergüenza.

—Es imprudente desafiar al rey Hrolf. Nadie se atreve a levantar el escudo contra él.

—*Tú* no te atreves, porque te falta valor. El que nada arriesga nada gana. ¿Quién puede saber antes de intentarlo, si es cierto o no que hay alguien que pueda derrotar al rey Hrolf y a sus guerreros? Creo que se le han acabado por entero las victorias, y él lo sabe, por eso se queda en casa. Bien, ¡nosotros podemos ir allí!

—Skuld, es tu propio hermano...

—No lo perdono por eso.

—Alégrate de lo que tenemos, querida —se acercó a ella en la oscuridad, sintiendo la fría tersura de su piel, aspirando el verano en su cabello. Ella le rechazó y le volvió la espalda. Hjörvardh no intentó poseerla. Hacía mucho tiempo que había aprendido que solamente podía hacerlo cuando a ella le apetecía, y entonces generalmente era ella la que le montaba a él, y no a la inversa.

No volvió a insistir en el asunto durante cierto tiempo, aunque su irritabilidad fue creciendo. En realidad, el derrocamiento del rey Hrolf no era algo que se pudiese emprender a la ligera. Durante cuatro años más se afanó en profundizar en los saberes de la brujería.

—Ten cuidado con esos hechizos —le suplicaba Hjörvardh—. El rey Adhils era un gran brujo. No le fue bien.

La risa de Skuld lo dejó helado.

—¿Adhils? ¿Ese pobre infeliz? Él únicamente creía que sabía algo; y había pocos seres que le prestasen atención. Yo tengo maestros... —se calló repentinamente y no dijo más.

Entonces, cuando llegó la víspera del *Yule,* ella salió cabalgando sola, como era su costumbre. El pueblo la vislumbró desde lejos, montada en el feo y viejo rocín que solía usar en tales ocasiones, el cabello y una capa igualmente negra agitándose sobre sus hombros. Iba armada únicamente con un cuchillo y un bastón grabado con runas; pero de los hombres no tenía nada que temer. Desapareció en el crepúsculo, y aquellos que la habían visto alejarse se apresuraron a entrar en sus casas al calor del fuego.

A algunas millas de Odense, en las riberas de la bahía, se alzaba una colina. árboles y matorrales retorcidos por el viento, despojados de sus hojas por el invierno, crecían a su pie. Brezos y tojos cubrían el resto, hasta llegar a la cima en la que se levantaba un dolmen. Ese año había caído poca nieve; la tierra estaba oscura, los arbustos reían torvamente en respuesta al quejido del viento del Norte. Las nubes bogaban por el cielo, orladas de la palidez emanada de la torva luna que fluía entre ellas. Las olas se estrellaban en la playa, traqueteando sobre las piedras. El aire era áspero. Transportaba sabor a sal y el hedor de una foca muerta que había sido arrastrada a la orilla. Tierra adentro, los lobos aullaban.

Skuld desmontó y se introdujo en el dolmen. Allí había una marmita y leña para realizar los hechizos. Alguien o algo lo había preparado ya para ella, por lo que no tuvo que afanarse con yesca y pedernal para encender la hoguera. Eran llamas bajas, azules, que no calentaban la piel sino el agua, y que hacían moverse tan monstruosamente las sombras en las paredes de piedra que la oscuridad, en vez de alejarse, se acrecentaba.

Acurrucada en la baja y estrecha cámara, Skuld mantuvo el bastón rúnico sobre el brebaje y gritó ciertas palabras.

Llegó un sonido como de succión. Ella dio unos pasos afuera. Cualquier otro caballo que no fuese el suyo habría chillado desbocado según el agua borbotaba más abajo y algo salía de ella hacia la orilla. La tierra temblaba al sufrir el peso de cada lenta pisada. Lo que estaba subiendo por la colina chorreaba agua que brillaba fríamente blanca. Frío era también el aliento de su húmeda carne, que despedía un olor a pez y a extensiones submarinas. El pelo y la barba eran como algas, y como lámparas los ojos.

—Atrevida eres para haberme llamado —susurró.

Ella miró su enorme tamaño y dijo:

—Necesito que me ayudes, pariente.

El esperó.

—Sé cómo convocar seres de fuera del mundo de los hombres —dijo ella—, pero pueden destruirme a no ser que un poder como el tuyo les ordene que se guarden de atacarme.

—¿Por qué debería yo protegerte?

—Para que pueda acabar la paz del Alto Rey.

—¿Qué me importa a mí eso?

—¿No surcan tus aguas los barcos, más cada año, sin que siquiera haya un homicidio a bordo para alimentar a tus congrios? ¿No viajan los hombres en mayor número cada año, sin temer nada, para matar a golpes tus focas, arponear tus ballenas, asaltar los nidos de los cormoranes y alcatraces, arrastrar sus redes llenas de tus peces, y arruinar la soledad únicamente cubierta por el cielo de tus más remotas islas? Te lo advierto, yo que sólo soy humana a medias, te lo advierto: el hombre es el enemigo de la Vida Antigua, lo sepa o no, y al final, sus obras cubrirán el mundo entero, y ya nunca se volverá a conocer la libertad ni la magia de la vida salvaje, a no ser que lo abatamos, que lo hagamos retroceder antes de que sea demasiado tarde, y que pueda volver la hermandad de animales, árboles y aguas. ¡Por tu propio bien, ayúdame!

—¿No te limitarás a reemplazar un rey por otro?

—Sabes que no. En absoluto. Yo *utilizaré* a la gente.

Durante un largo rato la estuvo contemplando, allí en la ventosa oscuridad, hasta que ella empezó a tener miedo. Finalmente él soltó una carcajada, un extraño y estridente chillido como el de una gaviota brotando de aquella enorme garganta.

—¡Hecho! ¿Sabes cómo se sella un pacto semejante?

—Lo sé —dijo Skuld.

Cuando ella se desnudó y lo siguió al interior del dolmen, tuvo que morder sus labios para aguantar su fría, escamosa y maloliente gordura, y apretar los puños contra la mole que la estaba magullando tan terriblemente. Y sabía que aquello tendría que volver a repetirse a menudo.

Pero él estaría a su lado cuando invocase a los horrores que no son de este mundo.

Hacia el amanecer cabalgó de vuelta a casa. El cielo estaba completamente amortajado de nubes. El rocín tropezaba en la oscuridad. Una nieve seca caía sobre la tierra. Temblando de frío, con el cuerpo fatigado y dolorido, mantenía sin embargo erguida la cabeza con un orgullo que ningún halcón habría podido igualar.

De repente, resonaron ruidos de cascos de caballo. No golpeaban, sino que tintineaban, e iban más veloces que los rayos de la luna. El corcel que alcanzó al suyo era del color de la leche y de la plata, de una blancura sobrenatural. Lo mismo que la mujer que iba en la silla. Vestida con un manto que relucía y rielaba como si estuviese tejido de arcos iris, tenía la misma faz que Skuld y los mismos cabellos, negros como la medianoche; pero sus ojos eran como el oro, y estaban apenados.

—¡Hija —gritó—, espera! ¡Óyeme! No sabes lo que estás haciendo...

Otros cascos —infinidad de cascos— atronaron el cielo. Los sabuesos aullaban, sonaban los cuernos, destellaba el acero. El que cabalgaba a la cabeza de la tropa iba en un semental que tenía ocho patas, y llevaba un manto que ondeaba como si fuesen alas y un sombrero de ala ancha que mantenía entre sombras su único ojo. Alzó la lanza como para arrojarla contra la mujer. Esta gimió, volvió grupas y huyó llorando. Skuld permaneció donde estaba, contempló cómo la Caza Salvaje se precipitaba a toda velocidad, y soltó una carcajada.

Por la mañana, cuando ella y su marido se preparaban para las ofrendas del *Yule,* hizo que se fuesen los sirvientes. Atravesó la habitación con grandes zancadas y agarró a Hjörvardh por la muñeca. Sus uñas le hicieron sangre. Él la miró: agotada, los hundidos ojos

sumidos en las tinieblas, y pese a todo parecía una llama vestida de carne.

—¡Óyeme! —aunque el tono de su voz era bajo, de alguna manera le hizo estremecer—. Ya te he dicho antes lo incorrecto que es que te rebajes ante Hrolf Kraki. Te lo digo ahora, no hace falta que continúe, y no continuará.

—¿Qué... qué...? —tartamudeó él—. ¿Qué estás pensando?

—He recibido signos que nos prometen la victoria.

—Di mi palabra, lo juré...

—La noche pasada oí otros juramentos. Hjörvardh, eres mi hombre. Tienes que ser lo suficientemente hombre para poder vengarte de la ruin artimaña que te jugó mi hermano hace tiempo, y, más aun, obtener la soberanía de Dinamarca —él abrió la boca. Ella le tapó los labios con un dedo, sonrió, y ronroneó—: He ideado un plan que funcionará. Escucha.

»Fuerte es la casa del rey Hrolf. Sin embargo, podemos reunir más soldados que los que él tiene y, si lo cogemos por sorpresa, no tendrá oportunidad de enviar la flecha de la guerra de granja en granja. Sin duda te preguntarás cómo podemos reunir ese ejército sin que llegue a enterarse. Bueno, mucha gente no siente amor por él, jefes que ha humillado, *berserkir* que ha expulsado, proscritos acechando hambrientos, sajones, suecos, geatas, noruegos, sí, hasta finlandeses que se sentirán felices de verlo derrocado y... otros que yo conozco.

«Necesitamos riquezas para los sobornos y para comprar armas en el extranjero y traerlas aquí de contrabando. Se me ha ocurrido la forma de poder conseguirlo, conservarlo, mejor dicho, conservar lo que es nuestro por derecho. Enviaremos un mensaje a Leidhra, pidiendo permiso para aplazar el pago del tributo durante tres años, añadiendo que al final de este período lo pagaremos todo de una vez.

—¿Por qué? —preguntó Hjörvardh.

—Le explicaremos que lo necesitamos para comprar barcos y mercancías, con el fin de promover nuestro comercio exterior. A Hrolf le tiene que gustar la idea. Y nos ayudará a llevarla a cabo, ya que el asunto parecerá inofensivo.

—Pero... pero...

—¿Cuál es el riesgo? En el peor de los casos puede negarse, y entonces tendremos que permanecer en paz. No creo que sea necesario. Si podemos estar sin pagarle, entonces tantearemos el camino a seguir, no haciendo nada sin estar seguros del próximo paso a dar, no dando ningún movimiento hasta que no haya ninguna duela de que podemos aplastarlo.

Hjörvardh no estaba de acuerdo, pero Skuld siguió insistiendo día tras día, noche tras noche. Al final asintió, y los mensajeros cruzaron el Gran Belt.

Regresaron con la noticia de que el rey Hrolf se sentía feliz de dejar que su cuñado pospusiese el pago durante el plazo que le solicitaba, y que le deseaba el mayor éxito en sus empresas.

Después, Hjörvardh empezó a buscar a aquellos que tuvieran motivos de queja contra su soberano, y a malhechores de todo tipo. Aguijoneado por Skuld, cada vez se fue ilusionando más con el asunto, conforme fueron engrosando sus fuerzas. Ella, por su parte, se las ingeniaba para mantener oculto ante Leidhra lo que realmente estaba sucediendo. Si alguien que fuese leal a Hrolf Kraki empezaba a hacer preguntas sobre los hombres que estaban llegando a Odense, y si la historia que le contaban no calmaba su inquietud, en ese caso siempre tenía hechizos a mano con los que cegar y deslumbrar.

No volvió a incordiar a su marido. Al contrario, estaba tan amable con él que éste llegó a convertirse en una especie de perrito faldero. Pero ni aun así se atrevía a preguntarle qué hacía aquellas noches en que salía a caballo sola de la mansión. Así pasaron tres años.

Respecto a lo que fue del rey Hrolf y de sus hombres durante aquel tiempo, ¿qué se puede decir sino que vivieron felices, como feliz vivió la tierra que regía? En el bienestar y la seguridad del pueblo, en leyes *y* juicios justos, en buenas cosechas y mercados que proliferaban, en el crecimiento de ciudades y la siembra de nuevos campos, en el hombre viviendo en paz con su vecino, en nada de esto hay historias que contar: solamente, cuando el

tiempo ha pasado, quedan recuerdos.

Ciertamente, los soldados tenían mucho que hacer. Además de servir al rey, tenían sus propios barcos y granjas que cuidar. Sin duda, Bjarki volvió a las Tierras Altas a saludar a su madre y a su padrastro, llevando consigo muchos y ricos regalos; y Svipdag se fue hasta Finlandia en busca de pieles, y Hjalti viajó a Inglaterra para ver cosas nuevas; y puede ser muy bien que llegasen a remo hasta los ríos de Gardaríki o a lo largo del Rin, en tierras de los francos. De ser así, eran comerciantes. Fuertes y bien armados como iban, nadie osaba atacarlos.

En Palacio había regocijo, cada noche una fiesta en la sala del rey donde los tableros de las mesas casi se combaban bajo el peso de la carne y los cuernos estaban siempre llenos, los escaldos cantaban, los viajeros contaban historias de sus viajes, y Hrolf Kraki el Donante de Anillos no escatimaba nada. Había a diario instrucción con las armas, y el cuidado del acero, y tareas semejantes; pero también había caza, pesca, partidos de lucha, carreras a pie o a caballo o en barco, combates de sementales, juegos de habilidad como las damas o las tabas, largas charlas indolentes, viajes por los alrededores, el regatear con los labradores, hacer planes y soñar despierto; y, en alguna parte, dentro o cerca de la ciudad de Leidhra, cada hombre tenía por lo menos una mujer, y así caía en los lazos que tejen las manos de los niños pequeños.

No hay nada que contar sobre aquellos años de paz, salvo que Dinamarca nunca los ha olvidado.

Al final, el rey Hjörvardh y la reina Skuld enviaron un mensaje a su pariente el rey Hrolf. Querían ir a pasar el *Yule* con él, y así traerle el tributo que le debían.

—Diles que me congratulo de ello, y que serán bienvenidos —comunicó a los mensajeros.

II

La semana en que caía el solsticio de invierno era tiempo de fiesta, de reuniones junto al fuego con alegría y amor, una ruptura en esa estación en que el día no es más que una luz trémula en medio de la noche. Pero nunca hubo allí más honesto regocijo que en la sala de Hrolf Kraki.

Esa víspera del *Yule* las llamas crepitaban alborozadamente, se entrechocaban los cuerpos, y las copas, la risa, las charlas y las canciones iban en oleadas de aquí para allá haciendo retumbar los muros. Con un manto guarnecido de cebellina recamado de rojo y azul, pantalones de blanco lino, pesados oros en brazos, cuello y frente, el rey en su sitial brillaba a la vista de todos. A sus pies jadeaba el sabueso Gram, en sus hombros se posaba el halcón *Calzaslargas,* y a ambos lados estaban los compañeros de sus viajes, y más allá los hombres y las damas más renombrados de todo el ancho reino que él había forjado. Sin embargo, una ligera pena ensombrecía su semblante y dijo a Bjarki:

—¿Porqué no están entre nosotros Skuld y Hjörvardh? ¿Habrán naufragado?

—Es poco probable, señor, en un viaje tan corto y con el tiempo tan calmado —respondió el noruego—. Seguramente algo los habrá hecho retrasarse, y habrán desembarcado para pasar la noche en la costa oeste de Selandia y mañana llegarán a remo al puerto de Roskilde.

—A no ser que ella haya sufrido un desastre en uno de esos asuntos que siempre se trae entre manos —musitó Svipdag. Nunca le había gustado la hermana del rey ni sus oscuras artes.

—Oh, no seas aguafiestas —Bjarki apuró la copa de plata, llena de cerveza, se limpió la espuma de su rojizo bigote, y pidió a gritos que le trajesen más.

Librodot

Vögg se apresuró a obedecer. El niño de Uppsala se había convertido en un joven. Pero apenas podía decirse; seguía siendo bajo, escuálido, casi imberbe en el pequeño mentón que tenía, el pelo siempre enmarañado por más cuidado que pusiese en peinarlo. Los soldados habían renunciado a hacer de él un guerrero. Practicando con las armas, débil, lento, desmañado, sólo ganaba magulladuras y, a veces, huesos rotos. Sin embargo, le querían bien —y sus ojos pálidos se posaban sobre ellos con temor reverencial—, le hablaban amablemente, procuraban que estuviese bien alimentado y vestido. A cambio, él se desvivía por hacer cualquier encargo o trabajo que le encargasen. Su mayor proeza consistía en haber llegado a ser el copero del rey y de sus doce capitanes. —Gracias —dijo Bjarki. Le contempló a través del molesto y cálido humo con olor a enebro y añadió en medio del estrépito—: Vaya, estás tan empapado de sudor que pareces un bacalao recién pescado. Siéntate, muchacho, toma un trago y deja que las mujeres sirvan por un rato.

—E-e-es un honor para mí estar a vuestra disposición —tartamudeó Vögg. Volvió la cabeza, parecida a la de un pájaro, de un lado a otro de la fila de guerreros—. ¿Q-quiere alguien, alguno de mis señores quiere más?

—Sí, puedes llenarme esto —dijo Hjalti, tendiéndole un cuerno de uro engastado en oro. Vögg salió de estampía, meneando aguadamente brazos y piernas. Hjalti se rió—. Sabes, creo que lo que le pasa es que necesita ser útil. Y eso intento, por lo que a mí concierne.

—Bueno, tienes una amante muy bonita —dijo el rey—, ¿Por qué no la trajiste esta noche?

—La asustaba demasiado la idea de tener que volver a casa la víspera del *Yule* después de que hubiese oscurecido. Y tenía que irse de todos modos, porque aquí no hay sitio donde albergarla, estando los invitados apilados como leña.

A diferencia de Bjarki y de los otros hombres de alto rango, Hjalti no poseía una casa en o cerca de Leidhra. Pensaba que le daría demasiados problemas cuando estuviese fuera cazando o pescando.

Vögg regresó con el cuerno lleno y dobló la rodilla al ofrecérselo. Hjalti se acarició la corta barba rubia —todavía no tenía treinta inviernos a sus espaldas— y dijo:

—Naturalmente, siempre puede haber un montón de heno en el granero o algo por el estilo. Vögg, amigo mío, ¿te gustaría como regalo del *Yule* que dijese a una esclava que fuese complaciente contigo?

El joven abrió la boca desconcertado. Se ruborizó, farfulló algo, se balanceó de un pie a otro, hasta que al fin soltó: —Yo, yo, yo os lo agradezco, señor, p-p-pero... no, si ella no quisiera... —hizo rápidamente una reverencia y desapareció. Hjalti se rió entre dientes y se encogió de hombros. Bjarki se volvió para mirar al rey con solemnidad.

—Mi señor —comenzó a decir—, ya os he hablado de ello antes, pero disculpad que vuelva a recordároslo: vuestros únicos actuales descendientes son mujeres.

—Y debería engendrar un hijo, preferentemente de una esposa legítima —dijo Hrolf Kraki.

—Sí. Un heredero para que nosotros o nuestros hijos lo alcemos sobre el escudo, y así pueda continuar existiendo Dinamarca después de vos.

—Hay buenos partidos en Svithjodh, después de que el rey Adhils nos librase de su presencia —dijo Svipdag.

Hrolf Kraki asintió.

—Tenéis razón todos vosotros, ya he esperado demasiado tiempo. Una vez hubo una muchacha... —una nota de dolor se percibía en su voz—. Ella murió. Algún día tendré que liberarme de su fantasma. Hablaremos más de esto los próximos días.

Trajeron el verraco dorado. Aunque el rey y sus hombres habían dejado casi por entero de tener trato con los dioses, no habían renunciado a la vieja costumbre de hacer votos cuando el *Yule.* Él fue el primero. Se levantó, puso la mano derecha sobre la imagen, asió una copa de vino con la izquierda, y pronunció las mismas palabras de todos los años:

—Me esforzaré todo lo que pueda por ser el Padre de la Tierra... para todos —su voz

era baja pero se oyó de un extremo a otro de la habitación. Los hombres permanecieron sentados en silencio mientras él apuraba la copa. Entonces, con gritos fervorosos, lo aclamaron.

Poco después, Hjalti pidió permiso para marcharse. Tenía unas cuantas millas por delante para poder apaciguar su lujuria. Un mozo de cuadra, soñoliento y tiritando, le trajo al patio su caballo enjaezado. Sobre la grupa estaban colgadas la cota de malla y el escudo, y llevaba lanza, además de espada y cuchillo. Parecía improbable que pudiera necesitar nada de aquello en la paz del rey. Montó. Los cascos golpearon el empedrado, martillearon a lo largo de las calles donde las casas se alzaban como riscos, y cruzaron las puertas, dejando la ciudad atrás.

Cabalgó hacia el Norte con paso rápido. La noche era fría y silenciosa; el aliento del hombre y del animal formaban vaho, el acero se cubría de escarcha, el ruido que hacían los cascos al golpear sobre las piedras del camino resonaba a través de los prados grises y de las granjas lóbregamente acurrucadas. Por encima de su cabeza se veían incontables estrellas y un vasto y tembloroso haz de Luces del Norte[1], del que rayos de un pálido rojo y de un verde glacial se desparramaban por la mitad de los cielos. El Puente brillaba, las Osas giraban en su interminable vuelta anual. En un momento, un búho pasó a su lado sigiloso, y Hjalti pensó en los ratones de campo acurrucados temiendo por el miedo a esas alas... ¿igual que los hombres temían a los Poderes?

Irguió su cabeza. ¡No él!

Thyra, su amante, vivía en una cabaña, pequeña pero sólida, que él había comprado para las mujeres que encontraba entre los esclavos o los granjeros pobres. Cuando se quedaban embarazadas, o por cualquier otro motivo se cansaba de ellas, su costumbre era despedirlas con el oro suficiente —y la libertad, si es que no la habían conseguido antes— para que pudiesen casarse bastante bien. Con todo, a veces lloraban.

Metió el caballo en el establo, tanteando el camino en la oscuridad, y golpeó la puerta de la casa.

—¿Quién es? —dijo una voz temblorosa desde detrás de las contraventanas.

—¿Quién te crees? —bromeó Hjalti.

—Yo... no te esperaba...

—Bien, aquí estoy, ¡y por cierto que necesito calentarme!

Habiendo dejado encendida una lámpara de terracota, pudo desatrancar la puerta y dejarlo entrar en seguida. Sus manos fueron a calentarse a la luz de la mecha y luego a las ascuas del fuego del hogar. Thyra era una joven robusta, de cabello rubio, pechos macizos, agradable de contemplar.

Ella se abrazó a él, los dedos tensos, como si quisiera desmentir la redondeada suavidad de todo lo demás.

—Oh, estoy contenta, estoy contenta —susurró—. Estaba asustada. He tenido sueños horribles, me despertaba y trataba de quedarme despierta, pero siempre volvían...

Él frunció el ceño; porque siempre sucedían cosas extrañas fuera de casa en la víspera del *Yule.*

—¿Qué sueños son ésos?

—Águilas desgarrando las entrañas de hombres muertos, hombres que habían sido horriblemente acuchillados... cuervos sobre ellos, y oscuridad a lo lejos, iluminada por relámpagos, como esas luces de allí fuera esta noche... Teníamos un viejo vecino cuando yo era pequeña, que llamaba a las Luces del Norte la Danza de los Hombres Muertos... Entonces oía una y otra vez una voz en mis sueños, sin cesar nunca, como si la voz y yo cayésemos por una grieta sin fondo que atravesase el mundo, pero no podía comprender lo que decía...

Por el espacio de un latido Hjalti se acobardó, recordando lo que había pensado cuando cabalgaba hasta la casa; sonrió de nuevo.

[1] Auroras boreales. (J. M. L.)

Librodot

—Yo haré que esas cosas se alejen de ti en seguida, querida.

Se apresuraron a meterse en la cama, donde él le hizo tres veces seguidas el amor en muy poco tiempo. Después cayeron dormidos uno en los brazos del otro.

Pero los sueños se cernieron también sobre él: galopes y gritos a través de un cielo ventoso, golpes de alas, picos y garras crueles, un sentimiento de pérdida innombrable e insondable.

Luchó por despertarse.

—¡No volveré a quedarme dormido! —dijo en voz alta.

Thyra gimió a su lado. ¿Y quizá oyó él otro ruido en la espesa noche en que yacía?

Sí, algo se movía y chillaba, millas lejos a través de la soledad. Hjalti se deslizó fuera de las mantas. El frío le roía la carne desnuda. A tientas, a través del cuarto, fue a una ventana y abrió las contraventanas.

La tierra estaba todavía gris y vacía, bajo las lanzas que saltaban de las luces y las completamente apartadas estrellas. Aquí y allá, los árboles se alzaban como esqueletos ennegrecidos. Bordeando los Confines del Mundo, del fiordo de Roskilde hacia Leidhra, se movía un ejército.

Hjalti tenía la vista aguda; y sabía demasiado bien lo que significaba aquello del acero, las masas de hombres apiñados por centenares, los sonidos apagados de las pisadas de las botas y de los cascos, el rechinar de las ruedas de los carros cargados con pertrechos de guerra. Sin embargo no era del todo una tropa humana. Había alas que se afanaban oscuras y ásperas por encima de las cabezas; monstruosas cosas deformes marchaban, se arrastraban, se retorcían al lado de los guerreros.

De pronto comprendió la verdad. Gritó.

Thyra salió del sueño.

—¿Qué pasa? —gimoteó.

—Ven aquí —fue su brusca respuesta—. Mira.

Y señaló en aquella dirección.

—La gente amistosa no viaja así —dijo—. Demasiado tarde veo lo que se traían entre manos el rey Hjörvardh y la reina Skuld. Reclutaron soldados en Fyn, desembarcaron en un lugar despoblado, y ahora... y ahora... ¡Tienen que ser ellos! ¿Quién si no esa bruja podría traer seres semejantes?... Y ella retuvo el tributo... ¡Oh, dioses!

Tienen una forma de vengarse en el Norte a la que llaman «grabar el águila de sangre»; mantienen al hombre tendido sobre el vientre, y con la espada le desgarran las costillas del espinazo hasta que estén extendidas como si fuesen alas. Ello no habría sacado de la garganta de Hjalti el grito que aquella noche oyó la mujer.

—Son muchos más, nos han cogido de improviso —gruñó. Y gritando de nuevo—: ¡Luz! ¡Enciende la lámpara, golfa perezosa! ¡Tengo que prepararme y avisar al rey!

Puede ser que a ella le molestase el quedar de pronto convertida en nada a los ojos de el, y que quisiera devolverle el golpe, para recordarle su presencia. O quizá lo que pasaba es que era frívola, y no comprendía el peligro que acechaba al rey Hrolf, que había sido siempre todopoderoso tan lejos como llegaba su memoria, y esperaba alegrarle a su amante el ánimo por medio de una broma. Es difícil de saber, pues lleva muerta cientos de años y no puede hablar. Cuando Hjalti, con cota de malla y yelmo, sacaba el caballo, Thyra estaba en la puerta. La lámpara que sostenía arrojaba un parpadeo amarillento sobre el manto que se había echado sobre los hombros y el orgullo de su hermoso cuerpo. Sonrió y exclamó, con voz de algún modo trémula:

—Si caes en la batalla, ¿de qué edad será el hombre con el que tendré que casarme?

Hjalti se paró en seco como si se hubiese quedado congelado bajo las estrellas. Finalmente rechinó:

—¿Qué preferirías, dos de veinte o uno de ochenta?

—Oh, los dos jóvenes —dijo, con risa insegura. Quizá estaba a punto de añadir algo así como: «Aunque ellos dos no podrían reemplazarte a ti solo, querido.» Pero él vociferó:

—¡Pagarás por lo que has dicho, ramera! —saltó sobre ella; su cuchillo fulguró; la agarró por el pelo y le cortó la nariz.

Ella retrocedió tambaleándose. La lámpara se estrelló en el suelo y se apagó. La sangre chorreaba entre los dedos que se había llevado a la cara.

—Acuérdate de mí si alguien viene a jadear sobre ti —se mofó Hjalti—, aunque creo que la mayoría te encontrarán poco apetecible en lo sucesivo.

Demasiado aturdida para llorar, ella replicó (su dulce voz ahora desapacible y ahogada):

—Te has portado mal conmigo. Nunca esperé eso... de ti.

El cuchillo se le cayó a Hjalti de las manos. Se quedó un rato inmóvil, viendo con horror que en nombre de su señor y de sus hermanos de armas se había convertido en un *berserkr.* Inclinándose, recogió el arma, porque todavía podía necesitarla, y la metió en la vaina de nuevo, aunque estuviera tinta de sangre.

—Nadie puede preverlo todo —dijo apenado.

Podía haber intentado besarla, pero ella retrocedió ante él horrorizada. Y... estaban dormidos en Leidhra. Saltó a la silla y partió al galope.

La hueste enemiga se movía deprisa y avanzaba muy por delante de él. Iba por la tierra como una exhalación. El viento rugía en sus oídos, y también en sus pulmones y en su sangre. Era como si las Luces del Norte le atiborrasen el cráneo. Era consciente de que debía dar un largo rodeo, para no ser visto por el enemigo, o, peor todavía, para que la noche hecha carne que marchaba y se agitaba en torno a ellos no le detectase. Llegó a la empalizada de la ciudad de Leidhra con el tiempo justo de que su caballo cayese muerto.

Saltó limpiamente, rodó por el suelo, se levantó de nuevo y gritó al cielo:

—¡Ahora quédate con él si quieres![1]

Pasó furioso ante los soñolientos centinelas y cruzó las calles hasta llegar a la dormida mansión. Allí cogió un rescoldo del mortecino fuego de uno de los fosos, lo avivó hasta que las llamas volvieron a crecer, y gritó para advertir a todo el mundo.

Salió de nuevo a toda velocidad en medio de las casas, llamando a todo hombre que alguna vez hubiese dado su palabra a Hrolf Kraki para que se despertase y se preparase para el combate. Un antiguo *Bjarkamaal* pone estas palabras en su boca:

¡Guerreros, despertad para defender al rey!
Todos los que sean leales a su señor,
sepan que ha llegado la hora de luchar.
Te digo que aquí, portando armas crueles,
ha llegado, Hrolf, la hueste enemiga,
y cercan nuestras casas, las espadas en alto.
Creo que el tributo de tu hermana Skuld
no ha traído oro que en las salas brille,
pues busca contiendas con los Skildungos.
No como un amigo viaja el falso Hjörvardh,
para deponerte y *que el reino sea suyo.*
Condenados a muerte en verdad estamos
si ninguna venganza tomamos de la víbora.
¡Señores, levantaos y *honrad vuestra palabra,*
todo lo que jurasteis, por la cerveza vehementes!
Sean favorables o contrarios los vientos,
mantened la lealtad dada a vuestro señor,
él que no retuvo para sí tesoro
sino que generoso os daba oro y plata.

[1] Referencia a los sacrificios de caballos en honor de los dioses. (J. M. L.)

Lucha con las espadas os ofrece y *las lanzas,*
con lorigas y *yelmos que de él obtuvisteis;*
que brillen los escudos que compañía con vosotros,
para que honradamente os ganéis lo que os dio.
Como hombres debemos sostener el derecho
a los bienes que logramos en una hora más feliz
Fiestas y regocijos se han terminado.
Los cuernos alzábamos brindando y bebiendo;
mucho nos jactábamos comiendo en las mesas;
mucho nos divertíamos sentados con las muchachas,
y *las doncellas se alegraban al vernos pasar*
con coloridas capas que nos dio nuestro rey.
¡Pero ahora dejad a vuestras queridas! Que él nos necesita
en el duro juego de Hild, de cortantes espadas,
para alejar la amenaza de su garganta y las nuestras.
Hombres temerosos no deben seguirlo;
más bien necesitamos los que ignoran el miedo
y *no piden cuartel ni a flechas ni a hachas,*
mirando impertérritos los helados aceros.
Los campeones sostienen el honor de su jefe;
mejor es que marche con audaces por séquito.,
hombro con hombro listos a ser su escudo.
Férreamente el soldado empuñará el mango,
oscilando veloz sobre el enemigo la espada,
o con el pico del hacha partiéndole el pecho.
No retrocedáis, por más que las contrarias
fuerzas os sobrepasen. Malo es siempre que el noble
no le planta cara a la suerte adversa.

De un salto se levantaron Hromund el Duro, Hrolf el Veloz, Svipdag, Beigadh, y Hvitserk el quinto, Haaklang el sexto, Hrefíll el Fuerte el séptimo, Haaki el Osado el octavo, Hvatt el de la Alta Cuna, Starulf el décimo, y en la vanguardia Bodhvar-Bjarki y Hjalti el Noble; y otros muchos, hasta que la ciudad se llenó con su estruendo y el estrépito de las armas.

Mientras tanto, habían llegado las tropas de Hjörvardh y Skuld, cercando Leidhra con un número de gentes que hormigueaban más allá de lo que la vista podía alcanzar en la oscuridad. Algunos ya se apresuraban a traer arietes para echar abajo la empalizada, aunque sin duda estarían dispuestos a salvar la ciudad luchando en campo abierto si sus defensores accedían a ello. En perspectiva, se divisaban algunas casas ardiendo a las que habían prendido fuego. Por encima de las cabezas se oían los susurros de extrañas cosas que volaban, y en medio del estrépito y del tumulto de los hombres se percibían gruñidos inhumanos. Habían levantado unas tiendas negras de feas formas; podía verse que dentro de ellas ardían fuegos brujeriles.

—Ahora el rey Hrolf necesita compañeros que no se asusten de nada —dijo Bjarki—. Los que no se queden acurrucados detrás de él deben tener valor en el pecho.

—Hablas extrañamente, viejo amigo —le dijo su señor.

Bjarki se estremeció. Encorvado en una atalaya, su grande y velludo cuerpo parecía menos el de un hombre que el de un oso.

—El aire hiede a hechizos —musitó—. Siento... ¿como una conmoción? ¿Algo que mi padre conoció antes de que yo hubiera nacido, y que su fantasma recuerda...?

Arrastrando los pies, entró de nuevo en la sala.

Allí el rey Hrolf estaba sentado en su sitial y permitió que los mensajeros de

Hjörvardh y Skuld fuesen a su presencia. Dijeron, con una firmeza que vacilaba ante las severas miradas que se clavaban en ellos, que si quería conservar la vida, debía someterse a su cuñado.

La cabellera de color oro rojizo de Hrolf Kraki parecía arder entre las sombras iluminadas por el fuego.

—Eso nunca sucederá —respondió—. Debo demasiado a los que han confiado en mí. Oídme, y llevad de vuelta las palabras que yo digo a los hombres de mi guardia —levantó la voz—. Tomemos la mejor bebida que tengamos —exclamó—, y alegrémonos *y* veamos qué clase de hombres hay aquí. Lucharemos por una sola cosa, para que nuestro valor y nuestra audacia sobrevivan en la memoria. Porque hasta aquí han venido verdaderamente los más fuertes y bravos guerreros procedentes de todas las partes de los alrededores —y, dirigiéndose a los mensajeros, dijo—: Decid a Hjörvardh y Skuld que beberemos alegremente antes de recibir su tributo.

Cuando se lo comunicaron a la reina, que estaba sentada en su tienda, acurrucada en su escabel de brujería, inclinada sobre un fuego que hacía hervir una caldera, se quedó callada unos instantes. Finalmente resolló:

—No hay otro hombre como mi hermano el rey Hrolf. Una lástima, una lástima... —la pena oscilaba en su voz, y dijo, totalmente sombría—: Sin embargo, haremos que conozca el fin.

Mientras tanto, los hombres del rey estaban sentados amistosamente y de buen humor. Bjarki, Hjalti y Svipdag mostraban por diferentes motivos una tristeza que trataban que no cundiese. Los demás hablaban de los viejos días, y fanfarroneaban sobre lo que harían, y alababan a su rey; y él era el más alegre de todos.

Llegó el amanecer cruzando la tierra invernal. Hrolf Kraki y sus hombres cogieron las armas. Y salieron fuera de las puertas de Leidhra.

III

Se habían levantado las nubes. Lejos de los muros de la empalizada, la tierra ondulaba parda, veteada de delgadas franjas blancas, bajo un cielo acero mate. El aire era gélido pero sin viento. No había mucho color en las tropas del rey Hjörvardh. Hasta sus banderas parecían sombrías. Era una abigarrada multitud que había reclutado de donde había podido, entre la que no escaseaban proscritos asesinos y bandidos, el mal percibiéndose bajo los yelmos que les había dado. Contra ellos, la banda del rey Hrolf lucía capas de brillantes tonalidades; la suya era tan roja como el más vivo fuego. Pájaros y bestias retozaban sobre los estandartes multicolores de sus capitanes, espaciados a lo largo de la línea de puerco a ambos lados del suyo, que mostraba un verde fresno sobre campo dorado.

—¡Adelante! —gritó.

La espada Skofnung osciló en lo alto. Sus seguidores lo corearon con sus gritos, sonaron los cuernos de bronce, los sabuesos de guerra aullaron. Como un solo hombre, los guerreros se lanzaron desde la ciudad hacia sus enemigos. Aunque excesivamente sobrepasados en número, no eran pocos. A lo largo de sus filas podía observarse esa ondulación semejante a la que produce el viento en un campo de centeno, que indica un sólido entrenamiento.

Las flechas silbaban en lo alto. Las lanzas ondeaban severas entre ellas. Las piedras de las hondas golpeaban sordamente en los escudos. Hrolf cambió del trote al galope. Su banda venía con él como si formase parte de su propia carne.

Cayeron sobre las líneas de Hjörvardh. El acero resonaba. Un hombre golpeó a Hrolf con una alabarda. El rey era más bajo y delgado que él. Sin embargo no se detuvo. Paró el

retumbante golpe con su escudo mientras la hoja de su espada brincaba y chillaba. El hombre se vino abajo. Saltando por encima de él, Hrolf abrió un hueco más profundo en las filas rebeldes. A su derecha resonaba la espada Empuñadura de Oro de Hjalti, a su izquierda retumbaba el hacha de Svipdag. El sabueso Gram desgarraba piernas y saltaba a los cuellos. Por encima de sus cabezas se encumbraba el halcón *Calzaslargas* con sus brillantes alas.

Golpe tras golpe sonaba en los yelmos, escudos y lorigas, cuando no en la carne y en el hueso. Lanzas y flechas volaban densamente por lo alto. Los hombres se hundían, atravesados, acuchillados, acelerando la sangre en un esfuerzo supremo. Sobre ellos marchaban pesadamente los impetuosos guerreros de Leidhra. Hombres a caballo en los flancos, que buscaban un lugar débil por donde conducir el ataque, no encontraban sino una tormenta humana, o sus propias muertes.

Hjalti el Noble cantó jubiloso:

—Muchas lorigas están ahora hechas jirones, muchos yelmos hendidos y muchos valientes jinetes acuchillados han caído de la silla. Sin embargo, nuestro rey está de buen ánimo, tan contento como cuando alegremente bebía cerveza, y temibles son los golpes de sus manos. No hay otro rey igual en la refriega, porque parece que tiene la fuerza de doce, y a no pocas robustas criaturas ha muerto ya. Así, ahora el rey Hjörvardh podrá ver cómo muerde la espada Skofnung; cómo grita hondamente al entrar en los pechos.

Riendo, llamando a sus hombres, manchado de rojo pero apenas tocado, Hrolf Kraki indicaba el camino a seguir. Lentamente, las filas ante él se rompían, se apartaban a derecha e izquierda si es que no se hundían o salían huyendo. Implacable era el combate. Si las fuerzas de los dos bandos hubiesen sido más parejas, entonces allí mismo habría concluido. Pero el señor de Leidhra no tenía suficientes hombres para rebasar la hueste enemiga. Aunque la hendiese por la mitad, los flancos quedaban ilesos. Bajo las banderas y los bocinazos de los cuernos de sus capitanes, se movieron a un lado, no muy debilitados.

Nada podía hacer la gente de Hrolf sino contener la respiración mientras esperaban el ataque. Svipdag rugió a algunos que eran vehementes en exceso:

—¡Retroceded a vuestras filas! ¡Quieren que nos extenuemos persiguiéndolos! Sin embargo —añadió ceñudamente, mirando a su señor—, si no penetramos pronto en sus líneas y llegamos a las tiendas en que la reina Skuld está preparando sus hechizos, tendremos que luchar con cosas peores que con hombres. Esos seres monstruosos que vislumbramos pueden ser tímidos a la luz del día, pero esa bruja hará algo con ellos si tiene ocasión —su único ojo recorrió mortecino los furiosos muertos vivientes y los heridos retorciéndose quejumbrosos, hasta las líneas que se reagrupaban para un nuevo combate. Hjalti se enjugó el sudor del rostro, miró alrededor y dijo asombrado:

—¿Cómo, dónde está Bjarki? Pensé... él debía fijar nuestra ala derecha... allí está su estandarte, sus hombres, pero no lo veo por ninguna parte.

La alegría del rey se ensombreció. Se dio la vuelta, *y* parpadeó atónito al descubrir cerca al pequeño Vögg. El joven sueco lo había revuelto todo hasta que al fin había encontrado un jubón de cuero, una vieja y oxidada marmita que llevaba de yelmo, y un cuchillo de carnicero. Entrechocaba las rodillas. Le caía un hilo de sangre de sus mordidos labios.

—¡Ven aquí! —le gritó Hrolf. Vögg obedeció—. Deberías haberte quedado atrás, muchacho —dijo el rey.

—Yo... yo también soy hombre vuestro, señor —contestó—. ¡Lo soy!

—Bien, en ese caso puedes servir de mensajero. Ve a ver qué le ha pasado a Bodhvar-Bjarki. Si lo han matado, capturado, o lo que sea, alguien tiene que haberlo visto... un hombre de su tamaño, con la barba rojiza...

Vögg se escabulló a toda prisa. Hrolf lo siguió con la vista.

—No creo que tiemble de miedo —murmuró el rey—. Hay corazón en ese delgado pecho.

Hjalti se mordía el bigote, daba patadas en el suelo y se palmoteaba los brazos,

Librodot

tratando de mantener el calor en aquella espera interminable. ¿Nunca iba a comenzar de nuevo el combate? El primer encuentro había llevado no poca parte de ese día que era el más corto del año. Poco había faltado para que el sol se hubiese puesto detrás de la grisúra.

Vögg regresó.

—Señor—jadeó—, nadie ha visto a Bjarki. Ni rastro desde que s-s-salimos de la mansión..

—¿Cómo puede ser? —interrumpió Hjalti—. ¿Cómo puede escurrir el bulto y no venir al lado del rey..., él que pensábamos que era el más intrépido de todos nosotros?

El rey Hrolf le dio una palmada en el hombro y dijo:

—Debe de estar donde pueda ayudarnos mejor. No puede querer otra cosa. Vela por tu propio honor, sigue adelante y no te mofes de el, porque ninguno de vosotros podéis compararos con él —y se apresuró a añadir—: No desprecio a ninguno, sin embargo; todos sois guerreros sobresalientes.

Hjörvardh y sus capitanes habían estado arengando a sus propios hombres y situándolos en mejor orden que hasta entonces. Ahora todos ellos, en masa, se movieron hacia los defensores. Hrolf levantó de nuevo la voz y condujo a su gente hacia adelante.

Una vez más silbaron lanzas y flechas, una vez más hubo choques y estruendo y gritos roncos. Encontrándose con enemigos contra los que no habían tenido que pelear antes, los de Leidhra podían haberse visto en mala situación. Sin embargo, a fuerza de tajos y de golpes se iban abriendo paso. Nada podía resistir su empuje.

Por delante de la cuña que formaban, cerca del rey, iba un gran oso rojo. De cada zarpazo arrojaba muerto por tierra a un hombre; desgarraba con las quijadas; alzándose, tiraba a los jinetes de las sillas o mataba a los mismos caballos; y ningún filo podía morderlo.

Pocos de ambos bandos podían verlo, de lo estrechamente apretados que estaban los combatientes. La gente de Hrolf, que no padecía los ataques del oso, sólo sabía que las filas contrarias estaban perdiendo terreno de nuevo. Tajaban vigorosamente, sin pensar en nada más. Mientras tanto, el terror empezó a extenderse por la hueste de Hjörvardh. Éste, montado y a cierta distancia para dominar el campo con la vista, observó lo que pasaba. Llamó a sus capitanes que tocasen retirada antes de que sus partidarios huyesen en desbandada.

Hjalti, por su parte, no había prestado mucha atención a la bestia. Estaba demasiado ocupado parando y lanzando golpes. A través del fragor de las armas, de los escudos, yelmos, rostros que lo odiaban, no podía distinguir lo que el oso hacía en realidad. Oscuramente suponía que era uno de los enviados de la reina Skuld, que sin embargo no podía servirle a ella de ayuda mientras durase la luz del día.

Sobre todo, en medio del rugiente tumulto, pensaba tristemente en Bjarki, que había sido para él más que un padre, en la vergüenza que empañaría indeleblemente la memoria de Bjarki por no haber estado allí aquel día.

Cuando el enemigo se dispersó de nuevo y vio que habría otro alto en el combate, Hjalti echó a correr. Regresaba a la ciudad, saltando por encima de muertos y moribundos, pisoteando los charcos de sangre, dispersando asustadas a las aves de carroña que ya se habían congregado en la retaguardia. Se precipitó por las puertas abiertas, cruzó las calles vacías, entre puertas atrancadas y ventanas cerradas detrás de las cuales las mujeres y los niños se acurrucaban atemorizados, hasta que llegó a la casa de Bjarki.

Allí ningún cerrojo lo detuvo. Abrió de una patada la puerta y se precipitó en la habitación. Estaba fría y su oscuridad invernal apenas era despejada por el pequeño fuego del hogar. Vislumbró a la mujer de Bjarki, Drifa, la hija de Hrolf Kraki, en una esquina entre las sombras, sus hijos apretados en torno suyo. En una cama yacía el hombre. Llevaba la loriga, pero la espada estaba envainada y miraba fijamente hacia el techo.

La mujer soltó un grito y corrió a cortarle el paso a Hjalti. Éste la rozó al pasar sin prestarle atención, aferró a Bjarki por el ancho hombro, lo sacudió y gritó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar al primero de los guerreros? ¡Esto es insólito, que no estés levantado, usando tus brazos que son fuertes como los de un oso!

Librodot

¡Arriba, Bodhvar-Bjarki, maestro mío, arriba o quemaré esta casa y contigo dentro! ¡La vida del rey está en peligro, ayúdanos! ¿Quieres destruir el buen nombre que te has labrado con tanto esfuerzo?

El noruego se removió. Se volvió, se sentó, se levantó. Era mucho más alto que su amigo. Suspiró hondamente antes de responder.

—No hay necesidad de que me llames temeroso, Hjalti. No he tenido miedo. Nunca huí del fuego o del acero; y todavía hoy podrás ver cómo sé luchar. Siempre el rey Hrolf me ha llamado el principal de sus hombres. Y tengo mucho que agradecerle, porque me dio a su hija y doce ricas casas y otros muchos tesoros. Marché contra vikingos y bandidos; guerreé a lo largo y ancho de la Dinamarca que construimos con nuestra sangre; fui contra Adhils, y maté a Agnar, y a otros muchos hombres...

Sus palabras, que él casi había canturreado como si estuviera soñando, se quebraron. Miró intensamente a Hjalti, que fue sacudido por un repentino escalofrío. La voz de Bjarki se avivó de nuevo.

—Pero aquí tenemos que habérnoslas con más y peores brujerías que antes. Y tú no has hecho al rey el servicio que pensabas; porque ahora no falta mucho para el fin del combate —y añadió, con un acento de benevolencia—: Oh, has obrado inconscientemente, no porque no quisieses el bien del rey. Y nadie excepto tú y él podrían haberme llamado como tú lo has hecho; a cualquier otro lo habría matado —y dijo, tristemente—: Ahora las cosas deben seguir su paso. No hay ninguna escapatoria, y ahora menos ayuda puedo darle al rey Hrolf de la que le di antes de que vinieras[1].

Hjalti inclinó la cabeza, entrelazó los dedos, y dijo tragándose las lágrimas:

—Bjarki, tú y él siempre habéis ocupado el lugar más alto en mi estima. ¡Es tan difícil saber lo que uno tendría que hacer!

El noruego se puso la cofia y el yelmo en la cabeza. Drifa fue a su lado. Él cogió sus manos entre las suyas.

—Me entristece el no poder velar más por ti —dijo—. Cuida bien de los niños que tuvimos juntos.

—Con un padre como el suyo —le dijo ella—, tendrán poca necesidad de ayuda.

Los abrazó también. Con un escudo en la mano y otro colgado de la espalda para emplearlo cuando el primero hubiese quedado inservible de los golpes, siguió a Hjalti a la salida.

El día había empezado a oscurecer. Bjarki se presentó ante el rey Hrolf y le dijo:

—Saludos, mi señor. ¿Dónde debo hacerme fuerte?

—Donde tú mismo escojas.

—Entonces será cerca de vos —la espada Lövi relució fuera de la vaina.

Un mensajero se acercó al rey Hjörvardh desde la negra tienda en la que la reina Skuld estaba sentada en cuclillas. Miró en el crepúsculo y no vio rastro del oso rojo; ni se le volvió a ver más. Fortalecido en su ánimo, dijo a sus capitanes que incitasen a sus tropas.

Su hueste se movió hacia delante lenta y desordenadamente. Habían sufrido espantosas pérdidas. En el bando de Leidhra habían caído muchos menos hombres, y la fortaleza no había disminuido en los que quedaban. Sin embargo —quizá porque todavía temían más a la bruja—, los rebeldes volvieron al combate.

Sola, aunque no del todo, la reina Skuld echaba las runas y cantaba unas estrofas. El fuego crecía cada vez más alto; había cosas que se movían entre el humo y el vapor que salía de la caldera.

De las filas del rey Hjörvardh salió corriendo un horrible verraco. Gris como un lobo, enorme como un toro, hacía temblar la tierra bajo sus pezuñas. Sus colmillos destellaban como espadas. El sonido de sus gruñidos y chillidos infundía miedo en las almas de los más valientes.

[1] Bjarki ha enviado su doble o *fylgya* al combate, en forma de oso —recordemos la maldición que cayó sobre su padre— para ayudar a Hrolf y a sus camaradas. (J. M. L.)

Sobre él saltaron los sabuesos de Leidhra. Ladrando y aullando, lo rodearon. Moviendo el hocico a derecha e izquierda, enganchaba a uno y a otro. Acuchillados, desgarrados, los perros de guerra pronto yacieron amontonados a su alrededor. Por un instante, el sabueso Gram colgó aferrado a su garganta. Al final el verraco de una sacudida lo tiró por los aires, y al caer al suelo lo corneó de lleno.

Entonces la bestia corrió furiosa hacia adelante. De las cerdas de su piel empezaron a volar flechas. Ningún escudo podía detenerlas. Los hombres de la guardia del rey Hrolf caían a racimos. Empezaron a verse huecos en sus filas que no podrían rellenarse de nuevo.

El hacha de Svipdag osciló en lo alto.

—¡A él! —vociferó—. ¡Acabemos con ese engendro de los trolls antes de que alcance al rey!

Se lanzó hacia adelante. Sobre su cabeza volaba el halcón *Calzaslargas.* Una flecha atravesó el hombro izquierdo del guerrero. No la sintió. La galopante bestia estaba casi encima de él, que seguía moviendo su arma, listo para partir aquel horrible cráneo. Dos cuervos volaron hacia *Calzaslargas.* El halcón salió a su encuentro con pico y garras. Ilesos, lo picotearon hasta matarlo. El único ojo de Svipdag había captado lo sucedido, sólo con un rabillo, pero no lo suficiente para advertir lo cerca que estaba del puerco. Los colmillos le atravesaron loriga y estómago. Despedido hacia el cielo en una nube de sangre, el cuerpo de Svipdag cayó pesadamente.

El verraco alcanzó la línea de defensa de Hrolf Kraki. A todo lo largo, moviéndose a uno y otro lado, corneó y desgarró.

No podía estar en todas partes. Podía desbaratar un ala. La otra continuaba. Como asimismo el centro, donde brillaban las espadas del rey, de Bjarki y de Hjalti.

Sin embargo, la presión del combate rompió pronto las dos líneas. La batalla se convirtió en un combate cuerpo a cuerpo, barrera de escudos contra barrera de escudos, agitación, estruendo, golpes, jadeos, hombres que caían en la enrojecida tierra invernal en la que el crepúsculo y el frío se hacían más intensos.

Más fuertemente que la bestia rugía Bodhvar-Bjarki. Su espada chillaba, tronaba, bramaba, aplastaba. Aquí alcanzaba una cabeza, una mano, una pierna; allí hendía un escudo o un yelmo, penetrando hasta el hueso; un enemigo caía después de otro. Sus brazos estaban ensangrentados hasta los hombros. No pretendía sino acabar con tantos como pudiese, antes de caer él a su vez. Hrolf Kraki ya no reía. Solamente golpeaba. Hjalti estaba a su lado, tratando de detener los golpes enemigos. El resto de los hombres de Leidhra no luchaban con menos valor.

Sin embargo, conforme aumentaba la oscuridad, no parecía que, por muchos que matasen, menguara el tropel de los enemigos. Bjarki reconoció a uno de los guerreros. Lo conocía de antiguo, de cuando el reino estaba intacto. Ahora era un hombre de Hjörvardh e iba por él. Agotado, muchas veces herido, el noruego no se defendió bien. Sintió que una lanza se abría paso por un desgarrón de su loriga, si bien era una sensación apagada y lejana. Su espada partió el escudo del contrario. Durante unos instantes él y el otro hombre estuvieron intercambiando golpes. Bjarki le cortó un brazo y un pie, y de un revés le atravesó el pecho. El hombre cayó tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de suspirar.

La lucha proseguía. Los guerreros de Hrolf Kraki se veían forzados a retroceder. Bjarki se encontró con el mismo hombre que antes. La cosa le sonrió; sus ojos estaban vacíos; sin embargo todavía golpeaba. Bjarki se mantuvo firme hasta que la marea de la batalla los separó de nuevo. No fue la única vez que se encontró con un ser semejante.

Los capitanes de Hrolf que todavía vivían hicieron sonar sus cuernos. Aquellos de sus seguidores que pudieron se les unieron ante las puertas de Leidhra. Allí, por un breve instante, se mantuvieron firmes, tajando tan ferozmente en la oscuridad que la hueste contraria retrocedió. Entonces pudieron recobrar el aliento por unos momentos.

Bjarki reconoció a Hjalti en las tinieblas y gruñó:

—Nuestros enemigos son poderosos. Me parece que los muertos hormiguean por aquí

y se levantan de nuevo; y no hay gloria en luchar contra espectros. ¿Dónde está el hombre del rey Hrolf que dijo que yo tenía miedo?

Hjalti respondió:

—Dices la verdad, no dices mentira. Aquí está el que se llama Hjalti y no es mucho el espacio que nos separa. Siento que necesito amigos intrépidos, porque escudo, loriga y yelmo están desgarrados, hermano de juramento. Y aunque mato a tantos como siempre, no puedo vengar los golpes que recibo. Ahora más que nunca debemos exponernos.

A través de las puertas corrió el último de los hombres de Leidhra. El rey y unos cuantos más mantuvieron el sitio, hasta que llegó el verraco-troll. Sus embates hacían incrustarse los escudos en las costillas; los hombres se tambaleaban y se desplomaban a un lado. Bjarki avanzó al encuentro de la bestia. Su espada Lövi brilló como una estrella fugaz. El verraco se desplomó muerto. Pero no sin conseguir introducir antes uno de sus colmillos por entre las anillas de la cota del mariscal.

—Muy grande es mi dolor —rezongó— por no poder ayudar a mi rey...

Hjalti le dio un brazo para que se apoyase. Caminó nueve pasos antes de caer. Los escudos que protegían al rey Hrolf quedaron dentro de la empalizada. Los enemigos les siguieron. Contra ellos se lanzó una figura delgada.

—¡Yo los contendré! —chirrió Vögg.

Un guerrero soltó una risa como un ladrido y blandió un hacha. No atravesó la marmita-yelmo, pero Vögg se tambaleó aturdido.

Todavía la lucha continuaba. El *Bjarkamaal* nos cuenta la arenga de Hjalti:

Nuestras vidas están perdidas, el último cuerno apurado.
A una muerte cierta vamos sin esperanza.
Nunca volveremos a ver amanecer...
a no ser que entre nosotros, faltando a la hombría,
se vuelva uno miedoso y huya del combate
o no muera a los mismos pies de su señor,
y piedad arrastrándose cobardemente pida.
Por las brechas abiertas penetró el enemigo,
las hachas resuenan contra nuestras puertas;
las lorigas hechas harapos de los golpes,
desnudando los pechos nuestros a los ataques,
rotos los escudos y heridos los hombros.
Fieramente las armas chocan y resuenan.
¿Quién es tan cobarde que del campo huya?
Hombres yo he visto caer a montones,
magullados y rotos los huesos de sus bocas;
los dientes brillando en la manante sangre,
como piedras que lavan las aguas de un arroyo.
Pocas son las gentes que a mi lado quedan,
aunque lejos del Rey no me apartaré.
Mucho necesitamos la ayuda y no vienen.
Roídos los escudos sólo quedan los mangos,
nuestras armas melladas y nosotros cansados.
¡Cubríos las muñecas con los anillos de oro
que nuestro Rey nos dio en días más felices
para que las riquezas presten peso a los golpes!
Alegres o afligidos, siempre fieles al Rey,
y *hasta en el Infierno sostendremos su honor.*
Muramos realizando hazañas en su nombre;
que se asuste la misma guerra de nuestras voces;

Librodot

que las armas midan lo que vale el guerrero.
Algo nos sobrevive, por perdida
que esté la vida: la memoria no se hunde en el fango.
Hasta el fin del destino del mundo permanece,
en lo alto del cielo, el nombre del héroe.

Moribundo, Bjarki yacía en la tierra helada. Hjalti se arrodilló a su lado. El mariscal miró al cielo y musitó:

—Son tantos los que hay aquí contra nosotros que no tenemos ninguna esperanza de resistirlos. Pero a Odín no lo he visto. Creo que debe estar rondando en algún sitio alrededor, ese hijo de troll, ese sucio desleal. Si pudiese ver dónde estaba, ese desgraciado se volvería a casa con una herida que le hiciera aullar, por lo que ha hecho a nuestro rey.

—No es fácil torcer el destino —dijo Hjalti—, ni resistir a poderes sobrehumanos.

Tras un instante cerró los ojos de Bjarki y se encaminó inexorablemente al encuentro de su propia muerte.

Los últimos guerreros del rey Hrolf formaron un círculo en torno suyo. Skuld en persona había llegado en medio de la noche. Completamente loca, iba conjurando un monstruo tras otro. Ante esa marea de brujería, que ellos no percibían sino como horribles sombras y hedores, gruñidos y colmillos, los soldados y los grandes capitanes fueron cayendo. Hrolf Kraki salió fuera de la destrozada barrera de escudos. Fue derribando a un hombre tras otro. Ninguno pudo enorgullecerse de haberlo matado; pues ninguno le sobrevivió.

Cuando obtuvo la victoria, Skuld se apresuró a enviar sus trolls de vuelta al lugar de donde habían venido y ordenó a los muertos que yaciesen tranquilos. Después, a la luz de las antorchas buscó a su marido y lo aclamó como Alto Rey de Dinamarca. Esto se hizo con unas pocas y desvaídas palabras, pues tanto ella como él estaban demasiado cansados para sentirse felices. Buscaron el abrigo de la mansión. La oscuridad y el silencio se habían posesionado por completo de la ciudad de Leidhra, excepto en el lugar donde Vögg recobró el sentido para sentirse solo y echarse a llorar.



Librodot

8

La historia de Vögg

I

Cuando ya era noche avanzada empezó a nevar, y así siguió durante todo el día y la noche siguientes. Apantalló el mundo, hizo de la tierra y del cielo una sola cosa, llenó el aire completamente sigiloso. La nieve se acumuló sobre los tejados, sobre el suelo hollado y manchado de sangre, sobre los apilados y esparcidos cadáveres, como si pretendiese esconderlos de los cuervos.

En la sombría mañana salieron las mujeres de Leidhra. Drifa Hrolfsdottir las conducía. Llevaban capuchas que ocultaban sus rostros. Con escobas para descubrir a los caídos, buscaban a sus hombres y, cuando los encontraban, se ayudaban unas a otras para llevarlos a casa. El rey Hjörvardh dio órdenes de que nadie las molestase. Quizá era innecesario. El bandido más salvaje, apoyado en su lanza mientras estaba de guardia, debe de haber sentido respeto por esas mudas figuras que se movían de aquí para allá en la ciega nieve que caía por todas partes a su alrededor. Lo sucedido la víspera era demasiado misterioso. Demasiado alto había sido el precio. La victoria estaba cubierta de cenizas.

Los que vieron a la reina regresar de la tienda adonde había ido cuando el día estaba a punto de concluir, se sintieron todavía más desasosegados. Iba como una sonámbula, con sus ojos verdes mirando fijamente hacia delante sin ver nada, la delgada faz completamente pálida. La nieve que caía sobre su cabello descubierto le daba una apariencia envejecida.

Una vez dentro de la sala, su marido se la llevó aparte, a una esquina lejos de las gentes de la casa que se movían tristemente.

—Bien, ¿qué presagios obtuviste? —susurró él. Sus dedos tiraban del manto de su esposa.

—Malos —dijo ella; su voz era vacía, su mirada perdida—. Una y otra vez eché las runas. Siempre salían llenas de calamidades. Cuando miré en el caldero, no pude ver ni oír nada excepto que... que muy lejos en las Tierras Altas, alguien vociferaba hasta que las montañas le devolvían el eco de su dolor y de su cólera; y no era humano... Pienso que quizá nos han utilizado a ti y a mí —agitó la cabeza. Se aclaró la mirada, irguió el rostro. Altivamente, pronunció—: Bueno, somos el rey y la reina de Dinamarca. ¡Que se entere todo el mundo!

Hjörvardh debía celebrar una fiesta obligatoriamente por la noche, en la que diese las gracias a sus guerreros y les ofreciese regalos. No hubo alegría. La sala parecía enorme y vacía. Los altísimos fuegos no conseguían desterrar del todo la noche ni llenar el silencio que

Librodot

el ruido de las conversaciones no podía disfrazar. Aunque los invitados del rey Hrolf no podían regresar a casa con aquel tiempo, casi todos ellos habían encontrado alojamiento en casa de la viuda de uno de sus hombres, o en familias corrientes que también lloraban la suerte de su señor, y por tanto no estaban presentes. Aparte de los siervos, ninguna mujer se sentaba en los bancos o traía comida y bebida. Las sombras se agitaban como si fuesen los fantasmas de los que habían estado antes. El crepitar del fuego parecía el eco de sus risas. El aire era frío y viciado, como si fuese el interior de un túmulo.

—*Uf—se* estremeció Hjörvardh, y bebió y bebió.

Fueron viniendo ante él a recibir su recompensa en oro y tierras los mercenarios, los extranjeros, los proscritos, la escoria de los daneses, sus hombres, y él tuvo que alabarlos, sin dejar de recordar todo el tiempo a los otros. La estridente alegría de la reina Skuld no se le contagió.

Cuando hubo hecho lo que debía, y escuchado a un escaldo que había traído consigo decir unas cuantas estrofas defectuosas en su honor, ya estaba completamente borracho. Repentinamente inspiró hondo y vociferó:

—Bien habéis trabajado, soldados, sí, sí, bien lo habéis hecho. Pero cuánto me maravilla que ninguno de los muchos guerreros del rey Hrolf salvase su propia vida huyendo y rindiéndose. Ninguno. ¿Estoy en lo cierto? Ved cuan fielmente amaban a su señor... Ni siquiera querían vivir sin él. ¿Eh? Desgraciado soy (oh, no digo nada contra vosotros, mis buenos hombres, ni una palabra, no me malentendáis), pero ¿no soy desgraciado... de no poder alejar la maldición... de que ni uno solo de esos bravos súbditos sobreviva y pueda ahora convertirse en uno de mis leales? Quiero ser un rey justo... ¿Hay algún hombre de Hrolf Kraki que esté con vida en este momento, y que esté dispuesto a venir bajo mi bandera?

Skuld frunció el ceño. Se oyeron agrios murmullos en los bancos.

—Sí, mi señor. Yo sobreviví a ayer por la noche.

Se oyó entonces una voz cascada. De la habitación de la entrada salió cojeando un escuálido y greñudo joven vestido con un jubón de cuero lleno de mugre y de sangre coagulada. Torpemente avanzó a lo largo de la sala hasta que estuvo delante del elevado asiento.

La reina Skuld aguzó la mirada.

—¿Tú, un hombre de mi hermano? —dijo ella—. ¿Quién eres?

—Me llamo Vögg, mi señor y señora. Yo... yo confieso que lo soy. No era el mejor de ellos. Pero los ayudé cuando estuvieron con el rey Adhils, y yo, ayer yo estaba allí, y estoy vivo únicamente porque sucedió que me dejaron sin sentido.

—¿Quieres ser uno de mis hombres? —preguntó Hjörvardh.

—No tengo ningún sitio adonde ir, y... y vos vencisteis, mi señor.

—¡Vaya, esto es por lo menos un presagio de esperanza! —Hjörvardh tenía una espada en su regazo. La sacó—. Sí, un signo, ¿no dirías eso Skuld, querida mía? Lo que era no sigue luchando con lo que es. Ah —asintió muy satisfecho de su propia sentencia—. Bien, Vögg —continuó antes de que su esposa pudiese decir nada, pese a que ella estaba intentando interrumpirle—, serás muy bien recibido, Vögg, y pórtate mejor conmigo de lo que parece que te portaste con mi cuñado. Sí —sostuvo la hoja—. Júrame fidelidad sobre esta espada, y sabrás, *hum,* sabrás en seguida lo bueno que soy.

El recién llegado cuadró sus estrechos hombros.

—Señor, no puedo hacer eso. Antes no jurábamos en la punta. Lo hacíamos en el puño. El rey Hrolf solía entregar su espada a sus hombres para que la sostuviesen ante él mientras le prestaban fidelidad.

—¿Eh? *¡Hum!* Bien...

—¡No! —empezó Skuld. Pero Hjörvardh ya se había inclinado, y Vögg cogido el acero.

—Ahora dame tu palabra —dijo Hjörvardh.

—Sí, señor —dijo Vögg firmemente—. Aquí está.

Le dio una estocada. La punta penetró en el pecho del rey. Durante el tiempo de un parpadeo, Hjörvardh, atónito, vio brotar su propia sangre. Luego se desplomó. Su cuerpo rodó pesadamente hasta quedar extendido en el suelo.

Skuld chilló. Los guardias aullaron y empuñaron sus propios aceros. Vögg fue a su encuentro. Mientras ellos lo asesinaban, él reía, gritando el nombre de Hrolf Kraki.

II

Sobre las cumbres del Keel, atravesando yermos y campos de labrantío donde la gente se estremecía al verlo, más veloz que ningún caballo de guerra iba la grande y desgarbada figura de Frodhi el Alce. Ni los montones de nieve ni la ventisca lo detenían; con la espada corta rebanaba lo que necesitaba para comer y lo engullía sobre la marcha; rara vez descansaba y nunca por mucho tiempo. En unos cuantos días había llegado a la mansión al oeste de Götaland donde moraba el rey Thori Pies de Sabueso.

Los guerreros apuntaron lanzas y arcos al horror que galopaba hacia ellos. Frodhi se detuvo y rogó con un rugido que saliese su hermano. Así lo hizo el rey. Frodhi le habló:

—Bjarki ha muerto, asesinado. La sangre llena la huella que yo tracé para saberlo.

Thori se quedó completamente silencioso, hasta que dijo, bajo el cielo invernal:

—Necesitaré semanas, en esta época del año, para reunir hombres con qué vengarnos. Entretanto podemos intentar hacernos con noticias.

Entre los exploradores y mensajeros que partieron uno fue a Uppsala, en Svithjodh. La reina Yrsa se enteró de su venida, lo hospedó y le dijo lo que sabía sobre la caída del rey Hrolf.

—Fija lugar y hora —le prometió ella—, y hallarás allí esperando a una hueste de mis propios hombres —se quedó sentada unos instantes, contando con los dedos el tiempo transcurrido. Finalmente asintió—. Sí, mi Hrolf vivió incluso menos años que mi Helgi, aunque realizó más cosas. No es una casta que viva mucho la de los Skioldungos. Aspiran a llegar demasiado lejos.

Las tropas se reunieron en la frontera con Escania. Conforme la cruzaron, los daneses afluyeron en tropel a unírseles. La reina Skuld estaba gobernando inflexible y despreocupadamente; querían acabar con ella.

A una cosa no se atrevió la hechicera, a impedir que su pueblo enterrase al rey Hrolf. Lo pusieron en un barco y lo llevaron a un promontorio sobre el Kattegat, que él había defendido para ellos. Junto a él estaba la espada Skofnung, así como sus hombres, cada uno con sus armas, ricamente vestidos. A su alrededor apilaron tesoros, y después levantaron un túmulo, alto como una colina para que sirviese de hito. Ardió la pira funeral, las mujeres lloraron, y una y otra vez los caudillos cabalgaron en torno del túmulo, golpeando lentamente la espada en el escudo, dando la despedida a su señor, que tan buenos y felices días había llevado a Dinamarca.

De ellos la reina no obtendría ninguna ayuda. Sólo podía contar con los rufianes que la habían alzado al poder. Había que recompensarlos con cosas quitadas a otros. De este modo fue creciendo el odio hacia ella. Pronto, de un extremo a otro de la tierra, el gallo rojo cacareó en los tejados de los condes. Los reyes tributarios retuvieron las rentas y le retiraron la fidelidad; y cuando estaban junto a las piedras de los *Things* los hombres libres los aclamaron como señores soberanos que no debían nada a nadie.

Las runas que echaba, los seres que conjuraba, no le daban a Skuld sino premoniciones de aflicción. No le podían o no le querían decir aquello que le permitiría prepararse. Otro extraño poder, en alguna otra parte, estaba actuando contra sus hechizos, impidiéndole el mañana.

Librodot

—Creo —exclamó una vez al que había sacado del mar— que Odín no me quería para nada más que para vengar su despecho.

—¿Crees que era mero despecho? —replicó él—. El Padre de las Victorias tiene que destruir a cualquiera que pueda poner un freno a la guerra. Muy bien puede haber dado la bienvenida al rey Hrolf Kraki y sus hombres, para que banqueteen con él hasta el fin del Destino del Mundo[1]. Que sea o no cierto lo que se cuenta sobre la vida póstuma dé los héroes, es seguro que sus nombres vivirán en la memoria.

—¿Y el mío?

—Sí, el tuyo también, a su manera.

Skuld buscó la tumba de su marido. Echaba de menos más de lo que había imaginado a aquel hombre del que se burlaba y al que despreciaba cuando la amaba humildemente. Las esclavas a las que había encargado que cuidasen de la tumba no habían sido muy diligentes en su trabajo.

A comienzos de la primavera, el ejército del rey Thori y de la reina Yrsa se embarcó para cruzar el Sund. Skuld había llenado las aguas con nicors y krakens. Pululaban en torno a la flota, pero cuando vieron a Frodhi el Alce en la proa del primer *drakkar,* huyeron a sus cubiles. Como así mismo hicieron los trolls y demás apariciones que ella había conjurado para mantener Selandia en su poder, pues Frodhi resultaba más espantoso que ellos.

El fue quien dirigió el ataque sobre Leidhra. Violentamente rompió las filas de los atemorizados hombres de la guardia hasta penetrar en la mansión. Cogió a la reina con sus feas manos, le echó un saco de piel de foca sobre su cabeza y estiró fuertemente las cuerdas.

—No nací por casualidad —dijo él.

Su hermano luchaba a su lado, y entre ellos llevaron a la muerte a Skuld, la Reina Bruja.

Durante la refriega, el fuego se extendió fuera de control. Ardió toda la ciudad.

—Eso está bien —dijo Thori Pies de Sabueso—. Así se limpia esta tierra.

Los vengadores entregaron lo que quedaba del reino a las hijas de Hrolf. Después, cada cual se volvió a su tierra: Thori y sus gaetas, a sus valles; los suecos, con la anciana reina Yrsa; Frodhi el Alce, a su soledad.

Drifa y su hermana eran muy queridas. Sin embargo, las mujeres no podían dirigir las cosas cuando éstas se estaban cayendo literalmente a trozos. Antes de que hubiese transcurrido mucho tiempo la soberanía pasó, de modo amistoso, a un nieto que Helgi había tenido con una amante. Él salvó algo del naufragio.

Pasaron muchos años y siglos antes de que Dinamarca volviese a estar unida. Los fuegos de los vigías ardieron de nuevo para anunciar que había enemigos a la vista. Vikingos, proscritos, merodeadores de los bosques, hostigarían a la gente del Norte. Aunque no hicieron más daño que todos sus reyes, innumerables y altivos: antorcha, espada, gente libre empujada a la esclavitud, los recelos de los hombres y el llanto de las mujeres. Nada sino un cuento queda de un día que fue.

Aquí termina la saga de Hrolf Kraki y sus guerreros.



[1] El Ragnarok u Ocaso de los Dioses, (J. M. L.)

ÍNDICE

Introducción: Un escaldo de hoy día y su *Hrolf Kraki*	5
El mundo de Hrolf Kraki (Mapa de J. M. L.)	8
Los Skioldungos	9
La historia de Hrolf Kraki: prólogo de Poul Anderson	10

LA SAGA DE HROLF KRAKI

1. Acerca de la narración	13
2. La historia de Frodhi	15
3. La historia de los hermanos	41
4. La historia de Svipdag	83
5. La historia de Bjarki	107
6. La historia de Yrsa	133
7. La historia de Skuld	158
8. La historia de Vögg	177